



# El cielo enjaulado

Christine  
Leunens

Cuando Austria es anexionada al Tercer Reich, Viena es todavía una ciudad hermosa y tranquila. Johannes es un adolescente que, para consternación de sus padres, queda fascinado por la doctrina nazi que se imparte en la escuela y su mayor ilusión es alistarse en las Juventudes Hitlerianas. Ya en plena guerra, es herido en el frente y queda gravemente desfigurado. Tras recuperarse de sus heridas, Johannes, horrorizado por el aspecto de su cara, no se atreve a enfrentarse con el exterior. Pasa las horas muertas encerrado, escuchando los sonidos de la casa vacía, y acaba descubriendo algo que sus padres han mantenido en secreto: tienen a una joven judía oculta tras un falso tabique.

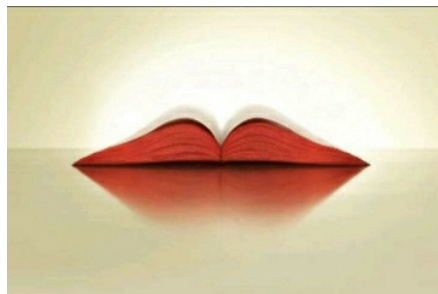
Elsa y Johannes iniciarán la más compleja y peligrosa de las relaciones, mientras la guerra se recrudece y el mundo entero busca la forma de sobrevivir.

Una historia épica de grandes pasiones y peligrosas mentiras, de amor y de guerra, narrada con una pluma maestra que desnuda los rincones más ocultos del alma humana.

Christine Leunens



## **El cielo enjaulado**



Título original: *Caging skies*  
Christine Leunens, 2004  
Traducción: Claudia Conde, 2004

---



Vins

---

Revisión: 1.0  
Fecha: 19/11/2019

*A mi marido, Axel*

## **Agradecimientos**

Quisiera agradecer calurosamente su colaboración en la labor de investigación a Axel de Maupeou, Florence Faribault y Carole Lechartier, del Museo Memorial de la Paz, de Caen, Francia; a Simon Wiesenthal y al Centro Simon Wiesenthal, de Viena; a Paul Schneider, de la Fundación por la Memoria de la Deportación; a Georg Spitaler y Ursula Schwarz, del DÖW (Fundación de los Archivos Documentales de la Resistencia Austríaca); a Eva Blimlinger, de la Comisión Histórica de Viena; a Jutta Perisson, del Foro Cultural Austríaco de París; a Vera Sturman y Elisabeth Gort, de RZB Austria, y también a Amélie d'Aboville, Monique Findley, Anneliese Michaelsen, Andreas Preleuthner, Johannes Preleuthner y Morris Weinberg.

## **Primera parte**

El gran riesgo de mentir no estriba en que las mentiras sean falsedades, y, por tanto, irreales, sino en que se vuelven reales en la mente de los demás. Escapan de la mano del mentiroso como semillas liberadas al viento y germinan con vida propia en los sitios más inesperados, hasta que un día el mentiroso se sorprende contemplando un árbol solitario, pero saludable, levantado sobre una estéril falsedad, y aun así verde y perfectamente vivo.

Han pasado muchos años desde que sembré las mentiras y, por consiguiente, de las vidas de las que hablo. Pero tendré que separar las ramificaciones con más cuidado que nunca y determinar cuáles brotaron de la verdad y cuáles de la falsedad. ¿Será posible aserrar las ramas engañosas sin mutilar irrevocablemente el árbol? Tal vez sería mejor desarraigarlo y trasplantarlo a suelo llano y fértil. Pero el riesgo es grande. Mi árbol se ha adaptado de cien maneras distintas a su irrealidad, ha aprendido a doblarse al viento y a vivir con poca agua. Ha cedido hasta el punto de hacerse horizontal: un verde enigma, perpendicular a la pared yerma de un alto acantilado. Al menos no yace en el suelo con las raíces pudriéndose cubiertas de rocío, como pasaría si lo trasplantara. Los troncos retorcidos no se pueden enderezar, como tampoco puede erguirse mi vieja espalda cansada, ni pueden estirarse mis arrugas. Un entorno más amable, después de tan prolongada penuria, seguramente le resultaría mortal.

He encontrado la solución. Si simplemente cuento la verdad, el acantilado se erosionará partícula a partícula, piedra a piedra. ¿Y el destino de mi árbol? Levanto al cielo mi viejo puño y suelto mis plegarias. Ojalá mi árbol alcance el lugar adondequiera que ellas vayan.



Nací en Viena el 25 de marzo de 1927: un bebé gordo y pelón, por lo que he visto en los álbumes de fotos de mi madre. Siempre que los bojeaba, me divertía tratando de adivinar, sólo por los brazos, si era mi padre, mi madre o mi hermana la persona que me sostenía. Como la mayoría de los bebés, supongo, tenía una gran sonrisa desdentada, sentía gran interés por mis piecitos y, más que comerme la mermelada de ciruelas, la llevaba puesta. Sentía mucho apego por un canguro rosa el doble de grande que yo que me empeñaba en arrastrar por la casa, y no me hizo ninguna gracia el cigarro que alguien me metió en la boca, o al menos eso creo, porque estaba llorando.

Estaba tan unido a mis abuelos como a mis padres. Me refiero a mis abuelos paternos, porque a los maternos, mi Oma y mi Opa, no llegué a conocerlos. Eran de Salzburgo y los sepultó un alud antes de que yo naciera. Mi Oma y mi Opa eran grandes aficionados al excursionismo y al esquí de fondo. Mi abuelo era capaz de reconocer un pájaro solamente por su canto, y un árbol, por el sonido del viento entre las hojas, sin abrir los ojos. Decía que cada clase de árbol tenía su murmullo particular. Sé que mi madre no exageraba, porque también mi padre juraba que era capaz de hacerlo. Mi madre hablaba tanto de sus padres que llegué a conocerlos bien y a apreciarlos. Estaban en algún lugar con Dios, mirándome desde lo alto y protegiéndome. Ningún monstruo podía esconderse bajo mi cama para agarrarme las piernas si tenía que ir al baño en medio de la noche, ni ningún asesino podía acercarse subrepticamente a mí durante el sueño para clavarme un puñal en el corazón.

A mi abuelo paterno lo llamábamos Pimbo, y a mi abuela, Pimmi, más el sufijo *chen*, que en alemán es un diminutivo cariñoso. Eran nombres que mi hermana se había inventado de pequeña. Pimbo vio por primera vez a Pimmichen en un baile, uno de esos típicos bailes fastuosos de Viena, en el que ella bailaba un vals con su apuesto prometido en uniforme militar. El novio fue a buscar unas copas de *sekt*, y mi padre lo siguió para decirle lo hermosa que era su futura esposa. Cuando el joven le respondió que en realidad era su hermana, Pimbo ya no permitió que bailara ni una pieza más. El tío Eggert tuvo que quedarse sentado, porque comparadas con su hermana todas las demás jóvenes eran demasiado poco atractivas. Cuando los tres se disponían a marcharse, Pimbo sacó del bolsillo la llave de su casa, introdujo la punta en la puerta del automóvil más elegante que había en el aparcamiento y, levantando la vista al cielo con expresión soñadora, sugirió: «¡Se está tan bien aquí fuera! ¿Por qué no vamos andando?».

A Pimmichen la cortejaban dos buenos partidos de la sociedad vienesa, pero se casó con mi abuelo, convencida de que era el más guapo, ingenioso y encantador de todos, y de que su posición era suficientemente buena. Sólo que esto último no era cierto. A decir verdad, incluso la pequeña burguesía lo habría considerado más pobre que un ratón de iglesia, como solía decirse, sobre todo después de lo mucho que había gastado en los meses anteriores a la boda llevándola a

los mejores restaurantes y funciones de ópera, gracias a un préstamo bancario. Pero fue un engaño relativamente inofensivo, porque una semana después de conocerla, con aquel mismo préstamo, fundó una pequeña fábrica de planchas y tablas de planchar, y al cabo de varios años de duro trabajo reunió una fortuna suficiente para vivir con desahogo. A Pimmichen le gustaba contarnos cómo la langosta y el champán se convirtieron en sardinas y agua del grifo al día siguiente de la boda.

Mi hermana Ute murió de diabetes cuatro días antes de cumplir los doce años. A mí no me dejaban entrar en su cuarto cuando se ponía la inyección de insulina. Al oír a mi madre diciéndole que se la pusiera en el muslo si le dolía el vientre, yo desobedecía y la sorprendía con el vestido verde desabrochado, colgando más abajo de la cintura. Una vez se le olvidó ponerse la inyección al volver de la escuela. Mi madre le preguntó si se la había puesto y ella respondió «sí, sí», pero eran tantas las veces que tenía que inyectarse que sus respuestas se habían vuelto más una cantinela que una confirmación.

Por desgracia, me acuerdo más de su violín que de ella: la caja barnizada con nervaduras oscuras, el olor de la resina con que frotaba el arco y la nube que se formaba cuando empezaba a tocar. A veces me dejaba probar, pero no me permitía tocar las crines de caballo, porque podían ennegrecerse; ni tensar el arco como hacía ella, porque podía partirse; ni tampoco girar las clavijas, porque se podía romper una cuerda, y yo era demasiado pequeño para tener en cuenta todas esas cosas. Cuando tenía la suerte de pasar el arco por las cuerdas y arrancarles un sonido que sólo a mí me deleitaba, podía estar seguro de que ella y su amiga estallarían en carcajadas y de que mi madre no tardaría en llamarme para que la ayudara en alguna tarea imposible de realizar sin la colaboración de su pequeño adalid de cuatro años: «¡Johannes!». Entonces hacía un último intento, pero nunca conseguí deslizar el arco recto, como me enseñaba Ute; siempre acababa tocando el puente, la pared o el ojo de alguien. Entonces me arrancaban el violín de las manos y me depositaban en la puerta, a pesar de mis airados chillidos. Recuerdo las palmaditas que me daban en la cabeza, antes de que ella y su amiga se encerraran para reanudar la sesión de estudio.

Sobre una mesita del salón había siempre las mismas fotografías de mi hermana, y con el paso de los años, uno a uno, casi todos mis recuerdos fueron absorbidos por esas poses. Se me fue haciendo cada vez más difícil conseguir que se movieran, cobraran vida o hicieran algo más que sonreír dulce y despreocupadamente a través de las peripecias de mi vida.

Pimbo murió de diabetes menos de dos años después, a los sesenta y siete años. Ni él mismo sabía que fuese diabético. Mientras se recuperaba de una neumonía, la enfermedad salió de su estado latente. Su pena era incurable; se culpaba de la muerte de Ute. Mis padres dijeron que se dejó morir. Un mes después nos trajimos a Pimmichen a casa. Ella era contraria a la idea, porque pensaba que iba a perturbar nuestra vida, pero no quería morir en el hospital como Pimbo. Todas las mañanas, durante el desayuno, tranquilizaba a mis padres diciéndoles que no iba a molestarlos mucho tiempo más. Pero no los tranquilizaba ni a ellos ni a mí, porque ninguno de nosotros queríamos que muriera. Cada año iba a ser el último de Pimmichen, y cada Navidad, Pascua o cumpleaños, mi padre levantaba la copa con los ojos húmedos y decía que aquél era tal vez el último año que nos encontraba a todos juntos para celebrar la ocasión. En lugar de creer cada vez más en la longevidad de mi abuela a medida que pasaban los años, curiosamente creíamos cada vez menos.

Nuestra casa, pintada del amarillo de Schönbrunn tan extendido en Austria, estaba en el decimosexto distrito, llamado Ottakring, en las afueras, al oeste de Viena. Aunque estábamos dentro de los límites de la ciudad, teníamos bosques a un lado, Schottenwald y Gemeindewald, y prados al otro. Al volver del centro de Viena, teníamos la impresión de vivir en el campo, más que en una capital. Aun así, Ottakring no estaba considerado uno de los mejores distritos para vivir; al contrario, junto con Hernals, era uno de los peores. Su mala reputación se debía a que la porción que se extendía hacia el interior de la ciudad estaba habitada por «mala gente», según los mayores. Supongo que querían decir que eran pobres, o que hacían lo que fuera preciso para dejar de serlo. Pero nosotros vivíamos muy lejos de todo eso. Desde las ventanas de nuestra casa no llegábamos a ver las viñas de las colinas, famosas por el vino blanco afrutado que producían tras todo un verano de calentarse al sol; pero si cogíamos las bicicletas, en cuestión de minutos estábamos serpenteando por los caminos al pie de aquellos viñedos. Lo que sí podíamos ver eran las tres casas de nuestros vecinos, pintadas de oro viejo o de verde cazador, las alternativas más frecuentes al amarillo de Schönbrunn.

Tras la muerte de mi abuelo, mi padre pasó a dirigir la fábrica. Cuando mi abuelo estaba al frente, mi padre trabajaba con él, supervisando a los empleados. Aunque mi madre le había advertido del peligro de crecer demasiado, él decidió fusionar la empresa con Electrodomésticos Bomberg, que no era más grande que Planchas Betzler, pero exportaba sus artefactos a todo el mundo y obtenía sustanciosos beneficios. Mi padre argumentó que el ciento por ciento de cero era cero, mientras que una pequeña porción de una enormidad siempre sería más, se mirara como se mirara. Estaba satisfecho con la sociedad y muy pronto Bomberg & Betzler estaba exportando electrodomésticos y planchas modernizadas a tierras extrañas. Mi padre compró un globo terráqueo, que me enseñaba después de la cena. Yo imaginaba a los griegos, a los romanos (que suponía viviendo en Rumania) y a los turcos, vestidos con túnicas tiesas de tan planchadas.

Dos incidentes destacan en mi infancia, aunque no fueron los momentos más felices ni los más tristes de aquellos primeros años. No fueron superlativos en ningún sentido. Aun así, son los que mi memoria ha elegido conservar. Mi madre estaba lavando una lechuga y yo fui el primero en verlo: un caracol alojado entre las hojas. Lo tiró a la basura. Teníamos varios cubos, y uno de ellos era para las mondas, las cortezas y las cáscaras, que ella enterraba en el jardín. Me preocupaba que el caracol se ahogara, porque allí dentro solía haber bastante humedad. Mi madre no me dejaba tener perros ni gatos, porque era alérgica al pelo de los animales. Después de algunos ruegos por mi parte, algunas vacilaciones de la suya y cierta expresión de fastidio en su cara, me permitió quedármelo en un plato. La mía era la más adorable de las madres. No pasaba un día sin que yo diera de comer lechuga a mi caracol. Se puso más grande que cualquier otro caracol que hubiese visto, grande como un pájaro pequeño. O casi. Sacaba la cabeza de la concha cuando me oía venir, balanceaba el cuerpo y movía los cuernecitos, todo a su ritmo lento y pausado.

Una mañana, cuando bajé, vi que mi caracol no estaba. No tuve que ir muy lejos para encontrarlo. Lo despegué de la pared y lo devolví a su plato. Aquello se convirtió en hábito: todas las noches se fugaba y llegaba un poco más lejos. Yo dedicaba el comienzo del día a buscarlo y despegarlo de las patas de la mesa, de la porcelana Meissen, del papel pintado o del zapato de alguien. Una de esas mañanas se me hacía tarde para ir a la escuela y mi madre me dijo que lo buscara después del desayuno, si me quedaba tiempo. Cuando lo estaba diciendo, apoyó la

bandeja en la encimera de la cocina. Los dos oímos el crujido. Dio la vuelta a la bandeja, y ahí estaba mi caracol. Yo era demasiado mayor para llorar como lloré. Ni siquiera me sobrepuse cuando mi padre vino corriendo, convencido de que me había cortado con un cuchillo. Sintió no poder hacer nada, porque tenía que irse al trabajo, pero mi madre prometió arreglármelo. Yo estaba tan afligido que finalmente accedió a que no fuera a la escuela.

Corrí en busca del pegamento para encolar los trozos, pero mi madre temía que la sustancia atravesara la piel del caracol y lo envenenara. Lo mantuvimos húmedo con gotas de agua, pero en menos de una hora mi pobre caracol había encogido hasta volverse una cosita miserable. Mi abuela sugirió que fuésemos a Le Villiers, un colmado francés en Albertina Platz, a comprar conchas de caracol. Al principio le dejamos la concha nueva en el plato, pero no pasó nada: mi caracol no salía de la vieja por su propia iniciativa. Finalmente ayudamos a aquel trocito marchito de vida a meterse en la concha nueva, con los fragmentos de la otra pegados al dorso. Al cabo de dos días más de preocupación y dolor, quedó claro que mi animalito estaba muerto. Si su muerte me afectó más que la de mi hermana o la de mi abuelo fue sólo porque yo era mayor que entonces, lo suficiente para entender que nunca más volvería a verlo, ni tampoco a ellos.

El otro incidente no fue realmente un incidente. Los viernes por la noche, mis padres salían a cenar o asistían a exposiciones o funciones de ópera, y Pimmichen y yo fundíamos una barra entera de mantequilla en la sartén para freír nuestros filetes empanados. De pie delante de la cocina, pinchábamos pan con un tenedor y lo mojábamos en la mantequilla. Después, ella preparaba *Kaiserschmarrn* para el postre, echando a cucharadas o espolvoreando en la sartén todos los ingredientes que normalmente no me dejaban probar y que en breve iban a convertirse en un festín no sólo para mi vista. Mi madre me tenía prohibido soñar siquiera con ese tipo de cosas, porque temía que las comidas dulces o grasas me causaran diabetes. ¡Si se hubiese enterado! Pero, de algún modo, todo sabía mejor si no lo sabía ella ni nadie más.

Un día, a mediados de marzo de 1938, acompañé a mi padre al taller de un zapatero especialista en calzado ortopédico. Recuerdo la fecha porque faltaba poco para mi undécimo cumpleaños y el zapatero tenía un calendario en la pared. Mientras esperábamos sentados en el banco, no podía dejar de contar los días, porque sabía que mis padres iban a regalarme una cometa china. Muchos no habrían acudido a un especialista en calzado ortopédico por el problema de mi padre, pies planos, pero él pasaba todo el día de pie en el trabajo y acababa muy dolorido. Pimmichen también compraba allí sus zapatos y tenía a *Herr* Gruber en la más alta estima; decía que le cambiaba la vida a la gente, porque, según ella, los pies doloridos roban a las personas mayores las ganas de vivir. Cuando *Herr* Gruber fabricaba un par de zapatos, consideraba su deber tener en cuenta todos los juanetes, protuberancias y callos propios de la edad. Tenía mucha demanda, como podía verse por la media docena de clientes que esperaban turno en el estrecho taller que olía a cuero y aceites de curtir.

Empecé a sacudir las piernas para que el tiempo pasara más rápidamente. En la calle había un ruido tremendo, como si se estuviera cayendo el cielo. Me incorporé de un salto para ver lo que pasaba, pero mi padre me ordenó que cerrara la puerta, porque estaba entrando frío. Mi siguiente impresión fue que toda Viena gritaba las mismas palabras, pero el vocerío era demasiado enorme para distinguirlas por separado. Le pregunté a mi padre y él tampoco las distinguía, aunque se irritaba cada vez más a medida que pasaba el tiempo. *Herr* Gruber no prestaba atención a lo que estaba ocurriendo fuera. Seguía tomando las medidas de un chico que había padecido la polio y

necesitaba una alza de unos diez centímetros en el zapato izquierdo, para compensar el deficiente crecimiento de la pierna. Cuando por fin *Herr* Gruber lo atendió, mi padre ya no podía estarse quieto, sobre todo cuando el zapatero terminó de tomarle las medidas de los pies y pasó a calibrarle las piernas para ver si había alguna diferencia, porque no era bueno para la espalda que la hubiese. *Herr* Gruber hacía lo mismo con todos. Se preocupaba, como decía mi abuela.

Cuando salimos, pasamos por Heldenplatz y allí, nunca lo olvidaré, vi a más gente de la que había visto en toda mi vida. Le pregunté a mi padre si eran un millón y él me dijo que, más probablemente, unos cientos de miles. Yo no veía la diferencia. Mirándolos, sentí que me sofocaba, tal vez de pura insignificancia. Un hombre en el balcón del Neue Hofburg gritaba a voz en cuello, y la masa de gente compartía su furia tanto como su entusiasmo. Lo que más me sorprendió fue el centenar de adultos y niños que se habían encaramado a las estatuas del príncipe Eugenio y el archiduque Carlos, ambas ecuestres, y contemplaban desde arriba la escena. A mí también me hubiese gustado subir, se lo supliqué a mi padre, pero me dijo que no. Había música, vítores, banderas; todos podían participar, era increíble. Las banderas tenían signos que parecían a punto de empezar a girar si soplabla el viento, como giran las aspas de los molinos.

En el tranvía de vuelta a casa, mi padre no hizo más que mirar el vacío por la ventanilla. Yo le reprochaba que no me hubiese dejado sumarme a la fiesta, habiendo estado tan cerca. ¿Qué le habría costado? Unos pocos minutos de su tiempo. Estudié su perfil. Sus facciones en sí mismas eran más bien agradables, pero su mal humor —me avergonzó observar— las volvía feas. Tenía un gesto de determinación en la boca, el rostro tenso, la nariz recta y severa, las cejas anudadas en señal de irritación y los ojos concentrados en algo ausente, hasta un extremo que excluía toda diversión de su jornada, y también de la mía, mientras estuviera con él. Hasta su pelo cuidadosamente peinado me pareció de pronto profesional, un medio para vender mejor. Me dije que a mi padre le preocupaban más su trabajo, sus beneficios y su fábrica que las diversiones que pudiera tener su familia. Poco a poco, mi enfado se fue esfumando y sentí pena por él. Su peinado ya no me pareció tan bonito; le sobresalían algunos pelos en varios lugares de la coronilla, donde se estaba quedando calvo. Aproveché que el tranvía tomaba una curva para apoyar un poco más mi peso en él.

—Padre, ¿quién era ese hombre de ahí arriba? —le pregunté.

—Ese hombre —me contestó, mientras me rodeaba con un brazo y me estrechaba afectuosamente, sin mirarme— es alguien que no le concierne a un niño como tú, Johannes.

Algunas semanas después, dos hombres llevaron a mi abuela en camilla para que también ella pudiera votar en el referéndum sobre el Anschluss y expresar así si estaba a favor o en contra de la anexión de Austria al Reich alemán, en calidad de provincia. Mis padres habían salido a primera hora de la mañana para votar. Mi abuela estaba de buen humor, por primera vez desde que había resbalado sobre el hielo y se había fracturado la cadera al volver de la farmacia de comprar unguento de mentol para hacerse fricciones en las rodillas.

—Tuve suerte de ir a la farmacia aquel día —les dijo a los hombres—; gracias a eso, se me ha curado la artritis. Ya no me acuerdo de las rodillas, porque la cadera me duele aún más. El mejor remedio para un achaque es que te salga otro en cualquier otro sitio.

Los dos se esforzaron en reírle la broma. Iban elegantes en sus uniformes y yo me azaré un poco, porque me di cuenta de que para ellos Pimmichen no era Pimmichen, sino tan sólo una vieja.

—¿Ha comprobado que no haya olvidado la documentación, señora? —le preguntó uno de los hombres.

Como a Pimmichen le resultaba más fácil hablar que escuchar, yo respondí por ella. Entusiasmada como estaba, tampoco me oyó a mí. Siguió hablando, mientras levantaban la camilla: se sentía Cleopatra transportada hacia César, hasta que uno de los hombres estuvo a punto de dejarla caer, y aun así se puso a bromear, diciendo que volaba sobre Babilonia montada en una alfombra. Les habló de lo muy diferente que había sido la vida para ella y para sus padres antes de que cambiaran las fronteras y las mentalidades, y les contó lo mucho que había soñado con una Viena convertida una vez más en la capital floreciente de un gran imperio, imaginando que la unión con Alemania renovarían la grandeza perdida de Austria-Hungría.

Pocos días después, mi abuela se encontraba en el sofá, debatiéndose con el periódico, cuyas hojas parecían un par de alas insubordinadas. Yo estaba desnudo sobre la alfombra, acucillado delante de mi madre, que con unas pinzas acababa de extraerme un aguijón de abeja de la espalda y otro del cuello, antes de comprimir las picaduras con trozos de algodón embebido en alcohol. Me buscó garrapatas por los lugares más inverosímiles: entre los dedos de las manos y de los pies, en las orejas y en el ombligo. Cuando quiso inspeccionarme entre las nalgas, protesté, pero no me hizo el menor caso. Ya me había advertido que no fuera a los viñedos a remontar mi cometa.

Temeroso de que me impusiera nuevas restricciones, le expliqué lo sucedido. Primero había ido al campo, pero como no hacía suficiente viento, me había visto obligado a correr para que la cometa levantara el vuelo y a seguir corriendo para que no se viniera abajo. Si me hubiese parado un solo segundo para recobrar el aliento, se habrían aflojado los hilos y habría caído aún más; por eso había tenido que correr y correr, hasta llegar justo al límite de las viñas, donde

obedientemente me detuve, te lo prometo, mami, pero entonces la cometa, sin que yo hiciera nada, cayó justo en medio de los viñedos y tuve que ir a buscarla. Era el regalo tan bonito que me habíais hecho papá y tú.

—La próxima vez que no haya suficiente viento —replicó mi madre, acomodando con cada frase un mechón de pelo sobre mi frente—, trata de correr en otra dirección, lejos de los viñedos. En el campo hay suficiente espacio para correr hacia el otro lado.

Mirándome desde su altura, arqueó escépticamente una ceja, mientras dejaba caer sobre mí toda mi ropa hecha una bola.

—Sí, mamá —entoné, feliz de no recibir ningún castigo. No conseguí vestirme suficientemente a prisa: me dio una palmada en el trasero, como sabía que haría, y me llamó *Dummer Bub*, «niñito tonto».

—Noventa y nueve coma treinta por ciento a favor del Anschluss —leyó Pimmichen, con un gesto menos victorioso de lo deseado, al quedar interrumpido por una involuntaria caída del brazo—. Vaya, vaya, casi un ciento por ciento.

Antes de cerrar los ojos, consiguió pasarle las hojas arrugadas a mi madre, que las apartó sin decir nada.

Hubo muchos cambios y confusión en la escuela. El mapa cambió. Austria fue borrada y convertida en Ostmark, una provincia del Reich. Los libros antiguos cedieron paso a los nuevos, del mismo modo que nuestros viejos profesores fueron sustituidos por otros. Me dio pena no poder despedirme de *Herr Grassy*. Era mi maestro preferido, como también lo había sido de mi hermana, seis años antes. La primera vez que pasó lista se dio cuenta de que yo era el hermano pequeño de Ute Betzler y se me quedó mirando, tratando de encontrar el parecido. Los amigos de mis padres solían decir que nos parecíamos en la sonrisa, pero en ese momento yo no estaba sonriendo. Mi hermana era alumna suya el año en que murió. No podía dejar de pensar que probablemente él la recordaría mejor que yo.

Al día siguiente, me retuvo después de clase para enseñarme una especie de arca hecha con un coco, en cuyo interior había diminutos animales africanos labrados en maderas exóticas: jirafas, cebras, leones, monos, cocodrilos, gorilas y gacelas, todos en parejas, un macho y una hembra. Me dijo que la había encontrado en 1909 en un mercado de Johannesburgo, en Sudáfrica —Johannes, como yo—, y me la regaló. En mi alegría hubo una veta de culpabilidad. No era la primera vez que la muerte de mi hermana me procuraba regalos y atenciones.

*Fräulein Rahm* sustituyó a *Herr Grassy*. La razón, según nos dijo, era que gran parte de las asignaturas que él nos enseñaba, el noventa por ciento de la información que nos obligaba a memorizar, caía en el olvido antes de llegar a la edad adulta, por lo que resultaba del todo inútil. Sólo servía para que el Estado gastara un dinero que podía destinar a otros fines más provechosos para el pueblo. Nosotros éramos una nueva generación, una generación privilegiada, la primera en beneficiarse de los programas escolares modernizados y en estudiar asignaturas que las generaciones anteriores no habían tenido ocasión de aprender. Sentí pena por mis padres, y me propuse enseñarles por las noches todo lo que pudiera. Curiosamente, dejamos de aprender de los libros tanto como antes. El deporte se convirtió en nuestra principal asignatura. Pasábamos horas haciendo ejercicio para llegar a ser hombres fuertes y saludables, en lugar de debiluchas ratas de biblioteca.

Mi padre se había equivocado. Aquel hombre sí que nos concernía a los niñitos como yo. Él,

el Führer, Adolf Hitler, tenía una gran misión que confiarnos a los niños. Sólo nosotros, como niños que túramos, podíamos salvar el futuro de nuestra raza. Hasta entonces no sabíamos que la nuestra era la raza más selecta y más pura, y que además de ser listos, de tez clara, rubios, de ojos azules, altos y esbeltos, incluso nuestras cabezas presentaban un rasgo que las hacía superiores a las de cualquier otra raza: éramos «dolicocefalos», mientras que los otros eran «braquicefalos», lo cual quería decir que la forma de nuestra cabeza era delicadamente ovalada, mientras que la suya era primitivamente redonda. No veía la hora de volver a casa para contárselo a mi madre. ¡Qué orgullosa iba a estar de mí! Hasta ese momento, yo nunca había prestado la menor atención a mi cabeza, no a su forma, al menos. ¡Y pensar que tenía un tesoro así sobre los hombros!

Nos enseñaron cosas nuevas e intimidantes. La vida era una guerra constante, una lucha en que cada raza se enfrentaba a las demás por el territorio, la comida y la supremacía. Nuestra raza, la más pura de todas, no tenía suficientes tierras, y muchos de los nuestros vivían en el exilio. Otras razas tenían más hijos que la nuestra y se estaban mezclando con nosotros para debilitarnos. Comamos un gran peligro, pero el Führer confiaba en nosotros los niños. Éramos su futuro. ¡Cuánto me sorprendió saber que el Führer, el mismo que yo había visto en Heldenplatz vitoreado por las masas, el gigante de las vallas de toda Viena, el hombre que hasta hablaba por la radio, necesitaba a un niño como yo! Nunca hasta entonces me había sentido indispensable. Yo era un niño y, siendo los niños inferiores a los adultos, consideraba que lo mío era un defecto sólo subsanable con tiempo y paciencia.

Nos hicieron estudiar un gráfico de la escala evolutiva de las especies superiores. Los monos, los chimpancés, los orangutanes y los gorilas ocupaban el nivel más bajo, y se esforzaban por subir. El hombre estaba en lo alto. Cuando *Fräulein* Rahm empezó la lección, advertí que algunas de las figuras que yo había tomado por simios eran en realidad razas humanas, dibujadas con algunos de sus rasgos más acentuados, para que comprendiéramos mejor su relación con los primates. *Fräulein* Rahm nos hizo ver que una mujer negroide estaba más cerca del mono que del hombre, tal como habían podido comprobar los científicos, quitándole el pelaje a un simio. Nos dijo que era nuestro deber deshacernos de las razas peligrosas a medio camino entre el hombre y el mono. Además de ser sexualmente hiperactivas y brutales, no compartían con nosotros los sentimientos superiores del amor y el cortejo. Eran parásitos inferiores, que sólo podían debilitarnos y abatir a nuestra raza.

Mathias Hammer, famoso por sus preguntas raras, quiso saber si no llegarían a ascender las otras razas por la escala evolutiva, tal como habíamos hecho nosotros, si les concedíamos suficiente tiempo. En lugar de regañar a Mathias, como me temía, *Fräulein* Rahm dijo que su pregunta iba al meollo de la cuestión. Dibujó una montaña en la pizarra y nos dijo:

—Si una raza tarda todo este tiempo en evolucionar desde aquí hasta aquí, y otra raza tarda tres veces más, ¿cuál de las dos es superior?

La primera, convinimos todos.

—Cuando las razas inferiores alcancen la cima donde nosotros nos encontramos ahora, ya no estaremos aquí, sino aquí, mucho más arriba.

Dibujó rápidamente, sin mirar, y la cumbre añadida resultó ser demasiado alta y empinada para parecer estable.

La raza a la que debíamos temer más que a ninguna otra era la llamada *judisch*. Los judíos eran una mezcla de muchas cosas: orientales, amerindios, africanos y nuestra propia raza. Eran



especialmente peligrosos porque habían tomado de nosotros nuestra piel blanca, para engañarnos con más facilidad. «No confiéis nunca en un zorro judío», nos recordaban constantemente. «Los judíos son hijos del diablo». «Los judíos sacrifican niños cristianos y usan su sangre para sus rituales». «Si no conquistamos el mundo, ellos lo harán». «Por eso quieren mezclar su sangre con la nuestra: para fortalecerse a sí mismos y debilitarnos a nosotros». Empecé a sentir un temor clínico a los judíos. Eran como los virus que nunca había visto, pero causaban la gripe y otros padecimientos, según me habían enseñado.

Una vez leí un cuento que trataba de una chica alemana a quien sus padres habían advertido que no fuera a ver a un médico judío. Ella desobedeció, y se encontraba ya en la sala de espera cuando oyó gritos en el interior de la consulta. Convencida de que haría mal en entrar, se incorporó para marcharse, pero justo en ese instante el doctor abrió la puerta y le indicó que pasara. Sólo por la ilustración, se veía claramente quién era el médico: el mismísimo Satanás. En otros libros para niños, yo me fijaba bien en los judíos, para estar seguro de que los reconocería nada más verlos. Me preguntaba cómo era posible que engañaran a nadie, sobre todo a arios perspicaces como nosotros. Tenían los labios gruesos, la nariz grande y ganchuda, y unos ojos oscuros y malignos que siempre miraban de lado. Eran rechonchos, llevaban adornos de oro alrededor del cuello y tenían el pelo desordenado y las patillas descuidadas.

Lo malo es que en casa no me otorgaban el reconocimiento que merecía. Cuando le enseñaba a mi madre mi hermosa cabeza, sólo se le ocurría despeinarme. Cuando le anunciaba que yo era el porvenir —*Zukunft*, en alemán— y que el Führer confiaba en mí para conquistar el mundo algún día, ella se echaba a reír y me llamaba *Zukunftie*, «Futurillo», haciéndome parecer gracioso, en lugar de serio e importante como era.

Tampoco mi padre aceptaba mi nueva categoría. No agradecía en lo más mínimo mi buena disposición para enseñarle hechos importantes. Desdeñaba mis conocimientos y decía que eran majaderías. Se oponía a que los saludara a él, a mi madre o a Pimmichen con un *Heil, Hitler*, en lugar de los tradicionales *Guten Tag*, «buenos días», o *Grüß Gott*, expresión medieval que ya nadie recuerda si significa «saludos a Dios», «saludos de Dios» o «saluda a Dios de mi parte». Para entonces, todos en el Reich habíamos adquirido el automatismo de saludarnos con un *Heil, Hitler*, incluso en interacciones sin importancia, como comprar el pan o subir a un tranvía. Era lo que la gente se decía.

Intenté razonar con mi padre. Si no protegíamos a nuestra raza, el resultado era cuestión de lógica, pero mi padre adujo que no creía en la lógica. Me pareció increíble en alguien que tenía una fábrica: ¿cómo era posible que no creyese en la lógica? Su respuesta era tan tonta que seguramente me estaba tomando el pelo. Me aseguró que no, que las emociones son la única guía digna de nuestra confianza, incluso en los negocios. Dijo que la gente cree analizar las situaciones con la mente y considera que sus emociones no son más que el resultado de la cognición, pero en realidad no es así. La inteligencia no está en la cabeza, sino en el cuerpo. A veces sales de una reunión preguntándote «¿por qué estoy enfadado, cuando debería estar saltando de alegría?». Otras veces paseas por un parque en un día soleado y no entiendes por qué sientes el corazón oprimido ni sabes qué diablos te preocupa. Sólo más tarde lo analizas. Las emociones centran tu atención en lo que la lógica no puede encontrar por sí sola.

No fui suficientemente rápido para encontrar un buen ejemplo que le demostrara su error. Lo encontré más tarde, en la cama, y fue el único que se me ocurrió:

—Si un extraño te ofreciera estadísticas comprobadas de tu negocio, ¿las tirarías a la papelera sólo porque tuvieras la impresión de que están equivocadas? ¿Preferirías confiar en sensaciones ilógicas, antes que en hechos demostrados?

Por toda respuesta recitó una retahíla de números, entre cuatrocientos treinta y cuatrocientos cuarenta *hertzios*, y me preguntó qué significaban para mí aquellas cifras, aplicando la lógica. Yo no respondí, contrariado al ver que eludía el tema de la discusión y encima me salía con una cursilada, ya que *hertz* suena igual que *Herz*, que en alemán quiere decir «corazón».

—Para tu cerebro, esas cifras no significan nada, sólo unas frecuencias de onda; puedes estudiarlas cuanto quieras sobre el papel, y aun así no conseguirás sacar nada en claro. Pero...

Se acercó al piano, tocó unas teclas y me miró de una manera que me obligó a desviar la vista.

—Escucha estas notas, hijo, y sabrás lo que siento cuando te oigo hablar así. La lógica no te llevará a ningún sitio que merezca la pena en esta vida. Te llevará a muchos lugares, a muchos y muy variados, desde luego que sí, pero a ninguno que realmente merezca la pena, le lo aseguro, cuando vuelvas la vista atrás y repases tu vida. Las emociones son la inteligencia de Dios en nosotros, en ti. Aprende a escuchar a Dios.

No pude contenerme más, y estallé:

—¡Yo ya no creo en Dios! ¡Dios no existe! ¡Dios no es más que una manera de mentir al pueblo! ¡Una forma de engañar a la gente y obligarla a hacer lo que quieren los poderosos!

Pensé que se iba a enfadar, pero no fue así.

—Si Dios no existe, tampoco existe el hombre.

—Eso es una tontería, papá, y tú lo sabes. Estamos aquí. Yo estoy aquí. Puedo demostrarlo.

Me palmoteé los brazos y las piernas.

—Entonces lo que realmente te estás preguntando es si Dios creó al hombre o el hombre a Dios; pero, en ambos casos, Dios existe.

—No, padre. Si el hombre inventó a Dios, Dios no existe. Solamente existe en la mente de las personas.

—Has dicho «existe».

—Pero sólo como parte del hombre.

—Un hombre crea un cuadro. El cuadro no es el hombre que lo creó, ni una parte de ese hombre, sino algo totalmente separado de ese hombre. Las creaciones escapan al hombre.

—Un cuadro se puede ver, es real; Dios no se puede ver. Si sales y gritas «¡Hola, Dios!», nadie te responderá.

—¿Alguna vez has visto el amor? ¿Lo has tocado con la mano?

¿Te basta con llamarlo, «¡Eh, amor!», para que acuda corriendo sobre sus cuatro patas veloces? No dejes que tus jóvenes ojos te engañen. Las cosas más importantes de esta vida no pueden verse.

Nuestra discusión prosiguió en círculos, hasta que yo llegué a la conclusión de que Dios era la más estúpida de todas las invenciones del hombre. Mi padre rió tristemente y me dijo que estaba completamente equivocado, que Dios era la más bella de las invenciones del hombre, y el hombre, la más estúpida de las invenciones de Dios. Estábamos a punto de enzarzarnos en una nueva discusión, pues yo tenía una elevadísima opinión del hombre y de sus capacidades, cuando mi madre insistió en que necesitaba mi ayuda para sostener un molde boca abajo, mientras ella intentaba desmoldar la tarta. Distraída, la había dejado demasiado tiempo en el horno. Reconocí

su vieja táctica.

La peor discusión que tuve con mi padre fue a propósito de nuestra concepción del mundo. Yo lo veía como un lugar enfermizo y contaminado, necesitado de una buena limpieza, y mi sueño era verlo algún día habitado únicamente por arios sanos y felices. Mi padre prefería la mediocridad.

—¡Qué aburrimiento, qué aburrimiento! —exclamó—. ¡Un mundo donde todos tuvieran los mismos hijos con carita de muñecos, los mismos pensamientos aceptables, e idénticos jardines que podarían el mismo día de la semana! ¡Nada es tan necesario para la existencia como la diversidad! Necesitamos diferentes razas, idiomas e ideas, no sólo por su valor propio, sino para saber quiénes somos. ¿Quién eres tú, en tu mundo ideal? ¿Quién? ¡No lo sabes! Eres tan parecido a todo lo que te rodea que desapareces. ¡Un lagarto verde sobre un árbol verde!

Aquella vez lo vi tan afligido que no insistí, y decidí no volver a sacar el tema. Pero, cuando ya me había ido a la cama, oí que mis padres hablaban en su habitación y apoyé la oreja en la puerta para distinguir lo que decían. A mi madre le preocupaba que mi padre discutiera ese tipo de cosas conmigo, porque los profesores en el colegio podían preguntarnos por los temas de los que hablábamos en casa. Lo preguntarían de tal manera que yo no me apercibiría del peligro. Era demasiado pequeño e inocente para saber cuándo me convenía cerrar la boca.

¡Ya hay suficiente gente que temer ahí fuera! ¡No voy a empezar a tener miedo de mi propio hijo!

—Debes tener cuidado. Tienes que prometerme que no volverás a discutir con él de esas cosas.

—Tengo el deber de educar a mi hijo, Roswita.

—Imagina los problemas que podrías causarle si aceptara tus Ideas.

Mi padre reconoció que a veces olvidaba que estaba discutiendo conmigo, y que se sentía como si les estuviera hablando a «ellos». Dijo que el lenguaje era más personal que un cepillo de dientes, que en seguida se percataba de cuando alguien usaba lenguaje ajeno en una carta o una conversación, y que oír las palabras de ellos en boca de su muchachito le disgustaba profundamente.

### III

El 19 de abril, la víspera del cumpleaños de Adolf Hitler, como era costumbre, ingresé en el *Jungvolk*, la sección infantil de las *Hitlerjugend* o Juventudes Hitlerianas. Mis padres no tuvieron opción: era obligatorio. Mi madre trató de animar a mi padre, diciéndole que al no tener hermanos me estaba volviendo un niño solitario y que me harían bien la vida al aire libre y la compañía de otros niños. Le indicó que incluso en los grupos juveniles católicos estaban aprendiendo a manejar armas y a tirar al blanco, por lo que no debía tomarlo como si me mandaran al frente ruso. Mi madre —se lo noté en la cara— me encontró guapo en mi uniforme, aun a su pesar. Me ajustó la camisa marrón, me anudó el pañuelo y me dio un cariñoso tirón de orejas. Mi padre prácticamente no levantó la vista del café para mirarme. No pude dejar de pensar que, si estuviese partiendo a la Gran Guerra, probablemente habría actuado con idéntica indiferencia.

Ese verano nos asignaron a los del *Jungvolk* nuestra primera tarea importante. Todos los libros que promovían la decadencia o la perversidad habían sido reunidos en la ciudad, y nosotros teníamos que quemarlos. La temperatura era alta aquel mes. Por la noche era imposible soportar las sábanas y, con nuestras hogueras, el calor llegó a hacerse intolerable. Los más pequeños teníamos que cargar con los libros y entregárselos a los chicos de las *Hitlerjugend*, a quienes correspondía el auténtico privilegio de echarlos al fuego. Todos los muchachos de mi edad los envidiábamos, porque obviamente su parte era la más divertida. Si uno de nosotros tiraba un libro por su cuenta, se llevaba una colleja.

Pronto, el aire alrededor de la hoguera se volvió candente y difícil de respirar. El humo era negro yapestaba a tinta quemada. Los libros no se doblegaban fácilmente a la perspectiva de arder: estallaban con un estruendo que rompía los tímpanos o disparaban brasas al rojo que amenazaban nuestros ojos y nuestra ropa. La jerarquía establecida no duró mucho tiempo. Al cabo de un rato, el trabajo de tirar los libros al fuego pasó a ser la función de los parias. ¡Cuánto me costó, con mis brazos flacos, echar libro tras libro, volumen tras volumen, a suficiente distancia entre las llamas! Un nombre me llamó la atención: Sigmund Freud. Lo había visto antes en casa, en las estanterías de nuestra biblioteca. Lo seguían Kurt Freitag, Paul Nettel, Heinrich Heine y Robert Musil, así como uno de mis textos de historia, probablemente obsoleto. Torpemente, lo arrojé cerca de mis pies. El fuego no conocía límites, y muy pronto también aquel libro comenzó a humear y a marchitarse; algunas páginas revolotearon por el aire; un par de saltos, un último impulso vital, incandescente, desmenuzándose.

Cuando volví a casa, había en nuestra biblioteca huecos que me inspiraron una vaga sensación de incomodidad, como si al apretar las teclas de un piano no volvieran a levantarse. En algunos puntos, todo el contenido de un estante se había desmoronado como las fichas de un dominó, disimulando los libros que faltaban. Mi madre subía la escalera trabajosamente, cargada de ropa

para lavar. Cuando volvió a bajar, se sobresaltó al verme. Lo atribuí a mi cara ennegrecida; pero al ayudarla con el siguiente cargamento, me sorprendió ver una cesta llena hasta arriba de libros. Vacilando en la elección de las palabras, me explicó, ejem, que los guardaba por si llegado el invierno no teníamos suficiente papel de periódico para prender el fuego en nuestra chimenea, y que era inútil quemarlos cuando hacía tanto calor. Yo me quedé sin habla; sólo podía preguntarme si no sabría ella en qué líos podía meternos. Me dijo que me quitara los zapatos y que fuera a darme un baño.

Curiosamente, cuando la obligaron a asistir a clases para madres, la atmósfera familiar se aligeró. Mi padre se divertía haciéndole bromas durante la cena. Una vez dio un puñetazo en la mesa y le tendió el plato para que le sirviera otra porción, gritando que ya era hora de que asistiera a clases para esposas. A Pimmichen y a mí nos encantó cuando la reconvinó por estar lejos aún de conseguir la *Deutschen Mutter Orden*, la «Orden de la Madre Alemana», concedida a las mujeres que traían cinco niños al mundo. Ella se ruborizó, especialmente cuando yo me sumé al requerimiento: «¡Sí, mamá, más hermanos!». Y también Pimmichen: «¿Empiezo ya a hacer punto?».

Nuestra insistencia no hizo más que aumentar cuando mi madre nos recordó suavemente, acomodándose el fino pelo castaño detrás de las orejas, que se estaba haciendo demasiado mayor para tener más hijos. Iba a la caza de piropos y los consiguió. Mi padre le dijo que esperaba que en las clases para madres le enseñaran *la manera* de fabricar bebés guapos y regordetes. Pimmichen le dio una palmada en la mano para que callara, pero nada de eso era un secreto para mí. Yo ya había aprendido en la escuela todo lo que había que saber acerca de esos mecanismos científicos.

Mi padre suspiró y reconoció que se había casado demasiado pronto. Si hubiese esperado, podrían haber obtenido un préstamo por matrimonio, con la posibilidad de cancelar la cuarta parte de la deuda cada vez que tuvieran un niño. Mi madre podría haber sido una inversión interesante. ¿No podían divorciarse y empezar de nuevo? Ella bizqueó, fingiendo enfado, y respondió que sólo accedería si mi padre le permitía comprarse vestidos nuevos con su dinero de pega. Se refería al Reichsmark, la moneda del Reich, que todavía se nos hacía extraña. Tenía los pómulos anchos y los labios finos y bonitos, pero no conservó mucho tiempo la expresión grave. La boca se le empezó a retorcer y a contorsionar, hasta que la carcajada de mi padre liberó su sonrisa. Me gustaba que mis padres se demostraran afecto delante de nosotros. Cada vez que mi padre besaba a mi madre en la mejilla, yo besaba a mi abuela.

El ambiente alegre duró poco. Creo que fue justo al mes siguiente, posiblemente octubre, cuando empezaron los problemas. Todo comenzó cuando varios miles de miembros de los grupos de jóvenes católicos se reunieron para oír misa en la catedral de San Esteban. Fuera del edificio había más de los que cabían entre los viejos muros de piedra. Después, delante de la catedral, en el corazón de Viena, entonaron himnos religiosos y canciones patrióticas austríacas. Su lema era «Cristo es nuestro guía», y «guía», en alemán, es *Führer*. El acto había sido convocado por el cardenal Inmitzer.

Yo no estuve allí, pero me enteré de lo sucedido en una reunión de nuestro grupo juvenil convocada de urgencia. Andreas y Stefan, que si habían asistido a la concentración, nos ofrecieron una vivida descripción del acto. Puesto que he decidido ser honesto, he de admitir que para entonces Adolf Hitler era tan importante para mí como mi padre, o tal vez más. Indudablemente

era más importante que Dios, en quien había perdido la fe. La expresión «Heil, Hitler», en su sentido imperial de «¡Ave, Hitler!», tenía una connotación sagrada. Estábamos furiosos. El acto había sido una amenaza, un insulto a nuestro amado Führer, un sacrilegio. No íbamos a tolerarlo sin más. Al día siguiente nos unimos a los chicos mayores de las Juventudes Hitlerianas para irrumpir en el palacio episcopal y defender a nuestro Führer derribando todo lo que encontramos a nuestro paso: cirios, espejos, ornamentos, imágenes de la Virgen y antifonarios. Aparte de los rezos, los esfuerzos por contenernos fueron mínimos y, en algunas salas, inexistentes.

Unos días después, estaba yo en Heldenplatz en medio de una muchedumbre comparable a la que había visto más de medio año antes con mi padre. Las pancartas, «Innitzer y los judíos, un mismo linaje», «Los curas, a las mazmorras», «No necesitamos políticos católicos», «Sin judíos y sin Roma construiremos una auténtica catedral alemana» y otras, todas de grandes dimensiones, aleteaban al viento, produciendo sonidos como los que podría haber hecho un pájaro enorme, según imaginé. Era grande la tentación y decidí que esta vez treparía a uno de los monumentos, preferiblemente al caballo del príncipe Eugenio, que me gustaba más que el del archiduque Carlos. Se lo señalé con un codazo a Kippi y Andreas, pero adujeron que la muchedumbre era demasiado densa para atravesarla. Aquello no me detuvo. Estaba decidido y era suficientemente pequeño. Me abrí paso entre la gente y, después de algunos resbalones, conseguí encaramarme a la fría pata delantera del caballo. La rodeé con un brazo y me agarré con fuerza, para que no me empujaran ni me desplazaran los que estaban de pie delante de mí. Desde arriba, el griterío era diferente, casi mágico. Contemplé la masa de pequeños individuos moviéndose. Me recordaba a un árbol ruidoso, animado con invisibles gorriones, y a lo que sucede cuando por alguna enigmática razón todos echan a volar y ya no se oyen cantos, sólo un tremendo aleteo, y entonces la masa emerge del árbol, y un cuerpo compuesto por incontables puntos vacilantes, un cuerpo que alguna fuerza perfecta e infalible mantiene unido y hace girar, torcer y caer en picado en el cielo, levanta la cabeza como una sola criatura gigantesca.

Poco después de los sucesos que acabo de referir, el frío de noviembre llegó para quedarse: el cielo, despejado; el sol, un distante punto blanco; los árboles, desnudos. Había tensión en el ambiente. Aquel noviembre, lo recuerdo bien, empezó a circular el rumor de que un estudiante judío había entrado en la embajada alemana en París y había disparado contra un funcionario. Los rumores crecieron como una bola de nieve, en la calle se empezó a hablar de venganza y la gente acabó rompiendo los escaparates de diversas tiendas de judíos en todo el Reich. A mí no me dejaron salir para verlo, pero lo escuché por la radio. Lo llamaron *Kristallnacht*, «la noche de los cristales rotos», y yo imaginaba el vidrio triturado cubriendo como nieve las calles y las aceras del Reich, el tintineo hueco, el sonsonete de los fragmentos que seguirían cayendo, y las estalactitas de cristal aferradas a los marcos de los escaparates, un decorado ártico, resplandeciente y a la vez siniestro.

Después, mi padre empezó a ausentarse durante días enteros, y cuando no estaba fuera, era tan sombrío su estado de ánimo que hubiese preferido que no estuviera. Ya nadie bromeaba en casa, sobre todo desde que la fábrica, Bomberg & Betzler, había cambiado abruptamente su nombre por el de Betzler & Betzler. Hasta mi madre y mi abuela se andaban con tiento cuando hablaban con él. Bajaban la voz para preguntarle si quería un café, o tal vez algo de comer. Entraban de

puntillas en la habitación donde estaba cavilando, le dejaban cerca la bandeja y no refunfuñaban si se dejaba en el plato una galleta medio mordisqueada, junto con las demás. Ellas se comportaban como ratoncitos, y él comía como si lo fuera.

Yo era el único que se divertía, lejos de casa y de sus muchas y complejas tensiones. Atravesando futuros campos de girasoles, trigo y maíz, marchábamos y cantábamos. Entre el envidioso griterío de los grajos, disfrutábamos de nuestras raciones de pan con mantequilla, que nunca me supo mejor que entonces, con los tenues rayos del sol calentándonos la espalda. Más allá de la parda vastedad había otra, y después otra más. Cada vez llegábamos más lejos; con el macuto a la espalda, diez kilómetros se hacían pesados, tenía ampollas en los pies, cómo me dolían, pero no me quejaba. Tampoco Kippi, mi nuevo amigo. Cuanto más cojeaba, más intentaba disimularlo. Íbamos a conquistar el mundo, lo haríamos por el Führer, aunque a veces no podía evitar la idea de que el mundo era un lugar muy grande.

Uno de aquellos fines de semana fuimos a un campamento especial de supervivencia en la naturaleza. Con menos habilidad que suerte, encontramos moras verdes, pescamos varias truchas pequeñas y atrapamos una liebre. No nos llenamos la barriga, pero las canciones de victoria que entonamos junto al fuego nos llenaron la cabeza. La noche a cielo abierto se nos hizo ardua; por fortuna, el camión que nos seguía nos proporcionó un desayuno sustancioso cuando llegó la ansiada mañana.

Nuestro capitán, Josef Ritter, era sólo dos años mayor que nosotros, pero sabía mucho más. Nos enseñó un juego nuevo. Nos hizo dividirnos en dos equipos de diferente color y nos repartió brazaletes. Teníamos que tomar prisioneros a los chicos del equipo contrario, tirándolos al suelo. Marcó el terreno y dio la salida.

Yo corrí como si me fuera la vida en ello, fue muy divertido. Nuestro equipo, el azul, hizo cuatro prisioneros más que el rojo, por lo que ganamos. Kippi se comportó como un héroe. Cuando él ya había capturado a tres prisioneros, yo no había hecho más que eludir ataques y no había atrapado ninguno. Entonces vi que uno de los rojos trataba de derribar a Kippi, acudí para salvarlo y, con su ayuda, conseguí mi primer prisionero. Después de eso corrí por todo el terreno tratando de encontrarlo, derribé a otros dos chicos y finalmente fui capturado. Los prisioneros teníamos que esperar sentados bajo las ramas de un viejo abeto, y fue allí donde vi a Kippi descalzo, con las ampollas de los pies rojas y abiertas. No se me había ocurrido buscarlo en ese lugar. Me atacó con el olor de sus zapatos y yo me defendí con algo aún peor, el olor de los míos.

Llegué a casa exhausto, casi no podía subir los peldaños sin agarrarme al pasamanos. Mi madre se alarmó al verme, me llamó su pobrecito bebé, su niño cansado, pero yo no estaba de humor para besos ni abrazos. Me senté en la cama para quitarme las botas de marcha y me tumbé para desabrocharles las hebillas, con los pies en el aire... ¡eran tan pesadas! Me desperté por la mañana igual de mugriento, pero con un pijama que olía a limpio y tenía un dibujo de perritos que me hizo sentir como un tonto, entre otras cosas porque no recordaba haberme desvestido. Creí estar en una habitación ajena, porque mirando de un extremo a otro de las paredes no vi más que color albaricoque, en lugar de verde oliva. Donde antes estaban mis mapas militares, mi cuadro de nudos y mi máscara antigás, había estampas enmarcadas de cerezos y manzanos en flor. En mi cuarto había animales de peluche, pero estaban guardados en un baúl. Ahora habían salido y estaban sobre mi escritorio: el canguro, el pingüino y el búfalo, con la cabeza ligeramente ladeada y una expresión de pedir disculpas, como si tampoco ellos acabaran de creerse su recuperación

categoría.

No le dije nada a mi madre, pese a su mirada expectante. Finalmente me limité a preguntarle dónde había puesto mis navajas, y ella aprovechó la oportunidad que estaba esperando para decirme, de un modo que me sonó a discurso largamente ensayado, que mi habitación más parecía la de un soldado que la de un niño, que una casa no era un cuartel, que le afligía pasar junto a mi puerta abierta, porque con lo poco que yo estaba en casa a veces se sentía como una madre que hubiese perdido a su hijo en la guerra, y que, tras la muerte de Ute, ella había quedado muy sensible, yo tenía que entenderlo; pensaba, además, que el bonito trabajo de decoración que había hecho en mi ausencia iba a ser de mi agrado. Pimmichen acompañaba cada una de sus aseveraciones con un gesto de asentimiento, como si ya hubiesen hablado largamente del asunto entre ellas y se estuviera asegurando de que mi madre no olvidaba mencionar ningún punto de la lista.

Yo no discutí, y hasta pensé en no decir nada para no herir sus sentimientos, pero no pude reprimir un bajo instinto en mi interior que me impulsó a decir que era *mi* habitación. Ella admitió que era mi habitación, pero me recordó a su vez que mi habitación estaba en *su* casa. Iniciamos así una rocambolesca discusión sobre derechos territoriales y sobre quién tenía derecho a hacer qué cosa, bajo el techo de quién, detrás de qué puerta y entre qué paredes. Nuestros respectivos derechos y territorios parecían superponerse en aquel pequeño cuadrado que considerábamos mi habitación. Al final, nuestro debate se volvió menos racional, ella se atrincheró en sus sentimientos maternos de buena voluntad y yo en las violaciones de la intimidad, hasta que ella zanjó la discusión: «¡El Führer está sembrando la guerra en todas las familias!».

Días después, al volver de la escuela, me encontré con Kippi, Stefan, Andreas, Werner y nada menos que con Josef, el líder del campamento, sentados en torno a nuestra mesa, con los gorritos cónicos de papel que mi madre les había repartido. Aunque lo intenté, no conseguí disimular mi turbación, sobre todo cuando vi que también mi abuela llevaba puesto un gorrito. Se había quedado dormida en su sillón y estaba roncando, y el gorrito le apartaba el pelo hacia un lado, de tal manera que parte de su cuero cabelludo, rosa pálido, quedaba al descubierto. Los globos que mi madre había elegido para adornar el salón también eran de color rosa, para que combinaran con el pastel, pero a decir verdad yo habría preferido cualquier otro color, incluido el negro.

Mi madre fue la primera en gritar feliz cumpleaños, arrojar confeti y empezar a bailar de un lado para otro. Josef, nuestro capitán, sonrió sin sumarse del todo a la algarabía, y yo supe exactamente lo que estaba pensando. A los chicos del Jungvolk, de diez a catorce años, nos llamaban *Pimpfe*. La palabra, tal como suena, corresponde a esa poco agraciada edad, llena de complejos, cuando se es demasiado mayor para ser niño y demasiado joven para ser hombre. Por la forma en que mi madre me felicitó cuando apagué unas velitas que cualquiera habría apagado al primer intento con un parpadeo —rebotante de orgullo materno, como si hubiera cumplido una gran hazaña—, sentí que mis doce años encogían más a prisa que las doce velitas derretidas, que ahora inclinaban tristemente sus mechas, tan desgraciadas como yo.

Después de la segunda porción de pastel, puede decirse que empezábamos a divertirnos, repasando las incidencias de nuestro último campamento de supervivencia, cuando mi madre insistió en que abriera mis regalos delante de todos. Intenté escabullirme, pero los otros me lo impidieron. Reconocí el regalo de mis padres por el papel de fantasía, y lo aparté, para abrir primero los de mis amigos. Stefan y Andreas, que eran gemelos, me regalaron una linterna; Josef,



un cartel del Führer que ya tenía, y Werner, las partituras del *Horst Wessel Lied* y del *Deutschland über Alles*, que en Viena estaban prácticamente agotadas. Pimmichen me había bordado unos pañuelos con mis iniciales. Kippi me dio una fotografía de Baldur von Schirach, el líder de las Juventudes Hitlerianas de todo el Reich. Josef se mostró muy complacido, lo cual me hizo sentir mucho mejor, hasta que mi madre pidió ver la foto y le preguntó a Kippi si era de su hermano mayor, o quizá de su padre. En lugar de dejarlo estar, siguió insistiendo en que veía cierto parecido, y sólo cuando Kippi se hubo puesto rojo como un tomate admitió que tal vez era sólo por el uniforme.

Inevitablemente, tuve que abrir el regalo de mis padres, y debo decir que, de haberlo recibido un año antes, me habría encantado. Era un chucho de juguete que ladraba y saltaba. No sé dónde lo habrían conseguido, porque supuestamente ya no se vendían juguetes en el Reich. Mi madre lo había elegido porque yo siempre había querido tener un perro y ella era alérgica al pelo de los animales; era, por tanto, un regalo simbólico, un gesto por su parte. Mis aminos sonrieron lo mejor que pudieron: éramos demasiado mayores para juguetes, por muy bonitos que fueran. Agobiado, agradecí el regalo, deseando secretamente que mi madre no hubiera venido encima a darme un beso, que para colmo fue de los sonoros.

Los chicos le dieron las gracias a mi madre por la invitación y empezaron a recoger sus cosas. Josef nos recordó que el fin de semana siguiente debíamos reunimos antes del alba, porque íbamos a recorrer todavía más kilómetros. En ese instante entró mi padre en casa, arrancándose la corbata y desabotonándose el cuello de la camisa de una manera que parecía como si estuviese a punto de enzarzarse en una pelea.

—Johannes no podrá ir —interrumpió.

—Heil, Hitler.

Cuatro ecos siguieron al saludo de Josef.

—Heil, Hitler.

—¿Por qué? —preguntó Josef mirándome, asombrado y ofendido.

—¿Por qué? ¿No has visto cómo tiene los pies? No quiero que coja una infección.

—¿Qué dices! —protesté yo.

—Las ampollas no son causa médica de inasistencia. Tiene que venir.

—Mi hijo descansará con su familia este fin de semana. Nunca más volverá a casa como el otro día, incapaz de andar y desmayándose de cansancio. Una infección puede producir gangrena.

—¡No me desmayé de cansancio! ¡Me quedé dormido! ¡Papá! ¡Tú ni siquiera estabas en casa!

Mi madre, visiblemente incómoda y apoyándose ora en un pie, ora en otro, le aseguró a Josef que asistiría al siguiente campamento.

—Si no viene a éste, tendré que informar de ello. No me dejan ustedes otra opción.

—¡Pero no puede andar! —suplicó—. Mi pobre niño.

—¡Sí que puedo! Son sólo ampollas, ¡a quién le importan!

—Debería llevar otras botas. Ya se lo he advertido. Las tuyas son inadecuadas.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó mi madre.

—No son de nuestro estilo. Deben tener cordones, como las nuestras. Las tuyas son demasiado oscuras, demasiado grandes. Son botas de campo.

Dijo «de campo», dando a entender «de campesino». Yo sabía que mi madre se ofendería. De todos modos, no hizo nada por disimularlo. Para ella era un orgullo que yo llevara las viejas botas

de marcha que su padre había usado de niño. Y ahora resultaba que las botas del abuelo no eran suficientemente buenas.

—Mi hijo no es consciente de los riesgos a largo plazo que puede ocasionar abusar de los pies —intervino mi padre.

—¿Tiene los pies planos como usted?

Asombrado primero, mi padre me miró de arriba abajo, con la expresión de quien se siente traicionado. Los pies planos eran simplemente un tema que Josef y yo habíamos tocado una vez junto al fuego del campamento, y era cierto que había mencionado los de mi padre, pero sin la menor intención de decir nada malo de él, como ahora Josef había insinuado.

—No, que yo sepa.

—Entonces, por el bien de su hijo, y también por el suyo, será mejor que venga.

Josef estaba decidido. Pese a su corta edad, con su uniforme, tenía todo el aspecto de una amenaza militar. Mi padre, pude notarlo, estuvo a punto de decir lo que pensaba, pero la mirada suplicante de mi madre consiguió impedirlo.

## IV

Al cabo de tres años de impaciencia, Kippi, Stefan, Andreas y yo tuvimos edad suficiente para ingresar en las Juventudes Hitlerianas, listábamos eufóricos, sobre todo Kippi y yo, que soñábamos con pertenecer a la guardia personal de Adolf Hitler cuando fuéramos mayores, pues habíamos oído decir que el proceso de selección era tan riguroso que una muela picada era suficiente para que te rechazaran. Nos gustaba repasar todos los defectos que podían descalificarnos y ponerles remedio: falta de fuerza, resistencia o valor, ciertamente, pero más a menudo insignificancias como la caries dental, contra la cual éramos de los pocos dispuestos a cepillarse los dientes en el campamento. Yo tenía una uña encarnada y Kippi solía operármela. No podía permitir que un defecto menor empañara mi historial médico. Se suponía que debíamos soportar el dolor sin ni siquiera parpadear, pero la resignación estoica tampoco era suficiente, por lo que me echaba a reír nada más ver las tijeras. Kippi añadía dramatismo abriéndolas y cerrándolas, como si fueran un pico hambriento, pero entonces veía la expresión de mi cara y tenía que parar para reírse. A veces pasaban varios minutos antes de que pudiera empezar de nuevo.

Por su parte, Kippi, a los quince años, tenía pelos que le sobresalían de las orejas, y los dos llegamos a la conclusión de que el Führer podía interpretar eso como un rasgo primitivo más propio de un mono. La expresión humillada en la cara de Kippi fue suficiente para hacerme reír hasta quedar sin aliento. Fue mi ocasión de tomarme la revancha, y si hasta entonces él lo había tenido fácil en comparación conmigo, las pinzas también tenían su pico hambriento, y se abrían y se cerraban antes de arrancarle de tres en tres aquellos pelos.

La época de diversión y aventuras infantiles terminó con el Jungvolk. Los campamentos de las Juventudes Hitlerianas eran duros, y también lo era la competición deportiva. Ya nadie decía «no es más que un juego», porque estaba claro que no lo era. Era una prueba de superioridad. El ascenso en la escala tuvo sus inconvenientes. De ser el mayor, había pasado a ser el más joven, y lo mismo le había sucedido a mi fuerza. Los chicos mayores eran muy buenos en esgrima. Yo les salía al paso agitando el florete como un loco, y a ellos les bastaba un par de escuetos movimientos para quitármelo de las manos. Eran buenos jinetes y sabían saltar. En cambio, yo tenía que disimular mi temor cuando iba a ensillar mi caballo, que me enseñaba los dientes para hacerme ver, más allá de toda duda, que iba a morderme si le apretaba demasiado la cincha. Aquellos días pasaba mucho miedo.

Los chicos mayores molestaban a los pequeños y los obligaban a lustrarles los zapatos y a acariciarles la entrepierna. A nadie le gustaba, pero nos pegaban si nos negábamos a hacerlo. A veces alguno de los pequeños se chivaba, y entonces los mayores se veían metidos en un buen lío. Ninguna forma de homosexualidad, por leve que fuera, era tolerable en el régimen de Adolf Hitler. Pero los chivatazos iban seguidos de un ajuste de cuentas, y los ajustes de cuentas, de un nuevo

chivatazo; las amenazas engendraban amenazas aún mayores, y aquello no terminaba nunca. Cuando salíamos a pedir el *Winterhilfe*, dinero y otras donaciones para que los pobres resistieran el invierno de octubre a marzo, algunos chicos se lo quedaban para gastarlo en mujeres.

En uno de nuestros ejercicios tuvimos que matar los patos de un corral con las manos desnudas. Fue mortificante, porque cuando abrimos la verja, salieron confiados, haciendo *cua-cuá* como si pudiéramos entender las particularidades de sus deseos. A una de las patas la seguía una docena de patitos, que también tuvimos que matar. Fue como matar nuestra propia infancia, como sofocar la sensación de maravilla y asombro de cuando éramos niños. Si algún chico se echaba a llorar después de cumplir la hazaña, era objeto de tales burlas y recriminaciones que nadie hubiese querido estar en su lugar. ¿Acaso no comía aves de corral como todo el mundo? ¿No le gustaba ver pato en la mesa, cuando eran otros los que trabajaban para prepararlo? ¡Entonces no era más que un hipócrita, un llorica y un inútil! ¡Y, por favor, si había alguien más como él, que lo dijera! En algún rincón de mi mente empecé a aporrear con los puños el teclado del piano, que de todos modos nunca aprendí a tocar; quizá eso me ayudó a no oír el ruido de los cuellos al romperse.

Después, Kippi me preguntó si sería capaz de matarlo a él por el Führer. Lo miré. Su cara me era tan familiar que no podría haberlo hecho. Tampoco él podría haberme matado a mí. Pero los dos convinimos en que aquello no estaba bien; éramos débiles y teníamos que remediarlo. Según nos había dicho uno de nuestros superiores, lo ideal era que fuésemos capaces de estrellar la cabeza de un bebé contra un muro sin sentir nada. Los sentimientos eran el enemigo más peligroso de la humanidad; eran lo primero que había que malar si queríamos llegar a ser un pueblo mejor.

Lo que arruinaba nuestra atmósfera eran las pandillas que estaban surgiendo por todas partes, y cuanto más hablábamos de lo poco que les temíamos, más miedo nos daban en realidad. Eran los Chavales Errantes de Essen, los Navajos de Colonia o los Piratas de Kettelbach, pandillas de chicos de nuestra edad que habían declarado la guerra a las Juventudes Hitlerianas. Era exasperante. Se movían a voluntad por todo el Reich, atravesando incluso las zonas de guerra.

Una vez estábamos en las afueras de Viena, en una de nuestras marchas habituales, probablemente hacia finales del verano, cuando un coro bastante nutrido de voces se sumó a nuestra canción. Yo levanté más alta la bandera, para que los recién llegados pudieran distinguir las franjas roja, blanca y roja, y el emblema de la esvástica. No había nadie a la vista. Dejamos de cantar y advertimos que nos habían cambiado la letra.

*Honor, gloria, verdad  
buscamos.*

*Honor, gloria, verdad  
deseamos.*

*Honor, gloria, verdad  
guardamos.*

*¡Somos de Hitler la juventud!*

se había convertido en:

*Deshonra y falsedad  
se buscan.  
Porque es que, la verdad,  
apestan.  
Con nosotros se las verán  
ahora.  
¡Son de Hitler los bebés!*

Salieron de detrás de la colina. Vestían camisas de cuadros, pantalones cortos oscuros y calcetines blancos, todo lo cual me pareció bastante inofensivo. Pero muy pronto nos vimos rodeados y en inferioridad numérica. De cerca, las insignias metálicas con el edelweiss, la calavera y las tibias cruzadas, que llevaban prendidas al cuello, no dejaron lugar a dudas. Eran los Piratas Edelweiss. Entre ellos había algunas chicas, que nos miraban de arriba abajo con desdén, porque nosotros éramos un grupo formado únicamente por chicos. Una de ellas, mirando a los ojos a nuestro capitán, Peter Braun, empezó a manosear las partes íntimas del chaval que tenía al lado.

A Peter le metieron los dedos en la nariz y los ojos, y al poco le estaban dando puntapiés en las costillas y la cara. Salimos en su defensa, aunque no con tanta eficacia como hubiésemos deseado. No pasó mucho tiempo, al menos no tanto como nos pareció, antes de encontrarnos tendidos en el suelo, revoleándonos y gimiendo. Sólo uno de ellos salió peor parado de lo que esperaba: nos quedamos con su camisa y con varios de sus dientes.

Aquel año, en el colegio, los crucifijos fueron sustituidos por retratos de Adolf Hitler. Estudiamos la eugenesia y la esterilización de lo que los norteamericanos llamaban «escoria humana», prácticas que ya en 1907 habían comenzado a aplicarse en treinta y tantos estados de Estados Unidos. Los retrasados mentales, los desequilibrados y los enfermos crónicos eran un lastre para la sociedad y era preciso evitar que trajeran al mundo a otros como ellos. También había que esterilizar a la población de los bajos fondos, porque, generación tras generación, permanecía sumida en la miseria y el alcoholismo, en viviendas perpetuamente miserables. Sus hijas eran tan malas como sus madres y sus abuelas, y eran incapaces de evitar embarazos adolescentes no deseados, que sólo servían para traer al mundo otra generación de promiscuidad. Distinguidos profesores de las universidades más prestigiosas habían demostrado que la tendencia a vivir en la pobreza y la suciedad era genética, por lo que era preciso impedir la multiplicación de los portadores de esos rasgos. La cirugía obligatoria impuesta en aquellos estados contribuía a restringir el número de indeseables.

Aprendimos más sobre la raza judía. La suya era una larga historia de traiciones, engaños e incestos. Caín mató a su hermano Abel con una piedra, en el campo; a Lot lo engañaron sus hijas para que se acostara con ellas y poder concebir así hijos judíos, Moab y Anión; Jacob le arrebató la primogenitura a su hermano mayor, Esaú, por un plato de lentejas. Durante la Gran Guerra, mientras los nuestros caían por millares en el frente ruso, ellos no hacían más que escribir cartas en las trincheras. Me torturaba la curiosidad. ¿A quién escribirían? ¿Qué podía ser tan importante para que, en medio de las balas y las bombas, cuando estaban a punto de morir, sacaran papel y pluma del bolsillo y se pusieran a escribir? ¿Sería una despedida, una última declaración de amor

o de cariño a una novia, un padre, una madre? ¿O quizá información secreta sobre el lugar donde habían escondido las reservas de oro y joyas?

Nos enseñaron también que los judíos eran incapaces de apreciar la belleza. Preferían la fealdad. Nos mostraron cuadros que habían pintado y que admiraban, cuadros horribles en los que el ojo de un personaje no estaba en el lugar del ojo, sino en la frente, cuadros en los que las manos parecían las ubres hinchadas de una vaca, las caderas se unían directamente con el pecho y los personajes no tenían cuello ni cintura. Había uno que parecía estar gritando con todas sus fuerzas, pero no tenía boca; era como un espantapájaros aullando en silencio en unos trigales infestados de cuervos.

Reconozco que esos conocimientos encendieron en mí una morbosa fascinación por los judíos, pero antes de que mi interés desembocara en indebidas cavilaciones, el tiempo del aprendizaje se agotó. Los bombardeos habían empezado y Viena se convirtió en base de la defensa antiaérea. Para los muchachos de nuestra edad fue tan emocionante como protagonizar una película. Éramos héroes en potencia ante los ojos del mundo, gigantes cuyas palabras y gestos estaban siendo proyectados sobre la gran pantalla eterna de la vida, llamada historia. Nuestras vidas se hincharon hasta alcanzar las inmortales proporciones de un acontecimiento destinado a la fama. Peter Braun y Josef Ritter tenían edad suficiente para ir de voluntarios a las Waffen-SS, porque en 1943 la edad mínima se había reducido en tres años, de veinte a diecisiete. Con quince años, podíamos ser auxiliares de la defensa antiaérea; pero los más jóvenes teníamos envidia, porque en los auténticos mandos de muchos cañones había chicos que conocíamos de las Juventudes Hitlerianas y sus puestos eran inaccesibles para nosotros, tan capaces y valerosos como ellos. Era como si ellos tuvieran papeles de verdad, mientras a nosotros nos relegaban a la condición de extras.

Pronto llegó la ocasión de ponernos a prueba. La escuadrilla de bombarderos evolucionaba por el cielo, formados los aviones en V, con las alas tocándose, como pájaros indiferentes que dejaban caer sus excrementos sobre nosotros. Era indignante, y nosotros les devolvimos la afrenta, aunque varias veces en medio de la acción volví a sentir lo que experimentaba de niño cuando el juego me absorbía por completo, sólo que esta vez los juguetes eran más grandes y costosos. Ver caer algo desde tan alto era hipnótico: las bombas silbaban en el trayecto descendente, y los aviones zumbaban una triste melodía, recorriendo los cien rellanos de una escalera rota. Kippi estaba atravesando un descampado, para inspeccionar el morro y la cola de un avión derribado, cuando una bomba caída a bastante distancia levantó por los aires un montón de tierra. Kippi se encontraba allí y al instante siguiente había un montículo en su lugar. La composición parecía una absurda tumba improvisada. Si hubiese vuelto a la vida, podríamos haber intercambiado los papeles y habernos reído del asunto. Pero, sin él, ya no volví a reír ni a hablar mucho con nadie. Fue el comienzo de una soledad irreprimible, de deambular con un gran agujero en las entrañas. A veces me sorprendía mirarme y ver que en realidad no tenía ningún agujero.

Me esperaban otros cataclismos. Los auxiliares de los cañones antiaéreos estábamos acostumbrados a vivir juntos, a comer y a dormir en el mismo refectorio. Kippi había sido mi mejor amigo, pero había otros de mi clase con quienes me gustaba vivir. De un día para otro, nos separaron y nos enviaron a diferentes sectores. A medida que fue avanzando la guerra, nos redujeron los permisos y nos apartaron cada vez más de nuestras familias, hasta convertirnos en soldados como los demás. Por eso, rara vez volvía a casa, y cuando volvía, mi madre no lamentaba despedirme cuando llegaba el momento de hacerlo. Nada más sentarme en el sofá, ya

me estaba preguntando por la fecha de mi partida, y cuando le había dicho el día, en seguida quería saber la hora. Nunca se interesaba por lo que estaba haciendo, ni me preguntaba si mi vida corría peligro. Me dolía que ella prefiriera manifiestamente no tenerme en casa. Cuando estaba yo, se ponía nerviosa; era como si me tuviese miedo. Si iba por el pasillo cuando ella salía de su cuarto, volvía a entrar. Si oía que estaba en el piso de abajo al mismo tiempo que ella, podía pasar horas en el cuarto de baño. Cuando entraba en la cocina, ella dejaba lo que estuviera haciendo. Una vez se estaba preparando un bocadillo. Al verme, empezó a fregar la pila, que, sin embargo, estaba perfectamente limpia. Me quedé más tiempo adrede, pero ella no comió mientras yo estuve allí. En la mesa, no distribuía bien las porciones. Yo pensaba que al menos podía acordarse de mí, pero era incapaz de llamarle la atención y hacerle notar mi plato vacío sin sentirme como un mendigo.

Con el racionamiento, mi abuela se había debilitado y pasaba casi todo el día en cama. Cuando por casualidad mi padre y yo nos cruzábamos, él parecía ansioso por saber lo que estaba haciendo y cómo lo hacía. Si yo hacía alguna alusión al comportamiento de mi madre, él lo negaba todo, suspiraba y se frotaba los ojos, o tenía prisa por ir a ocuparse de sus asuntos.

A medida que arreciaban los bombardeos, algunos chicos de los puestos de defensa antiaérea fuimos adquiriendo un coraje temerario. La actitud de mi madre, que yo no podía olvidar, me insensibilizaba ante el peligro y en los momentos críticos me impulsaba a correr riesgos. Era liberador sentir que nadie temía por mí, tenía menos miedo, pero el agujero en mi interior se ensanchaba. Debo decir que me sentí feliz como un recién nacido cuando desperté en el hospital y la vi llorando por mí, llamándome otra vez su pobrecito bebé, su pobre niño. Eso fue antes de enterarme de la gravedad de mis heridas. Al principio nadie quería decírmelo, porque la alegría de descubrir que todavía estaba vivo era demasiado intensa, y no las había notado por mí mismo. Pero los rostros de mis padres me lo revelaron, pues sus sonrisas eran medias sonrisas que escondían una pena inexpresada. Empecé a comprender que algo no iba bien.

Ojalá no me hubiese visto. Había perdido el pómulo bajo el ojo izquierdo, y me faltaba parte del brazo del mismo lado, que no podía mover por el hombro ni por el codo. Me encontraba en un estado de choque que me debilitaba aún más, según creo, que las propias heridas. Me despertaba en casa, en mi cama, y echaba un rápido vistazo bajo las sábanas para comprobar si era cierto lo que temía, y en cada ocasión lo era, irreversiblemente cierto; entonces me dejaba caer otra vez en el consuelo del sueño. De vez en cuando repasaba con los dedos la mella de mi cara, la piel floja, las cicatrices endurecidas semejantes a orugas. Pasé meses durmiendo. Mi madre me despertaba para darme de comer. Yo tragaba solamente una fracción de lo que ella esperaba, y volvía a adormecerme. Me acompañaba al baño y me sostenía la cabeza contra su vientre, sin quejarse nunca de que tardara mucho. Si alguna vez veía yo mi brazo mutilado o sorprendía la expresión de ella cuando lo miraba, mi voluntad de recuperación sufría un golpe.

Fue gracias a Pimmichen que finalmente me recuperé. Mis padres vinieron a buscarme en medio de la noche. Primero pensé que era otro ataque aéreo; pero en cuanto vi a mi padre llevándose el pañuelo a los ojos, supe que me llevaban al lecho de muerte de Pimmichen. Cuando por fin con su ayuda llegué al piso de abajo, agotadas todas mis fuerzas, tuve que acostarme junto a ella. Tumbados los dos boca arriba, sus gemidos despertaban y renovaban los míos a medida que transcurrían las horas. Al abrir los ojos, el día había dejado en la habitación una polvorienta columna de luz. Nariz contra nariz, ella me miraba a través de acuosas cataratas, con la sonrisa

pegada en algunos puntos, como si tuviera los labios cosidos con hilos de saliva que se estuvieran soltando.

Mi madre me dijo que debía volver a mi cuarto, para que Pimmichen pudiera descansar, pero ninguno de los dos quisimos volver a separarnos. Ella no podía hablar, pero se aferraba débilmente a mi mano, y yo a la suya. Todos nuestros movimientos eran descoordinados, y eso creaba un vínculo entre nosotros. Tenía cierta gracia ver cómo se esforzaba por incorporarse para que mi madre le diera de comer. Después llegaba mi turno; pese a nuestra diferencia de edad, estábamos en el mismo barco. Por eso esperábamos ansiosamente la ocasión de mirar al otro. Cuando el té se nos escurría por el pecho, o cuando mi madre se mostraba excesivamente entusiasta por la cantidad de patata que había conseguido meter en la boca de uno de nosotros, aunque la mayor parte se saliera, nos daba la risa. Poco a poco, Pimmichen empezó a comer más, media patata más, dos cucharadas de sopa más, y yo también lo hice; después ella logró atravesar la habitación sin ayuda para buscar una toalla, y yo también. Yo estaba orgulloso de ella, y ella de mí.

Cuando estuvo en condiciones de volver a hablar, me contó toda clase de cosas que yo no sabía. Pimbo solía cazar con un pequeño halcón llamado *Zorn*, pero un día, cuando fue a darle de comer, le dio un picotazo en un dedo. Por fortuna, llevaba puesto un anillo y no le hizo mucho daño; de no haber sido por eso, habría perdido el dedo. Aquel pico podía partir un ratón en dos, y quizá había sido el anillo lo que había llamado la atención del ave. Los pájaros eran impredecibles, me dijo ella. Un día, una urraca entró por la ventana abierta de su dormitorio y le robó un collar de rubíes. Fue una suerte que lo viera con sus propios ojos, pues de lo contrario habría culpado a su sirvienta polaca.

Mis padres decían que, si podía hablar, ya estaba bien. Había llegado el momento de que yo regresara a mi habitación. Fue entonces cuando advertí multitud de pequeñas rarezas y comencé a preguntarme si mi abuela estaría realmente bien, o si tal vez mi madre había caído enferma. Por ejemplo, mi madre oreaba la casa todos los días, abriendo de par en par puertas y ventanas, lloviera o tronase. Sin embargo, cuando me levantaba por la mañana, me subía un nauseabundo olor a excrementos, lo cual podía significar que mi madre se había puesto enferma, o quizá Pimmichen, aunque con menos probabilidad, ya que el dormitorio de mi abuela estaba en la planta baja, al lado del cuarto de baño, y últimamente se la veía muy bien. Lo digo, entre otras cosas, porque una vez vi a mi madre vaciando un orinal de loza, pero parecía tan avergonzada que no me atreví a preguntarle qué pasaba. Obviamente, estaba demasiado débil para salir por la noche de su habitación.

Estaba seguro de oír pasos que iban y venían por el vestíbulo en plena noche, y me preguntaba si sería mi padre, que rondaba intranquilo. Si prestaba mucha atención, podría haber jurado que, pese a la casi perfecta simultaneidad de los pasos, había dos personas andando, por lo que mi madre debía de estar con él. Se lo mencioné de pasada, pero me dijo que por la noche ni ella ni él se levantaban, sino mi abuela, que se ponía a recorrer la casa. Yo dormía junto a la habitación de mis padres, por lo que normalmente ellos habrían tenido que oír cualquier ruido que yo oyera; pero me insistían en que no oían nada. Por curiosidad, le pregunté a mi abuela qué hacía cuando se levantaba a altas horas de la noche, pero ella ni siquiera entendió de qué le estaba hablando. Tuve que explicarle y repetírselo, hasta que finalmente exclamó «¡ah!» y me dijo que años atrás solía levantarse y deambular mientras dormía. Pimbo se lo contaba a la mañana siguiente, pero si él no



se lo hubiese jurado por las cenizas de su madre, ella jamás lo habría creído.

Los pasos dejaron de oírse. Más o menos un mes después, al alba, mi madre soltó un alarido. En el desayuno nos pidió disculpas a Pimmichen y a mí por habernos despertado; había tenido una pesadilla. Apoyó la cabeza en la mesa, hundió la cara entre los brazos y reconoció que había soñado conmigo, cuando me habían herido. Me di cuenta de que me quería más de lo que yo pensaba.

La noche siguiente, algo rodó por la escalera y se rompió en mil pedazos, y yo salí corriendo de mi habitación a ver qué era. Por un momento pensé que mi abuela había tropezado con una de las ménsulas. Pero por el suelo estaban los fragmentos del orinal de loza, junto con la causa del hedor. Mi padre estaba agachado junto a mi madre, ayudándola a recoger los trozos. Ella fue incapaz de levantar la vista y mirarme, mientras yo la observaba, estupefacto. Advertí que le temblaban las manos. Si se sentía tan mal que no podía desplazarse hasta el baño, menos debería haber llevado ella sola el orinal; había sido temerario por su parte.

Mi padre la rodeó con un brazo, reconfortándola; le dijo que debería haberlo despertado para que la ayudara, y que sentía no haberla oído. En camión, mi madre parecía más delgada que cuando estaba vestida; los pechos se le habían reducido, tenía los pies huesudos y los pómulos le sobresalían de una manera que traspasaba la sutil frontera entre la belleza y la aflicción. Mi padre me sermoneó, en pleno verano, diciendo que iba a pillar una bronquitis o una neumonía si no volvía ya mismo, pero ya mismo, a la cama. Me ayudó a volver a mi cuarto, rodeándome con sus brazos, y después se detuvo un momento en la puerta, como si estuviera a punto de hacerme una confesión. Inspiró profundamente y me deseó que durmiera bien. No lo hice. Por primera vez, me torturaba la idea de que mi madre fuera a morir de alguna enfermedad incurable, como el cáncer.

Mi padre volvía cada vez menos de la fábrica; cuando lo hacía era, por lo general, a mediodía, y no hacía más que entrar y salir, sólo el tiempo suficiente para recoger unos papeles. Iba mal afeitado y tenía una expresión sombría en los ojos inyectados en sangre. Después dejó de volver a casa. Decía que no merecía la pena, para una hora o dos de sueño. Mi madre se puso aún más nerviosa y cualquier ruido la sobresaltaba. Era como si estuviera pendiente de que él volviera a casa al minuto siguiente, y había muchos minutos en su jornada.

Al final apareció con un rompecabezas bajo el brazo, oculto bajo una revista. Supuse que era para mí y me alegré, porque me aburría con lo poco que tenía que hacer a lo largo del día, aparte de contemplar mis heridas y leer los periódicos, ya que hasta las buenas noticias sobre la superioridad de nuestras fuerzas armadas y la sucesión de victorias se volvían monótonas. Subió corriendo la escalera y bajó a toda prisa con unas carpetas. Pensé que habría salido a ver si tenía correspondencia. Para mi amarga decepción, me di cuenta de que había vuelto a marcharse, olvidando darme el regalo. Me puse a cavilar, calculando los días que pasarían antes de que volviésemos a verlo, y entonces decidí ir a buscar el rompecabezas por mi cuenta; después de todo, él tenía muchas preocupaciones y yo estaba seguro de que no le importaría.

No lo encontré por ninguna parte. No estaba en su estudio ni en ningún lugar del segundo piso. Lo había visto subir con él, y bajar sin él. Era increíble. Tenía que estar ahí, forzosamente tenía que estar. Pero no estaba ni siquiera en los sitios más inverosímiles, que inspeccioné obstinadamente. Como yo era zurdo y ya no tenía la mano izquierda, movía las cosas con comprensible torpeza. Me resultaba más fácil sacarlas que volver a guardarlas con cierto orden. Devolví como pude las cajas, las cartas y los papeles a su sitio. Me divertí encontrar una vieja

fotografía de mi padre y reconocer su expresión resuelta en medio de toda una clase de caras menos maduras. Encontré monedas extranjeras, viejos certificados escolares de buena conducta y pipas con el olor dulzón del tabaco, pero no lo que estaba buscando. Me rendí varias veces y otras tantas reanudé la búsqueda.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba, Johannes? ¿Alguna travesura? —llamó mi madre.

—Nada —respondí, y ella me pidió que bajara a hacerle compañía.

Cuando me quejé de las largas ausencias de mi padre, ella me dijo que pensaba ir a verlo a la fábrica. Me alegró que dijera que podía acompañarla, porque iba a tener oportunidad de preguntarle por el rompecabezas.

Tuvimos que coger cuatro tranvías para llegar a la fábrica, que estaba fuera de los límites de la ciudad, al este, del lado opuesto de donde vivíamos, más allá del vigésimo quinto distrito, Floridsdorf, que ya de por sí estaba muy lejos. Cualquiera imaginará cuánto me humilló que una anciana se levantara para dejarme el asiento, pero tuve que aceptar, porque íbamos bastante apretados y aún no me había recuperado lo suficiente para mantenerme en pie durante los frenazos y los acelerones. El último tranvía llegó a su destino, y los pocos que quedábamos a bordo tuvimos que apearnos. Cuando bajé, mi madre se colgó de mi brazo. La afectaron sobre todo, según creo, los edificios bombardeados: costillares de acero arrancados a cuchillazos de sus entrañas de piedra. Había mucho que andar hasta la fábrica. Por el camino, tuve que sentarme a descansar en varios bancos, y en cada ocasión mi madre se alegraba de poder apoyar la cesta que cargaba. El entorno estaba despojado de toda alegría. Había cervecerías, molinos y otras fábricas más grandes que la de mi padre, y sus chimeneas parecían ser la causa del desapacible techo de nubes de color pedregoso, un techo que parecía destinado a desmoronarse y a caer tarde o temprano.

Desde pequeño me disgustaba ir a la fábrica. Desprendía olores que me obligaban a respirar lo más lentamente que podía, como si así pudiera haber evitado que se me metieran en los pulmones. Las náuseas que me producían eran tanto mentales como físicas. Imaginaba que estaba entrando en una máquina ruidosa que escupía y exhalaba vapor, con un crisol al rojo por estómago, una estruendosa unidad de bombeo por corazón y tuberías en lugar de arterias, y yo no era más que un niño que iba a verla. Si no contribuía a su proceso vital, me consideraría un desecho.

El despacho de mi padre estaba vacío. Los papeles cubrían su mesa y había una taza de café servida, esperando. La rodeé con la mano para calentarme las yemas de los dedos, pero estaba fría. Vi una fotografía mía y de Ute que no había visto nunca; íbamos en una barca y mi padre remaba. Las montañas nevadas que flotaban en la superficie oscura del lago parecían tan reales como las que se erguían sobre el cielo azul. No recordaba haber estado nunca en aquel lago, el Mondsee. Un empleado reconoció a mi madre y se la señaló a otro, que con un gesto llamó la atención del hombre que estaba a su lado.

—¿Hola? —exclamó mi madre.

Poco después, varios hombres que olían a agua de colonia, pero sin afeitarse, nos rodearon, devorando la cesta con la mirada. Vi que uno le daba un codazo a otro en las costillas, pero ninguno parecía dispuesto a ayudar.

—Estoy buscando a mi marido. Me reconoce, ¿verdad, Rainer?

Rainer asintió con la cabeza y murmuró:

—Nos dijo que iba a volver hoy.

—¿Y?

—Nada, señora.

—¿Tenía alguna cita?

Las miradas inquisitivas de Rainer suscitaron por toda respuesta varios encogimientos de hombros.

—¿Sabe dónde está? ¿Dónde puedo encontrarlo? Le he traído algunas cosas. ¿Se las dejo aquí? ¿Sabe si volverá?

El hombre que le había dado un codazo al otro tomó la palabra.

—Dijo que volvería hoy. Es todo lo que sabemos.

Mi madre y yo nos sentamos fuera, sobre un tramo de tubería en desuso. Compartimos un bocadillo. Compartimos una manzana. El cielo se oscureció, amenazando un diluvio que finalmente no cayó, tan sólo una neblina que depositó en nuestro pelo minúsculos huevos transparentes del tamaño de una cabeza de alfiler. Los trenes surcaban los campos distantes como un ejército interminable de criaturas semejantes a gusanos. Nosotros arrugamos hojas, rompimos ramitas, hurgamos la tierra con el cañón de una pluma y hasta jugamos a «piedra, papel, tijera», como antes. Pero mi padre no volvió.

En casa, mi madre recibió una llamada telefónica informándole de que habían detenido a mi padre para someterlo a un interrogatorio de rutina. Mi abuela le prodigó todos los cuidados de que fue capaz a su avanzada edad: le llevó las zapatillas y le preparó tazas de té y bolsas de agua caliente, para reconfortarla durante las largas horas que pasó sentada en la cocina, preguntando al techo qué podían querer de una pobre gente como nosotros. Como para explicar su conducta, Pimmichen me confió que la Gestapo había registrado la casa más de una vez mientras yo estaba fuera, de ahí la desesperación de mi madre. Mi abuela la cogía de la mano y le besaba la frente cuando se iba a dormir, pero mi madre no le prestaba atención; estaba en su mundo, y cuanto más gimoteaba ella, más la veía yo como una persona débil e irracional.

Estaba convencido de que su resistencia a apoyar al Führer se debía únicamente a su lealtad hacia mi padre. Aproveché, por tanto, las circunstancias del arresto para poner las cosas en su sitio y exponerle de nuevo desde el principio el sueño de Adolf Hitler, explicándole que cualquier interferencia con sus planes —si es que era eso lo que había hecho mi padre— era un crimen. Para llegar a ser una nación poderosa y sana, debíamos estar dispuestos a sacrificar a todo el que se opusiera, incluidas nuestras familias. Si no dejaba de lloriquear, ella también sería una traidora. Aunque hacía como que escuchaba, advertí que gran parte de su ser estaba en otro sitio, y que la parte presente no me daba del todo la razón, por más que de vez en cuando asentiera con la cabeza mientras repetía «ya veo, ya veo».

Quería que ella reconociese que mis heridas eran heroicas, y con ese fin la seguí por toda la casa. Cuanto más eludía responder directamente a mis preguntas, más cuerpo cobraban mis sospechas de que su punto de vista era otro. Sentí rencor hacia mi padre, que no le permitía ver la verdad. Estaba apoyada sobre los codos en el alféizar de la ventana, con los labios rozando el cristal y una esfera de vapor extendiéndose alrededor de la boca. No pude contenerme, porque no dejaba de pensar en todo lo dicho, y volví a sacar el tema de mis heridas, diciéndole que los ideales eran más importantes que yo mismo, mi padre o cualquier otro individuo. Le dije, para su información, que si tenía que dar la vida por Adolf Hitler, moriría gustoso.

—¡Y morirás! ¡Morirás! Si no tienes cuidado, si no abres los ojos, ¡vaya si morirás! —replicó ella.

Me quedé boquiabierto, era la primera vez que la oía gritar, o al menos gritarle a alguien. Corrió al sofá, sacó un panfleto de entre los cojines y me lo tiró a la cara.

—¡Mira! ¡Lee! ¡Esto es lo que se avecina! ¡Tú y tu querido Führer! ¡Me alegro de que Ute haya muerto! ¡Me alegro! ¡Porque si no hubiese muerto, la habrían matado!

Me senté y leí, mientras ella me echaba encima su aliento caliente. El panfleto decía que los padres de un niño con defectos de nacimiento habían solicitado a Adolf Hitler que se diera muerte

al bebé, tras lo cual el Führer había instruido al jefe de su cancillería personal para que diese orden de matar a todos los niños aquejados de defectos biológicos o mentales, estableciendo primero el límite de edad en tres años, para ampliarlo más tarde a los dieciséis. Decía que ya habían matado a cinco mil niños, por inyección o inanición. No tuve corazón para asegurarle a mi madre que era por el bien de todos, porque sabía cómo se sentía por lo de Ute.

Seguí leyendo, hasta llegar al pasaje sobre la ingrata necesidad de liberar a la sociedad de sus lastres, entre los que figuraban los retrasados mentales, los inválidos y, entre estos últimos, los veteranos mutilados entre 1914 y 1918, lo cual me dejó estupefacto. Al menos, doscientos mil parias biológicos habían sido eliminados, y ahora estudiaban un nuevo procedimiento con monóxido de carbono. Releí tres veces el párrafo. Sólo mencionaba a los veteranos de 1914 a 1918, no a los que habíamos luchado por la causa del Führer en nuestra época. Pero ¿no nos incluirían más adelante, como habían hecho con esos desgraciados? Sentí náuseas, y en seguida ira, por dudar de la única persona que idolatraba. Rompí el panfleto y le grité a mi madre que no fuera tan crédula y que no cayera en la trampa; aquello no era más que propaganda del enemigo. Iban a cubrirme de gloria cuando terminara la guerra. Al día siguiente y al otro, los trozos desgarrados de papel estaban todavía donde habían caído.

Después de nuestra discusión, tuve una pesadilla. Unos hombres que hablaban un idioma incomprensible estaban a punto de arrojarme por un acantilado. El odio en sus ojos era inequívoco. Yo no dejaba de rogarles que me respondieran: «¿Por qué, por favor? ¿Cuál ha sido mi error?». Uno de ellos señaló mi brazo malo. Yo bajé la vista y lo que vi fue peor que la realidad: colgajos de tejido adheridos al muñón y un hueso sobresaliendo, que tuve que empujar para devolver a su sitio. «¡Puedo arreglarlo, lo juro! ¡Concededme solamente una hora!», supliqué; pero no me entendían y tenían prisa por empujarme, porque detrás los esperaba la merienda, servida sobre un mantel de cuadros en la hierba y, más curiosamente, la noria gigante del Prater, a lo lejos, cargada de niños que intentaban arrojar al vacío a sus compañeros, sólo por divertirse.

Desperté y volví a oír pasos. Escuché hasta estar seguro de que los pasos eran dobles, porque si bien sonaban como uno solo, de vez en cuando se oía más de un talón o más de una punta. Por alguna razón, en medio de la noche me resultó fácil creer que el fantasma de mi abuelo caminaba junto a mi abuela sonámbula, para hacerle compañía. La idea me dio tanto miedo que no pude levantarme a ver de qué se trataba, ni tampoco conciliar el sueño. Deseaba con todas mis fuerzas encender la luz, pero estaba prohibido hacerlo porque podían distinguirla los bombarderos y, de todos modos, no iba a sacar el brazo de debajo de las mantas para encontrar quién sabe qué espectro.

A la mañana siguiente, mi madre había salido a buscar pan, y yo, para ser sincero, me dirigía al cuarto de baño. Oí que llamaban. Naturalmente, no estaba en condiciones de abrir, y cuando finalmente lo hice, ya no esperaba encontrar a nadie, ni menos aún a mi padre. En primer lugar, no lo reconocí, porque había adelgazado y tenía la nariz rota, y en segundo lugar, no podía imaginar que él, nada menos que él, llamara a la puerta de su propia casa. La sorpresa que se pintó en mi cara suscitó desdén en la suya.

—No, no estoy muerto. Lo siento.

Me quedé sin habla. Me apartó y empezó a recoger cosas. Oí que abría y cerraba cajones en su estudio y arrastraba muebles. Bajó y se me enfrentó.

—Has estado revolviendo mis cosas, ¿verdad, Johannes?

Debería haberle explicado lo del rompecabezas, pero no me atreví; sólo atiné a negar con la cabeza.

—¡Qué curioso! Nada está como lo dejé. Puedes revolver todo lo que quieras, siempre que quieras, porque no tengo nada que ocultar; pero cuando lo hagas, al menos intenta dejar las cosas tal como estaban.

Hice como que no sabía de qué me estaba hablando, pero en la mano tenía algunos de los papeles que yo había desordenado. Al reconocer entre ellos la fotografía de su clase, desvié la mirada. Mi conducta confirmó sus sospechas. Cuando mi madre regresó, él ya se había marchado, sujetando con la barbilla una pila de archivadores. Mi madre cogió los cuatro tranvías sin mí. Pasé el rato odiando a mi padre por sus falsas acusaciones. No, yo no lo había denunciado.

Pese a los artículos de los periódicos que proclamaban nuestra superioridad, los bombardeos hacían cada vez más estragos. No había trenes, ni agua, ni electricidad. Por eso me pareció ridículo ver a mi madre llevando una regadera al piso de arriba; sin agua para nosotros mismos, ¿a quién podían importarles las estúpidas plantas? A ella; eran criaturas de Dios y tenían derecho a vivir como todas las demás. Poco después, se disponía a hervir patatas y no tenía suficiente agua para cubrirlas. Recordé lo mucho que había llevado para las plantas y subí a ver si quedaba algo, pero me sorprendió observar que la regadera había desaparecido y que las plantas estaban marchitas y la tierra seca.

Empecé a espiar a mi madre por el agujero de mi cerradura. La vi subiendo un bocadillo y dos velas encendidas, lo que hubiese sido normal, de no ser porque bajó demasiado pronto, con una sola vela. A la mañana siguiente vi gotas de agua salpicando por los bordes de la regadera, mientras ella avanzaba trabajosamente, doblegada por el peso. Esperé pacientemente y, más tarde, mientras ella ayudaba a mi abuela a fregar los cacharros en poco más que un cuenco de agua, subí sigilosamente. No había absolutamente nada ni nadie. Miré por todas partes: bajo la cama de matrimonio del dormitorio de invitados, detrás de los archivadores del estudio de mi padre y en cada grieta y rincón del desván, pero nada.

Cuanto más espiaba a mi madre, más conductas extrañas descubría. Me pregunté si no se estaría volviendo loca. En medio de la noche, volvía a subir con velas y con la comida que se había dejado en el plato. ¿Estaría practicando algún ritual? ¿Invocando a los muertos? ¿O quizá sólo quería comer lejos de mí? A veces no volvía a bajar tan pronto como de costumbre, o se quedaba arriba. Cada vez que se ausentaba de casa y Pimmichen estaba durmiendo, yo hacía inspecciones. Olía algo, estaba seguro de que olía algo. El cuarto de invitados, en particular, no olía como si estuviera desocupado. Me paré a escuchar, pero no había nada, al menos no allí dentro. Quizá los débiles ruidos que oía de vez en cuando vinieran de fuera. ¿O serían imaginaciones mías? Forcé la vista a mi alrededor, pero no había nada, absolutamente nada. Tal vez era yo el que se estaba volviendo loco.

Mi madre me preguntó si pasaba mucho rato en el piso de arriba cada vez que ella salía. No comprendí cómo podía haberse enterado, porque yo tenía la precaución de dejarlo todo exactamente como lo encontraba y, antes de que volviera, me metía en la cama a leer tebeos.

—¿Cómo lo sabes?

Se tomó su tiempo para encontrar una respuesta.

—A veces tu abuela te llama y tú no contestas.

Me di cuenta de que era mentira; mi madre no sabía mentir. Decidí mirar en otros sitios, por si estuviera intentando desviar mi atención. Miré en el sótano y en la despensa junto a la cocina. Repasé la casa de arriba abajo, pulgada a pulgada. Incluso estando ella presente, me ponía a examinar las juntas de los tabiques. Eso la ponía muy nerviosa.

—¿Qué es lo que estás buscando? —preguntaba.

—Ratas.

Fue entonces cuando empezó a buscar excusas para sacarme de la casa. La abuela necesitaba esta o aquella medicina, aun cuando la propia Pimmichen insistiera en que no; pero sí, sí, claro que la necesitaba, tenía un sarpullido en la espalda, o se le secaba la garganta y debía de estar a punto de pillar un catarro, o le hacía falta un poco de unguento de mentol para la artritis. Cuando me sugirió que me presentara como voluntario para colaborar con el esfuerzo de la guerra, supe que quería deshacerse de mí. En una ciudad que estaba siendo bombardeada, lo menos indicado para mi bienestar era la intemperie.

Así pues, me vi otra vez con mi uniforme de las Juventudes Hitlerianas, recorriendo a pie la ciudad para distribuir órdenes de reclutamiento. Pensé que debía de haber un error cuando un hombre de unos cincuenta años aceptó el papel, diciendo que era para él y no para su hijo, que había muerto. La mujer que salió a atenderme en la puerta siguiente era aún mayor; llamó a un tal Rolf y salió su marido, medio encorvado por el lumbago, a recoger la orden. ¿Por qué demonios estaban reclutando a los viejos? No conseguía entenderlo. Me froté los nudillos y llamé al número 12 de Wohllebengasse, en el cuarto distrito; tras una larga espera, *Herr* Grassy abrió la puerta con un chasquido y asomó la cabeza. Contempló mi cara destrozada, mi uniforme y mi manga vacía, como si en lugar de estar orgulloso de mí se sintiera decepcionado por lo que había hecho con mi vida. Había envejecido desde la última vez que lo había visto, y las bolsas de sus ojos, su calvicie o quizá su aire melancólico, me recordaron a una tortuga.

—Gracias —dijo, antes de cerrar tras él una sucesión de cerrojos.

De vuelta en casa, me propuse coserme la manga, doblándola hacia arriba, para que pareciera menos patética. Revisé los cajoncitos de la máquina de coser de mi madre y encontré una caja de caramelos Dandy con un dibujo del Danubio, en cuyo interior había carretes de hilo tan compactamente guardados que resultaba difícil sacarlos. Pensando en comparar los tonos de marrón hasta encontrar el que más se aproximara al de mi camisa, golpeé el fondo de la caja para hacer caer los carretes, y entonces advertí que la caja de lata tenía doble fondo y que entremedias había un pasaporte.

Al abrirlo, vi una pequeña fotografía en blanco y negro de una niña de ojos grandes y bonita sonrisa. Primero pensé que debía de tratarse de una foto de la infancia de alguien de la familia, pero entonces vi la letra «J» y el nombre «Sarah» junto al de Elsa Kor. Mi corazón latía desbocado. ¿Estarían mi padre o mi madre protegiendo a esa judía? ¿La habrían ayudado a huir al extranjero?

Toda clase de ideas atravesaron mi mente en ese instante. Habría examinado el pasaporte durante más tiempo, pero tuve que devolverlo a su sitio antes de que descubrieran que conocía su existencia. Estaba furioso con mis padres por arriesgar sus vidas y más todavía por hacerlo en nuestra casa, donde podían incriminarme también a mí. Aun así, en ese momento, lo que más les reprochaba era su estupidez. Obviamente, eran ilógicos y acientíficos. Después me sobrecogió un temor irracional. ¿Y si Elsa Kor formaba parte de nuestra familia? ¿Y si mi padre había engañado

alguna vez a mi madre con una judía? ¿O sería quizá que alguno de mis antepasados, uno solo, era judío? La idea de no ser ario puro fue lo más devastador. Si alguien encontraba aquel pasaporte, alguna verdad oculta podía estallarme directamente en la cara. Tal vez fue eso, por encima de todo, lo que evitó que me enfrentara con mis padres.

La siguiente vez que Pimmichen y mi madre salieron a tomar el fresco, me puse a dar vueltas, gritando: «¡Hola! ¿Hay alguien en casa? ¡Hola! ¿Hay alguien arriba? ¿Y abajo? ¡Contestad!». Estaba seguro de haber oído un ruidito en el piso de arriba, apenas un chasquido, algo casi imperceptible. Siguiéndolo, llegué a una pared que por alguna razón no pude dejar de mirar fijamente, ya que sentía como si el muro estuviera conteniendo la respiración.

Aquella noche me deslicé por el vestíbulo, subí la escalera lentamente, peldaño a peldaño, y sólo encendí la vela cuando llegué arriba. Tardé mucho tiempo, porque tenía que avanzar centímetro a centímetro para que no crujieran las tablas del suelo. Sentí una presencia y tuve miedo, como si pudiera ser mi abuelo, presente todavía entre nosotros. La pared parecía respirar sumida en el sueño, y aunque débilmente, habría jurado que podía oírla. A mí, en cambio, me costaba respirar. Allí arriba hacía calor y faltaba el aire. Entonces, a la luz vacilante de la vela, la vi: una línea en la pared, tan fina que de día no se distinguía, pero por la noche, la sombra la acentuaba. La seguí con la vista y me condujo a otra línea, y luego a otra. El techo estaba inclinado, porque las habitaciones del segundo piso estaban directamente bajo el tejado, ya que habían formado parte del desván. En consecuencia, los tabiques eran bajos, y éste, situado unos sesenta centímetros por delante del muro original, estaba hecho de paneles forrados de papel pintado. Estaba tan bien hecho que nadie habría sospechado jamás. Detrás quedaba una cuña con espacio suficiente para que una persona se acostara —aunque no le sería fácil volverse—, o para que estuviera sentada, pero no de pie. Incluso para sentarse, inevitablemente habría tenido que inclinar el cuello. Seguro que detrás de ese tabique estaba ella.

Estuve toda la noche dando vueltas en la cama y preguntándome qué hacer. No puedo negar que consideré la idea de denunciar a mis propios padres, no por la gloria de mi acción, sino porque al oponerse al Führer, se estaban oponiendo a lo que era bueno y correcto. Sentía que mi deber era proteger al Führer de sus enemigos. Pero, en definitiva, tenía demasiado miedo: me preocupaba que saliera a la luz alguna cosa que hubiese preferido no saber. La mejor solución era matarla, si de verdad estaba oculta allá arriba. Mi madre la encontraría muerta y así tendría su merecido, o tal vez le sirviera para recuperar el juicio. No tenía derecho a proteger a una sucia judía.

Mi siguiente problema era cuándo y cómo matarla. Decidí esperar hasta la próxima vez que mi madre saliera de casa; entonces la estrangularía, era el procedimiento más limpio. Pero tal vez no pudiera hacerlo con una sola mano. En la fotografía se veía que era una chiquilla ágil y ligera; ¿y si escapaba? No, sería mejor degollarla con una de mis navajas. Las estudié cuidadosamente, recorriéndolas una a una, antes de decidirme por una de las viejas de Kippi, que me había regalado su madre.

Transcurrieron dos largos días antes de que se presentara la ocasión, dos días interminables y dos noches en vela. Mi madre cerró la puerta de la calle y yo dejé lo que estaba haciendo para subir precipitadamente la escalera. No me importó que mi abuela no estuviera durmiendo, ya no podía esperar más. Apreté con fuerza la navaja, hasta que las acanaladuras del mango me hicieron daño en la mano. También tenía que retirar el tabique, pero no pude hacerlo. Siempre se me



olvidaba que ya no tenía dos manos. Introduje la punta de la navaja en una de las grietas e hice presión. El tabique, que pivotaba sobre cinco bisagras aceitadas, se abrió unos pocos centímetros. Inspiré profundamente y, con el hombro, lo abrí por completo, resuelto a hincar la navaja con todas mis fuerzas en lo que fuese que encontrara. Pero mi brazo se negó a obedecer las órdenes de mi cerebro. Acurrucada en el pequeño espacio situado a mis pies, había una mujer joven. Una mujer. Pude mirarla directamente a la cara cuando ella inclinó la cabeza hacia atrás y se volvió hacia mí. Una mujer hecha y derecha, con curvas y pechos, con su vida enteramente a mi merced, me miraba con reprimido temor, o tal vez solamente con curiosidad. Sencillamente estaba ahí, preguntándose quién sería su asesino, diría yo que con resignación, como dispuesta a aceptar cualquier decisión que yo tomara en la siguiente décima de segundo. No se movía, ni siquiera parpadeó, y no opuso la menor resistencia.

Yo no podía respirar y era incapaz de desviar la vista. Bajé la navaja sobre ella, en un movimiento lento y casi onírico, como para demostrarme que era capaz de hacerlo. Cuando la detuve contra su garganta, me sobrecogió una fascinación enfermiza. En ese momento supe que, si entonces no la destruía, acabaría por destruirme ella u mí, como judía que era, pero aun así me pareció agrídulce el peligro. Era como tener una mujer prisionera en mi propia casa, una judía en una jaula. En cierto modo, era excitante. Al mismo tiempo, estaba disgustado conmigo mismo, pues me parecía deplorable no haber sido capaz de cumplir con mi deber. Ella comprendió que la navaja ya no era su enemiga, porque las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos y desvió la vista, dejando su cuello al descubierto, como instándome a actuar. Cerré el tabique y me marché.

## VI

Desde aquel día empecé a observar a mi madre para ver si estaba al corriente de lo sucedido. Si lo estaba, nada, ni el más leve parpadeo en falso, me lo reveló. Actuaba con más discreción que nunca, pero todo lo que hacía, todo lo que llevaba o traía del piso de arriba, por muy íntimo que fuera, cobró sentido repentinamente. Yo, por mi parte, tuve que fingir que no me daba cuenta de toda la organización interna que mantenía con vida a la joven mujer. Cada vez que abría la boca, temía hacer alguna alusión involuntaria.

¿Quién era? ¿De qué la conocían mis padres? ¿Perteneían ellos a alguna organización clandestina? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Años? ¿Se había hecho mujer en nuestra casa, encerrada en un lugar tan pequeño y oscuro? ¿Era eso posible? ¿O tal vez la fotografía de su pasaporte era de varios años atrás? Fui a buscarlo para poder repasar las fechas, pero ya no estaba; de hecho, la caja con los carretes de hilo había desaparecido.

A partir de ese momento, no pude evitar comparar todo lo que yo hacía, libremente, con lo que ella debía de estar haciendo, acostada en la oscuridad, sintiendo el tacto de las paredes. Me preguntaba qué estaría pensando allá arriba, qué pensaría de mí. ¿Me tendría miedo? ¿Pensaría que iba a denunciarla? ¿Esperaría verme de nuevo? ¿Le habría contado algo a mi madre? «Tu hijo ha intentado matarme». «Ten cuidado. Lo sabe todo».

Al mismo tiempo, me daba cuenta de que no había estado a la altura de lo que Adolf Hitler nos pedía, y un sentimiento de culpa iba y venía en mi interior. Intenté convencerme de que mi conducta no había sido tan mala. ¿Qué mal podía hacerle ella al Reich, estando ahí encerrada, sin molestar a nadie, como un ratón en su madriguera? ¿Y quién iba a enterarse de que yo lo sabía? Además, ella no era una invitada en nuestra casa, sino una prisionera. A veces hubiese preferido olvidarla, y me repetía que no existía. Era sólo fruto de mi imaginación; tenía el poder de hacer que apareciera o se marchara, según mi voluntad. Cuando llegara el momento preciso, la haría desaparecer.

Mi padre vino a pasar el fin de semana a casa y fue más amable conmigo. Me pregunté si sabría lo que yo sabía; tal vez fuera por eso por lo que había cambiado de actitud y ya no pensaba que yo era tan malo como creía. Era imposible saberlo. Le hice algunas insinuaciones a Pimmichen; hablé de esqueletos en los armarios y de que nunca se sabe realmente cuántas personas viven bajo un mismo techo, pero ella no pareció tener la menor idea de lo que le estaba diciendo. Supuso que hablaba de fantasmas y me dijo que ya estaba bien de locuras. Su conducta me demostró su inocencia. Cuando las raciones se volvieron más pequeñas, pasó a mi plato las sobras que mi madre había dejado en el suyo, haciendo caso omiso a sus protestas. Mi madre se me quedó mirando, para ver si me las comía, lo cual a mi entender fue como preguntarme si lo sabía o no. Yo la miré directamente a los ojos y me las comí.

Poco a poco, Elsa se fue filtrando fuera de su encierro, hacia todos los rincones de la casa. La mesa del comedor estaba dos pisos más abajo y en el lado opuesto de la habitación, pero incluso allí conseguía molestarme y me hacía sentir su presencia. En mi cama, por la noche, se cambiaba por mí, y disfrutaba ella de la suavidad de mis sábanas, mientras yo me encontraba constreñido en su nicho sin aire.

Me obligué a esperar antes de ir a verla de nuevo, pero al cabo de una semana mi paciencia se agotó. No sé lo que esperaba, seguramente respuestas a mis preguntas, pero antes de subir cambié de idea al menos dos veces. ¿De qué tenía miedo? ¿De que me descubrieran mis padres? ¿De la Gestapo? No era sólo eso.

La luz del día le hizo fruncir el entrecejo; creo que le hizo daño en los ojos.

—Ya no distingo el día de la noche —dijo, mientras se encogía y se tapaba la cara con dos pequeñas manos cuyas uñas estaban comidas más allá de la carne; después levantó dos dedos, dejando un ojo al descubierto, como hacía mi hermana cuando jugaba conmigo a «cucú, ¿dónde estoy?».

Su pelo era primitivo, grueso y negro; hacía tiempo que no se lo peinaba, y tenía finos pelos negros a los lados de la cara y el cuello. Sus ojos vidriosos tenían una mirada cruda y primaria, y eran tan oscuros que costaba distinguir las pupilas. Las pestañas eran tan espesas que se podría haber dicho que eran peludas. Desvié la vista disgustado y capté mi propia imagen reflejada en el cristal de una litografía enmarcada de la Viena del siglo XIX, con mujeres en traje largo y sombreros con plumas. Mi cara era horrorosa. Una de las mitades estaba igual que antes, pero la otra había perdido el pómulo y el ojo sobresalía ligeramente, lo suficiente para que mi cara no fuese ya una sola, sino dos. Las cicatrices del lado estropeado me estiraban los labios hacia atrás en una sonrisa, como si la muerte no quisiera dejarme olvidar la broma que me había gastado. En lugar de reunirme yo con ella, ella se había reunido conmigo, estaba viva y caminaba a mi lado, sonriendo en cada uno de mis movimientos.

Me resultó difícil mirar a la mujer después de ver mi propio rostro, pero ella me estaba contemplando como se mira algo raro, más por mí mismo —me pareció— que por mi cara. Nadie habría dicho, por su forma de mirarme, que mi rostro estaba destrozado. Otras personas lo contemplaban horrorizadas, primero una mitad y después la otra, y trataban de concentrarse en una sola mitad cuando me hablaban, aunque continuamente su mirada se desviaba hacia la otra, que les repugnaba visiblemente, mientras luchaban por mantener la atención en el lado bueno. Yo solía distinguir todos esos fugaces estados en sus caras. Pero nada en mi rostro le pareció a ella fuera de lugar: la mía era una cara completa, colocada al frente de una persona, y entonces, para mi satisfacción y disgusto simultáneos, recordé que los judíos preferían las cosas feas.

En mi mente intenté adivinar cuántos años más que yo debía de tener ella: cinco o seis, por lo menos.

—¿Cómo te llamas?

—Elsa Kor.

—Elsa *Sarah* Kor, querrás decir.

No respondió. Yo hubiese querido sentir una ira que no sentía. Bajé la vista para ver qué tenía ella entre los dedos: una pieza de rompecabezas con la imagen de un campo de margaritas. A su alrededor había otras piezas, entre migas de pan y mechales de vela.

—¿Cuánto hace que estás en mi casa?

Hizo gesto de no saberlo, frunciendo los labios (unos labios que no precisaban de gesto alguno para atraer la vista, porque además de ser carnosos, el labio superior se hundía en el centro, como en los dibujos infantiles de gaviotas volando o como la mitad superior de un corazón de tarjeta postal). La observé mientras cogía otras piezas del rompecabezas. Las examinaba una por una, acercándolas mucho a los ojos, como si fueran monóculos que se estuviera probando, pero nunca juntaba ninguna con otra. La vez anterior llevaba puesto un camisón de mi madre. Esta vez, pese al calor, se envolvía además en un chal. Había algo de prohibido en ella; quizá fuera por las leyes de Nuremberg, que habían ilegalizado las relaciones físicas entre arios y judíos.

Le dije que podía salir. Me dio las gracias, tras lo cual empezó a mordisquearse las uñas otra vez. Nos quedamos así, en silencio, hasta que quise marcharme, pero no supe cómo. Hubiese querido cerrarle simplemente el tabique en la cara y largarme, como había hecho la vez anterior, pero no me atrevía. Hubiese deseado que ella dijera algo. Entonces Pimmichen tosió y los dos fingimos sobresalto. En mi prisa por cerrar el tabique, y en la suya por ayudarme, perdió una pieza del rompecabezas. La recogí y empecé a darle vueltas, pasando del reverso de cartón, de forma extrañamente humana, al amorfo fragmento de un campo. La limitada visión lo volvía tanto más vasto y deseable como si mirara un jardín por el agujero de la cerradura de una mazmorra. Dejé caer la pieza en uno de mis bolsillos.

Después de eso, por alguna razón, procuré que ella me oyera lo más posible. Cuando volvía a casa, intentaba que mi voz sonara alegre y confiada: «¡Pimmichen! ¡Soy yo! ¡He vuelto!». Y antes de acostarme: «¡Pimmichen, buenas noches! ¡Me voy a la cama!». «Mamá, ¿dónde has puesto mi mapa? Quiero consultar una cosa». Recorría la casa pisando fuerte, arrastraba la silla de mi escritorio y exageraba cada tos y cada bostezo. Quería que ella estuviera al corriente de todos mis movimientos, como yo lo estaba de los suyos. Mi madre me decía que no alborotara tanto, pero Pimmichen le recordaba que sólo así podía oírme con el oído malo.

Unos días después fui a verla de nuevo, pero esta vez tamborileé con los dedos antes de abrir el tabique. Sentía que yo era un intruso para aquella mujer, cuando en realidad la intrusa en mi casa era ella. Aproveché como excusa la pieza perdida del rompecabezas, y actué como si acabara de encontrarla en el suelo. Fue entonces cuando reparó en mi mano, o quizá deba decir en la ausencia de mi mano. El dolor en su cara fue terrible; se me encogió el corazón, fue como si hubiese visto algo siniestro. Extendió las manos y la apretó; es decir, apretó el aire donde debería haber estado mi mano. Aunque sabía muy bien que ella era inferior a mí y que, por tanto, no había razón para que yo apreciara sus gestos, lo cierto es que ninguna mujer me había hecho nunca algo así.

—Ése era mi mayor miedo cuando tocaba el violín —susurró—, perder la mano con que pisaba las cuerdas. Solía decírselo a Ute y ella se reía.

Al oír el nombre de Ute me quedé atónito. Bajé la vista hasta la mano que ella estaba y no estaba apretando. Me emocioné tanto al ver que ella, una mujer, cualquier mujer, no sentía asco por mí, que pensé que iba a ponerme a llorar. Tuve que marcharme antes de que eso sucediera.

Aquella noche se apoderó de mí una extraña embriaguez. Mi vida, tan intolerable en los meses posteriores al accidente, cuyos minutos y horas habían sido dolorosamente trabajosos, había adquirido un giro inesperado. Ahora, cada minuto era intenso, mi corazón palpitaba con fuerza en mi pecho cuando cobraba conciencia de mí mismo cada mañana, antes incluso de abrir los ojos. ¿Iría a verla o no? ¿Cómo lo haría? Era emocionante, era un desafío para mi imaginación y me

sentía vivo. Los papeles se habían invertido. Ahora era yo quien le sugería a mi madre que saliera de casa a tomar el aire, porque la veía pálida. ¿No deberíamos ir a ver a papá a la fábrica? ¿O a buscar provisiones? Cuando mi madre estaba lista, con la cesta colgada del brazo, me invadía de pronto una repentina lasitud y la dejaba ir sin mí.

Aunque al principio intenté quitarme de la cabeza a la joven mujer, para entonces estaba tratando de olvidar a Adolf Hitler. Me irritaban sus constantes reproches de mis defectos: mi incapacidad, mi actitud acientífica, mi indignidad, mi deslealtad, todo lo cual me privaba de su aprecio. Cuando encontraba una fotografía suya en una revista, por muy figura paterna que fuese para mí, se me encogía el estómago y rápidamente pasaba la página.

Durante más de un año, ella y yo vivimos juntos en la misma casa de esa manera tan demente.

A causa del peligro latente, la confianza iba y venía. Yo iba a verla siempre que podía, sin que nadie lo supiera, y poco a poco fue creciendo entre nosotros una extraña afinidad. Le hablé de Kippi, de los campamentos de supervivencia y de mi accidente, pero tenía cuidado con lo que decía. Curiosamente, a mí me resultaba más difícil hablarle a ella, que a ella hablarme a mí. Ella se censuraba menos. Yo suponía, no sé si con razón, que su franqueza se debía más a su soledad que a una auténtica confianza en mí, al ser yo la única persona más o menos de su edad con quien podía hablar. A veces parecía alegrarse de verme, pero supuse que eso era también por el tiempo que le permitía pasar fuera de su confinamiento.

Me habló de sus padres, *Herr y Frau Kor*, que discutían por la forma de servirse la mantequilla. *Frau Kor* cortaba una fina lámina de un extremo de la barra, mientras que *Herr Kor* rascaba con el cuchillo la cara superior. Tenían dos escuelas de pensamiento para todo, desde la manera correcta de guardar los calcetines —planos y doblados en dos, o bien hechos una bola, uno dentro del otro—, hasta el modo de recitar las oraciones para que Dios las oyera: a su hora, en voz alta y balanceando el cuerpo adelante y atrás, o bien, puesto que Dios no necesitaba oídos para oírnos, en silencio y a cualquier hora del día, cuando la necesidad fuese espontánea. Me habló de sus dos hermanos mayores, Samuel y Benjamín, que soñaban con emigrar a Estados Unidos y abrir una tienda de coches usados y, sobre todo, me habló de su prometido, Nathan.

Nathan era brillante en matemáticas y hablaba cuatro idiomas: alemán, inglés, francés y hebreo. ¿Quién podía considerar el hebreo como un idioma?, objeté. Me dijo que, aunque yo no lo hiciera, aun así eran tres lenguas las que escribía, leía y hablaba con fluidez, lo cual era más de lo que podía decirse de la mayoría, en eso tenía que darle la razón. No se la di. Hubiese querido decirle que a un judío ni siquiera deberían permitirle hablar el alemán, pero no podía insultarlo a él sin insultarla también a ella, lo cual se repitió en otras muchas ocasiones.

Nathan no practicaba ningún deporte y pasaba casi todo el tiempo leyendo libros de historia, filosofía y teoría matemática. Yo no podía creer que a ella le entusiasmara tanto semejante pelmazo. Podía pasar horas enteras hablando de él. Los ojos oscuros se le iluminaban; el pecho se le ensanchaba; su expresión se suavizaba, y sacudía su densa cabellera, sentada con las cortas piernas de niña flexionadas primero a un lado y después al otro y los piecitos excesivamente arqueados, inusualmente pequeños, descalzos sobre la alfombra, aunque debo decir que parecían trabajosamente calzados en unas invisibles zapatillas de baile. Si le hacía la más insignificante pregunta sobre él —lo que pensaba de tal cosa o lo que hacía con tal otra—, más que nada para demostrarle mi superioridad, ella empezaba y no acababa. A veces cerraba los ojos e inclinaba la cabeza a un lado, como si imaginara que iba a recibir un beso suyo antes de abrirlos. Terminé por

irritarme cada vez que mencionaba su nombre, en parte porque, teniendo delante a un ario superior, no hacía más que pensar en él. Pero eso no significaba que yo la deseara, ni que estuviera celoso.

Un día (mucho después de averiguar que el color favorito de él era el azul, porque era el de longitud de onda más corta en el espectro luminoso, el más refractado y, por tanto, el que penetraba a mayor profundidad en el mar, lo cual explicaba que el mar y el cielo fueran azules; que su palabra favorita era «quintaesencia» y que le gustaba repetírsela a ella sin motivo al oído; que nada más verlo, ella había comprendido que estaban hechos el uno para el otro, porque él llevaba en la mano el *Tractatus philosophicus* de un tal Ludwig Wittgen-no-sé-qué y ella también lo llevaba, aunque se trataba de una coincidencia estúpida, porque ambos estaban en la sección de filosofía de la misma biblioteca pública, donde solían holgazanear todas las tardes las únicas personas del mundo —un puñado de vieneses pedantes— que habían oído hablar de semejante ladrillo de libro, y que los pies de él eran griegos, porque el segundo dedo era más largo que el dedo gordo, aunque toda su helenidad no pasara de ahí) me armé de coraje y le pregunté si tenía alguna foto suya.

Fue curioso. Me sentí traicionado al enterarme de que sí tenía una foto suya, allí, en mi propia casa. ¡Escondida en ese espacio secreto suyo! Me dije que mi ira se debía únicamente a que en cierto modo me había sido impuesto un segundo huésped judío, que nadie había invitado. Rebosante de orgullo, ella me enseñó a su novio de cara de ratón y pelo rubio sucio, con sus feas gafas de montura de concha. No sé si le servirían para agrandar la letra pequeña, ¡pero cómo le agrandaban los ojos! ¡Parecían dos bolas de billar! ¿Cómo podían dos ojos humanos sobresalir tanto y a la vez parecer tan ausentes? ¡Dos pedruscos de un par de kilos! ¡Pero si era más feo que yo! Era cierto que a los judíos les atraía la fealdad, de eso no cabía la menor duda. Hubiese querido decirle que por nada del mundo habría cambiado mi cara por la suya. Sentí rencor hacia ella por pensar que semejante escoria era una gran persona.

—¿A que es guapo? ¿A que sí? —insistió ella—. Cuando termine la guerra, nos casaremos. Ese hombre afable, ese erudito, será mi marido.

La contemplé mientras acariciaba el contorno de aquella mezquina cabeza de cerebro de guisante. Yo no quería ni esperaba que terminara la guerra, pero hasta entonces no había tenido claras mis razones. A partir de ese momento las tuve.

Si en aquel tiempo Elsa era importante en mi vida, también lo era Nathan. Se sentaba a la mesa y comía conmigo, divagando sobre alguna improbable teoría, mientras ella batía sus pestañas para mí y no para mí. Compartía con ella aquel apretado espacio diminuto, abrazándola, podía sentirlo. Hubiese querido sacarlo de los pies y arrojarlo por la ventana de una vez por todas. Toda nuestra casa era su patio de recreo: subían y bajaban la escalera corriendo, siempre de la mano, y se desternillaban de risa tumbados en nuestros sofás y en nuestras camas. ¡Qué dulce sería ese beso tanto tiempo anhelado, habiendo tenido ella embotados todos sus sentidos en aquel encierro! Imaginaba esos dedos ruines tocando sus mejillas, atrayendo su rostro hasta tocar los labios de ella con los suyos. Me ponía furioso. De vez en cuando me atrevía a imaginar que ese beso era mío, entonces sentía un vacío en el estómago y me invadía una especie de indolencia. ¿Estaría enfermando? ¿Me estaría contaminando ella? Sabía que me estaba rebajando, pero no me importaba. ¿Quién podía enterarse?

Empecé a leer el periódico con otros ojos. Ahora, cada victoria me acercaba un poco más a

Elsa, y el único propósito de cada ataque enemigo era arrebatármela. La guerra perdió cualquier otro sentido. Ganar significaba ganarla *a ella*. Perder era perderla *a ella*.

El beso se volvió una obsesión. ¡Yo, que había superado todas las pruebas del valor y había defendido al Reich, descubrí que era demasiado cobarde para emprender esa minúscula acción! ¡Y ella ni siquiera era aria! Estaba furioso conmigo mismo: pasaba horas y horas con ella sin pensar en ninguna otra cosa, pero era incapaz de hacer algo más que escuchar tontamente su conversación, cautivado por los variados movimientos de sus labios en forma de corazón de tarjeta postal, asintiendo todo el tiempo con la cabeza. Era una agonía, sobre todo cuando me hablaba de él, porque todo lo que había creído posible se volvía imposible como por arte de magia. Cada despedida me dejaba una profunda sensación de fracaso.

Me juré por mi honor que la próxima vez que la viera, pasara lo que pasase, la besaría y punto. Ensayé el beso mil veces con el pensamiento. El hecho de que estuviera en mi casa me hacía sentir que, en estricta justicia, ella era mucho más mía que suya. Entonces llegó el momento. Dejó de hablar y se hizo un breve silencio. Yo aún no me había movido, pero estaba a punto de hacerlo; tenía la mente preparada y estaba concentrándome con toda la intensidad de que era capaz cuando ella me miró, reparó en la expresión ridícula que debía de estar poniendo y estalló en carcajadas.

El modo en que cerraba un ojo más que el otro cuando reía, como si nos estuviera haciendo un guiño a mí y al mundo, mientras sus labios parecían aún indecisos entre la risa y el llanto, despertó en mí el vago recuerdo de alguien del pasado. Su risa familiar resonó aún más cantarina cuando advirtió, por la chispa de reconocimiento en mis ojos, que yo estaba cayendo en la cuenta.

—¿Recuerdas, Johannes, cuando entrabas en el cuarto de tu hermana y nos fastidiabas a las dos? —Su risa se volvió más aguda y melódica—. ¡Nunca había visto rabieta semejante! ¡Casi le rompías el violín, no lo soltabas! —añadió, desarreglándome el pelo. ¡Entonces era ella! La niña que venía todo el tiempo a practicar el violín con Ute. La que me sacaba de la habitación por el cuello de la chaqueta cuando yo insistía para quedarme con ellas. La mejor amiga de Ute. Qué desgraciado me sentí. Todavía me veía como a un niño. Yo era más joven que ella y su adorado Nathan, es cierto, pero había cumplido los diecisiete. No sólo era un hombre, sino que ya había sido soldado, ¿no se daba cuenta?, ¡soldado! ¡Yo era más hombre a los once años, cuando hacía ejercicio y asistía a campamentos de supervivencia, de lo que él sería nunca a los treinta, a los cuarenta o incluso a los cien años! ¡Seguro que ese ratón judío ni siquiera era capaz de levantar un trozo de queso!

Después de aquella afrenta, salí a repartir órdenes de reclutamiento. Me movía a trompicones por la ciudad, cometiendo un error tras otro. Tenía que ir a la calle Sommergasse, en el duodécimo distrito, y acabé en la Sommergasse, en el decimonoveno. Fui a la Nestroygasse, en el segundo, sin saber (ni consultar) si había otra Nestroygasse en Viena, y sí la había, ¡en el decimocuarto! Pasé todo el tiempo concentrado en pensar horrores de ella, hasta el punto de no ver nada a mi alrededor. Debería haber estado loca por mí y por mis atenciones, porque aunque herido y desfigurado, mis genes estaban intactos y eran superiores a los de él, pero en lugar de eso insistía en idolatrar a aquel sujeto insignificante, lo cual demostraba que ella misma era igual de insignificante y que yo debía abrir los ojos y reconocer que estaba perdiendo el tiempo con un ser inferior. ¿Acaso no nos habían enseñado en la escuela todo lo que había que saber acerca de los judíos? ¿Por qué hacer una excepción con ella? ¿Por qué no la denunciaba? Habría sido la mejor

manera de quitármela de encima. Ya iba siendo hora, considerando el tiempo que llevaba ella riéndose de mí. ¡Desde que tenía memoria!

En la calle había una mujer que vendía manzanas a un precio muy alto. Al pasar por su lado, vi un último ramillete de margaritas sin vender, remojándose en un cubo a sus pies, y sentí que perdonaba a Elsa y que ansiaba regalárselo. Como no tenía el precio marcado, llamé a la mujer para preguntárselo. Ella retrocedió un paso, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar la aversión que le producía mi cara, como si yo cometiera una insolencia al ofenderla con la visión de mi rostro. Los clientes más próximos a mí se volvieron para ver cuál era la gran atracción. Mis piernas no fueron lo bastante veloces para escapar de sus groseras exclamaciones de asombro.

Quería volver a casa, pero me quedaba una última orden por entregar. Sabía que las probabilidades de ver a Elsa a última hora de la tarde eran prácticamente nulas, pero me sentía más aliviado cuando la tenía cerca. Daría un portazo, para que supiera que había llegado. Imaginé que se habría pasado el día esperando oírlo. Me habría gustado hacerla esperar un poco más, pero probablemente, para entonces, la separación me molestaba más a mí que a ella.

De camino a Hietzing, vi a una mujer sobre una picota, con un cartel de cartón colgado del cuello que la acusaba de haber mantenido relaciones con un esclavo. La habían rapado, por lo que a primera vista la confundí con un hombre. Había un grupo de gente insultándola y los recién llegados que leían el cartel le escupían a la cara. El borde del cartón se le hundía en la barbilla y le impedía agachar la cabeza lo suficiente para eludir, aunque fuera psicológicamente, los ataques verbales más despiadados, si no los escupitajos.

Me produjo una extraña sensación pasar por su lado andando libremente; sentí más pesadas las piernas, como si se pegaran al suelo a cada uno de mis pasos. Acabé arrastrando una pierna. En cuanto me distancié de la escena, intenté razonar con el niño que había sido, deshacerme de lo que fuera que se estaba apoderando de mí, pero era una batalla perdida en sus tres cuartas partes.

Nunca entregué mi última orden de reclutamiento. Antes de llegar a Penzing, di con un grupo de chavales de mi edad vestidos con elegante ropa inglesa, con el pelo largo y desordenado, bailando en plena calle al ritmo de una grabación de música de viento americana. A decir verdad, no bailaban, sino que movían el cuerpo como dementes. Se juntaban dos o tres y empezaban a dar saltos alrededor de una sola chica, sin tener ninguno de ellos la mínima cortesía de apartarse y esperar su turno. Saltaban como conejos, entrechocaban las palmas y se frotaban los traseros unos contra otros. Un tío con dos cigarrillos en la boca y una botella de licor aferrada en la mano se puso a arrastrarse de rodillas por el suelo, con la cabeza hacia atrás. Otros se doblaban hacia adelante y dejaban colgar el tórax, mientras movían espasmódicamente los omóplatos. Pero contrariamente a lo que pudiera parecer, no estaban enfermos, no, ¡era parte del baile!

En ese momento tuve la impresión de que íbamos a perderlo todo. En realidad, me bastó contemplar la destrucción a mi alrededor para comprenderlo. Por primera vez supe que íbamos a perder la guerra y, con ella, la moral, la disciplina, la belleza y el sentido de perfección humana por los que habíamos luchado. El mundo estaba cambiando, podía sentirlo, pero no en la dirección correcta. Incluso yo mismo. Eso era lo más decepcionante de todo. Había defraudado a Adolf Hitler, a quien yo reverenciaba. Aquella noche no volví a casa, y no hice más que vagar sin rumbo. Por desgracia, las bombas cayeron demasiado lejos para poner punto final a mi narración.



Mi madre me estaba esperando con la cara apoyada en la ventana. Antes de que yo llegara a la verja, salió corriendo para estrecharme entre sus brazos. El último año le había pasado factura. Los labios se le separaban en las comisuras y las ojeras le daban aspecto de derrota. Unas canas más gruesas que aquellos finos cabellos castaños que siempre me habían gustado tanto se proyectaban en todas direcciones, como las cuerdas rotas de un instrumento musical. Mientras la abrazaba, apoyé el mentón en su cabeza y miré la boca de vaho que había dejado impresa en el cristal, con las palabras no dichas esfumándose poco a poco.

Me preguntaba para mis adentros si debía decirle en ese preciso instante que estaba al corriente de lo de Elsa. Sabía que Elsa era contraria a contárselo, porque no quería que se inquietara por mi seguridad, pues ya tenía suficientes preocupaciones. Yo estaba convencido de que, si alguna vez descubrían a Elsa, mi madre asumiría toda la responsabilidad, pero temía que organizara su traslado si se enteraba de que yo estaba al tanto. Por otro lado, si hablábamos al respecto, podíamos aliviar las tensiones y quizá pudiera ver a Elsa más a menudo. Era un suplicio que pasaran los días sin poder hacer nada más que arañar la pared al pasar, o deslizar una nota con uno de los saludos de antes de la guerra —*Griß Dich, Guten Tag, Hallo o Servus*—, escrita con mis trazos de niño de cinco años, que ella tenía que ocultar y que yo hacía desaparecer cuando volvía a verla, para que mi madre no la encontrara por azar.

A la mañana siguiente, temprano, salté de la cama resuelto a contárselo todo a mi madre, pero un incidente imprevisto me lo impidió. Pimmichen, al oírme pasar, gruñó que no se sentía bien. Supuse que sólo quería que le llevaran el desayuno a la cama, como hacía Pimbo, y entré para abrirle las persianas. El brillo en sus ojos me reveló que no me había equivocado. En nuestra casa, el otoño era peor que el invierno, porque todavía no poníamos carbón en las estufas; había, por tanto, una época durante la cual hacía frío, pero no tanto como para poner la calefacción. Aún tenía que enfriarse más el ambiente para que llegara a caldearse.

Fue entonces cuando vi «O5» pintado en la casa de enfrente. Pensé que lo habían puesto allí para que yo lo viera cuando levantara aquellas persianas, lo cual era una idea absurda, porque habitualmente no era yo quien lo hacía. La habitación de Pimmichen estaba del mismo lado que el nicho de Elsa, por lo que supuse que alguien lo habría escrito como amenaza contra ella y, en consecuencia, contra nuestra familia. La «O» era la inicial de *Oesterreich*, el nombre de Austria en alemán, escrito según la grafía antigua, y el 5 representaba la letra siguiente, la «e», la quinta letra del alfabeto. Ya en época moderna, el grupo «oe» fue sustituido por la «o» con diéresis, «ö», de ahí que hoy se escriba *Österreich*. Era el signo que la resistencia austríaca pintaba sobre los carteles políticos y las ordenanzas gubernamentales que tapizaban los muros de la ciudad. No podía apartar los ojos de aquella pintada. Nuestros vecinos, *Herr y Frau Bvlgari*, salieron a la

ventana, y nos quedamos así, frente a frente, mirándonos con desconfianza. Me pareció evidente que lo sabían. ¿La habrían visto pasar junto a la ventana, aunque fuera una sola vez? ¿Habrían estado espionando a mi madre? ¿Qué significaba aquello?

Mis preocupaciones se vieron desplazadas por otras peores cuando mi madre salió a la calle para verlo mejor, y volvió corriendo. También lo habían pintado en nuestra casa; era eso lo que miraban fijamente los Bvlgari. Mi madre lo interpretó más como una acusación que como propaganda, porque no estaba en ningún otro muro. Sin pérdida de tiempo, me mandó al sótano a buscar un último cubo de amarillo de Schönbrunn. Para llegar a la pintura líquida, tuve que retirar la película solidificada, que depositada sobre una hoja de periódico me pareció el sol ingenuo y venturoso de los dibujos escolares. Por muchas capas que aplicamos, turnándonos ella y yo, el amarillo no consiguió tapar al negro. A partir de entonces, hubo una mancha en nuestra casa.

Desde aquel día, mi madre fue un manojo de nervios. Si cometía yo el error de entrar en una habitación sin llamar a la puerta, ella se volvía como una peonza, llevándose al corazón las manos crispadas. Cada vez que el viento hacía temblar una ventana, gritaba «¿Qué ha sido eso?», «¿Quién anda ahí?». Decía que oía voces desconocidas en el teléfono. Cuando bajaba la escalera por la mañana, no admitía nunca que las cosas estaban tal como las había dejado. «¿Qué hace ahí esa taza?!». «La dejé yo, mamá, ¿no te acuerdas?». Empezaba a redistribuir los ceniceros, hasta que su nerviosismo me afectaba a mí, y atendía menos a Elsa, por miedo a que la estuvieran vigilando. También ella misma se descuidaba: se dejaba puestos todo el día el camisón y las zapatillas, y dormía largas siestas. Elsa empezó a vivir en completa oscuridad durante días enteros, sin la menor tregua; por fortuna, yo la visitaba por las tardes, para ofrecerle una palabra amable, agua fresca o una patata cocida fría.

Los días se volvieron más cortos. Oscurecía por la tarde, y la noche se prolongaba hasta bien entrada la mañana. Aquel otoño me pareció excepcionalmente frío, quizá porque comíamos poco. Algunos días sólo teníamos caldo, pan viejo y un nabo. Me metía en la cama con la ropa puesta, con el pijama hecho una bola bajo el cuerpo, y sólo me cambiaba cuando la temperatura se volvía tolerable.

Una noche, hacia las tres, me despertó el ruido de unos sollozos. Me incorporé y salté de la cama. Elsa estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en el marco de mi puerta. Tardé unos segundos en distinguir su postura, porque el pelo le tapaba la cara como un velo, por lo que a primera vista me pareció que sus piernas estaban flexionadas en un ángulo imposible. Corrí hacia ella, era la primera vez que abrazaba a una mujer. Estaba helada. La estreché entre mis brazos y le hice fricciones por todas partes, consciente de cada uno de sus huesos. Olía a orina y su boca tenía el hedor ácido del hambre, pero no me importó.

—Tu madre, *Frau Betzler*, ya no viene. ¡Me voy a morir! —gimió, y añadió en yiddish *¡Tsure!*, «¡pobre de mí!».

Le indiqué con un gesto que se metiera en la cama conmigo para calentarse, pero no me hizo caso; empezó a chuparse la uña del pulgar, sin responder. Entonces encontré una solución aceptable para los dos. Si se daba prisa, podía calentarse en mi cama sin mí, ya que las sábanas aún conservarían el calor de mi cuerpo. Eso sí lo aceptó, y me permitió que le frotara la espalda a través de las mantas.

—Por favor, Johannes, ve a buscarme algo de comer.

Me iluminé el camino con una linterna, sin preocuparme de que mi madre me oyera. Encendí el

gas y puse en remojo en un par de centímetros de caldo el pan que encontré, para ablandarlo. Me pareció que transcurría una eternidad hasta que el primer vapor empezó a desprenderse de la superficie, mientras los constantes ronquidos de Pimmichen me sacaban de quicio. Ni siquiera un hombre hecho y derecho, queriéndolo y en pleno día, podría haber hecho tanto ruido expulsando el aire por la nariz (yo lo sabía, porque lo había intentado); ¿cómo era posible que ella lo consiguiera mientras dormía? Repentinamente, me sentí tan furioso con mi abuela como con mi madre.

El regreso fue más difícil, porque tuve que sujetar la linterna entre los dientes. Me alegró que Elsa no estuviera mirando cuando entré en la habitación. Dejé caer la linterna sobre la cama, donde su luz nos envolvió en un desvaído halo amarillo. Casi se ahoga devorando el pan que le di con la mano. Después volví para buscar agua y se la llevé a los labios, sosteniéndole la cabeza lo mejor que pude con el muñón del codo. Después de comer y llorar, su cara estaba húmeda y pegajosa. Sus ojos, iluminados por el perceptible brillo de la inteligencia, destacaban sobre las ojeras oscuras en un rostro afilado y desusadamente pálido, a los lados de una nariz perfectamente recta, cuya posición levemente alta en la cara le confería un aire majestuoso, que en otras circunstancias habría rozado la arrogancia. Sus cejas, el único rasgo asimétrico, transmitían la sensación de que cada ojo tenía un estado de ánimo diferente. Respiraba dócilmente, satisfecho un ojo y preocupado el otro. La besé sin darme cuenta. Ella no hizo nada por devolverme el beso, ni por apartarme. Lo que en mí era amor en ella era pasiva gratitud.

—Ahora tengo que volver —murmuró. Incapaz de inventar con suficiente rapidez una excusa para retenerla, la seguí obedientemente. Al ser dos cabezas más alto que ella, me sentía torpe y desmañado; por eso fue un alivio poder arrodillarme y tapparla con mi edredón, que ella aceptó después de mucha insistencia. Yo mismo le explicaría a mi madre, al día siguiente, cómo lo había conseguido.

Me levanté a las cinco para no arriesgarme a que mi madre le llevara antes el desayuno. Quería evitarle el aturdimiento de cualquier explicación que pudiera darle Elsa. Esperé sentado en el sofá, en el pasillo delante del dormitorio de mis padres, que estaba justo a la izquierda de la escalera, por lo que no podía salir sin que la viera. Me levanté para consultar la hora; habían pasado cinco minutos desde la última vez que había mirado. Eran las siete y yo ardía por dentro. No respondió cuando llamé a la puerta. Ya no pude esperar más y entré.

—Mamá...

Me paré en seco. La cama estaba hecha. ¿Adónde habría ido? ¿Y cuándo? En cierto modo sentí alivio, porque aún no había encontrado las palabras justas, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que tenía algún tipo de problema. Mi abuela no sabía ni remotamente dónde podía estar.

—Habría ido a comprar *brioche*s a Le Villiers —aventuró—. A estas horas ya debe de estar abierto, ¿no?

Vivía en otra época. Le Villiers, nuestro colmado francés de Albertina Platz, había cerrado cinco años antes.

Miré en las habitaciones del piso de abajo, por si se hubiera quedado dormida leyendo. Justo cuando me disponía a abrir el cuarto clausurado de Ute, los oí entrar a ella y a mi padre.

—A veces me sorprende deseando que se la lleven de una vez —estaba reconociendo mi madre—. ¡Me siento mala cuando temo por mi propia familia! El amor por los míos me está convirtiendo en una mala persona.

—¡No digas eso! Tú has hecho todo para que ella esté aquí; lo estás haciendo muy bien. Ya sabes que estoy orgulloso de ti.

—No puedo más. Cuando subo, pienso que en cualquier momento puede aparecer un fanático apuntándome con una pistola. Estoy cambiando. Ya no soy alguien que pueda inspirar orgullo.

—No tendrás que padecer mucho tiempo más, Roswita. Te lo aseguro.

—Se suponía que a estas alturas ya deberían estar aquí. ¿Dónde están?, dime. Lo único que hacen es bombardearnos a nosotros. ¡A los civiles! ¡A la gente que los está ayudando!

Esperé hasta que pasaron de largo, y entonces fui por el otro camino, pasando por la biblioteca y el saloncito. Les salí al paso frotándome los ojos.

—¡Ah, buenos días, mamá, papá!

—Buenos días, hijo —respondió mi padre.

—¡Vaya! —dijo mi madre—. Te has levantado tan pronto como yo.

¿Con qué frecuencia pasaría ella las noches fuera de casa? Como mi padre no se apartaba de su lado y me resultaba incómodo sacar el tema en su presencia, acabé por irritarlos a ellos y a mí con una charla intrascendente. Mi madre expresó con excesivo entusiasmo su acuerdo con mis predicciones del tiempo y escuchó con sonrisa tensa y forzada la narración de mi último sueño, en el cual sus piernas, las de mi padre y las mías se fundían entre sí y ya no podíamos caminar normalmente por la casa, sino que teníamos que saltar.

—¿Y tú? ¿Has soñado algo?

—No me acuerdo.

—Debes de tener el sueño demasiado profundo.

—Supongo que sí.

Los seguí al sótano en busca de provisiones y también a la cocina. Por el rabillo del ojo advertí que mi padre sacaba una bolsa de agua caliente de debajo de la pila, mientras yo continuaba conversando con mi madre. Se retiró quejándose de un hombro dolorido, pero vi que la llevaba al piso de arriba. Posteriormente, Elsa me dijo que la había rellenado de caldo caliente, dándole así un doble uso.

Estuve merodeando en torno a la escalera, listo para interceptar a mi madre. Pero como ya tendría ocasión de descubrir, mi padre la había relevado de su tarea de cuidar a Elsa, y cuando mi madre volvió a ocuparse de ella, ni siquiera prestó atención al edredón y, si lo hizo, debió de pensar que era cosa de mi padre, o al menos así lo esperé yo.

Después, mis padres estuvieron largo rato encerrados en su dormitorio. Él fue el primero en salir. Cogió a Pimmichen por la cintura y se puso a bailar a ritmo de vals. Ella se quejó, diciendo que no podía bailar sin música.

—¿Qué? ¡Pero, mamá! ¡No me digas que te estás quedando sorda! ¿No oyes la obertura de *El murciélago* de Johann Strauss?

Ante la insistencia de mi padre, ella prestó atención, con la concentración pintada en el rostro marchito, que finalmente cobró vida: ¡sí, ella también la oía! Mi madre intentó bailar, con su camisón y unas zapatillas que se le salían cada tres pasos, pero al final abandonó, aduciendo un motivo que según mi padre sólo una mujer habría sido capaz de concebir: dijo ser incapaz de bailar el vals si no llevaba el pelo recogido en un moño. Entonces mi padre cogió el broche que ella usaba para apartarse el pelo de los ojos y se lo colocó en la nuca. Le llevó unos minutos descubrir cómo funcionaba, pero la improvisación fue aceptable. El peinado no duró horas, pero

nuestras risas sí.

Después volvió del jardín con una bolsa de hierbajos y una sonrisa cómicamente maligna. Lo que se le había ocurrido era, cuando menos, original. Preparó ensalada amarga de ortigas, asó castañas para el segundo plato y el postre, y aderezó nuestro caldo con las setas que había recogido. No era tan bueno como mi madre quitando la tierra de las hierbas ni cortando las partes malas, pero no nos importó. Tras una sola incursión, el jardín quedó desierto, por lo que al día siguiente tuvo que recurrir al mercado negro. Nadie se creyó su patraña. Dijo que en el camino de vuelta a casa se había encontrado un jabato recién muerto, abandonado en medio de la calle, como si un cazador lo hubiese herido y el jabato hubiese escapado, para ir a morir prácticamente a tiro de piedra de nuestro horno.

Desoyendo las advertencias de mi madre acerca de la escasez para el invierno, mi padre llenó de carbón la estufa de cerámica. Su conducta era muy poco habitual, pero no iba a ser yo quien objetara. Acercamos nuestras butacas a aquellos preciosos azulejos en delicados tonos verdes y nos quedamos contemplando el fuego como hipnotizados, esperando a que la temperatura aumentara lo suficiente para cerrar la puerta de la estufa. El fuego tenía todo el misterio de un drama que nadie pudiera comprender, con ígneos actores enunciando sus verdades más íntimas en una lengua muerta. Mi madre se había apoyado amorosamente sobre mi padre, y yo deseé que Elsa estuviera conmigo. Sabía que ellos también estaban pensando en ella, porque mi madre dijo algo al oído de mi padre, y en seguida él se incorporó y salió de la habitación.

Aunque no me desagradaba estar con ellos, no veía la hora de estar solo. Sentía un impulso incontrolable de grabar el nombre de Elsa en la pared, al lado de mi cama, o de arañarlo en mi propio brazo. Volvía a imaginar una y otra vez nuestro beso, y anhelaba besarla más intensamente, besar sus hombros, su cuello y sus manos infantiles de uñas mordisqueadas. El hecho de que mis padres no repararan en mi estado de perenne ensoñación era una señal inequívoca de lo mucho que les preocupaba su propia suerte. Creo que a partir de aquel momento no tuve un instante de tregua pensando en ella. Puede que para los demás yo siguiera siendo el mismo, pero para mí ella estaba presente en todas partes lo mismo que yo, o incluso más. Era increíble que nadie pudiese verla sentada sobre mis rodillas.

Aquella fue una noche sin luna, teníamos todas las persianas cerradas y en las ventanas en las que no había, habíamos claveteado alfombras. Por todo el barrio se habían multiplicado los carteles que advertían: «¡El enemigo ve tus luces! ¡Apágalas!». La luz se había convertido en nuestro enemigo. Subí la escalera de rodillas y me abrí paso a tientas hasta ella. La oscuridad era mi amiga: ocultaría mi rostro y todas las torpezas que pudiera cometer. Había resuelto confesarle a Elsa que la quería, no podía seguir callando. Si perdíamos la guerra, emigraríamos los dos a América y me casaría con ella. No me importaba casarme con una judía. Ella no era como los otros judíos que yo había estudiado, era una excepción. Además, podía convertirse al catolicismo. Si mis padres la habían amparado, ¿cómo iban a oponerse?

El corazón me palpitaba con fuerza. Tuve que detenerme en el descansillo y repasar mi parlamento. Estaba seguro de que ella saltaría de dicha ante el privilegio de ser mi esposa, la mujer de un ario. ¡Claro que iba a aceptar! Si hasta entonces se me había resistido, era sólo porque no le había hecho ninguna proposición seria; tal vez suponía que sólo quería jugar con ella, por pura diversión. Apoyé la mejilla en la pared y tamborileé con los dedos, haciéndole nuestra señal particular.

—¿Sí? —susurró.

—Soy Johannes.

Tuve que llamar otra vez. Tardó mucho en abrir. La busqué a tientas, enamorado con la intensidad de la juventud, pero curiosamente ella no hizo el menor esfuerzo por salir a mi encuentro. Intenté meter la cabeza para besarla, pero ella me rechazó con un suspiro.

—¿Qué pasa?

Pensé que estaba enfadada porque no había ido a verla antes. Me encontraba en una situación difícil, pues sabía que mientras no le expusiera mis planes, Elsa se me resistiría, pero no me resultaba fácil abordar el tema si ella no me ofrecía alguna señal de afecto.

Su voz tenía un tono contrariado:

—Ya no puedo vivir en esta estúpida negrura. Me dan ganas de gritar, de arrancarme el pelo... Y lo haría, si sólo fuera por mí. ¿Qué cambiaría si yo muriera? Aquí dentro ni siquiera hay diferencia entre el sueño y la vigilia. ¡Sólo negro, negro, negro!

—Chiiis —la hice callar, acariciándole el pelo—. ¿Quieres que te deje una de mis linternas?

—¿A ti qué te parece?!

No esperaba que me contestara mal, pero lo atribuí a las incomodidades que estaba padeciendo, y debo decir que en cierto modo me sentí halagado, porque lo interpreté como una señal de que habíamos traspasado las barreras de la cortesía entre conocidos, para acceder a una unión más íntima. Aun así, me tomé mi tiempo para bajar en busca de la linterna. Quería que se arrepintiera de haberme hablado de aquel modo. Dio resultado. Cuando volví, extendió la mano para sentir que yo estaba allí.

—Aquí la tienes.

Apoyé mi mano sobre la suya para enseñarle cómo funcionaba, y no la aparté cuando terminé la explicación. Ella retiró la suya.

—Elsa... —comencé, pero todo lo que tenía pensado decirle me pareció fuera de lugar. De todos modos, ella me interrumpió, apuntándome con la linterna en plena cara. Yo asesté un par de ciegos manotazos para que la apartara, pero para entonces ya había vuelto a meterse en su escondrijo, que yo estaba empezando a odiar. Por mucho que dependiera de los demás, había en ella cierta autonomía cuando estaba metida allí dentro.

—El negro —empezó otra vez— ni siquiera es un color. Nathan me explicó que el negro es la ausencia de color. Por tanto, estoy viviendo en la ausencia de color. No puedo verme; en consecuencia, cabe suponer que estoy ausente, que no existo.

—Para mí, sí —dije inclinándome hacia ella—. Yo te amo.

Sus labios se retorcieron y me encontré besando sus dientes, mientras ella lloraba con tal fuerza que temí que mis padres la oyeran. Le tapé la boca. Mi venturosa ilusión duró todavía unos segundos más. Pensé que su conmoción se debía a lo que acababa de decirle y al amor igualmente intenso que ella sentía por mí, pero tras una larga inspiración durante la cual pareció que iba a inhalar hasta la palma de mi mano, articuló —estoy prácticamente seguro— el nombre de él.

Aturdido, retiré mi mano. Entre jadeos, ella repitió una y otra vez:

—Nathan, Nathan, ayúdame. Eres lo único que me mantiene viva, Nathan.

No estaba preparado para semejante desaire, por lo que oír los aviones fue un alivio. No me sentía como si hubiera rechazado mi proposición, sino como si hubiésemos estado juntos y me hubiera engañado con él. En ese momento deseé verla muerta. Estalló una bomba cerca de casa y

yo aullé por el dolor que ella me había causado y que el estruendo hizo aflorar. Sonaban las sirenas, y mi madre me estaba llamando. Me deslicé sentado escaleras abajo. Oí que mi madre me buscaba en la oscuridad, derribando mis cosas y golpeando mi cama.

La abracé por detrás. No le preocupó averiguar de dónde venía, lo único importante era bajar al sótano. Mi padre debía de estar llevando a Pimmichen en brazos, porque ella repetía refunfuñando que no quería morir sin la dentadura puesta y que, por favor, fuera a buscársela. Pimmichen describía a menudo su funeral: quería que la enterrásemos con su traje de novia, el rostro cubierto con el velo (que desde que tengo uso de razón tenía extendido sobre el cabecero de la cama), al son de *Schlummert ein, ihr matten Augen* («Reposad ahora, ojos cansados»), de J. S. Bach. Iba a estar tan bonita como el día de su boda y, naturalmente, ¡no podíamos olvidar su dentadura! Mi padre solía burlarse de ella: «¡Ya, por si se te ocurre sonreír!».

Nuestros pijamas eran una pobre protección contra el frío húmedo del sótano. La luz vacilante de la bombilla volvía aún más lóbrego el ambiente. Ni mis padres ni Pimmichen habían tenido tiempo de calzarse las zapatillas, y el suelo era de tierra dura y fría. Bajé la vista hacia las mías, deseando que nadie se preguntara cómo había tenido tiempo de ponérmelas. Separé la película seca de pintura del papel de periódico y empecé a retorcerla en todas direcciones, mientras trataba de sofocar la preocupación que empezaba a sentir por Elsa, privada de un refugio decente.

Los muros se sacudían con cada explosión. Aquellas estructuras de piedra eran nuestra única protección, pero sabíamos que de un momento a otro podían convertirse en nuestros indiferentes verdugos. Pimmichen seguía:

—Mi dentadura. Si pasa una desgracia, prometedme que buscaréis entre los escombros hasta encontrarla. Estaba junto al lavabo.

Mi madre se volvió hacia mi padre:

—Si se desmorona el tejado, ¿te imaginas lo que se verá desde arriba? ¿Y si la casa se derrumba y los vecinos lo ven...? ¡Será nuestro fin!

Hundió la cara entre las manos.

—No te preocupes —la tranquilizó mi padre—. Si eso pasa, estaremos todos muertos.

La casa volvió a sacudirse. Miré cómo se balanceaba la bombilla en el extremo del cable, agitando en las paredes nuestras sombras de gigantes.

—O puede que esté junto a mi cama. No lo recuerdo. Tendréis que ir a ver.

—¿Y si todos muriésemos, menos uno? Sólo uno. ¿Lo has pensado alguna vez?

Retorciéndose las manos, mi madre examinó en silencio cinco posibilidades, en particular la última.

Mi padre le cogió la cabeza entre las manos:

—Haremos lo posible por morir todos, ¿verdad que sí?

—¡Bonita situación sería ésa para mí! Miradme: descalza y con los pies sucios, sin dientes, como una pedigüeña, sin nadie que me organice un entierro como Dios manda.

—¡Bah! Si se cayese la casa, tendrías un entierro que sería la envidia del mismísimo Tutankamón —repuso mi padre—. ¿Tienes idea de las toneladas de escombros que habría que remover para desenterrarte? A lo mejor te haces famosa dentro de un par de siglos.

Se levantó una polvareda; sentíamos el polvo entre los dientes.

—No te burles. Un entierro es una cosa muy seria y puede marcar la diferencia entre el cielo y el purgatorio. Como sabes, soy de familia respetable.

—Siempre te he dicho que tú nos enterrarás a todos. Sólo en la Biblia la gente vive tanto como tú.

—Tranquilo, tengo tanto frío que de ésta me muero, seguro. ¿Has notado que bombardean más cuando hace frío? ¡Lo hacen adrede! Si no nos matan de un modo, nos matan del otro. En este país nadie se parará a contar a los que mueran de gripe, ¡caídos en la guerra lo mismo que los demás! Pero, no, los que hemos resistido con fuerza y coraje no veremos nuestros nombres en ninguna placa de bronce. ¡No grabarán nuestros nombres en ninguna estela monumental de granito!

—A Jesús le habría costado atravesar el mar embravecido con gente como vosotras. Sois peores que un agujero en el casco.

Mi padre nos pidió que nos diésemos las manos. Pimmichen se acomodó mi brazo izquierdo mutilado bajo el suyo.

—Cuando iba a la escuela —dijo mi padre—, recuerdo que cantaba con mis compañeros:

*Canta  
al Reino venidero,  
canta  
hasta que se haga Su voluntad.  
Teme Su ira  
y no cejes,  
confía  
y vuelve al redil.  
Justa  
y poderosa es Su espada,  
canta  
y ensalza al Señor.*

Pimmichen empezó a cantar; se sabía la letra. Después, mi madre unió tímidamente su voz a las nuestras. Yo canté, pero era como si alguien estuviera cantando por mí, porque me encontraba en otra parte de la casa. Fue la primera vez que le hice el amor a Elsa en mi mente, más intensamente de lo que la vida real me habría permitido. Volví bruscamente a la realidad cuando se quemó la bombilla. Quedó todo negro como la muerte, pero seguimos cantando como si nada hubiera pasado. Entonces hundí el dedo en el suelo y escribí «Elsa» hasta que la tierra me hizo daño bajo las uñas. Estoy seguro de que aún seguirá allí.



## VIII

La alarma antiaérea había terminado. Estábamos congelados hasta los tuétanos, pero incólumes. Mi padre dijo que era preferible salir por la trampilla del sótano directamente a la calle, porque si la casa había sido alcanzada, nos arriesgábamos a que nos cayera algo en la cabeza volviendo por la escalera interior. Lo primero que me impresionó al sacar la cabeza fue el aire caliente. Eso fue antes de ver que la casa de la señora Veidler, dos puertas más abajo que la nuestra, pero del otro lado de la calle, estaba en llamas. Los Bvlgari y un nuevo vecino, el joven doctor Gregor, le estaban prodigando palabras de consuelo, aunque inútilmente. Al ver a mis padres, les hicieron señas para que se acercaran.

—¡La casa no me importa! —oí decir a *Frau* Veidler—. Pero, por favor, ¡salvad a mis pajaritos, salvad a mis pequeños!

Desde que había quedado viuda, compraba jaulas llenas de pájaros. Los vecinos se quejaban del alboroto. Se decía que su casa apestaba; según el cartero, era imposible entrar sin taparse la nariz y la boca con un pañuelo. Mi padre solía bromear con nosotros, diciendo que si no teníamos suficiente para comer, siempre podíamos ir y cazar uno de aquellos pájaros malolientes.

Cuando el fuego consumió las vigas de madera del tejado, parte de la estructura cedió. No hubo nada que pudiésemos hacer ni salvar. Yo disfrutaba, no sin cierta culpabilidad, de la sensación de calor que proporcionaban las llamas. Creo que a Pimmichen le sucedía lo mismo. Se estaba frotando las manos, pero al advertir la mirada de mi madre, transformó extrañamente el movimiento para que pareciera que estaba rezando.

Una exótica ave blanca, que de tan delicada parecía hecha de encaje, salió volando de entre los restos del tejado. Fue un espectáculo estremecedor, pues sus alas y su larga cola estaban en llamas. No supe interpretar si sus chillidos nos maldecían a nosotros en particular o a la especie humana en general, aunque en definitiva puede que ambas cosas fueran lo mismo. *Frau* Veidler se llevó las manos a la cabeza: «¡*Anita!*!». Tras un breve instante suspendida en el aire, el ave cayó a tierra, donde las llamas siguieron su curso.

Hubiese querido extinguirlas a pisotones, pero era imposible hacerlo sin aplastar al pájaro. Para poner fin a su sufrimiento, recordé lo que me habían enseñado en las Juventudes Hitlerianas, pero me habría repugnado hacerlo. El tórax del ave subía y bajaba emitiendo silbidos, como un acordeón pinchado. Al final, *Frau* Veidler la sofocó contra su pecho y se quedó sosteniendo su cadáver. Nadie pudo conseguir que lo soltara.

—¡Esos bastardos han matado a mi pajarito! ¡Malditos bastardos! ¡Mis preciosos pajaritos!

Había mucho humo, por lo que no podía ver bien en qué estado había quedado nuestra casa. Tuve la sensación de que algo andaba mal. ¿Habría abandonado Elsa su escondite? ¿Estaría vagando por las calles? Sin decir palabra, regresé a toda prisa. El tejado y las ventanas estaban

intactos, pero de algún modo intuí su ausencia, supe que ella no estaba allí. Subí corriendo la escalera, previendo algo indefinido pero horrible, y entré en tromba en la habitación.

Todo estaba en su sitio, pero reparé en un curioso detalle que habría delatado su presencia, de haber sido yo otra persona. Al cerrar el tabique, había quedado atrapado un mechón de su pelo, que sobresalía por la juntura inferior. Me agaché y estuve sintiendo su textura entre los dedos. Sabiendo que estaba sana y salva, mi resentimiento resurgió con todas sus fuerzas, y le arranqué uno de aquellos rizos. Si necesitaba consuelo, que se lo pidiera a Nathan.

Juré no volver a hablarle nunca más. Aun odiándola, ya la echaba de menos, y era una cruel ironía que el único ser humano capaz de aliviar mi padecimiento fuera la misma mujer que había causado mi dolor. No; decidí castigarla, para que nunca volviera a tratarme mal. Mi conducta fue sin duda infantil, fruto de un impulso y no de la reflexión. Sabía que había una botella con té, que más tarde le iban a subir. Le quité el tapón y le eché sal.

No contento con eso, me ofrecí para limpiar la cocina. Puse jabón en las sobras de la comida, sabiendo que le estaban destinadas. Pero me salió mal la jugada, porque nos sirvieron las sobras a nosotros, y me las tuve que comer, sin dejar traslucir lo mal que sabían. Para mi gran alivio, Pimmichen no se dio cuenta. Mi madre comió un poco, hizo una mueca y echó una mirada a mi brazo. Comprendía —dijo— que no era fácil lavar los platos con tan poca agua, pero me aconsejó que la próxima vez intentara aclararlos mejor.

Encontré el camisón que usaba Elsa, recién lavado y doblado, junto con una toalla. Me corté un mechón de pelo, lo reduje a trocitos diminutos y con ellos espolvoreé el interior de la prenda, para luego dejarlo todo tal como estaba. Esperaba que le diera urticaria. Ahora estábamos igualados. Yo también dormía apretando su mechón de pelo contra mi piel. Al día siguiente, mis padres se marcharon a la fábrica. Empecé a caminar de un lado a otro delante de su tabique, pisando fuerte con las botas. Ni una vez se atrevió a llamarme por mi nombre, ni una sola vez, observé con amargura. Lo único que le preocupaba era su propia seguridad. Deseé que se le agotaran las pilas de la linterna que le había dado, pero ese detalle en concreto se resolvió de una manera que nunca hubiera previsto, cuando dos hombres vestidos de paisano se presentaron ante nuestra puerta al amanecer.

Pidieron hablar un momento con nosotros, solamente unas preguntas para proteger mejor el vecindario. ¿Había sido alcanzada nuestra casa? ¿Había sufrido algún daño? ¿Podían echar un vistazo? Mis padres no pusieron ninguna objeción. Los hombres anduvieron alrededor de la casa, haciendo comentarios acerca de las especies de árboles que teníamos, preguntando qué edad tenían y si los habíamos plantado nosotros mismos. Mientras tanto, miraban persistentemente el ventanuco del cuarto de invitados. Mi madre les ofreció cumplida información sobre el sauce llorón y lo engorroso que resultaba tenerlo, por sus ramas largas y flexibles como látigos, por sus hojas, que todo el año estaban cayendo, y por la acidez de su savia, que impedía que creciera la hierba a su sombra.

Ellos esperaron cortésmente a que terminara.

—¿De quién es esa ventana de ahí arriba?

—De nadie. O quizá deba decir de todos. Es un cuarto de invitados, pero hace siglos que no tenemos huéspedes —explicó mi madre.

—¿Ah, no?

—No. Ninguno —terció mi padre.

—¿Se refugiaron en el sótano durante el bombardeo?

—Sí, todos nosotros.

—¿Cuántos en total?

—Mi mujer, mi madre, mi hijo y yo.

—¿Cuatro?

—Sí, cuatro.

—¿No olvidaron a nadie en el piso de arriba?

—No.

—Entonces, ¿se dejó uno de ustedes una luz encendida?

—No había ninguna luz encendida. Nuestra casa estaba completamente a oscuras —les aseguró mi madre.

—Durante el bombardeo hubo luz en esa ventana.

Mi madre no fue capaz de disimular el miedo.

—Eso no es cierto. ¿Quién lo dice?

—Lo vimos nosotros, señora.

—No es posible.

—Yo estuve arriba antes del bombardeo. Lo siento, mamá —intervine—. No podía dormir. Estaba tratando de leer con una linterna. No recuerdo haberla apagado cuando empezaron las bombas. He sido un imbécil, ya debería estar habituado a los bombardeos.

Los hombres me miraron fijamente.

—¿Cómo te llamas?

—Johannes.

—¿Juventudes Hitlerianas?

—Sí, señor.

—Debes tener cuidado. ¿No sabes que podría interpretarse como una señal?

—¿Quién iba a ayudar al enemigo a bombardear su propia casa? —interrumpió mi padre.

—¿Cayó alguna bomba en esta casa?

—No.

—Su vecina no tuvo tanta suerte. Por lo que sabemos, la luz en esa ventana pudo haber sido la diana utilizada.

Mi padre rompió el silencio, preguntándoles si querían que mi madre les sirviera un café. Aceptaron. Una vez dentro, se interesaron por diversos cuadros y piezas del mobiliario, dijeron que era una casa muy bonita y preguntaron si podían echar un vistazo. Abrieron la puerta de la habitación de Pimmichen y la encontraron acostada boca arriba, durmiendo con un cuenco de sopa apoyado en el pecho. Tenía el pelo recogido en un moño muy tirante, que hacía destacar aún más su prominente nariz. Se volvieron hacia mi padre y le preguntaron:

—¿Su padre?

—Mi madre.

Si mi madre se hubiese puesto una tonelada de crema en las manos, no se las habría retorcido y frotado con más insistencia que en aquella ocasión. Mi padre se la llevó a la cocina y yo acompañé a los dos hombres al piso de arriba. Prestaban menos atención a los muebles y accesorios que a los techos, suelos y paredes. Uno de ellos alabó la calidad de la alfombra persa del pasillo, pero no fue más que una excusa para levantarla y mirar debajo de ella. Hicieron lo

propio con nuestras camas. Cuando subimos el último tramo de la escalera, ya no me atreví a hablar, por miedo a que mi voz traicionara mi nerviosismo. Sólo podía pensar que, si su mechón de pelo estaba sobresaliendo aún por la juntura, iba a ser el fin de todos nosotros. Me pregunté si sería capaz de fingir sorpresa cuando la descubrieran. ¿Qué pasaría si mi mirada se cruzaba con la de ella? Era una idea espantosa, porque yo la amaba y sus ojos me eran más familiares aun que los míos; pero si deseaba sobrevivir, tendría que fingir que no conocía su existencia. Imaginé la expresión de su rostro cuando la tratara como a una completa desconocida, una indeseable. Muchos me condenarán por esto, pero cuando la muerte llama a la puerta, no todos se comportan con el idealismo que orgullosamente se atribuyen cuando están cómodamente sentados, volviendo las páginas de un periódico o de un libro de historia.

Inspeccionaron detenidamente una pared antes de pasar a la siguiente. Miraron arriba, abajo, parecieron satisfechos, abrieron la ventana y se asomaron. A continuación, hicieron un minucioso recorrido del desván y uno más somero del estudio de mi padre, tras lo cual uno de los hombres inhaló por la nariz, levantó un dedo y anunció:

—El café está listo.

Supuse que la prueba había concluido, pero mientras tomaban el café me preguntaron si les podía mostrar la linterna que había usado.

—Anda, ve a buscarla —me instó mi madre.

Me incorporé y ellos también lo hicieron, lo cual me produjo pánico, especialmente cuando me siguieron a mi habitación. Por fortuna tenía otra que me habían regalado los gemelos Stefan y Andreas cuando cumplí los doce años. Uno de los hombres le quitó el polvo e intentó encenderla y apagarla, pero hacía mucho tiempo que la pila se había agotado. Yo no hacía más que mirar fijamente la linterna con expresión estúpida.

—¿Estás seguro de que es ésta?

—Sí, señor.

—¿No tienes otra?

—No, señor.

—Ésta no funciona.

—La habré dejado encendida demasiado tiempo.

—¿Una sola noche?

—Antes la había estado usando mucho.

El hombre se la pasó a su colega, que sacó la pila y tocó con la lengua uno de los polos.

—No le queda nada —anunció, y se la guardó en el bolsillo.

No se acabaron el café, tenían prisa por marcharse. A mis padres les dijeron:

—Su hijo es un buen chico, pueden estar orgullosos de él.

—Desde luego que lo estamos —dijeron ellos con una sonrisa tensa, mientras me rodeaban la cintura con un brazo, uno a cada lado, componiendo la imagen de la familia modelo.

Mi madre estaba furiosa conmigo. Como quería perderme de vista, me mandó a ver a la señora Veidler, que se alojaba en casa del doctor Gregor. Me encomendó que le llevara una maleta con toallas, sábanas y ropa de invierno, y que le preguntara si podíamos hacer algo por ella. El doctor se alegró de recibirme, en parte —creo—, porque al tener a alguien que prestara oídos a *Frau*

Veidler, él podía descansar. La visita duró horas. Fue una tortura fingir interés por lo que me contaba: qué pájaros mostraban afinidad por otros, cuáles solía ella poner en la misma jaula, cuánto alpiste consumía diariamente cada especie, cuáles se bañaban en el agua de beber y qué otros pájaros detestaban esa conducta y rechazaban el agua, aunque se estuvieran muriendo de sed, si encontraban el menor rastro de plumas o excrementos en el bebedero. ¿Sabía yo que podían pudrirseles las patitas y que a veces se las picoteaban, al igual que los humanos nos mordemos las uñas? Con gran entereza, proclamó que ahora era libre de ir a donde quisiera y que así lo haría cuando acabara la guerra. Ya no tenía un techo que la protegiera, era cierto, pero había que reconocer, del lado positivo, que tampoco tenía una casa que la retuviera. Era libre como el viento, por primera vez en cuarenta años. Al advertir que estaba a punto de echarse a llorar, me apresuré a preguntarle algo sobre los picos de las aves.

Cuando volví a casa, no encontré a nadie, ni siquiera a Pimmichen. Encima de mi cama estaba la linterna que yo le había dado a Elsa. ¿Se habría arriesgado ella a ponerla allí? ¿Sería una señal de rechazo? ¿O la habrían descubierto mis padres? ¿Y qué les habría dicho Elsa? Por fin tenía la excusa que necesitaba para ir a verla: no tanto una excusa ante ella, como ante mí mismo, por romper la promesa que me había hecho de no volver a dirigirle la palabra. Pero antes de que pudiera dar un solo paso en su dirección, alguien empezó a dar frenéticos aldabonazos en nuestra puerta, gritando a intervalos fastidiosamente regulares y con un timbre cada vez más agudo: «¿Frau Betzler? ¿Frau Betzler?».

Sólo la señora Veidler podía hacer tanto alboroto. Decidí no abrir la puerta y guardar silencio, pero de pronto irrumpió en nuestra casa una figura espigada, de paso rígido y ampuloso entre los amplios pliegues de paño que la rodeaban y la seguían. Su cabellera gris parecía de alambre, sus ojos eran dos cuentas negras, pero su aspecto no era tan de bruja como podría haberlo sido, considerando la nariz, la boca y la verruga en la barbilla.

—Tengo que ver a tu madre, hijito. Ahora mismo.

—No está en casa.

—¿Cuándo crees que volverá?

—No lo ha dicho.

Entre los dedos, con las puntas sucias de lo que parecía ser grasa de motor, se anudaba y desanudaba un cordel que quizá hubiese servido alguna vez para atar un paquete, haciendo sonar los dijes de su brazalete.

—Es por un asunto urgente. Me marchó esta tarde a las siete. No volveré. Tengo que verla antes de irme. Es cuestión de vida o muerte. ¡Díselo! ¡Así como te lo estoy diciendo! Ella sabe mi dirección.

—Querrá saber su nombre...

—Ella sabrá quién soy.

—Perdone, señora, pero mis padres conocen a mucha gente.

—Ella sabrá de quién le hablas. Te daré algo.

Iba a dejarme uno de sus dijes de oro, y los estuvo recorriendo uno a uno hasta elegir primero un caballito de mar, que después sustituyó por un abejorro, pero finalmente cambió de idea e hizo un nudo marinero con el cordel. En cuanto se fue, tiré en un jarrón esa cosa llena de grasa, preguntándome qué tipo de personajes conocía mi madre.

Con la linterna como excusa, no recurrí a ninguno de mis viejos rituales antes de abrir el

tabique. Quería impresionar a Elsa con mi nueva actitud viril, pero casi no di crédito a mis ojos: ella no estaba. Sólo un pequeño espacio vacío. Nada, como si nunca hubiese existido. Podría haber derribado la pared a golpes, atacar a cualquiera que se me hubiese puesto delante. ¡Mis padres me habían engañado! Era por eso por lo que mi madre me había enviado a visitar a *Frau Veidler*, para trasladar a Elsa a otro sitio.

Las horas que siguieron fueron crueles. No podía hacer nada, excepto ir y venir por la casa, como si no fuera la mía, ni yo uno de sus habitantes. El solo hecho de respirar se convirtió en mi principal desafío, y tuve que hacer un esfuerzo para ordenar a mi corazón que latiera tal como era su costumbre. El dolor en el pecho me apuñalaba en la esencia misma de mi ser. Me agaché en medio de una habitación, esperando encontrar alivio, y al poco me encontré rodando por el suelo. Redescubrí la casa de esa manera, odiando cada uno de sus fríos e inútiles objetos, incapaces de ayudarme.

Cuando mi madre regresó, ponerme en pie me exigió un gran esfuerzo de voluntad. Mi zozobra era demasiado intensa para disimularla. Se sorprendió al verme, pero no preguntó qué me pasaba. Yo me quedé mirándola, esperando a que dijera algo, cualquier cosa. Pero no hizo más que devolverme una mirada cautelosa.

—¿Dónde está papá? —pregunté.

—En la fábrica.

—¿Y Pimmichen?

—Tuve que llevarla al hospital. Estaba escupiendo sangre.

—¿A qué hospital?

—Al *Wilhelminenspital*.

—¿Y dónde has estado tú, mamá?

—Parece que hoy es el día de las preguntas.

Hubiese querido aullar «¿Dónde está Elsa?».

—¿Cómo está *Frau Veidler*? —preguntó.

—Afligida por sus pájaros.

Miró por la ventana y suspiró.

—Es comprensible. Hoy están aquí, y mañana ya no están.

—No puede pensar en otra cosa.

—Cuando te acostumbras a su compañía, cuando no tienes a nadie más...

—Sé exactamente cómo se siente.

—¿Lo sabes?

—Yo estoy igual.

—¿Por Pimmichen?

—No, por ella no.

—¿Por papá?

No respondí. Mi madre se rascó una ceja.

—Sigue adivinando. ¿Y bien, mamá?

—Ni idea. ¿Me das una pista?

Me encogí de hombros.

—¿Es más grande que una panera?

—¿A ti qué te parece?

—No sé de qué me hablas.

—Seguro que lo sabes.

—¿Algo que se te ha perdido? ¿Tu linterna? Te la he dejado encima de la cama.

—¿Dónde la encontraste?

Me miró sinceramente asombrada.

—Estaba al pie de la escalera. Pensé que tú la habías dejado allí.

¿Tal vez no estaba al corriente de la ausencia de Elsa? Decidí actuar con cautela.

—Sí, debo de haber sido yo.

¿Por qué no habría aprovechado su ausencia para registrar la casa de arriba abajo? Lamenté mi falta de previsión. Di mil rodeos, pero si yo no estaba siendo sincero con ella, tampoco lo estaba siendo ella conmigo. Llegué a tal extremo de desesperación que me quedé sin palabras; recuerdo que me puse a mascullar todas las tonterías que me pasaron por la mente, y cuando se me quebró la voz, mi madre se adelantó para estrecharme entre sus brazos. Moviéndome lo menos posible, me enjuagué las lágrimas. Me alegró oír el timbre del teléfono; eso la mantendría ocupada mientras yo recuperaba la compostura. Pero me abrazó con más fuerza aún. Si no me deshice de su abrazo, fue para protegerla de quien creía que podía estar llamando: aquella mujer, que me había parecido una fuente de problemas. El teléfono siguió sonando. Mi madre descolgó el receptor y empezó a tamborilear con los dedos sobre uno de sus pómulos mientras escuchaba. Inmovilizada por sus pensamientos, volvió a ponerlo en su sitio, pero sin soltarlo.

—Si es importante, volverán a llamar... —dijo en un susurro.

Intenté reanudar nuestra conversación, pero ella no volvió a hacer ninguna alusión al secreto. Ya podía insinuar yo cuanto quisiera, que ella se negaría a reconocer que me estaba entendiendo. Dudé de mí mismo, pero al mismo tiempo algo me dijo que, si no reaccionaba, pronto sería como si Elsa no hubiese sido más que un sueño, un fruto de mi imaginación, la encarnación de mis deseos. Su realidad se desvanecería en cuestión de días. Yo observaba a mi madre moviéndose por la casa como si nada hubiese sucedido; me habría gustado aferrarme por los hombros, darle la vuelta y obligarla a decirme lo que habían hecho con ella. Debí de sentirlo, porque se volvió y me sorprendió mirándola fijamente. Al verme, puso su suave sonrisa angelical de mártir.

Registré toda la casa, centímetro a centímetro. Era una provocación y mi madre lo sabía, pero se negó a reaccionar. Cuando hacía demasiado alboroto empujando muebles o abriendo y cerrando puertas, ella suspiraba: «¡Ah, las ratas! Ya veo que están de vuelta».

Proseguí mi búsqueda por el vecindario, inspeccioné la copa de todos los árboles, por si veía las piernas de Elsa colgando entre las ramas. Busqué incluso entre los escombros de la casa de *Frau Veidler*, sabiendo que de ninguna manera Elsa podría haber encontrado refugio allí, pero así estaba yo de desesperado. Diminutos esqueletos de pájaro yacían distribuidos al azar entre las cenizas, como si cada uno de ellos huyera con una técnica diferente de natación y su movimiento hubiese quedado congelado por arte de magia.

Durante dos noches completas monté guardia junto al ojo de mi cerradura, pero mi madre no subió ni bajó, sino que permaneció en su cuarto. Antes de irse a dormir, emparejaba calcetines, repasaba las facturas u hojeaba un libro de cocina italiano, repantigada en un sillón. Se la veía aliviada, con menos responsabilidades. La sorprendí rellenando una bolsa de agua caliente, pero se la llevó a su propia habitación cuando se fue a acostar. Ahora sólo tenía que cuidar de sí misma. No había nadie más.

Al tercer día, era tal la despreocupación con que quitaba el polvo a los mismos objetos que antes solía cambiar y acomodar hasta contagiarme su nerviosismo que ya no pude soportarlo más. Tampoco podía soportar su cuidada apariencia, sus vestidos planchados, sus bonitos peinados y sus uñas pintadas. ¡Cuánto tiempo tenía de pronto para cuidar su arreglo personal! No había la menor aflicción en su actitud, eso era lo que más me irritaba, la forma en que movía el plumero, sacudiendo levemente la mano por aquí y por allá.

—¿Dónde está? Dime, ¿dónde está? —Sentí que el lado malo de mi cara se sacudía espasmódicamente. Ella me miró, alarmada, pero no respondió—. ¡Dímelo! ¿Dónde está? ¡Tú lo sabes!

—¿Quién?

—¡No me mientas!

—No te estoy mintiendo.

—¡Dímelo!

—No tengo idea de qué me estás hablando.

Le arrebaté el plumero y, al hacerlo, tiré algunos de los adornos que había estado limpiando.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Entre los trozos rotos dispersos por el suelo estaba el cuello intacto de un jarrón, del que sobresalía el nudo marinero. Por la forma en que mi madre se inclinó a recogerlo, comprendí que significaba algo para ella.

—¿Qué es esto?

—Un nudo.

—¿Cómo ha llegado a este jarrón?

—Vino una lunática. No se molestó en dejar su nombre. ¿Es la nueva moda en tarjetas de visita?

—¿Cuándo?

El nudo le temblaba en las manos.

—Lo siento, se me olvidó mencionarlo. Hace dos días. O quizá tres.

—¿Dijo acaso qué quería? ¿Alguna palabra en concreto?

—Sólo charlar. Iba a marcharse, o sea, que era ahora o nunca.

Mi madre apoyó las manos sobre la mesa para ayudarse a sostener su peso. Convencido de que intentaba cambiar de tema, se me agotó la paciencia.

—¡Mamá, por favor! ¡Dímelo ahora mismo! ¡Tengo que saberlo! ¡Es preciso!

—¿Qué tienes que saber?

—¡No puedo creer que lo preguntes! ¡Lo sabes muy bien!

—Baja la voz.

—¿Temes que ella me oiga?

—¿De quién hablas? ¿Quién podría oírte? ¿*Frau Veidler*?

—¡No me refiero a *Frau Veidler*!

—¿A quién, si no?

—¡A Elsa!

—¿Elsa?

—¡Elsa Kor!

—Nunca he oído ese nombre. ¿Quién es?



—¿Elsa *Sarah Kor*!

Me abracé a mis propias costillas para no temblar. Mi madre me observaba.

—No, el nombre no me suena.

—La amiga de Ute que trajiste a casa. La cuidaste durante años, detrás del tabique, en el piso de arriba. Le dabas de comer, la lavabas. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿En ese armario que hizo tu padre para guardar las cartas viejas? Imaginaciones tuyas.

—Elsa. Tocaba el violín con Ute. Su pasaporte estaba en la caja donde guardas los carretes de hilo. Caramelos Dandy, con una estampa del Danubio. ¿Te suena?

—El accidente debe de haberte traumatizado. Ve a verlo, allí arriba no hay más que cartas. No tengo ninguna caja de carretes, ni tampoco caramelos.

—Reemplazó a Ute en tu corazón, ¿no es así? No vigilaste lo suficiente sus inyecciones, como deberías haberlo hecho, así que necesitabas lavar de alguna manera tu mala conciencia. Pero ahora la máscara de ángel se te ha caído.

Tras un silencio, la voz de mi madre sonó fría:

—¿Qué quieres de ella?

—Tengo que hablarle.

—No.

—¿Lo necesito!

—Olvídala.

—¿Dónde está?

—No es para ti.

—No puedes saberlo.

—Ella no es para ti, ni tú para ella. Eres demasiado joven para ella, Johannes, sin contar todo lo demás. Por favor, quítatela de la cabeza.

—Tengo que saber dónde está.

—Ya no está aquí. Ahora, por tu bien, olvida que alguna vez ha existido.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Quién lo sabe?

—Ninguno de nosotros.

—¿La habéis enviado fuera de aquí?

—No, simplemente se fue, se marchó por su cuenta. Subí y encontré vacío su rincón. Me sorprendí tanto como tú. Se había marchado.

—¡Mentira!

—Yo confiaba en ella. Tal vez haya querido protegernos...

No quería que mi madre se me escabullera. En su agitación por escapar de mi acoso, cayó al suelo y me hizo tropezar, aunque a ella debió de parecerle que yo la había derribado. El remordimiento me devoraba las entrañas, y aunque era consciente de que había llegado demasiado lejos, tuve que continuar.

—Johannes, si lo supieras, arriesgarías tu vida y la mía. Si te torturasen, te lo sacarían. Te pondrías en peligro a ti mismo y la pondrías en peligro a ella. Te das cuenta de eso, ¿no?

Dejé que se incorporara, y ella se puso en pie, sacudiéndose de la falda trozos de porcelana rota.

—¿Lo ves? Estoy arriesgando la vida de mi propio hijo para evitarme el dolor. Un arañazo.  
Yo. ¡Tu propia madre!

Le supliqué que me contara la verdad.

—¿Estarías dispuesto a morir por semejante tontería?

—Sí.

—Esto no es más que una fiebre juvenil, no tiene nada que ver con el amor, no conducirá nunca a nada.

—No puede haber tortura mayor que la que siento ahora.

—No sabes lo que dices. Te causan dolor, dolor y más dolor, hasta que la única esperanza que te queda es sentir menos dolor, a cualquier precio, aunque alguien tenga que morir, y aunque ese alguien sea tu madre, tu padre o tú mismo.

—Mamá, yo la amo.

Se arrodilló y me cogió entre sus brazos.

—Eso es lo que crees, ya lo sé. Pero no sabes nada de la vida. Algún día, cuando seas un hombre hecho y derecho, me darás la razón. Amarás de verdad a otra persona, a alguien que será para ti. Todos sufrimos con el primer amor y a todos se nos cierran las heridas, créeme. La vida continúa, por muy convencidos que estemos de que no vamos a sobrevivir. Sé muy bien lo que digo.

—Mamá...

—Los sentimientos serán menos intensos, pero más genuinos, más maduros.

—¡Apiádate de mí!

Inspiró profundamente y reunió ambas manos sobre su regazo con sobriedad.

—Va de camino a América. En cuanto me informen de su llegada, te lo diré. —Se quedó un momento inmóvil—. Te juro por Dios que es la verdad. Va de camino a Nueva York. Sus hermanos llegaron hace tiempo. Uno de ellos está en Queens y al otro le está yendo muy bien en Coney Island.

Evitaba mirarme a los ojos. Acerqué mi cara a la suya lo suficiente para besarnos, de haber sido amantes. Se la cubrió y gritó, exasperada:

—¡Deja de mirarme así! ¡Déjalo ya! ¿Qué quieres? ¿Una mentira? Porque si prefieres una mentira, puedo mentirte.

No la dejé que desviara su rostro del mío.

—¿Prefieres que te diga que está muerta? ¿Así te sería más fácil olvidarla?

—¡Dime el sitio exacto donde está!

—¡Muy bien! ¡Tú lo has querido! Pero antes tienes que prometerme que no irás nunca a verla. ¿Lo harás? Júralo. Por mi vida.

Me llevó a su habitación y me indicó cuatro tablas corrientes del suelo, indistinguibles de las demás.

—Se marcha mañana. Tu padre preparó esto hace años, por si en algún momento nos veíamos en este trance...

Me enseñó un clavo doblado, que con la ayuda del asa de una taza de café podía usarse para levantar la trampilla. Los únicos orificios para respirar eran los dejados por los clavos que habían quitado.

—Está sana y salva. No tienes nada que temer. Será feliz, créeme.

Se me encogió el corazón. El espacio allá abajo debía de ser del tamaño de una tumba. O bien mi madre me estaba mintiendo —nadie podría haber salido con vida de allí—, o bien ella ya estaba muerta.

## **Segunda parte**

Cuando a la mañana siguiente Pimmichen volvió a casa, mi tormento por Elsa eclipsó cualquier alegría que pudiera haber sentido. Sin ella estaba incompleto, reducido a la mitad de un cuerpo. A cada instante era consciente del antebrazo que no tenía, de mi media cara inmóvil. Mientras estuve con ella, mi insuficiencia había desaparecido, me había vuelto a sentir completo, mi existencia se había desdoblado, había sido dos personas, no una ni media. Había vivido la vida en su lugar tanto como en el mío, o incluso más. Ahora me encontraba literalmente desgajado de ella, amputado de mí mismo. Me estaba desangrando, no hay otra forma de describir lo que me estaba sucediendo.

Pimmichen nos sirvió una infusión. Su meñique, habitualmente extendido, estaba recogido con los otros dedos al calor de la taza. Bebía a sorbos para aliviarse la tos.

—Hay más gente en el hospital de la que quedará en este país si esta guerra no termina. No creeríais lo que he visto en un solo día. No lo creeríais. Cuando ganemos la guerra, no necesitaremos más territorios, sino menos. ¡Las cosas que han visto estos ojos! Hombres con la mandíbula arrancada de cuajo: el mentón, la lengua, todo. No sabía que fuera posible sobrevivir así. Una enfermera les daba de comer, ¡Dios mío!, no podían masticar, sonreír ni hablar, su cara terminaba aquí, en los dientes de arriba. Por debajo, nada, sólo el agujero que baja hasta el estómago. No, cariño, créeme, tú todavía eres humano, cualquiera que te vea puede imaginar cómo eras antes. Pero los desgraciados que he visto yo han perdido su individualidad, ya no parecen humanos. Parece como si un escultor loco les hubiese esculpido la cara.

Después nos habló acerca de las medicinas que le habían hecho tragar sin examinarla siquiera, y de las miradas hostiles que le dirigían las enfermeras, como si no tuviera derecho a ocupar una cama por ser una vieja. Había comprendido que lo mejor era marcharse por la mañana, antes de que le dieran una dosis de cicuta. Para mi consternación, siempre acababa hablando de mí.

—¡Y aquéllos no eran los peores! A otro le faltaba toda la cara por debajo de la nariz. Dos ojos sobre un cuello, ¿cómo podrá ir así por la vida? Nada de nada, de aquí para abajo. Está acabado, nadie querrá casarse con él. ¿A qué chica se lo podría pedir? Se desmayaría nada más verlo. ¿Os imagináis despertarse y ver eso? No, cariño, reconoce que tú, comparado con ellos, no estás tan mal...

Me estaba deprimiendo hasta extremos inconcebibles. Dicho de otro modo, si los únicos que quedábamos con vida éramos aquel trozo de rosbif clavado en una estaca y yo, cabía pensar que alguna chica me eligiera a mí. Pero ¿qué chica iba a tener cerradas todas las otras posibilidades? Aproveché la poca atención que estaba prestando mi madre para levantarme.

—No, no —dijo ella, agarrándome por detrás del suéter—. Tú te quedas aquí conmigo.

—Sólo iba a buscar los tebeos que dejé arriba.

—Voy contigo.

—Ya tiene edad de ir a buscarlos solo, Roswita. ¿Verdad que ya no eres un bebé, cariño?

—Solamente iba a buscar mis tebeos, nada más.

—Muy bien.

Cuando iba por la mitad de la escalera, oí que mi madre decía: «¡Oh, mis gafas!». Obviamente, estaban en su habitación, de la que salió poco después para bajar en busca de un libro que se había dejado en el primer escalón, donde tenía costumbre de depositar todo lo que pensaba subir. Como yo estaba en mi dormitorio, al lado del suyo, tuve tiempo suficiente para entrar rápidamente, apretar la boca contra el suelo y llamar: «¿Elsa? ¿Elsa? ¿Me oyes?». No hubo respuesta, pero incluso si la hubiese habido, no habría tenido tiempo de esperarla.

Mi madre y yo nos saltamos la comida del mediodía, ya que ni ella ni yo abandonamos nuestras respectivas habitaciones. Después vino a la mía, para rogarme que la acompañara a hacer la compra. No me sirvió de nada fingir que estaba enfermo. Cuando oí que se cerraba la puerta, me colé subrepticamente en su cuarto, sólo para encontrarla a ella sentada en su cama, con los brazos cruzados.

—Johannes, me decepcionas. ¿Ya no recuerdas el pequeño pacto que hicimos? ¿Aquello que juraste por mi vida? Bueno, ahora que te sientes mejor —añadió, mientras me tendía una lista de la compra—, ¿por qué no vas y me traes todo esto?

El tiempo jugaba en mi contra. Consideré todo tipo de planes para esa noche, como acomodar las almohadas en mi cama para hacerle creer que estaba durmiendo, o ponerle en el vaso de agua una de las pastillas para dormir de Pimmichen. Las cosas siguieron un curso más sencillo. Mi madre se marchó sin decirnos adónde, cómo ni por qué. Pimmichen estaba enfadada. Me pidió que la vigilara, porque, sin mi padre en casa, no era difícil que alguien intentara aprovecharse de ella. Dijo que pensaba hablar seriamente con mi padre a la primera ocasión.

Yo estaba convencido de que era un engaño. Seguro que levantaba la trampilla y me encontraba a mi madre con los brazos cruzados sobre el pecho y un gesto de reproche. Tal como estaban las cosas, no me preocupó. Si ella estaba allí, al menos sabría quién no estaba. La habitación, recién recogida, parecía más espaciosa y casi sin uso. Como mi madre había sacado lustre al suelo, no pude localizar las cuatro tablas. Encontré el clavo, pero nada se movió, por mucho que tiré con el asa de una taza de café. Me había creído su mentira como un idiota. Cuando salía hecho una furia, se me enganchó el calcetín en otro clavo.

«¿Elsa? ¿Elsa? —grité, golpeando el suelo. No hubo respuesta. Mis pensamientos y mi corazón se aceleraron. ¿La encontraría? ¿Viva o muerta?—. ¡Elsa! ¡Por lo que más quieras, responde!».

Levanté la trampilla un par de centímetros y de debajo salió un ciempiés. El inmundito olor a encierro me dio náuseas. Al principio me llevé una sorpresa. Nada. Negrura. Negrura. Ilimitada negrura. Vacío eterno. Una nada absoluta que cortaba el aliento. Los primeros segundos fueron siglos, durante los cuales anhelé poder cambiar mi destino, susurrándome a mí mismo que podría haber abrazado un cadáver, amarlo por última vez, pero la ausencia total e irremediable me condenaba a imaginarla respirando el aire marino, rumbo al Nuevo Mundo, llena de esperanzas y de sueños ajenos a mí, imágenes que se me deslizarían como fantasmas burlones entre los brazos cada vez que vanamente intentara aferrarme... hasta que gradualmente... mis ojos empezaron a adaptarse. El miedo me había cegado. Pude distinguir las hojas de periódico que forraban el

pequeño espacio, otras hojas más oscuras arrugadas en una bola, un cuenco de agua a un lado y un bocadillo enmohecido al otro.

Conseguí vislumbrarla, medio hundida en el fondo, medio confundida con la oscuridad. Había perdido volumen, estaba más delgada, irreconocible. Tuve que concentrarme para ver que era ella. Tenía manchas marrones en la cara, estaba pálida, consumida. Sus ojos se desviaron para evitarme, o quizá fuera la luz, porque en cuanto me vio, empezó a dar manotazos para volver a cerrar la trampilla.

—Siento haberte tratado mal. ¡Perdóname!

Se tapó la boca.

—No sé qué me pasó. Estaba...

No podía entender los sonidos que hacía ella.

—¡De verdad que lo siento! ¿Qué quieres que haga? ¡Dímelo y lo haré!

Sus deseos eran incomprensibles. Le aparté las muñecas de la boca. Entre jadeos, entendí algo así:

—Me han prohibido hablar contigo... Si no te vas, las cosas se pondrán mal para mí.

—¿Quién lo dice?

—*Frau* Betzler. Tu madre.

—Ya están bastante mal las cosas.

—Se pondrán peor, mucho peor...

—Hablaré con ella.

Casi se ahogó, intentando recuperar el aliento.

—No, no lo hagas. Ya me odia lo suficiente. Encontró la linterna y pensó que yo la había robado para hacer señales. Me dijo que había traicionado su confianza, que había puesto en peligro a su familia por mí y que yo le pagaba causando vuestra ruina.

—¿Por qué no le dijiste la verdad?

—Lo hice, no tuve otra opción. Pero sólo conseguí empeorar las cosas, me dijo que no tenía derecho a involucrarte en esto.

—¡Te está castigando!

—Me está protegiendo. Es mi última oportunidad. Fueron a buscar a tu padre a la fábrica.

—Ya lo sé. Lo soltarán, lo mismo que la última vez.

—Lo han enviado a un campo de concentración.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho *Frau* Betzler. Dice que lo torturarán. Por eso estoy aquí. Si lo cuenta todo, aquí estoy más segura, y también lo estás tú, ¡oh, no, Dios mío!, también lo estabas tú...

—Les dije que el de la luz era yo, que había estado leyendo.

Se llevó un dedo a los labios.

—Lo sé, ella me contó lo que hiciste por mí, Johannes. Nunca lo olvidaré. Si algo os pasa a ella o a ti, yo seré la culpable. Después registraron la fábrica. Tu madre tiene razón, la culpa es mía. Pero no estaba haciendo señales a nadie, era sólo que... no quería esa maldita oscuridad.

La ayudé a sentarse y aproveché para abrazarla. A ella no le desagradó, creo, aunque mantuvo los hombros tensos inclinada hacia adelante.

—*Frau* Betzler me dice que no falta mucho, que los años se deslizan sin que nos demos cuenta. Dice que no falta mucho, pero de una jaula he pasado a vivir en un agujero. No quiero

morir, no puedo morir sin haber visto... una vez más...

Ella misma se censuró.

No vio el dolor en mi cara. Le acaricié la espalda.

—Esto es espantoso, ¿cómo voy a vivir aquí? Esa trampilla me oprime la cara y los pies, no hay aire...

—Estoy seguro de que mi madre te dejará volver arriba; el espacio detrás del tabique es más grande y mejor, comparado con esto. Tengo ideas para el futuro, tú sólo tienes que resistir.

—Eso me recuerda una historia que me contaba mi madre cuando era niña —dijo tristemente—. Una vez, una anciana fue a ver a un rabino, quejándose de que su casa era demasiado pequeña:

»—¿Qué plegarias debo decir para tener una más grande? —preguntó.

»—Nada de plegarias —respondió el rabino—. Tienes que actuar.

»—¿Qué debo hacer?

»—Una buena acción. Acoge a todos los del pueblo que no tengan techo.

»—¿Y dónde voy a meterlos?

»—Dios proveerá, ya verás cómo hace que se aparten las paredes de tu casa.

»Entonces ella acogió a cinco indigentes de Ostroleka que no tenían donde vivir. Había tan poco espacio que tuvo que desmontar su cama y dormir junto a ellos en el suelo. Cuando despertó, nada había cambiado. Se fue a ver al rabino, quien le explicó que Dios estaba poniendo a prueba su bondad. Los indigentes se quedaron con ella todo el invierno, y la casa le parecía cada vez más pequeña.

»—Con el verano llegará tu bendición —le prometió el rabino.

»Llegó el verano, y maduraron el trigo y el maíz. Con la cosecha, todos los pobres encontraron trabajo en diferentes lugares. Cuando se marcharon, la anciana volvió a ver al rabino:

»—¿Que el cielo lo engulla, rabí, tenía usted razón! Dios ha separado mis cuatro paredes, las ha separado muchísimo, mi casa nunca había sido tan grande.

Cuando mi madre volvió a casa dos días después, era otra persona. El comentario grosero de Pimmichen —«Quien se fue a Sevilla perdió su silla», referido a la ausencia de mi padre— fue acogido con risas despreocupadas. Mi abuela pretendía insinuar que había otro hombre en su vida. Por toda respuesta, mi madre intentó mullirle la almohada, aunque ella no se movió para dejarla hacer, y le dijo que no fuera ridícula. Supongo que mi madre sabía que yo estaba viendo a Elsa, pero ninguno de los dos sacó el tema. Abandonó por completo su vigilancia. Su actitud hacía pensar que estaba dispuesta a tolerar lo que ignorara.

Nos informó a Pimmichen y a mí de que mi padre, por sus conocimientos de metalurgia, estaba en Mauthausen supervisando un campo de fabricación de armas, pero pronto volvería a casa. Pasó esos días escuchando la radio con una sonrisa traviesa, mientras tejía un suéter para él. Pimmichen dijo que a mi padre no le sentaba bien el rojo, que lo sabía muy bien porque era ella quien lo vestía cuando era niño. Además, era el color de los comunistas, y no era eso lo que queríamos, ¿verdad que no? Mi madre asentía o negaba con la cabeza según se esperase de ella, pero seguía absorta en su labor, cada vez más ancha su sonrisa, que confería una nueva ligereza a su ser. Al final le contagió el buen humor a Pimmichen, que también empezó a tejer un suéter, en ese tradicional verde austríaco que aún hoy sigue predominando en la indumentaria de nuestra gente. Los ovillos rivales competían, sacudiéndose en todas direcciones, como si el primero en agotarse fuera el destinado a ganar y envolver a mi padre, convertido en su jersey preferido.



Yo contemplaba la lana rítmicamente menguante, que línea a línea perdía su redonda blandura para ser trabajada en los apretados y constreñidos nudos del presente. Fingía interés en su labor, en las pequeñas piezas de lana que crecían poco a poco, pero sólo podía pensar en Elsa, si aún estaba allí, si volvería a verla, y cada movimiento de las agujas era para mí otra vuelta de rosca y otro pinchazo. Me obligué a esperar un poco más, otra línea de puntos, otra capa de los ovillos, pero cuanto más fijaba mi atención en ellos, más lánguidamente parecían reducirse. Hice entonces como que buscaba algo alrededor de mi silla, revolví un poco por toda la habitación y me aventuré a subir la escalera. Mi madre no levantó la vista de lo que estaba haciendo, aceleró el movimiento de las agujas y adelantó a su rival. Las agujas de Pimmichen se detuvieron, su bola de lana cayó junto a sus tobillos y su cabeza sobre el pecho.

Casi con reverencia, me arrodillé junto al lugar, la mano apoyada en la madera. Era intenso el deseo carnal que experimentaba, como si al levantar las tablas del suelo estuviera a punto de desnudar a Elsa. Pensé visitar el cuarto de baño, porque si ella lo notaba, podía interpretarlo como una falta de respeto, pero el tiempo apremiaba. Una vez más, lo único que salió a mi encuentro fue la oscuridad, un siniestro manto de negrura que mi vista tuvo que esforzarse por apartar, para dejar al descubierto sus piecitos arqueados, que le conferían el aspecto de vivir en un perenne raptó de entusiasmo y, bajo el suave paño que los cubría, las formas tentadoras de las piernas, los anchas caderas, el vientre hundido, los pechos, los frágiles hombros, el cuello, la cara, el pelo grueso y salvaje, para poder así mirarla toda entera, pese a la atracción que sentía por cada una de sus partes.

No abrió los ojos, sólo respiró el aire fresco, separando los labios pálidos. Yo contuve el aliento, esperando a que se disiparan los olores encerrados, sobre todo un vago hedor a vómito que pude percibir sin siquiera respirar. Su pecho —me atreví a mirar— se expandía con sus suspiros. Mi mano se extendió para acariciar el aire sobre sus senos. Increíblemente, parecía cargado de electricidad, magnético, o quizá sólo me lo pareció por el calor que desprendía su piel. Incluso acostada sobre su yacija de periódicos sucios, me resultaba tan sensual como si hubiese estado entre las sábanas de nuestro lecho nupcial. Anhelaba tocarla, estrecharla, sentir su sólida realidad, y no otro de los frustrantes fantasmas que iban y venían en mi mente.

—Gracias... —murmuró.

Creo que me tendió la mano para que la ayudara a salir, confundiéndome con mi madre. En retrospectiva, entiendo su gesto. Pero entonces lo interpreté como una invitación para que bajara a donde estaba ella. Era arriesgado y mi madre podría haber aparecido en cualquier momento, pero contra toda lógica, la idea no hizo más que acentuar mi deseo. Recuerdo la excitación de penetrar en su encierro, de sentir a través del camión que sus pechos se apartaban bajo mi peso, y con vergüenza debo reconocer que aquello me provocó una inmediata eyaculación. Creo que no lo notó, porque mis piernas estaban a un lado, sólo tenía la mitad superior del cuerpo apoyada sobre ella. Y si notó algo, debió de atribuir mis torpes movimientos a lo forzado de mi postura.

—¿Johannes? ¿Eres tú? Tu madre dice que ellos están ganando la guerra. Pronto seré libre — me susurró al oído con voz enronquecida, en un tono que preguntaba tanto como afirmaba.

No podía haberse expresado peor, sobre todo en un momento tan vulnerable.

—Eso es mentira, la mentira más grande que he oído en toda mi vida.

Siguió como si no me hubiera oído.

—Muy pronto seré libre —se dijo a sí misma.

—Lo siento, no debería decirte la verdad, pero mi madre sólo intenta darte esperanzas. Se tomó su tiempo antes de empezar de nuevo.

—¿No sabes que los americanos entraron en la guerra el verano pasado? Están ayudando a los británicos en el norte de África, en Francia; están luchando para liberarnos.

Detrás de la pretensión de seguridad, había miedo en su voz.

—La mayoría de los estadounidenses están en contra. Quieren que su presidente vuelva a la política de aislacionismo.

—Tu madre se ha enterado de sus avances escuchando la BBC.

—Ayer mismo creyó oír a mi padre pidiéndole cola desde el piso de arriba para arreglar el papel pintado de tu escondite —repliqué, diciendo la verdad—. Es normal. Pasa casi toda la noche fuera, no duerme. Es lógico que sueñe con los ojos abiertos.

—He oído mucho la palabra *Amerikanisch*. Estoy segura. Mi oído se ha agudizado desde que uso menos la vista.

—Entonces sabrás que los japoneses han entrado en la guerra de nuestro lado. Te habrás enterado de que tenemos una arma secreta. Jamás perderemos esta guerra.

—Tu madre ha oído que los alemanes están trabajando mucho en eso... pero dice que los americanos... —Su voz se fue apagando.

Le arrebaté los periódicos que tenía alrededor y se los puse bajo la nariz. Los titulares eran favorables al Reich y las fechas que le señalé eran recientes. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse. Ella parpadeaba, con gesto inexpresivo.

—No quiero que alimentes falsas esperanzas, Elsa. Puedo darte otras reales. Tengo mejores ideas para ayudarte.

No me preguntó cuáles eran, ni siquiera cuando la cogí de la mano y esperé a que me animara a continuar. Se volvió de su lado, dándome la espalda. Era la única de sus partes que me desagradaba, por independiente, obcecada y grosera, y le habría llamado la atención golpeándola con un dedo en el hombro, si no hubiese atraído mi vista uno de los periódicos que dejó al descubierto cuando se giró. En la portada venía la fotografía de una ejecución pública por ahorcamiento en Colonia-Ehrenfeld, algo que por aquel entonces era bastante corriente. Pero lo extraordinario fue que reconocí la cara de uno de los sujetos que nos habían atacado durante una marcha de las Juventudes Hitlerianas. La examiné y me convencí de que era él. Los cabecillas de los Piratas Edelweiss habían sido detenidos y ahorcados. Era asombroso. Una pena que Kippi no estuviera allí para enseñárselo.

De hecho, la situación era cada vez más desesperada. Me mandaron a recoger pilas, chatarra y todo lo que pudiera usarse como material de guerra. Yendo de casa en casa, era inevitable encontrar chalados. Algunos me ofrecían clavos oxidados y los depositaban en la palma de mi mano como si fueran pepitas de oro. Un hombre me dio las horquillas del pelo y los broches del ligero de su mujer, y una señora me entregó un puñado de hortalizas, diciéndome que contenían hierro. De verdad que no miento.

Yo añadí el receptor de radio de mi madre a los objetos que iba a entregar. Ella se resistió bastante, me pidió que dijera que no teníamos radio. En retrospectiva, mi excusa me parece imperdonable. Le dije que no sabía mentir. Yo iba recogiendo los periódicos que ella dejaba por

la casa. Si veía un artículo que no quería que Elsa leyera, arrancaba las hojas y las echaba a la estufa de carbón.

No quería reconocerlo, pero Elsa tenía razón. Pronto perderíamos la guerra y ella quedaría libre. No sabía qué hacer para retenerla. Confiaba en que llegaría a amarme y estaba convencido de que mi único enemigo era el tiempo. Necesitaba tiempo para conocerme mejor y olvidar a Nathan. Instintivamente, sabía que, cuanto más desesperada fuese su situación, más probabilidades tenía yo. Sólo tenía que alimentar su aflicción y presentarme ante sus ojos como su única esperanza de salvación, cuando no de felicidad. Día tras día esperaba un giro milagroso de los acontecimientos. Si solamente ganásemos la guerra, mi vida estaría a salvo.

Una espesa humareda cubría la ciudad. Estaba ardiendo la Ópera. El Burgtheater, el Belvedere y el Hofburg (el antiguo palacio imperial de los Habsburgo) también habían sufrido daños, al igual que los palacios de Liechtenstein y Schwarzenberg. Recuerdo que había sido alcanzada la catedral de San Esteban, la misma desde donde el cardenal Innitzer había predicado contra Adolf Hitler. No había bomberos para extinguir los incendios, porque habían entrado en combate.

Viena fue declarada el nuevo frente. Los viejos del Volkssturm pasaban corriendo por mi lado, con las piernas rígidas, aferrando las ametralladoras contra el pecho cansado. Pero los miembros más chocantes de aquellas unidades eran los niños, con aspecto de no tener más de ocho años. Con sus cascos y sus botas de adultos, hacían revivir en mi memoria el recuerdo de una Ute de pechos incipientes, recién salida del baño, paseándose delante del espejo, con los zapatos de tacón de mamá bajo los tobillos vacilantes.

Después de cada incursión aérea, eran más los que vivían en sótanos, catacumbas y calles desiertas. Empezaba a encontrar cierta belleza en la destrucción y la fealdad. Con tristeza e ironía, me dije que Elsa me lo estaba contagiando. Me habían enviado a recoger material de guerra al vigesimoprimer distrito y, al pasar por Floridsdorfer Spitz, vi que había habido una ejecución pública. Pensando en el pirata edelweiss que había reconocido en el periódico unos días antes, me quedé mirando a los traidores, que según el cartel colocado delante habían apoyado a la resistencia. Colgaban de la horca como si nada en el mundo les preocupara. Empecé a imaginar que eran marionetas y que yo era capaz de tirar de las cuerdas y devolverles la vida, haciendo que las piernas andaran, los brazos se balancearan y las cabezas se sacudieran. Las parejas se zangoloteaban y bailaban a saltitos, entrechocando los tobillos. Entonces vi a mi madre, bailoteando con otro hombre. Parecerá que no tiene sentido lo que digo, pero la tierra se hinchó en mis oídos para dejar fuera el ruido y el tiempo, para solidificar la bóveda de cielo que a partir de aquel momento inerte cubrió para siempre buena parte de mí. Otro yo, un segundo yo sordo, insensible y embotado, salió de mi antiguo yo y siguió adelante, hacia la borrosa continuación, con unos guardias que me cerraban el paso, y yo que sofocándome intentaba hacerles entender quién era yo y quién era ella, sin ser oído, luchando contra la mala voluntad, dando manotazos al destino, siendo arrastrado lejos de allí, ingrátido, impotente, con la cara en el barro, devuelto al lugar donde al principio había estado curioseando despreocupadamente.

Mi abuela cogió la costumbre de ponerse el suéter rojo que mi madre no terminó. No le llegaba a la cintura y de los bordes le colgaban hebras de lana. Las hebras se fueron soltando y el suéter se redujo cada vez más, pero sólo cuando lo llamé su «*sexy sostén rojo*» decidió mi abuela meterlo en el baúl con olor a naftalina donde guardaba las cosas viejas que apreciaba.

Después de retirar las cestas de cartas que mi madre había guardado en el anterior escondite, cargué a Elsa al segundo piso, porque ella se mareaba cuando se sentaba sin ayuda y más aún cuando se ponía de pie. La cuidé lo mejor que pude, pero debo decir que no fue fácil. Nunca me había ocupado yo solo de la compra, de la cocina, ni de la limpieza de la casa, y de pronto me encontraba en situación de tener que cuidar de Elsa y de Pimmichen. Cometí un error tras otro. Puse leche en el té de Pimmichen, demasiado caliente para que se lo bebiera, y se formaron grumos. Había comprado nata en lugar de leche. Elsa prácticamente no tocaba los bocadillos que yo le preparaba, aunque no les había puesto sal ni jabón. Tuve que arrancarle el motivo: le dolía el estómago cuando comía ciertos productos animales.

Mis comidas eran catastróficas. Desde las profundidades de su cama, Pimmichen me explicaba todo lo que necesitaba saber. Pones mantequilla en la sartén, añades las patatas cortadas en rodajas y las cubres con los huevos batidos. Cuando la tortilla esté hecha, la doblas por la mitad. No mencionó que las patatas tuvieran que estar cocidas. Me propuse hacer buey *stroganoff* para recordarle sus estancias de antaño en Budapest y —lo reconozco— también para impresionar a Elsa. Gasté toda la carne de nuestras cartillas de racionamiento, pero supuse que nos duraría toda la semana y que sólo tendría que calentarla. No pedí consejo a Pimmichen. ¿Para qué, si bastaba con picarlo todo y mezclarlo?

Eché la carne, las cebollas, la sal y la pimienta, pero faltaba algo. A mi madre siempre le salía con muchísimo jugo. Como la carne se estaba quedando reseca y las cebollas negras, añadí un litro de agua, lo que hizo que los ingredientes flotasen. Recurrí a Pimmichen para una ayuda de último minuto. Me dijo que había que añadir harina para espesar la salsa. Se formaron grumos, que aplastados con un tenedor revirtieron en harina. Tras la evaporación, la salsa ganó en consistencia, pero la carne quedó tan dura que ni siquiera yo, que aún conservaba todos los dientes, pude masticarla. Al final pasé los trozos por el rallador de queso y conseguí al menos un sabor digno.

Huelga decir que las provisiones eran un problema cotidiano. El jabón estaba terriblemente caro. Lo compraba en bloques, en una granja de Neuwaldegg, donde una solterona lo fabricaba a la antigua usanza. Después de pasar la tarde andando hasta allí, tenía que dejarme media billetera. El mercado negro se había vuelto poco fiable. Las falsificaciones de cupones para el pan eran tan mediocres que el primer panadero que les ponía la vista encima las rechazaba. Poco a poco, los bosques se estaban quedando sin ciervos ni jabalíes. Bajaban la calidad y la cantidad de todo, mientras los precios se disparaban. Muchos intermediarios sin escrúpulos se estaban haciendo ricos aprovechándose del hambre de la gente. Los peores eran los pequeños comerciantes que rechazaban el pago en metálico. Un carnicero codicioso me ofreció media libra de manteca a

cambio de los zapatos que llevaba puestos.

Una mañana, en el mercado, estaba yo el último en una cola que parecía la de una atracción de feria en un día festivo. Un granjero sacó la cabeza de su camión, estacionado en una zona de carga y descarga, y me susurró que el kilo de patatas me saldría a mejor precio si le compraba un saco entero. No me hacía ni pizca de gracia abandonar mi puesto, porque detrás de mí ya se habían alineado varios recién llegados, pero el granjero siguió reduciendo el precio, hasta convencerme de que fuera a echar un vistazo.

La bolsa que vi era más de lo que nos permitían comprar, y realmente era muy barata, pero como había salido a comprar a pie, como era mi costumbre, la cantidad me resultaba a la vez persuasiva y disuasoria. Adivinando mi pensamiento, el granjero me dijo que me ayudaría a cargarla en cuanto terminara de vender. Acepté, pero, para mi sorpresa, se marchó nada más arrojar el saco a mis pies. Al ver que yo no podía levantarlo solo, unos viandantes se apiadaron de mi invalidez y me ayudaron a cargármelo al hombro.

Llevarlo a casa fue tan trabajoso como cargar a un muerto, e igual de nefasto para mis nervios, porque podían sorprenderme en flagrante posesión de un producto ilegalmente adquirido, cuyo volumen era prueba suficiente del delito. Cada cien metros se me caía y tenía que esperar a que alguien se prestara a ayudarme. Previendo mi problema, algunos se cambiaban de acera.

En un momento dado, dejé la bolsa donde estaba e intenté vender parte de su contenido a los transeúntes. Pero iban de regreso a casa, con las manos llenas, y no querían cargar con más patatas. Al final empecé a extraerlas del saco a puñados. Para subir la cuesta, tuve que tirar casi la mitad. Cuando volví la vista, afligido, vi que varias personas levantaban la cosecha de la acera.

Empecé a preparar las condenadas patatas. Era la una y media del mediodía, se me había hecho tarde. Normalmente le llevaba la comida a Pimmichen a las doce, y a Elsa, alrededor de una hora después. Con sólo lavarlas y quitarles la tierra, el volumen original se esfumó ante mis ojos, dejando al descubierto unas patatas mucho más pequeñas. Pelarlas fue otra decepción. Les quité los ojos, las partes podridas y los brotes, y rebané los lados y la parte de arriba y la de abajo, hasta quedarme con unos cuantos trozos del tamaño de un dado. Juré matar al granjero si me lo encontraba al día siguiente. De aquella bolsa enorme no saqué más que un cazo de patatas, que me habría costado la décima parte de lo que pagué si lo hubiese comprado honestamente como todos los demás, por no mencionar el riesgo y los padecimientos que sufrí.

Con la limpieza no me fue mucho mejor. Lustré los muebles con la cera de abejas que usaba mi madre, pero por la manera en que se le pegaba el polvo, se hubiera dicho que era miel, y lo mismo debieron de pensar las hordas de hormigas que entraron por el alféizar de la ventana. Lavé la ropa, y me asombró que algo tan pequeño como un calcetín pudiera compartir su tinte con toda la colada. Lo peor era la plancha. Cada vez que planchaba una prenda por un lado, producía la misma cantidad de arrugas por el otro, y acabé grabando aquel familiar triángulo marrón en buena parte de nuestra ropa.

Nuestro confort material se deterioraba a ojos vistas. Recuerdo las tiras desgarradas de papel de periódico en el cuarto de baño, una sensación desagradable, que tal vez no habría sido tan mala si antes las hubiese leído. No teníamos teléfono, ni tampoco electricidad. Un maleante aserró los postigos y se metió por la ventana en medio de la noche. Cuando bajé, me corté los dedos de los pies con los cristales y el marco casi me da en la cara, pero no había nadie a la vista. Nathan fue el primero que me vino a la mente; tuve la sensación de que estaba agazapado detrás de nuestro

biombo japonés, aguardando la ocasión para atacarme. Pero eso fue antes de advertir que la repisa de la chimenea estaba vacía y que habían desaparecido nuestros relojes de pared y quién sabe cuántas cosas más.

Solamente subir y bajar diariamente el agua para que Elsa bebiera y se aseara era una tarea ímproba, y no siempre teníamos agua corriente, por lo que antes había que ir a buscarla. Al principio era reacia a darme el orinal con sus heces, pero no le quedaba más remedio. Creo que era terrible para ella; no podía mirarme a la cara. Nada más lejos de mi intención que hacerla sentir incómoda, pero cuando veía aquello por el rabillo del ojo o no conseguía contener el aliento el tiempo suficiente, me venían arcadas. Le aseguré una y mil veces que no me importaba, y le insistí en que mi organismo tenía curiosas formas de reaccionar por su cuenta.

Lo que más la mortificaba era su sangrado mensual, aunque cada vez era menos abundante. Yo limpiaba su rincón día y noche, pero los ciempiés se multiplicaban. Le propuse llevarle arriba el cubo de la basura, para que ella misma pudiera tirar lo que quisiera, pero me dijo que era arriesgado, que si alguien lo veía, sabría que no estaba allí para Pimmichen ni para mí. Tenía razón. Me costó convencerla para que me dejara enterrar sus desechos en el jardín, con las mondas.

Por aquella época, Pimmichen padeció una serie de infecciones bronquiales, diarreas y catarros. Yo atendía sus necesidades tanto como las de Elsa, orinal y todo. No sé si alguien puede imaginar hasta qué punto había cambiado mi vida. Yo era un adolescente ansioso de aventura y de pronto me encontraba en la piel de una ama de casa, haciendo la compra, cocinando y limpiando, todo lo cual me mantenía, para mi dolor y a la vez para mi consuelo, vinculado a mi madre. Al asumir su papel, pude entender mejor cómo había sido su vida, o al menos conocer de primera mano algunos de sus aspectos. Con frecuencia comentaba mentalmente con ella los problemas domésticos, cuya existencia había ignorado hasta entonces. Prácticamente no tenía un segundo de descanso y, considerando mis sentimientos de culpa, prefería que así fuera. Con una sola mano, hasta la más nimia de las tareas, como untar el pan con mantequilla, me llevaba el doble de tiempo que a ella. O quizá se debiera más que nada a mi falta de experiencia.

Si los tres hubiésemos podido vivir normalmente, no habría sido tan malo. Sólo habría tenido que poner una bandeja en la mesa y cada uno se habría servido. Pero no era así. Pimmichen estaba enferma en su habitación y seguía una dieta especial. Elsa estaba en el segundo piso y yo tenía que subirle las comidas en secreto. Después de subir y bajar, le llegaba otra vez el turno a Pimmichen, y todo eso, entre el pago de las facturas, los viajes a la farmacia y los malabarismos con las cartillas de racionamiento, para que nadie se enterara de que éramos más de dos y aun así preparar comida suficiente para tres. Mi estómago tenía que quejarse a gritos para que me acordara de él, casi no me quedaba tiempo. Comía lo que encontraba a mano, sin sentarme siquiera.

Las labores domésticas eran tediosas, y yo demasiado joven para acostumbrarme al aburrimiento. Lo odiaba tanto como los viejos detestan la inestabilidad, pero nunca me planteé escapar. De hecho, en lugar de erosionar mis sentimientos por Elsa, la rutina los fortaleció. Yo cuidaba de ella, por tanto, ella era mía. Se esfumó quizá parte del misterio de antes, cuando Elsa era la protegida de mis padres, oculta detrás de un tabique o bajo el suelo, en los espacios inexistentes de la casa. Ahora teníamos una relación diferente, con la atención centrada en la alimentación y la higiene, y menos tiempo para conversar. Con mi abuela pasaba lo mismo.

Aquellas noches, la casa se volvía más grande. También la oscuridad que contenía. Elsa, arriba; Pimmichen, abajo, y yo, pequeño y solo, en medio. Nunca volvería a estar a gusto en casa sin mi madre. Nunca aceptaría el hecho de que no me hubieran permitido darle sepultura. Los soldados se habían encargado, habían tirado su cuerpo en alguna fosa común, con los demás, o quizá los quemaron y se deshicieron de las cenizas. Lo que hacían con los enemigos como ellos no era asunto nuestro. Yo esperaba impacientemente otro amanecer, moviéndome y dando vueltas en la cama. Deseaba que mi padre regresara. Una vez entró la luz de la luna en la habitación. Vi sombras en la pared, como perros gordos con muchas orejas. Eran de las cestas que había dejado cerca de mi cama. Cuando hubo suficiente luz de día, saqué una carta de una de las cestas. Y después otra. Se me arrebolaron las mejillas, pero no pude parar.

No tenía idea de que mi madre hubiese conocido a otro hombre, un tal Oscar Reinhardt, antes de casarse con mi padre. ¡Un *jockey*! Mis abuelos no lo habían aceptado, aduciendo que no era trabajo de hombre ir cabalgando por ahí, delante de una multitud, con el culo levantado. Lo llamaban «el bufón de los jugadores». Como mis abuelos le prohibieron verlo, mi madre y él se reunían en secreto y usaban la dirección de un amigo común para escribirse, principalmente acerca de lo mucho que se amaban. Después, Oscar recibió una oferta para trabajar en Deauville, y las cartas comenzaron a llegar desde Francia, franqueadas todas ellas con el mismo sello del mismo perfil altanero de nariz ganchuda y rizos afeminados que durante mucho tiempo asocié con la imagen de él. Las fechas de esas cartas eran más espaciadas que las de las anteriores. La última terminaba con un poema:

*Interminables son las playas de Normandía, largos  
acantilados se inclinan saludando al mar,  
las olas son a la vez coro y canción,  
verdes pastos, viejos manzanos,  
gaviotas planeando cual cientos de cometas,  
y mientras yo me empeño en trotar, galopar, huir,  
los niños me apuntan con el dedo  
deseando montar a mi yegua en mi lugar.*

*Llamo, grito,  
vivimos y así morimos,  
saber no es distinguir  
el sueño de lo que es real,  
nuestras cabezas en las alturas, su melena, mi pelo,  
qué piernas son ésas, las mías, las tuyas, qué importa.  
Entonces recuerdo a mi amada,  
se ha quedado sin rostro su cara, lo mismo que el sol,  
igual de distante, cálidos recuerdos del pasado  
sin voz, ¡por piedad!, un último aroma.*

La mejor amiga de mi madre era Christa Augsberger, alguien de quien nunca había oído hablar,

por cuyas cartas me enteré de que mi madre había hecho cosas insólitas. Cuando Oscar dejó de escribirle, se enfadó con mis abuelos y les anunció que no sentía el menor interés por su decente agricultor. Huyó de casa y de su Salzburgo natal, y se marchó a Viena, donde durmió durante semanas en la estación de trenes. ¿Había conocido yo a mi madre? Estuvo limpiando pisos, hasta que una de sus clientas le ofreció una habitación a cambio de hacer las labores domésticas y cuidar de los niños, dejándole tiempo suficiente, según decía, para hacer amigos. Christa le escribió diciéndole que la época de la esclavitud había pasado y que de ese modo jamás tendría tiempo de hacer amistades. Le aconsejaba que se buscara un trabajo remunerado y que alquilara una habitación, antes de convertirse en una solterona. Le decía que en sus manos estaba conseguir al hombre adecuado: si quería uno culto, tenía que frecuentar los museos, y si quería un *bon vivant*, le aconsejaba leer libros en las terrazas de los cafés, pero le suplicaba que no acudiese a los hipódromos con el corazón acongojado, porque si lo hacía, acabaría siendo la depauperada esposa de un apostante.

Mi madre me había contado que había ido a Viena a estudiar dibujo y que después de la Gran Guerra, ante la difícil situación, se había puesto a trabajar. Yo sabía que mis padres se habían conocido en Viena, pero ahora me preguntaba en qué circunstancias. Había menos cartas de mi padre que de Oscar. Las de Oscar llenaban cestas enteras. Mi padre no escribía poemas y su caligrafía no era bonita ni predisponía a favor de su autor, como la de Oscar. Sólo empezó a escribir cuando ya estaban casados, durante sus viajes de negocios, usando el papel de carta de los hoteles. El contenido de sus misivas era práctico, una simple relación de la marcha de su trabajo, de sus contactos en el extranjero y de cómo pensaba reformar la casa. Perdí interés por sus cartas, me decepcionó.

En ese momento decidí que tenía que aprender a escribir. Lo primero era aprender a escribir con la mano derecha. Fue lo que me ayudó a superar aquellas noches. Imitaba la caligrafía de Oscar hasta que los temblores de la mano me obligaban a darme por vencido. Para una persona zurda es antinatural arrastrar el lápiz como un dedo muerto, en lugar de llevarlo activamente como una extensión viva de la mano. No dejé de intentarlo, esta vez más modestamente, dejando torrentes de la letra «a» por toda la página. Le seguían la «b», la «c» y las demás, hasta que el sueño me invadía y me transportaba a su mundo, donde todo es posible.

No voy a ponerme pesado con todos los poemas que le escribí a Elsa, pero es divertido leer el primero que deslicé bajo su jabonera. Les ruego disculpen el estilo, reflejo de mi juventud. Ella tuvo la gentileza de no echarlo al agua después de asearse.

*Te colaste en mi casa  
y sedujiste mi corazón  
sin justicia ni razón.  
Debes amarme también,  
o dejarás tras de ti  
el cadáver de mi ilusión.*

¡Me horroriza imaginar lo que debió de pensar!

Por aquella época, me alimentaba de esperanzas con las cosas más tontas. Cuando vaciaba su



jofaina, apostaba a que determinada burbuja de jabón no estallaría antes de llegar al pie de la escalera; eso significaría que me amaba. ¡Y los «si» que me inventaba! Si dos nubes se fundían entre sí antes de que yo respirara tres veces (y era capaz de contener el aliento hasta ponerme azul), si una hormiga caminaba en determinada dirección (y lo hacía invariablemente, dado lo errático de sus desplazamientos)... Mientras tendía la ropa en el jardín, un petirrojo bajó a llevarse un pelo de Elsa. Lo interpreté como un buen augurio. Todo eso chocaba con mi pasado racionalismo. Yo mismo me daba cuenta, pero la primavera había llegado a pesar de la guerra, las ramas desnudas estaban germinando, el aire cortante se estaba endulzando y la naturaleza, indiferente a las acciones humanas, tampoco prestaba atención a mis viejos conceptos, pulcramente delimitados.

Sin radio ni periódicos, empecé a vivir aislado del mundo exterior. El exterior había resultado ser inhóspito, brutal. Dentro estábamos protegidos, nuestra casa era segura, silenciosa, un refugio. Siempre que entraba en casa, apoyaba la espalda contra la puerta e inspiraba profundamente. El aire era diferente del que había a tan sólo unos centímetros de distancia. Era aire enjaulado, domesticado, olía a encierro, a seguridad. El aire del exterior se movía sin descanso de un sitio a otro, cambiaba de dirección con cada cosa que encontraba y olía a frescor impredecible. Lo de fuera era el peligro. Lo de dentro, un lugar más amable.

Fue entonces cuando cultivé un amor por el interior que probablemente no era más que la otra cara de la misma sucia moneda, el creciente odio que me inspiraba el exterior. Detestaba salir de casa, y en cada ocasión imaginaba lo malo que podía ser para Pimmichen y para Elsa que me pasara algo. Aprovechaba las últimas gotas de agua, los últimos restos de comida que teníamos y, en los últimos tiempos, todo lo que vivía, se movía o se pudría en nuestro jardín, antes de salir a comprar más. Reduje las porciones de todos los artículos de primera necesidad, más de lo que lo hubiese hecho cualquier racionamiento impuesto por el gobierno. La guerra me servía de fácil excusa ante Pimmichen. Después de muchas dilaciones, iba una vez más en busca de provisiones al único lugar donde podía encontrar lo suficiente para que me durara toda la semana: el sótano de un bodeguero, un mundo aparte en sí mismo, atestado de toneles de vino y artículos de lujo. Allí me encontré con Josef Ritter, mi antiguo capitán del Jungvolk. Iba de uniforme, y tuvo el descaro de decirme que mientras no estuviera muerto tenía el deber de hacer trabajo voluntario. De la carne de caza que yo llevaba en la mano no dijo nada, probablemente porque él acababa de sacar el dinero para pagar un cartón de cigarrillos americanos. Le respondí que no tenía tiempo, que en casa tenía dos personas que cuidar. Me preguntó quiénes eran los inválidos. Sintiendo que la sangre se me retiraba del rostro, le contesté que mi abuela y yo mismo. Aunque mi agilidad mental me había salvado de algo peor, no me ahorró un sermón sobre las prioridades de la vida.

Muy a mi pesar, fui laboriosamente de puerta en puerta, pasando sobre escombros y cadáveres. Los pocos que salían a abrimme se habían quedado sin chatarra ni esperanzas. Una mujer con un bebé en brazos y un niño que le tiraba de la falda me dijo que para qué, que la guerra había terminado. Le advertí que podía meterse en problemas por decir esas cosas. Pero ella no fue la única en decírmelo. Cuatro casas después, otra mujer me preguntó si no había oído las noticias, la guerra estaba a punto de terminar, íbamos a rendirnos. Estuve yendo y viniendo por el vecindario, parando a la gente para preguntarle por aquellos rumores. Nadie había oído nada del final de la guerra. Entré en una panadería y la panadera me dijo que sí, que había oído que la guerra había terminado. De hecho, muchas de las mujeres presentes lo habían oído, y por eso

estaban allí. No quedaba más pan para vender. Esperaban que los occidentales se dieran prisa, porque, de lo contrario, las tropas rusas en nuestro país no vacilarían en convertirnos en una provincia de la Unión Soviética.

En la calle estallaban gritos de alegría. Aceleré el paso. Vi a personas sin hogar que no manifestaban el menor signo de júbilo. La estación del año era tan incierta aquel día como la guerra o la paz. Las yemas de los árboles se habían abierto en hojas brillantes, liberando una fuerza mágica que me recordó cuando era niño y despertaba y contemplaba cómo se abrían mis puños somnolientos; siempre había algo de milagroso en la vida que me había sido dada. Los árboles cantaban con las aves ocultas entre el follaje, pero el aire seguía siendo frío.

Me dije que tenía que regresar antes de que otra persona le diera la noticia a Elsa. Esperaba ansioso su alarido de felicidad y el abrazo que me daría, tanto como temía su siguiente reacción, las palmaditas en la espalda para apartarme y los inmediatos preparativos para marcharse. Le aconsejaría que fuera prudente y que esperara antes de hacer nada. Tal vez no fuera cierto, tal vez no era más que una gran trampa.

Llegué a las afueras de Viena. El laberinto de construcciones, en pie o derribadas, dio paso a un paisaje más simple, los pinares fragantes, los dulces campos amarillos, las colinas cargadas de viñedos. Me dije que era la última vez que volvía a casa al encuentro de una Elsa oculta y secreta. Muy pronto, ella ya no sería mía, y sentí la tristeza de que así fuera. Después, otra idea cruzó mi mente. ¿Qué prisa tenía? ¿Quién iba a decírselo, si no lo hacía yo? ¿No podía al menos dejar que durara un poco más ese último paseo hacia ella?

Dos nubes se movían en la misma dirección, una dando alcance a la otra. Mientras contemplaba cómo se fundían, una tercera se les unió, formando una extraña joroba en el dorso, o quizá algún tipo de carga. ¿Qué significaba? ¿Se presentaría Nathan en nuestra puerta? ¿Otra persona? Imaginé a *Frau* Veidler corriendo por el vecindario y agitando los brazos mientras gritaba la noticia, y entonces aceleré el paso.

En casa había un silencio sepulcral. Aporree la puerta de Pimmichen, la entreabré y la vi tumbada de espaldas en la cama, con una pierna extendida, una gota de sangre que le bajaba por la espinilla y un pañito entre cada dedo del pie para absorber la sangre que se le había acumulado allí. Sobresaltada, deslizo la pierna bajo las sábanas.

—¿No puedes llamar a la puerta, Johannes, antes de irrumpir en la habitación?

—He llamado.

—Me estoy quedando sorda. Sigue llamando hasta que responda.

—¡Pimmi! ¿Qué te ha pasado?

—Nada. —Se ruborizó—. Y si no respondo, querrá decir que me he muerto.

—¡Te has hecho daño!

Le arranqué las sábanas, cogí su pie y me quedé mirándolo, parpadeando confuso.

—Miro mis partituras y están amarillas; miro el retrato de tu abuelo y está amarillo. Miro mi velo de novia, ahí colgado como un mosquitero viejo, y se ha puesto amarillo. Me miro las uñas de los pies, y lo mismo de lo mismo. El deterioro no espera a la muerte. El muy marrano es impaciente.

Comprendiendo lo sucedido, no supe qué decir.

—Cogí esto de la habitación de tu madre. Estoy segura de que no le habría importado. Ya sé que las señoras de familias respetables no se pintan las uñas de los pies, pero puesto que la

naturaleza se empeña en pintármelas por su cuenta, tengo derecho a cambiar el color por otro que me guste.

—¿Tenías pensado salir a festejar?

—¿De dónde has sacado una idea tan extravagante? ¿Hay algo que merezca una fiesta?

Sonreí nerviosamente.

—Algunos dicen que la guerra está terminando.

—¡Ah! ¿De verdad? ¿Hemos ganado?

Solté su pie y le di la mala noticia. Se quedó mirándose los dedos del pie, extendiéndolos y relajándolos, y al final dijo:

—Qué mala suerte. No imaginas lo que nos hicieron padecer la última vez. Dios nos asista.

Me senté al borde de la cama. Estuvimos un rato en silencio.

—¿Johannes? ¿Te importaría echarme una manita solamente con estos dos, cariño? Yo ya no llego.

Mi cabeza no estaba en lo que hacía y mi habilidad manual resultó tan dudosa como la suya. Los dedos pequeños de sus pies ya no tenían uñas, así que manché de barniz rojo las zonas de piel donde deberían haber estado. Cuando terminé, Pimmichen se había quedado profundamente dormida. Yo sentía una opresión en el pecho. Ahora tenía que enfrentarme a Elsa.

No subí en seguida. No metí la carne en el horno, ni puse a calentar el agua para su té. Simplemente me senté en la cocina, saboreando aquellos últimos momentos en que ella aún estaba a mi cuidado. Aunque había sido agotador, cuidar de ella había dado sentido a mi vida. En lo sucesivo sólo tendría a Pimmichen a mi cargo, y quién sabe por cuánto tiempo. ¿Cuántos días pasarían antes de que mi padre volviera a casa para consolarme? Me dediqué a compadecerme de mí mismo, hasta que me puse de pie. Después me enjuagué la boca, me arreglé el pelo con los dedos y decidí que estaba listo.

Las rayitas verticales del papel pintado del tabique eran un motivo que a la vez odiaba y adoraba. Las odiaba porque se interponían como un escudo entre Elsa y yo, y las adoraba porque la mantenían allí donde estaba.

—Soy Johannes —anuncié—. Voy a abrir.

Bajé la persiana y la ayudé a salir. Se desplomó sobre la alfombra; le masajee las piernas y se las levanté para que le circulara la sangre. Ninguno de los dos dijimos nada, conocíamos los movimientos de memoria. Pasándole el brazo por debajo de las axilas, la levanté del suelo. Apoyó su peso sobre mí y la estuve ayudando a andar. Cuando se cansó, volvió a deslizarse al suelo. Con su espalda apoyada en mis rodillas, le masajee el cuello y los hombros. Le aparté el pelo para hacerlo, deseaba besar su nuca, conocía cada pelillo y aquel pequeño lunar. Ella tenía la costumbre de hacer todo eso sin abrir los ojos. De vez en cuando le daba de comer así, y ella aceptaba lo que yo le pusiera en la boca. Cualquiera imaginará lo que me excitaba hacer todo eso. Si ella lo hubiese sabido... aunque estaba seguro de que lo sabía.

Una tarde, en particular, había inclinado una pierna a un lado y a otro, de un modo que parecía indicar que sus defensas estaban disminuyendo. Con una voz inesperadamente grave y gutural, le pregunté en qué había estado pensando allí dentro. «En muchas cosas, en muchas cosas bonitas», me respondió, abriendo rápidamente un ojo para mirarme y volviéndolo a cerrar. Durante una fracción de segundo, su sonrisa fue coqueta. Le masajee las piernas como de costumbre, sólo que esa vez desplazé la mano un poco más arriba, vigilando en su cara cualquier señal de oposición.

Su expresión no cambió. Deslicé el pulgar en dirección a su ropa interior y dejé que se quedara allí. No dijo ni hizo nada. Me atreví a pasarlo por debajo de la tela. Tragó saliva, me agarró la mano, la apartó un poco y dijo: «Para ya, Johannes». El tono de su voz no había sido de enfado, sino que me pareció más bien maternal. Pero esta vez no hubo ninguna ambigüedad. Al mirarla, sentí que era la culpable de la muerte de mi madre. La ayudé a mover un brazo, lo sacudí y lo dejé caer. Hice lo mismo con el otro, y después con una pierna: la agité y le hice bailar el cancán. ¿Qué se creía que iba a hacer ella, adonde iba a ir sin mí? La ayudé a incorporarse y empezamos a andar por la habitación. Yo hacía la mayor parte del trabajo, y sus piernas simplemente me seguían, como las de una marioneta. Hice que se estirara, que se inclinara, intenté que diera unos pasos de vals al ritmo de «un, dos, tres, un, dos, tres». Se dio cuenta de que pasaba algo y abrió unos ojos amodorrados.

Seguí moviéndola toscamente de aquí para allá, al son de un tango aborrecible: «Ta-ra-ta-ta-ra, ra-ta-ta-ra, ra-ta-ta-tá», arqueando hacia atrás su espalda cada vez que ella misma tropezaba con sus propios pies. Si no presté oídos a sus súplicas de que me detuviera fue porque estaba bailando con ella, la estaba imaginando en traje de novia, con una diadema de margaritas en el pelo, y yo era el novio, Nathan.

—¿Por qué te comportas así?

—¿No eres feliz? ¿No quieres bailar?

—¡Me estás haciendo daño en el cuello!

—Tienes mil razones para bailar. Mira qué guapa eres. ¡Una belleza semejante, desperdiciada aquí! Imagínate dando vueltas en un salón de baile, compartiéndola con todos los hombres.

La hice girar a mi alrededor, cada vez más a prisa y con más fuerza, hasta que me desplomé con ella, la estreché contra mi pecho y me eché a llorar amargamente.

Ella consiguió incorporarse, y me apartó el pelo de los ojos. Había pánico en su voz:

—¿Qué ha pasado?

Intentando sobreponerme, me sequé los mocos con la mano, Ella me sacudió por los hombros.

—¿Le ha pasado algo a tu padre?

—No, supongo que estará bien. Ocupado, como siempre.

—Entonces, ¿por qué estás... así?

—Porque me siento muy feliz.

En la calle se oían gritos de júbilo. A lo lejos estallaban cientos de cohetes y petardos. Ella se irguió y se llevó una mano al cuello.

—¿Qué está pasando?

Había llegado el momento. Mi corazón bombeaba sangre a mis extremidades, pero tenía la sensación de estar desangrándome. Busqué con dificultad las palabras justas, y al final dije, sin saber lo que estaba diciendo:

—Hemos ganado la guerra.

La mentira me pilló tan desprevenido como a ella. Ni siquiera era una mentira, o al menos no lo era en el momento preciso en que la dije. No sé del todo lo que era. Era un montón de confusiones entremezcladas. En cierto modo, era una prueba para ver cuál habría sido su reacción si hubiésemos ganado, un pequeño experimento antes de anunciarle la verdad. Era también lo que me habría gustado decir, y no sólo decir, sino lo que realmente habría deseado. Sé que a muchos les resultará difícil creerlo, pero además era una broma, tenía una fracción de ironía, destinada a

hacer gracia. Otra fracción iba dirigida a torturarla, porque sabía que en poco tiempo ella me torturaría a mí con los hechos reales, y durante mucho más tiempo que el breve instante durante el cual yo la habría hecho sufrir. Había también un desafío, quería que ella averiguara por sí misma que lo dicho era un engaño, que descubriera mi montaje, que me hiciera frente y me insultara.

Se le ensombreció la cara, pero no hasta el extremo que yo había previsto. Fue una sorpresa. Me quedé esperando a que llorara, o a que hiciera o dijera algo drástico que me obligara a decirle la verdad, algo que me estrujara el corazón y me sacara la verdad, pero actuó con tan razonable contención que no pude hacerlo. Fue entonces, en esos vitales segundos que siguieron, cuando mis palabras y cada uno de los elementos que contenían —experimento, deseo, broma, tortura, desafío, confusión— comenzaron a germinar en auténtica mentira. Quizá por el simple hecho de crearme, ella ofreció a la semilla su primera gota de agua.

Temblando, inseguro de mí mismo, abrí el tabique para ver qué haría ella, si contra todas las imposibilidades aquello funcionaría. Yo me esperaba una bien merecida bofetada, antes de verla salir en tromba de la habitación. Pero fue increíble. Entró. No oí un solo ruido. Había aceptado mi explicación, no podía dar crédito a lo que estaba pasando, lo fácil que había resultado. Jamás habría imaginado que iba a salirme bien.

Necesitaba estar solo, reflexionar. ¿Quizá fuera mejor para mí esperar a que la situación se aclarara un poco más, antes de anunciarle el verdadero giro de los acontecimientos? En cierto modo, la estaba protegiendo. Pero en el fondo, en un rincón oculto de mi corazón, lo que de verdad estaba pensando era que unos pocos días más no podían hacer ningún daño.

Viena sólo siguió siendo Viena como un ser amado conserva su nombre después de la muerte. La ciudad quedó dividida en cuatro, ocupado cada sector por las tropas de uno de los ejércitos victoriosos. Hietzing, Margareten, Meidling, Landstrasse y Semmering fueron ocupados por el Reino Unido. Leopoldstadt, Brigittenau, Wieden, Favoriten y Floridsdorf (distrito este último cerca del cual se encontraba la fábrica de mi padre), por la Unión Soviética. A Francia le correspondieron Mariahilf, Penzing, Fünfhaus, Rudolfshiem y Ottakring. Estados Unidos ocupó Neubau, Josefstadt, Hernals, Alsergrund, Währing y Döbling. Si a Viena la partieron en cuatro como a un pastel, el viejo Hofburg quedó como la guinda de adorno, masticada y abandonada en el plato para uso de todos. Como solía decirse, fue como poner cuatro elefantes en una barca de remos.

Las banderas de cada país estaban a la vista en los sectores asignados, pero curiosamente no eran lo que más nos hacía sentir la presencia extranjera. Las banderas eran como niños que nos enseñaran la lengua: irritantes, pero previsibles. Las patrullas armadas resultaban humillantes, pero no tanto por razones oficiales como por el hecho de que los soldados no podían reprimir una expresión de malicioso regocijo: ellos eran los vencedores, y nosotros, los perdedores. Me recordaban las esculturas medievales sobre el portal de las catedrales. El papa, los obispos y los que encargaron la obra son de proporciones gigantescas, y más abajo se distingue una procesión de hombrecitos que no les llegan a las rodillas, pero que son más importantes de lo que parecen a primera vista, porque sin esa raza de seres diminutos nadie apreciaría la grandeza de los primeros.

El aspecto más molesto, al menos para mí, era la invasión cultural. De la noche a la mañana, las calles se impregnaron de olores insólitos. Viena ya no olía a Viena. Y todo por culpa de los fritos que los americanos preparaban para desayunar, los *fish and chips* británicos, los cafés franceses y los *bistros* rusos (*bistro* es una palabra rusa que los franceses se apresuraron a adoptar), por no mencionar las ventanas de las viviendas particulares asignadas a los militares casados. No me malinterpreten. Ninguno de esos olores era desagradable en sí mismo, pero no era nuestro. Idiomas incomprensibles sonaban entre el ruido de los cubiertos que acariciaban los platos y las copas que besaban a otras copas. Ni siquiera las risas eran nuestras, lo notábamos a kilómetros de distancia. Tal vez porque nosotros no teníamos nada de qué reírnos.

Las lenguas extranjeras irrumpieron en las señales callejeras, los escaparates, los cines y las puertas de los lavabos, y empezamos a ver las monedas foráneas, sobre todo el dólar estadounidense, garabateadas en las pizarras de los puestos de salchichas y en los parabrisas de los Mercedes viejos. «*We speak English*», «*Ici, nous parlons français*». En cuanto al ruso, no sólo las palabras eran ininteligibles, sino las letras de su alfabeto. Debo reconocer, sin embargo,

que las lenguas escritas no eran tan irritantes como las habladas. Una cosa era que la ciudad ya no oliera como antes, pero que no sonara como el país donde había crecido, cómo decirlo, era como tener un puñal clavado en el corazón. El alemán era mi lengua materna, el idioma que mi madre me había hablado de niño, y yo lo amaba tanto como la había amado a ella.

Eran las lenguas de los vencedores, y ellos lo sabían. Había una nota de engrimiento en cada palabra. Los estadounidenses se caracterizaban por hablar a voz en cuello. Quizá su forma de hablar fuese más perceptible a distancia por ser particularmente nasal. Si bien es cierto que algo de nuestra lengua germánica nos sale de la garganta, yo diría que buena parte de la suya les sale de la nariz. Las otras nacionalidades también podían alborotar bastante, especialmente después de beber unas copas, algo que norteamericanos, británicos y rusos practicaban a menudo. Por aquel entonces circulaba un chiste que decía: ¿Cómo sabes que un oficial norteamericano ha estado bebiendo? Porque no puede andar en línea recta. ¿Y uno británico? Porque se esfuerza por andar en línea recta. ¿Y uno ruso? Porque sólo cuando bebe es capaz de andar en línea recta.

Llamaban más la atención que una verruga en la nariz: los británicos, con su tez pálida de adolescentes ruborizados; los franceses, por ir besando en las dos mejillas a cuanto francés se les cruzaba en el camino, como si fueran limpiaparabrisas, y los rusos, por esa costumbre suya de besuquearse en los morros. Sabía que nunca conseguiría acostumbrarme. Algunas ciudades grandes, como Nueva York, conocen el fenómeno. Dicen que Chinatown más parece un trozo de China que de Estados Unidos, pero se ha ido formando poco a poco. Imaginen despertar un día y descubrir que de la noche a la mañana todo el vecindario se ha transformado en otro país.

Y a propósito de país, el nuestro había vuelto a ser Austria. Ya no éramos una provincia del Reich alemán. Austria había sido declarada independiente (unos pocos tenían el descaro de afirmar que «había declarado su independencia») antes del fin de la guerra, cuando la marea se había vuelto contra el Reich. La mayoría de los austríacos prefirieron cambiar de chaqueta, blanquearse las camisas y actuar como si Austria hubiera sido invadida por el Reich contra su voluntad, en lugar de acoger la anexión con los brazos abiertos. Hasta el presente, Alemania sigue cargando sola con la culpa de la guerra. La verdad es que fuimos la pata trasera de la bestia, y no el blanco conejito atrapado en sus fauces. Otro chiste que circulaba entonces: ¿Por qué le va tan bien a Austria? Porque le ha hecho creer al mundo que Beethoven era austríaco, y Hitler, alemán.

Aquellos primeros días no fueron bonitos. Hubo linchamientos en las calles. Los meses sucesivos estuvieron cargados de dedos acusadores: nazi por aquí, nazi por allá. Más de un nazi, por salvar la piel, acusó de serlo a un miembro de la resistencia y consiguió que lo arrestaran sin hacer preguntas. Buena parte de la población permanecía con los labios sellados, por miedo a que los nazis volvieran al poder en cualquier momento. Viena me parecía un gran circo. Los escasos equilibristas que habían seguido una línea inflexible en la vida habían caído, tal vez deliberadamente, para no poner en entredicho su sentido de la moral. Los artistas del trapecio habían confiado sus vidas a manos ajenas; algunos habían sobrevivido y otros no. Los malabaristas eran los que habían salido mejor parados, cambiando un gobierno por otro, por el más conveniente en cada ocasión, por el que tuvieran a mano, sin ningún pensamiento de por medio, porque pensando podían confundirse de bola, sólo recoger y lanzar, recoger y lanzar. Mejor que cayera la bola y no la persona. Yo mismo había empezado como hombre fuerte y había acabado convertido en fenómeno de feria. Todo el país se miraba a sí mismo en un espejo deformante.

Si nuestra casa hubiese estado una calle más abajo, habríamos entrado en el sector norteamericano, considerado el mejor con diferencia. Por desgracia, estábamos en el límite del sector francés, el segundo peor. Lo decían todos. Los franceses no tenían un céntimo y eran unos rácanos, al menos con nosotros los austríacos. Eran los primeros en hacerse con las provisiones importadas, sobre todo de Estados Unidos, se llevaban cuanto necesitaban para su exquisita *cuisine*, y cuando nos llegaba el turno a nosotros, había escasez de alimentos. Nos faltaban artículos de primera necesidad: mantequilla, leche, queso, azúcar, café, por no hablar del pan y la carne. Los franceses no estaban dispuestos a pasar penurias por nosotros, ni siquiera se habrían planteado prepararse el café más aguado o ponerle solamente un terrón de azúcar. Necesitaban mucha mantequilla para cocinar, y les importaba muy poco que a nosotros no nos quedara nada para untar en el pan del desayuno.

El detalle que más comentábamos los austríacos, mientras hacíamos interminables colas intentando conseguir una reducida porción de algo que al final resultaba haberse agotado, era la botella de vino invariablemente plantada en la mesa de los franceses a la hora de la comida y de la cena. Después de un año sin ninguna mejora, oí que una señora citaba un informe que había hecho alguien. Al lado de las treinta toneladas de azúcar y de carne consumidas por las tropas, nuestra población no había consumido nada. También recuerdo a un hombre que tenía otras estadísticas. Los de la cola éramos todo oídos. Leyendo en voz alta de una publicación mensual, proclamaba con furia que doscientos mil de nuestros civiles habían consumido cincuenta cerdos, terneras y corderos, y un centenar de pollos, mientras que veinte mil de sus soldados habían acabado con la comparativamente fenomenal cantidad de cuatrocientos cerdos, terneras y corderos, y diez mil pollos. Aunque no recuerdo las cifras exactas, es fácil captar la idea general. De los cuatro países, Francia era el único que había sido ocupado por el Keich, incluido París, su máximo orgullo. Por eso nuestro sector no era precisamente el más agradable de los cuatro. Los franceses querían llenarse la barriga y a la vez tomarse la revancha. Tal vez su actitud no fuera tan vengativa como pudiera parecer. Francia había conocido el hambre y ahora se hartaba de comer y beber vino, como haciendo uso de un derecho largamente denegado.

Podría haber sido mejor, pero también peor, mucho peor. Los rusos eran famosos por su política de «una unidad de cada cosa por persona»: una cuchara, un cuchillo, una silla. Toda propiedad «en exceso» era confiscada y enviada a Rusia. A Schwarzenbergplatz le cambiaron el nombre por el de Stalin Platz, y en ella levantaron, aquel primer verano, un monumento de cuarenta metros de altura, coronado por una figura de bronce que portaba una bandera roja y una arma automática cruzada sobre el pecho. Rápidamente, el «soldado ruso desconocido» llegó a ser muy conocido entre los vieneses, que hasta le pusieron un apodo: el Saqueador Desconocido.

La rapiña no se detuvo en las viviendas, sino que se extendió a los civiles de la forma más brutal. En el sector ruso, reabrieron sus puertas los tugurios, los bares y las salas de fiesta, sin el menor respeto por el toque de queda. Se decía que muchas mujeres austríacas habían sido secuestradas a punta de pistola para hacer compañía a los rusos, que las violaban, y que lo mismo hacían las rusas con los hombres austríacos. La disentería y las enfermedades venéreas se extendieron, y el tifus adquirió proporciones epidémicas. Al respecto hay que decir que los soviéticos habían enviado tantos automóviles y camiones a su país, que los moribundos tenían que ser transportados a los hospitales en carretilla. La tasa de mortalidad era impresionante. Supongo que los rusos tenían razones para ansiar venganza, porque solían justificar todos sus crímenes,



incluso los más mezquinos, poniendo por delante los veinte millones de compatriotas suyos caídos durante la guerra y las masas aún mayores que se habían quedado sin hogar.

Yo nunca pasaba por la zona rusa si podía evitarlo, aunque éramos libres de hacerlo, porque podían reclutarnos sin previo aviso para trabajos forzosos, tanto para un día como para una semana. La vida cotidiana en el sector tenía algo de ruleta rusa. ¡Qué diferencia con la sección estadounidense, donde habían impuesto un límite de velocidad de cuarenta kilómetros por hora, incluso en avenidas interminables como la Währingerstraße! Las leyes de los americanos no sólo se promulgaban, sino que se aplicaban a todos por igual.

Elsa no me preguntaba nada directamente, pero yo estaba listo para atrapar al vuelo sus preguntas. Cuando tenía una en la punta de la lengua, yo lo notaba, lo mismo que notaba el peso de su mirada cada vez que le llevaba el agua hervida (como precaución sanitaria) para que bebiera o se aseara. Si estaba arreglando su habitación, ella aprovechaba mi distracción para escudriñarme libremente. A veces yo hacía como que miraba por la ventana, ofreciéndole mi perfil bueno. Entonces me miraba directamente, pero cuando me volvía, ella bajaba los ojos, ocultando una mirada cuya ambigüedad yo no lograba descifrar del todo.

Tal vez intuía mi preocupación y le inquietaban sus causas, por las consecuencias que pudieran tener para ella. Quizá se sentía agradecida por lo que creía que estaba haciendo por ella, o sinceramente angustiada por mí, y tal vez culpable. Yo esperaba que mi padre regresara a casa en cualquier momento, y si por un lado imaginaba lo mejor, también temía lo peor. Podía ver su mano sobre mi hombro, mientras elogiaba mi sensatez por esperar su regreso, en lugar de tomar por mi cuenta cualquier decisión concerniente a Elsa. Había hecho bien en no informarle a ella de los acontecimientos, para impedir que tomara decisiones precipitadas. «Enhorabuena, hijo, has hecho un buen trabajo cuidando de tu abuela, de Elsa y de la casa, estoy orgulloso de ti. Sé que no ha sido fácil después de la pérdida de tu madre. Has sido un valiente».

O bien... nada más verla, se quedaría pasmado, estupefacto, preguntaría por qué demonios seguía encerrada en aquel rincón cochambroso. ¿Dónde diablos estaba mi madre? Elsa, con toda su inocencia, se lo explicaría, y él me cruzaría la cara de un bofetón delante de ella. Sin prestar atención a mis sentimientos, la dejaría ir. Ella perdería la confianza en mí. Y yo, mis oportunidades con ella.

¿Había alguna solución? ¿Podía arriesgarme a decirle a mi padre que ella ya se había ido? ¿Subiría él a ver si aún seguía allí? ¿Podría yo inventar alguna excusa para pedirle a Elsa que se estuviera absolutamente quieta y callada? ¿Podría persuadir a mi padre de que esperara solamente unos días para decirle la verdad, sólo el tiempo necesario para convencerla? ¿Cómo confiar en que él comprendiera mis sentimientos? El riesgo era demasiado grande, mi padre lo arruinaría todo. No, no. Tenía que decírselo antes de que volviera.

Elsa tomaba la sopa del cuenco. En un agotador esfuerzo de cortesía, hilvanaba las conversaciones más triviales que puedan imaginarse, centradas básicamente en las verduras: dónde las había conseguido, si aquello que había probado era una patata y qué bien que así fuera. Al lado de las suyas, las palabras que yo necesitaba arrancar de mi boca eran pesadas como ladrillos. Se habrían estrellado contra el suelo. Si hubiese reunido el coraje suficiente para cogerla de la mano y mirarla directamente a los ojos, seguramente me habría paralizado con su mirada expectante, con una ceja levantada, como diciendo «¿sí?, ¿qué quieres?». ¿Sería yo capaz de decir así, como de pasada, algo tan importante que toda mi vida dependía de ello? «Ah, a

propósito, hablando de verduras, ¿te he comentado ya que te mentí cuando te dije que habíamos ganado la guerra? La perdimos. Así que no tienes por qué quedarte ahí sentada, perdiendo el tiempo conmigo, tomando esa sopa aguada y medio fría. Estoy seguro de que tus padres te habrán preparado algo mucho mejor, y ya de paso, cuando salgas, ¿por qué no me tiras esa misma sopa a la cara?».

Cuántas veces me atormenté delante de una página en blanco. «Querida Elsa». Mi pluma se detenía. «Querida Elsa» era trivial, un prelude impropio para lo que venía después, unas pocas notas ligeras de flauta, antes de atacar con el trombón. Se taparía los oídos. Pero si empezaba directamente con una gran obertura, refiriéndome a ella de un modo más acorde con mis sentimientos, se pondría en guardia antes de pasar de la primera línea. Además, las expresiones de amor me planteaban un dilema. Me parecían manidas y superficiales. Puede que funcionaran para los primeros amantes que las usaron hace siglos, pero el tiempo las había convertido en viejas canciones con melodías demasiado familiares que despojaban las palabras de todo significado. Ni siquiera yo mismo podía reprimir un gesto de desdén cuando las consideraba.

Un día, sin que viniera a cuento, Pimmichen me lanzó un pequeño disco de algodón. Era suave y perfumado. Creo que lo usaba para empolvase la cara.

—Venga, Johannes, puedes contárselo a tu abuela. Lo he visto y lo he oído todo antes que tú.

—¿Contarte qué?

—Me ha dicho un pajarito que algo te ronda la cabeza. ¿Una chica?

—¿De dónde has sacado esa locura?

—Cuando un joven de tu edad tiene esa mirada melancólica y sacude nerviosamente la rodilla porque preferiría no estar con su abuela sino en algún otro sitio, normalmente significa que la flecha de Cupido ha encontrado alojamiento en el lado izquierdo de su pecho.

—No hay ninguna chica, Pimmi.

—¿Te rechaza?

—Lo que quiero decir es que no conozco a ninguna chica.

—A mí no me engañas. He visto más del siglo pasado que tú de éste. Tengo mal los ojos, pero no estoy ciega. La soledad no se parece en nada a lo tuyo. Estarías demacrado, arrastrarías los pies. Parecería como si vagamente buscaras algo sin saber muy bien de dónde va a venir. Pero tú estás nervioso; tienes a una persona concreta en la mente. Miras por la ventana y te concentras tanto que dejas de moverte. Te he estado observando.

No pude reprimir una sonrisa.

—Quizá hay... alguien.

—¿Es un gran secreto?

Tentado de jugar con fuego, incliné un poco la cabeza.

—Me alegro por ti. Formar una familia es justo lo que necesitas. En mis tiempos, ya habrías estado en edad de casarte. Yo no estaré aquí para siempre, ¿sabes? Ya no tienes a tu madre, y sólo Dios sabe cuándo y en qué estado volverá tu padre. Los hijos son un gran consuelo para todas las desilusiones de la vida.

—¡Eh, qué dices! ¿Quién ha hablado de tener hijos?

—Tienes razón. Empecemos por el principio. ¿Ella te quiere?

—No lo sé. Quizá como amigo.

—Eso quiere decir que no. ¿Es por tu cara?

—¿Qué tiene de malo mi cara?

—Nada. ¡Y que nunca se te olvide! —exclamó, contemplándome muy complacida por alguna razón—. ¿Dónde os conocisteis?

—No puedo decírtelo.

—Todo es muy secreto... Hum, ¿no estará casada? —preguntó con una mueca de disgusto.

—No. Nada de eso.

—Ya. ¿Entonces es monja?

—¿Monja?

—¿Está enamorada de otro? —De inmediato advirtió mi expresión ensombrecida—. Ya veo... ¿Él ha sido el primero en cortejarla?

—Así es.

—¿Y tú quieres quitársela? Puede ser complicado...

—Hace años que no se ven.

—¿A causa de la guerra?

—Bueno... sí.

—¿Por qué no recurriste antes a mí? ¿No sabes que puedo ser de gran ayuda en estos casos?

Contemplando su cara invadida de arrugas, pensé que era muy poco lo que podía ayudarme. Estaba demasiado lejos de mis sentimientos. Pero ella me leyó la mente.

—Tranquilo, Johannes. Recuerdo perfectamente los intrincados mecanismos del corazón. Creo que es lo único que recuerdo. ¡Ay, Dios mío! ¡El amor! —Su expresión soñadora duró tan sólo un momento—. Veamos. ¿Tendrás ocasión de ver de nuevo a esa chica?

—Sí, si voy a verla.

—Pero si tú no fueras, ¿crees que ella haría algo por verte a ti?

—Es complicado.

—Tengo que saberlo, es importante.

—Ella no puede venir a verme.

—¿Por qué? ¿Vive demasiado lejos?

—No se lo permiten.

—Padres estrictos. Eso es bueno. Y ella obedece. Supongo que no les importará que la cortejes. Eres de buena familia por mi parte, incluso de familia acaudalada, ¡nunca dejes que nadie lo olvide!

—Ella no se fija mucho en esas cosas. Por eso es distinta de lo que suele decir la gente de...

Sintiendo que se me arrebolaban las mejillas, me tapé la boca y tosí.

—¿De las mujeres? Sí, bueno, ¿alguna vez has pensado que tal vez no sepa lo que sientes por ella?

—Lo sabe.

—¿Lo has admitido delante de ella?

—Alguna vez.

—Hum, no has hecho bien. Todavía eres demasiado joven, demasiado honesto. Así nunca la conseguirás. La honestidad no es la mejor política en los asuntos del corazón. Mi consejo es que demuestres menos interés por ella. Ella sabe que has mordido el anzuelo, pero te mantiene en el agua, colgando del sedal. Para ella no eres más que una segunda opción, por si no consigue pescar al otro pez. Para que se interese, tiene que sentir que te estás alejando. Si no haces más que nadar

en círculos alrededor de su barca, jadeando y mirándola con ojos de pez, ¿cómo esperas que vaya a recoger la red?

—¿Tengo que darle celos? ¿Hacerle creer que hay otra?

—Si hace falta, como último recurso, sí. Pero ten presente que no es necesario que sea mentira. Hay muchos peces en el mar. Tira la red y sacarás una docena.

En seguida me puse a inventar los rasgos de una chica de ensueño, para que Elsa se diera cuenta de que yo era un pescado de primera categoría. De momento sólo tenía elementos sueltos: cabello rubio, ojos azules, nariz perfecta, sonrisa bonita, todo ello combinado, formando un rostro ario; pero cuando cerraba los ojos para imaginarla, la idea era genérica y poco real. Pensé que podía ser útil darle un nombre. Gertrud, Inés, Greta, Claudia, Bettina, sí, ése no estaba mal, Bettina. «Lo siento, Elsa, pero no quiero hacer esperar a *Bettina* en el Volksgarten». «Me encantaría quedarme un rato más, pero tengo que irme. El sol podría hacerle daño. Ya sabes que *Bettina* tiene la tez muy clara, como sólo la tienen las rubias». «Por favor, cuéntame otra vez lo que decía Nathan del color azul. Me gustaría decírselo a *Bettina*, porque sus ojos son azules, aunque cada vez que los miro se me olvida todo lo que iba a decir...». Las fantasías evolucionaron hasta hacerse grotescas. Bettina llegó a ser campeona mundial, aunque no pude decidir qué deporte afectaría más a Elsa, si la natación, los saltos de trampolín o la gimnasia.

Debió de ser hacia media tarde, porque la sombra del árbol de los Bvlgari estaba invadiendo nuestro jardín y me obligaba a trasladar mi silla cada pocos minutos. Pimmichen salió de la casa con su paso vacilante, apoyados los dedos en la boca en un gesto pensativo que a mí no me engañaba —conocía sus trucos— y que sólo significaba que su dentadura era nueva y de estabilidad precaria. No entendí ni una palabra de lo que estaba diciendo. La seguía un soldado. ¿Cómo iba a entenderlo? Estaba hablando en francés. El hombre parecía sentirse ridículo, y con razón. Quién sabe por qué motivo, llevaba uniforme estadounidense y, lo que es peor, dos tallas más grande que la suya. Los puños de la camisa le tapaban las manos; las costuras de las sisas le llegaban a los codos, y llevaba los bajos de los pantalones enrollados en dos grandes alforzas.

A través de los pensativos dedos instalados a modo de perilla, mi abuela no dejaba de repetir «*Vous promettez d'être gentil avec lui*<sup>[1]</sup>?», a lo que él respondía «*Oui, ça va, ça va*», con creciente irritación. Al final ella me dijo que tenía que ir con el soldado y que era el procedimiento habitual para todos los muchachos de mi edad. El soldado me condujo a la base francesa, donde todos, tanto los oficiales como la tropa, vestían uniforme estadounidense. Al principio no entendí por qué causa daban los franceses uniformes a aquellos negros —para mí los marroquíes eran negros—, y supuse que era por pura decencia, para que no deambularan desnudos. Sólo más adelante me enteré de que los marroquíes eran ciudadanos de una colonia francesa. Las tropas marroquíes enviadas al frente no sufrían escasez en lo que a uniformes se refería. De hecho, en el frente, los uniformes podían considerarse incluso excedentarios.

Yo no entendía mucho lo que decían, excepto las expresiones oídas a Pimmichen, a quien le agradaba presumir de sus conocimientos de francés. Presté oídos al árabe de los marroquíes y su entonación me pareció áspera y bárbara. Para mi alivio, no era yo el único austríaco, ni mucho menos: varios cientos llevaban más tiempo que yo esperando. Aquello habría sido Babel de no ser por los alsacianos, que dominaban el alemán y el francés y estaban allí para traducir. Aun así, no

eran muchos, y por desgracia sí lo eran los interrogatorios, los formularios y los corrillos.

Fue allí donde me enteré de los detalles de la muerte de Adolf Hitler, que probablemente habían dejado de ser noticia, pero aún lo eran para mí, que rehuía la información del mundo exterior. Me quedé sin habla. No podía creer que alguien de su talla hubiera tenido una conducta tan poco acorde con los ideales. Por si no hubiese sido suficiente para un solo día, cuando me llegó el turno de cumplir con las formalidades, me informaron de las versiones contradictorias acerca de la suerte corrida por mi padre. Algunos testigos afirmaban que había huido de Mauthausen; otros, que dos hombres habían escapado, pero mi padre había sido atrapado, y otro distinto, que dos hombres habían conseguido huir y mi padre había sido acusado de tramar el plan. Oficialmente, mi padre no estaba ni vivo ni muerto. Estaba desaparecido.

Antes de permitirme salir, me hicieron leer un capítulo de un libro estadounidense. Puesto que Hitler había sustituido el francés por el inglés como lengua extranjera enseñada en las escuelas, yo era capaz de entender lo más básico, como «*I am, you are*» o «*The book is on the table*», pero poco más. Los demás estaban en la misma situación que yo. Nos dieron a todos el mismo libro, del que sacamos muy poco provecho, pese a la buena voluntad de los norteamericanos y al dinero que habían invertido en la edición. Recuerdo que se llamaba *Handbook for Military Government in Austria*.

A golpe de pico y hacha, los emblemas nazis fueron borrados de todos los edificios y monumentos de la ciudad. Despidieron a muchos funcionarios, desde agentes de policía hasta el alcalde. Se cambiaron los papeles, y ahora los miembros de la Gestapo eran los perseguidos. Hermann Goering, que hasta hacía poco hablaba por la radio, y otros como él, fueron detenidos y llevados ante un tribunal, lo mismo que Baldur von Schirach, gobernador de Viena y jefe de nuestras Juventudes Hitlerianas, declaradas ahora organización delictiva.

Pese al curso de los acontecimientos, los franceses colgaban carteles por todas partes en los que nos calificaban de «país amigo». Habían adoptado la política de disociar a Austria de Alemania, debilitando así toda perspectiva de que volvieran a unir sus fuerzas. Después de «liberarnos» de los alemanes, los ocupantes nos «protegían» de ellos. Charles de Gaulle definió la misión intelectual de su país como la política de las tres «des»: desintoxicación, desnazificación y desanexión.

A mí me mandaron al sector estadounidense, junto con otros como yo que también habían sido miembros de las Juventudes Hitlerianas. Después de una marcha, los soldados norteamericanos nos obligaron a situarnos en formación junto a la vía del tren. Pensé que iban a enviarnos a la cárcel y estuve a punto de sucumbir al pánico, porque bajo ninguna circunstancia podía abandonar a Elsa y a Pimmichen. Cada vez que me apartaba de la fila, un soldado norteamericano movía el fusil, dándome a entender que más me valía volver a donde estaba.

Llegó entonces un tren, arrastrándose penosamente sobre su vientre metálico y trayendo consigo un hedor suficiente para volvernos el nuestro del revés. Es posible que mi memoria haya distorsionado parte de lo que voy a contar, porque al cerrar ahora mis viejos ojos ya no puedo asegurar si lo que vuelvo a ver es exactamente lo que vi cuando se abrieron una tras otra las puertas de los vagones, o la esencia de lo que vi, o sólo una fracción de aquello que nunca he podido olvidar.

Del suelo hasta el techo de los vagones, cuerpos como esqueletos a los que sólo la piel y los ojos les hubieran sido añadidos se apilaban uno sobre otro. Fue un fogonazo del infierno, una

orgía de cadáveres. Miembros indiferentemente enredados con otros miembros, cabezas caídas en todas direcciones, genitales muertos desde hacía tiempo y, aquí y allá, un niño, fruto malogrado de algún éxtasis aturcido. Estaba en una pesadilla y la única salida era despertar.

Parpadeé y me encontré en el ambiente familiar de mi dormitorio, donde cada objeto concreto ocupaba el lugar de siempre. Lo malo era que no estaba durmiendo cuando me asaltó la pesadilla, por lo que al despertar me sumí en un estado de sueño en la vigilia, fabricando una ensoñación que ya nunca pude separar de la vida real.

Pimmichen me agarró del cinturón y me arrastró hasta la mesa de escritorio de mi madre, dándome a entender que estaba en posesión de algunas de las respuestas que necesitábamos con respecto a mi padre. Se sentó con ademán decidido y abrió el cajón donde guardábamos el colmillo de elefante que Pimbo había traído del Congo en épocas pretéritas. En realidad era sólo un fragmento, de la longitud de una buena cimitarra. Cuando empezó a frotarlo, supuse que lo hacía sólo por retrasar la mala noticia, y pensé que el aviso o lo que fuese que había ido a buscar se encontraría debajo. Cuanto más tardaba en hablar, más débiles sentía yo las rodillas y más me convencía de que las noticias iban a ser malas. Mi abuela atenuó la luz y, con un suspiro, depositó el colmillo sobre la mesa. Cerró los ojos para concentrarse y hacer frente a la amarga verdad (o eso imaginé), y de pronto, sin que viniera a cuento, formuló una pregunta a quién sabe quién, en voz alta y temblorosa:

—¿Sigue Wilhelm Betzler entre nosotros?

Mi estupefacción fue total:

—¡Pimmi! ¡Por el amor de Dios!

—¡Chiiis!

Hizo girar varias veces el colmillo antes de detenerlo y estudiar su posición, que según dijo era de «sonrisa» en su dirección, lo cual significaba que la respuesta era afirmativa.

Mi reacción visceral no la detuvo y prosiguió en la misma tónica:

—¿Se encuentra bien?

Observé cómo hacía girar el colmillo sin dejar de controlar con los dedos la posición de cada extremo. No se daba cuenta de que, con cada giro, el marfil empujaba un poco más la biblia de mi madre.

Me burlé de ella sin la menor contemplación:

—Sigue, dale una vuelta más, que ahora no te está sonriendo... ¡Santo Dios, qué payasada!

—Te estás comportando como un pagano. Cállate.

—¿Y a ti te parece muy cristiano consultar la excrecencia de la boca de un elefante muerto?

—Le estoy preguntando a Dios, Johannes. Y Dios me contestará. Esto no es más que un instrumento; podría haber sido un cayado, una serpiente... Tú límitate a ser testigo de las verdades que nos sean reveladas.

Se aclaró la garganta para empezar de nuevo...

—¿Volverá pronto a casa?

Ví que la biblia, en precario equilibrio, sobresalía del borde de la mesa. Antes de que pudiera yo hacer nada, cayó al suelo con gran estrépito, lo cual sobresaltó a Pimmichen, que se arañó la mano con la punta del colmillo. Sobre el marfil cayeron gotas de sangre, que siguieron su curso

formando un vistoso delta.

—El Señor nunca miente. Se ha derramado sangre —declaró con voz monótona y desconsolada.

—¡Sí, la tuya! —repliqué, poniendo los ojos en blanco, mientras iba a buscar algo para desinfectar la herida.

En el minuto que tardé en volver, lo había ensuciado todo con la mano sangrante, tratando de encender cirios delante del retrato de mi padre, uno que le habían hecho en el estudio de un fotógrafo, cuando tenía mi edad y llevaba patillas como las del emperador Francisco José. Había una neblina de luz artificial delante de su cara que suavizaba sus rasgos y los hacía menos marcados de lo que en realidad eran. Tenía la mirada fija en algún punto a media altura, probablemente en el pajarito de madera que los profesionales solían agitar en el extremo de una vara en los primeros tiempos de la fotografía. Mi abuela me suplicó que rezara con ella, hasta que la última llama «se consumiera en sus propias lágrimas». De ese modo, según me dijo, lo ayudaríamos a salir del purgatorio, donde ella sabía que estaba penando. Yo no estaba de acuerdo, pero no puse objeción. Después de todo, era libre de decir con el pensamiento las oraciones que quisiera. La última llama se consumió al alba, no sin antes luchar a brazo partido con sus mortíferas lágrimas.

Los cambios en las circunstancias me llevaron a imponer nuevas normas para Elsa. Le anuncié que ya podía usar todo el cuarto de invitados —la cama, la mesa de escritorio y los libros—, para estar más cómoda. Estableceríamos un código. Antes de subir, le silbaría. Si oía que me acompañaba alguien, tenía que volver a meterse a toda prisa en su antiguo escondite, sin hacer ruido. Lo ensayaríamos para ver si era capaz de hacerlo con suficiente rapidez desde cualquier punto de la habitación, que no era muy grande, sobre todo por la oblicuidad de las paredes. De hecho, se recorría en cuatro zancadas. Debía tener siempre la persiana cerrada y le prohibí que se asomara a la ventana. Cuando yo no estuviera con ella, le cerraría la puerta con llave. De ese modo dispondría de más tiempo en caso de... Le pregunté si lo entendía.

—No del todo.

—¿Qué?

—Es sólo que... No, nada.

—Anda, dilo.

—Sólo que, verás...

—Dilo, no te lo guardes.

Cruzó las piernas hacia un lado y después hacia el otro, incapaz de encontrar la posición justa al borde de la cama.

—Nunca me cuentas nada. ¿Por qué no ha vuelto tu padre, si realmente ha terminado la guerra?

Desprevenido ante semejante pregunta, empecé a caminar de un lado a otro de la habitación y, espontáneamente, sin saber por qué, ni habérmelo propuesto nunca, me oí decir a mí mismo, para mi disgusto:

—Ha muerto.

—¿Muerto? —repetió, cubriéndose con las manos la nariz, mientras las lágrimas le anegaban los ojos—. ¡Oh, Dios mío! ¿Por mi culpa? ¿Por lo de aquella noche?

—Una cosa condujo a la otra, y entonces... —tartamudeé hasta quedarme en silencio, llevado por mi mentira a sentir que era verdad lo que acababa de improvisar.



—Por mi culpa te has quedado sin familia.

—Todavía tengo a Pimmichen, ¿verdad? Y también... —arriesgué tímidamente—, también te tengo... a ti.

Bajó la cabeza, apesadumbrada. No supe si lloraba por mí o por sí misma, porque no intentó hacerme un gesto amable ni me dedicó una sola mirada, simplemente se quedó allí, con el mentón hundido entre las rodillas y abrazándose las piernas, en su pequeño mundo. Para mí, lo que estaba sucediendo era la verdad, es decir, estaba presenciando la forma en que ella habría reaccionado de haber sido cierto lo que le había contado.

—La guerra, Johannes —se dirigió a mí con el aliento entrecortado—, nunca me has dicho nada...

—¿Qué puedo decirte? La ganamos.

—¿Quiénes la ganasteis?

—Acabamos con los rusos, los ingleses y los yanquis. *Kaputt*. Ahora nuestro territorio se extiende desde la antigua Rusia hasta el norte de África.

Levantó la vista para mirarme a la cara con expresión desafiante:

—¿No me habías dicho que la participación norteamericana había sido mínima?

Mi propia patraña me sorprendió. Hice lo que pude para convertir mi nerviosismo en indignación:

—¡Y lo fue hasta el final! Después del ataque japonés a Pearl Harbor, les llevó mucho tiempo reunir una flota para entrar en combate. Mientras tanto, nosotros inventamos una bomba tan poderosa que con sólo dejarla caer desde el aire levanta olas capaces de hacer naufragar a todos los barcos, en un radio de cientos de kilómetros. No tuvieron la menor oportunidad.

—¡Oh... pero eso es terrible! ¡Entonces fueron ellos los primeros en conseguir el arma definitiva!

—Lamento que te parezca tan terrible. ¿Habrías preferido quizá que hubiésemos perdido? ¿No te habría importado que nos mataran a mi abuela y a mí? ¿Que arrasaran esta maldita casa? Mientras tu pequeña vida egoísta esté a salvo, todo lo demás te da igual, ¿no?

—Lo siento. No quise decir eso.

—¿Hay alguna otra cosa que quieras saber?

Se tomó su tiempo antes de preguntar con expresión sumisa:

—¿Y los judíos?

Más que por los judíos, estaba convencido de que preguntaba por Nathan. Los celos me hicieron hervir la sangre:

—Los han deportado a todos.

—¿Adónde?

—A Madagascar.

Eso era realmente lo que me habían dicho, años atrás, en un campamento de supervivencia; era el rumor que circulaba entonces.

Sacudió la cabeza:

—Por favor, Johannes.

—Es la verdad.

—¿A todos?

—Excepto a ti.

—¿Para que tomen tranquilamente el sol?

—Supongo. No sé lo que hace la gente en Madagascar.

—Los han mandado a Siberia, a helarse de frío. ¿Quién más iba a ir allí, aparte de unos condenados a trabajos forzados? Carbón, minerales, ¿es eso, verdad?

—Te he dicho Madagascar y no volveré a decírtelo. Si no crees lo que digo, no me preguntes.

Me pareció ingrata y egoísta; la odié con todas mis fuerzas, pero deseé que dijera algo que me ayudara a disipar la infelicidad que estaba sintiendo. Yo únicamente quería amarla, sólo esperaba un simple gesto por su parte. Pero en lugar de venir a mí en busca de consuelo, pasó por mi lado y fue a apoyarse sobre los libros de la estantería. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me marché.

Al cabo de cinco minutos, incapaz de contenerme, abrí violentamente la puerta y dije «¡Gracias, Johannes!», imitando su voz. Estaba acurrucada en el sillón de mi abuelo, pero no leyendo como yo sospechaba; de haberlo estado, le habría dicho cuatro cosas. Hizo un esfuerzo por sobreponerse a la mirada ausente, y replicar, más sinceramente de lo que me habría esperado:

—Gracias, Johannes.

Al principio tuve miedo de haberle dado demasiada libertad. ¿No se sentiría tentada de asomarse, sólo lo suficiente para echar un vistazo al vecindario, pero también lo suficiente para que un vecino la viera a ella? Me asaltaba la loca idea de que no fuera capaz de contenerse, tenía visiones de ella corriendo como una enajenada por la casa, gritando, riendo a carcajadas y agitando los brazos. Pimmichen pensaría que una demente andaba suelta. Creo que Elsa no sospechaba lo nervioso que estaba yo, ni que en pleno día tomaba los somníferos de mi abuela para tranquilizarme.

¡Cuánto me alarmé la primera vez que hallé vacía su habitación! Pensé que había saltado por la ventana. De todos los lugares posibles, finalmente la encontré en el último donde habría mirado (y donde miré): ¡detrás del tabique! Me lo hizo más de una vez, y cada vez estuvo a punto de matarme del susto. Decía estar más a gusto allí dentro, más segura, y afirmaba sentirse perdida en un espacio demasiado abierto. «¿Para qué voy a quedarme fuera, si todo el tiempo tengo que estar concentrada en volver a esconderme, a la menor señal de alarma?», decía.

Pasaron meses antes de que se atreviera a pasar el día fuera, aunque siguió prefiriendo encerrarse para dormir. Y mucho después de habituarse a dormir en la cama de matrimonio, la sorprendí algunas veces echando una siesta en el suelo, con un brazo en el escondite. Por mucho que lo odiara, aquel rincón debía de ser para ella como un viejo amigo.

Sería un error afirmar que le estaba haciendo daño a Elsa; a mi modo de ver, la estaba protegiendo. En primer lugar, pensaba que sus padres habían muerto, y también Nathan, pues de lo contrario alguien habría ido a buscarla. Sólo me tenía a mí. Las imágenes delo que podría haberle pasado de no haber estado encerrada me acompañaban siempre. Además, me parecía haber tomado una decisión razonable, equilibrada y justa. Ella ya no tenía a sus padres y, hasta que no se demostrara lo contrario, tampoco los tenía yo, pero ambos nos teníamos mutuamente. Sentía que la responsabilidad que habíamos asumido por su causa me concedía cierto derecho a seguir teniéndola a mi cuidado. Además, yo la amaba más de lo que nadie pudiera amarla, o sea, que así estaban las cosas.

Se me olvidó mencionar que había recibido una notificación, según la cual tenía que volver a la escuela, no sólo yo, sino todos los muchachos de mi edad y otros mayores que nosotros. Habían

decidido que no habíamos recibido una educación adecuada. Nos consideraban ignorantes, era bochornoso. Eso significaba que tendría que pasar fuera de casa buena parte de la semana, y a mí me repugnaba la sola idea de salir tanto como el contacto con extraños.

Recuerdo que le exageré a una asistente social la mala salud de mi abuela, con la esperanza de quedar exento. Le expliqué que mi presencia junto a su lecho de enferma era cuestión de vida o muerte. Ella sugirió ponerle una enfermera que la cuidara. Yo repliqué algo a propósito del carácter difícil de mi abuela y dije que nunca toleraría una extraña en su casa. La mujer, con toda razón, se declaró confusa. Apenas unos segundos antes le había descrito a mi abuela como una nonagenaria que ya casi no conocía a nadie. Entonces añadí que sólo se ponía difícil en los raros momentos en que recuperaba la lucidez.

—Eso no es ningún problema —repuso, riendo entre dientes—. Estamos acostumbrados. Dame una llave de la casa y enviaré a una persona que vaya a verla de vez en cuando.

—No es necesario molestar a nadie que no sea de la familia. ¡No está tan enferma! —repliqué, contradiciendo todo lo que acababa de decir.

Me explicó que tenía dos enfermeras disponibles. Empecé a balbucear una serie de excusas incoherentes, mientras andaba hacia atrás. Una amplia sonrisa se dibujó en su cara:

—El primer día será el peor. ¡Ya verás cómo haces amigos!

La escuela estaba a unos buenos cincuenta minutos andando de casa, cerca de la iglesia de Santa Egidia. Yo era capaz de orientarme por Viena con los ojos cerrados, pero no me fiaba demasiado del viejo callejero de Pimmichen, porque muchos edificios familiares ya no estaban en pie y las señales con los nombres de las calles habían desaparecido hacía tiempo. Estaba intentando averiguar dónde me encontraba, tratando de mantener abierta la página en medio del viento, con el brazo mutilado, cuando un grupo de emperifolladas mujeres francesas pasó por mi lado e interrumpió su cháchara el tiempo suficiente para mirarme de arriba abajo. En sus ojos leí «un derrotado», «un conquistado», «uno de los imbéciles que siguieron al otro imbécil». En la calle, yo era todo eso. No tenía paredes ni techo que me defendieran.

Pasé junto al palacio de Schönbrunn, donde se abrían en el suelo las cicatrices de cientos de cráteres. Era horrible, pero la naturaleza se encargó de poner su remedio, haciendo crecer la hierba sin ningún prejuicio, de modo que al cabo de tres semanas aquello adquirió el aspecto de un campo de golf. Un viejo de barba larga como la bufanda de un aviador estaba predicando, diciendo que de las mil cuatrocientas habitaciones ninguna había sufrido daño alguno, con la única excepción de un agujero en el tejado, que había destruido uno de los frescos del techo, titulado... *¡Glorificación de la guerra!* Era una señal divina, ¡el fin del mundo era inminente! Teníamos que abandonar de inmediato lo que estuviésemos haciendo, arrodillarnos y arrepentimos de nuestros pecados. La iglesia de San Esteban, consagrada hacía siglos al santo patrón de Viena, había sido alcanzada. ¡Otra señal! El viejo tenía a su alrededor varios oyentes británicos, pero ninguno de ellos parecía excesivamente dispuesto a caer de rodillas. Los británicos habían instalado su cuartel general en el palacio, tras quitárselo a los rusos, a quienes les hubiera gustado quedárselo para sí (en sentido figurado y literal). Me vi obligado a reconocer que los británicos estaban rehabilitando todo lo que había quedado bajo su jurisdicción, sin aspavientos, ni bandas de música, ni banderas, como hacían los rusos cada vez que colocaban un bloque de cemento o

arreglaban la baranda de un puente.

Pasé junto a los hospitales y los cuarteles que acogían a los refugiados. Los niños se habían adaptado mejor que sus padres, si es que aún los tenían, y parecían felices de vivir con tantos vecinos. Para jugar a la pelota, ataban dos cascos de soldado, y fabricaban juegos de té con casquillos de bala. El gimnasio de la escuela también se usaba para alojar familias. Algunos roncaban aún, dentro de sus sacos de dormir; otros tomaban el desayuno, y otros se vestían apresuradamente, turbados al ver que una fila de estudiantes se detenía cada pocos pasos, para apretar la nariz contra los cristales de las ventanas y espiar. Al final de la semana, ya se habían acostumbrado a los niños, y los niños a ellos.

Nos pusieron en una clase con niños pequeños que se nos quedaron mirando, sin salir de su asombro. Aquello era una afrenta para nosotros, y sospecho que lo hicieron justamente por eso. La maestra, una mujer con cara de pocos amigos, indicó a uno de aquellos adultos de metro noventa que saliera a la pizarra. El joven se dispuso a incorporarse, empujando hacia atrás la silla, pero pareció cambiar de idea. Su actitud dio pie a un discurso: éramos todos iguales y no se harían excepciones con nadie, así que póngase en pie y pase al frente. El problema no tardó en hacerse evidente. La mesa se sacudió en todas direcciones como un potro salvaje, mientras el muchacho intentaba sacar las piernas de debajo del banco, provocando un estallido de hilaridad entre los más pequeños.

Después, la maestra me señaló a mí. Por suerte, logré salir de mi puesto con el muñón del codo oculto en un bolsillo. Cogí la tiza que me dio la profesora y me concentré cuanto pude, pero dejé abierta una «o», cerré una «e» y, al querer ponerle el punto a una «i», se me deslizó la tiza por la pizarra, con un chirrido estridente. Podía sentir las miradas de todos, fijas en aquel batiburrillo ilegible, y me parecía oír lo que estaban pensando. Había hecho progresos sobre el papel, pero escribir sobre un soporte vertical era empezar otra vez desde cero. A la maestra ni siquiera se le ocurrió que yo pudiera ser zurdo. Me preguntó delante de todos si alguna vez me habían enseñado a leer y a escribir.

Fue un alivio distinguir nuestra casa desde el pie de la cuesta, pero cuando me acerqué un poco, vi que la puerta principal estaba abierta de par en par. No había nadie entrando ni saliendo. Agucé el oído, atento a cualquier señal de alarma. Tenía la impresión de que todo estaba en calma. ¿Quizá Pimmichen quería que entrara aire fresco?

—¿Pimmi? —llamé. No estaba en ninguno de los sitios habituales. Una de las alfombras tenía una esquina levantada, los cojines del sofá estaban desordenados y sobre la mesa había dos tazas, pero sin usar.

No había subido aún ni la mitad de la escalera, silbando una melodía para Elsa, cuando oí a mi abuela que me gritaba desde la biblioteca:

—¿Johannes, eres tú? ¡Estamos aquí!

Me detuve en seco, transido de esperanza y temor por quiénes pudieran ser *nosotros*. ¿Mi padre? ¿Elsa? ¿Los encontraría a todos charlando como buenos amigos? Pimmichen estaba con dos extraños, sentados en nuestras sillas de anticuario con las rodillas tan separadas como lo permitían los frágiles reposabrazos. Uno de ellos era tan fornido y estaba tan gordo que las patas torneadas parecían a punto de ceder bajo su peso. Su rostro resplandecía con un tono rosado que tanto podía deberse a la buena salud como a la emoción o el exceso de alcohol. El otro, por su edad, podría haber sido su hijo, pero no se parecían en nada, aunque ambos tenían el mismo pelo

de color rubio sucio, lo cual hizo que una luz se encendiera en mi mente. ¡Herr Kor y Nathan!

Al advertir lo mal que me estaba sintiendo, Pimmichen hizo que me sentara.

—Johannes, vamos a dar alojamiento a estos señores. Han luchado con los aliados para liberar nuestro país. Aquí tienes el documento oficial que han traído —dijo—. No tenemos otra opción —añadió con una tosecita.

Con dedos temblorosos, cogí el documento. Estaba en francés, pero vi que tenía los sellos oficiales y, arriba, los nombres de Krzysztof Powszechny y Janusz Kwasniewski. Mi incredulidad fue instintiva. Tenía la intuición de que era una maniobra de las autoridades pura acorralarme. Incliné el documento a la luz, en diferentes direcciones, desconfiando de la forma en que aquellos dos hombres se movían en sus sillas incómodas. Empecé a estudiar al más joven. Parecía más maduro y curtido que Nathan, pero sin las gafas, aunque era de esperar que hubiera cambiado con el correr de los años, sobre todo si había combatido al lado de los rusos. El de mayor edad me miraba fijamente.

—Encantado de conocerlo —dije, esbozando una reverencia, con la esperanza de causarle buena impresión a pesar de lo estafalario de las circunstancias. Él se estiró el lóbulo de una oreja.

—Son polacos, no nos entienden —me explicó Pimmichen—, y yo he olvidado lo que sabía de húngaro, aunque no estoy segura de que hubiera servido de algo.

Como si estuvieran leyendo las dudas en mi mente, empezaron a hablar en un idioma que podía ser hebreo o, por lo que a mí concernía, cualquier lengua muerta desde hacía siglos.

A la primera oportunidad, le advertí a Elsa que mi abuela tenía invitados y le indiqué que observara las más estrictas precauciones. Para mi gran contrariedad, cada vez que me veía cansado, Elsa volvía a sacar el tema de Madagascar. Por ejemplo, ¿dónde había encontrado la información que le había dado? ¿Tenía algún artículo que pudiera leer? ¿Le sería posible escuchar la radio para tener algún vínculo con el mundo exterior? No tuve más remedio que decirle que sí, Elsa, ningún problema, Elsa, claro que sí, no seas tonta, Elsa. No podía arriesgarme a despertar más sospechas. Lo que básicamente me estaba pidiendo eran pruebas. Durante los últimos cuatro o cinco años no había pedido nada y ahora, de pronto, necesitaba pruebas.

Después tuve una discusión con Pimmichen acerca de la necesidad de proteger nuestra intimidad desde el comienzo. El ambiente se volvió tenso, hasta que puse la mesa para cuatro. Cuando ella les hizo señas para que vinieran, ellos declinaron la invitación con un ademán. Ante la firmeza de su rechazo, insistí con un gesto, más que nada como táctica para hacer las paces con Pimmichen, sin demasiado riesgo. Nuestros huéspedes habían acampado en el vestíbulo, sin usar ninguno de nuestros muebles. Al contrario, cada uno tenía su saco de dormir, un taburete de tres patas y una jofaina que, puesta boca abajo, les servía de mesita. Pan, manzanas y queso duro fueron la base de su cena, y usaron las navajas a modo de cuchillo y tenedor. Lamentablemente, no tenían mantequilla —pensé—, pues de lo contrario habría observado si la cortaban de un extremo de la barra o la rascaban de la cara superior.

Hubiese querido mandar a Pimmichen temprano a la cama, porque necesitaba reflexionar, pero ella estaba con ánimo de charla.

—¿Te has dado cuenta? No nos dicen ni una palabra. No hablan ni siquiera entre sí. Prácticamente no abren la boca.

—Todo el mundo habla poco en comparación contigo, Pimmi.

—También se esfuerzan por no usar nada de lo nuestro. ¿Era pedirles demasiado que se sentaran a la mesa con nosotros? Nos consideran sus enemigos. Yo juzgo a las personas por sus actos, no por sus palabras.

—¿No decías que no hablaban?

—¿No te parecen sospechosos? Tal vez no son quienes dicen ser.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, Johannes, tal vez son... —Inspiró profundamente y a continuación susurró—: Espías.

—¿Qué crees que podrían espiar aquí? ¿El verdadero color de las uñas de tus pies?

—Quién sabe lo que hizo tu padre. Hay algo en esta casa que les interesa. Lo siento en los huesos. Mis huesos nunca se equivocan, sobre todo este viejo metacarpo de mis pecados —dijo, mientras levantaba un índice artrítico como señalando el aire.

Las palabras de Pimmichen y la hora tardía terminaron de convencerme. Pensé que era correcta mi primera impresión de que *Herr Kor* y Nathan habían venido a clavarme un puñal en el corazón mientras dormía y llevarse a Elsa. Como precaución, planté campamento delante de la puerta de Elsa. En el segundo piso había una balaustrada, desde la cual se dominaba el pasillo de abajo. La cubrí con mantas para disimular mi posición y dejé encendida la luz del pasillo, para ver a mis asesinos cuando subieran el primer tramo de la escalera. Me puse mi viejo casco y estuve montando guardia con el fusil de caza de mi padre. Cada vez que oía un crujido, me asomaba entre los barrotes, apuntando al piso de abajo.

Debí de quedarme dormido en algún momento, pero eso no importó, porque a las cinco, cuando me levanté, ya se habían marchado. Sus sacos de dormir estaban enrollados, metidos en las jofainas y coronados por los respectivos taburetes, de cuyas patas colgaban como orejas de conejo un par de calcetines mojados y unos calzoncillos raídos. Sobre la mesa habían dejado una bolsa de nueces para nosotros. El ambiente de espías y asesinos se había disipado. Lo que sólo unas horas antes me había parecido genuinamente verdadero se me presentó como la estupidez que era, bajo la pálida y apacible luz del alba.

Recorrí la devastada ciudad en busca de algo, de cualquier cosa para convencer a Elsa de lo que le había contado. Cada titular contenía palabras que martillaban la derrota en mi corazón, y los artículos que encabezaban eran igual de incriminatorios. Las tiendas me desalentaron, rebosantes de artículos que testimoniaban la ocupación de Austria. Anaqueles enteros de pacientes pierrots se cernían sobre ratones Mickey menos resignados, junto a mondadientes adornados con la bandera británica y carteles que calificaban a Josef Stalin de «papá del pueblo». Los objetos de uso cotidiano —tazas, ceniceros, llaveros— repetían hasta la saciedad los motivos en rojo, azul y blanco de las banderas francesa, británica y estadounidense; sólo el estandarte soviético, rojo con un detalle amarillo, introducía cierta variación. En cualquier caso, no había nada, grande ni pequeño, que conservara el menor rastro del Reich. Por lo demás, cualquier persona sorprendida en posesión de algo así se arriesgaba a una condena de diez años de cárcel o incluso a la pena de muerte. Era una búsqueda sin esperanzas, por lo que volví a casa arrastrando los pies y con las manos vacías. Lo único que pude llevar de vuelta fue mi mentira.

En el vestíbulo encontré al polaco de más edad lustrándose las botas y al más joven leyendo el periódico donde éstas estaban apoyadas, ambos tratando de quitar al otro de en medio. Agucé la vista para discernir qué era aquello que parecía tan interesante, pero los caracteres eran tan enrevesados como los de la escritura rusa.

—¿Dónde has estado? —gritó Pimmichen—. ¡Es tarde! ¡Ha ocurrido un drama!

No tuve tiempo de intercalar una sola palabra antes de que me lo contara.

—Dejé la puerta principal cerrada sin llave, porque nuestros huéspedes se habían marchado sin que les diésemos una copia. Cualquier ladrón podría haber entrado tranquilamente, y ya sabes que yo, cuando echo un sueñecito, no oiría ni a un ejército de cosacos. Entonces recordé que había una copia en la casa, pero no la encontré por ningún sitio. —Dicho sea de paso, era normal que no la encontrara, porque me la había guardado yo para que no la cogiera ella—. Subí a mirar —prosiguió—, aunque Dios sabe que detesto esa escalera. El estudio de tu padre estaba abierto, pero el cuarto de invitados, no. Pensé que sería mi muñeca, pero no, estaba cerrado con llave. Cuando iba bajando con mucho cuidado, peldaño a peldaño, bien agarrada al pasamanos, oí un golpe. Me sobresalté y perdí el equilibrio.

Yo escuchaba, inmóvil:

—¿Y entonces...?

—¿Entonces, qué?

—¿Qué pasó?

—Ya te lo he dicho, perdí el equilibrio.

—¿Te hiciste daño?

—¿Tendrías que haberme visto! ¡Pías! ¡Me caí sentada sobre mi parte más mullida!

—¿Cuál es el drama, entonces?

—¿Podría haberme roto el cuello! ¡Podría haberme matado!

Mi suspiro de impaciencia fue en realidad de alivio.

—¿Ya verás mañana los cardenales que tendré en el trasero!

—Espero no verlos.

—Pero ¿por qué está cerrada la puerta de arriba? ¿Quién está ahí dentro?

—Verás, Pimmi, suelo dejar la ventana abierta de par en par, para que circule el aire fresco. Como la puerta no cierra bien, echo el cerrojo para evitar que la corriente la abra y la cierre constantemente.

—¿Ah, eso es! Debe de haber anidado una paloma. ¿O se habrá metido una comadreja o un hurón? ¡No, no, una marta! ¡Tiene que ser una marta! Dicen que se meten, mordisquean los cables eléctricos y pueden arruinar casas enteras.

—Ahora subo a mirar, dame un minuto. Ayer mismo estuve arriba y no vi la reserva de fauna.

—Tranquilo. Yo ya no pienso subir, hoy ya he tenido suficiente.

—Sabia decisión.

—¿Y que lo digas! ¡Esos peldaños son la ruta más directa al cielo! Ojalá tus padres no hubieran reformado ese desván. No necesitábamos más habitaciones. ¡Ni siquiera usamos las que ya teníamos!

Elsa me estaba esperando. Tenía los ojos grandes y redondos con autoproclamada inocencia cuando aparté el tabique, lo cual significaba que no llevaba mucho tiempo allí dentro, pues de lo contrario la luz la habría deslumbrado. En un frenético susurro, me contó:

—¿Alguien intentó abrir la puerta hace un rato! ¡Creo que fue tu abuela!

—Y crees bien.

—Me parece que me ha oído.

—Así es. Y Dios sabe que está medio sorda.

—Cuando me levanté, la silla se volcó. Juraría que oí un ruido, como si alguien cayera por la escalera.

—¿Qué perspicaz!

—Yo no podía hacer nada. Fue horrible, la oí llamándote. No hacía más que repetir: «Dame la mano, mi pequeño Johannes, para que tu agotada y destrozada Pimmi se levante; dame la mano...».

Saqué de la mochila una lata de aceitunas, pescado seco y media hogaza de pan.

—¿Sabe ella que estoy aquí? —preguntó.

—Siempre *tú*. ¿Qué hay de *ella*?

Elsa se ruborizó hasta ponerse escarlata, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento. Estoy aturdida.

—Tú y yo tenemos mucho en común. La persona que a mí me importa más eres tú, y la persona que te importa más a ti eres tú también.

Estamos hechos el uno para el otro. Ha sido el destino, la voluntad de Dios, ¿no crees?

Me daba cuenta de que Elsa estaba avergonzada, y yo disfrutaba echándoselo en cara.

—¿O sea que te interesa saber cómo está *ella*? —insistí—. Se pondrá bien, Elsa, no te inquietes. Ya tienes suficientes preocupaciones y además tienes que cuidar de ti misma; así que,



por favor, no te detengas ni un segundo a pensar en los demás, sólo tú, tú y nadie más que tú.

La vi retorcerse las manos, arrepentida de su conducta, pero también advertí el vistazo de una fracción de segundo que echó a mi mochila. Sabía lo que estaría preguntándose, pero ella se daba cuenta de que no era el momento de sacar el tema.

—Elsa, mientras estén en casa esos invitados de mi abuela, será mejor que vuelvas detrás del tabique. Si crees que serás capaz de guardar silencio, puedo dejar que salgas cuando yo esté en casa.

Me hubiese gustado hacerle compañía y charlar de cosas intrascendentes, como hacíamos antes, pero tenía que marcharme antes de que empezara a preguntarme por lo que yo sabía que le estaba royendo las entrañas. Recogí la jofaina, el orinal y los platos que había que lavar, contento de haber ganado otro día más.

La noche siguiente no tuve tanta suerte. Sacó el tema en cuanto abrí la cremallera de la mochila, antes incluso de que metiera la mano dentro.

—Eh, Johannes, ¿te has acordado de traerme un periódico?

—¡Eso era lo que quería hacer! —exclamé, golpeándome la frente—. ¡Sabía que se me olvidaba algo!

Percibí el escepticismo en su cara.

—Y es fin de semana, ¡estúpido de mí! —continué—. No puedo hacerte esperar hasta el lunes. ¿Qué te parece si salgo ahora, a ver si encuentro alguno? Este distrito está bastante muerto, pero en el de al lado tiene que haber algún quiosco. Seguro que ha dejado de llover.

Recordando el día anterior, tuvo cierta consideración hacia mí. Cuanto más insistía yo, más tranquila parecía ella, y a la inversa.

—¿Estás segura? De verdad que no me importa ir. Creo que mi abuela estará bien si me doy prisa. No la haré esperar mucho.

Su mirada se suavizó y se restableció nuestra confianza. Me encontraba en una situación muy poco envidiable. Con mi farol había ganado dos días más, era cierto, pero el límite se había vuelto acuciantemente real. Sólo había conseguido posponer mi dilema. No veía ninguna salida, como no fuera un milagro. Si por un lado tenía todo el fin de semana para pensar, también lo tenía para atormentarme en un laberinto del que no podía salir, a menos que rompiera una pared.

El sábado fue lluvioso y triste. Los polacos se marcharon hacia las cuatro de la madrugada, dejando los sacos de dormir enrollados, con el cuello de una botella sobresaliendo de uno de ellos. Sobre cada uno de los taburetes a cuyo alrededor pasé la fregona había un abanico abierto de naipes, con dibujos de encaje de color rosa en el reverso.

—Aquí lo único que necesita un repaso es tu cara. Vete a dar una vuelta. Los hombres jóvenes no están hechos para quedarse en casa quitando el polvo a los relojes de los abuelos —me regañó Pimmichen.

—Hace mal tiempo, por si no lo habías notado.

—Eso no habría detenido a don Juan, ni un millar de gotas de lluvia, ni un millar de lágrimas de mujer.

Se inclinó para arrebatarme el plumero, entre temblorosos gemidos que me recordaron los balidos de las cabras.

—No lo hago por ti. Tengo que moverme para que mis músculos entren en calor.

Fuera adonde fuese, ella me seguía de cerca, con el plumero agitándose en el aire, como si del

primer vuelo de un pájaro se tratara. A veces me movía demasiado a prisa para ella y entonces la sorprendía avanzando rápidamente a saltitos, pasando el plumero por el aire sin tocar los muebles. No dejaba de mirarme de una manera extraña por el rabillo del ojo, tarareando entre dientes una melodía que yo no acababa de reconocer. Para mí, con lo poco que yo sabía de música, podían ser las *Danzas polovetsianas*, las *Danzas húngaras*, o incluso el aria de Papageno.

—Se te ha olvidado decirme su nombre —dijo como de pasada, untes de seguir con su melodía.

—¿De quién?

—De tu novia.

—No es mi novia todavía.

—¿Entonces no era ella, después de todo, la que te estaba esperando en el piso de arriba?

—¿Cómo puedes pensar algo semejante de mí? ¡Traer a una chica a casa, a tus espaldas! Además, ¡ella no es una cualquiera, abuela!

Por la atónita expresión de su cara, me di cuenta de que me había estado tomando el pelo, pero mi reacción la había sorprendido.

—¡Dios santo! La última vez que te vi tan indignado eras un mocoso de tres años que no quería bañarse.

—Si vuelves a verla, lo entenderás.

—¿Entonces, la conozco?

—Has oído hablar de ella.

—Eso quiere decir que es de buena familia.

—¿A qué te refieres con «buena»? ¿Decente o conocida?

—¿Tiene nombre?

—Todavía no.

—¿Iniciales?

—Que no, Pimmi, que no.

—¿Qué mal puede haber en que me lo digas?

—No sé.

—Anda, no seas supersticioso. ¿La primera letra de su nombre de pila? Sólo la primera.

Después de alguna vacilación, cedí:

—La «E».

Atravesó la habitación, abrió la cerradura de su buró y echó atrás la cubierta cilíndrica. Un extremo de la manga se le quedó enganchado en la marquetería, de la que arrancó un trocito al tratar de soltarse. Hizo una mueca de disgusto, depositó el trozo roto en el cajón superior, con el propósito de encolarlo en algún momento indeterminado del futuro, y extrajo un librito.

—Veamos. ¿20 de mayo, Elfriede?

—No —contesté, a la vez divertido e irritado.

—23 de julio, Edeltraud. Bonito nombre, ¿verdad? Edeltraud. Significa «preciosa fe».

Se me arrebolaron hasta las orejas cuando caí en la cuenta de que estaba leyendo el santoral católico, que a buen seguro los señores Kor no habían consultado para bautizar a su hija, quien probablemente ni siquiera estaría bautizada, no, claro que no, ¡cómo iba a estarlo!

—Pimmichen, por favor, déjalo ya.

—Me estoy acercando. Ven y ayúdame a leer esto; la letra es pequeña y tengo mal la vista. ¿Cuál es, santa Emilia o santa Edith?

—Ninguna de las dos.

—No puede haber un centenar de nombres con «E». Elizabeth...

Le quité el calendario de las manos, lo devolví a su sitio, cerré el buró y tiré la llave a la parte más alta, donde no iba a poder alcanzarla.

Tenía un brillo maligno en los ojos. A partir de entonces, «Edeltraud» fue su manera de referirse a Elsa.

Recuerdo los detalles de aquel fin de semana como si fuese ayer. Tenía la sensación de que todo era presente y pasado a la vez, algo que apreciaba más que de costumbre y que al mismo tiempo ya echaba de menos. Para mí, el final ya había comenzado. Si hubiese podido parar el tiempo, lo habría hecho, pero el tiempo es el peor de los ladrones y al final nos lo roba todo, verdad o mentira. Aquella tarde esperé horas a que Pimmichen se fuese a dormir la siesta, pero nada le daba sueño. Al final le dije que me iba a mi cuarto a echar un sueñecito. Se quedó al pie de la escalera, mirando cómo subía. Estaba perdiendo la paciencia con ella, y me volví dos veces para que lo notara. La segunda vez, ya no estaba.

Las gotas de lluvia que golpeteaban el tejado me daban una sensación de acogedora intimidad con Elsa. La escuché hablándome de los animales de la tierra, de cómo sería, por ejemplo, vivir en el cuerpo de una hormiga, saludándonos unos a otros con unas varas flexibles en la cabeza. O si los humanos hubiésemos sido creados con forma de tortuga, ¿cómo afectaría eso a nuestras vidas? Lo comparó con ir andando por ahí con la casa cargada a la espalda; sería incómodo, pero supondría grandes ventajas. No tendríamos que construir viviendas, no habría en el mundo gente sin techo, podríamos cambiar diariamente las vistas de nuestras ventanas y estaríamos siempre en nuestra casa, independientemente del lugar del mundo donde nos encontrásemos, lo cual evitaría el derramamiento de sangre a causa de las fronteras. Sentí que me invadía cierta calidez cuando la oí decir «nuestra casa» y «nuestras ventanas», como si ella y yo, juntos, tuviéramos las cuatro patas necesarias para convertirnos en un mismo ser, aunque sólo fuera una tortuga.

Me preguntó si sabía dónde estaba localizada la mente, si en el corazón o en el cerebro. Le respondí que en el cerebro, esperando no equivocarme. Entrecerró los ojos para pensar y declaró que la suya estaba fuera de su cuerpo. En ese preciso instante, mientras me hablaba, su mente estaba viendo una casa de tres plantas, abierta por delante como una casa de muñecas, y nosotros no éramos más que dos efímeros individuos diminutos, en la habitación triangular de la esquina superior derecha.

Le supliqué que no lo hiciera, pues en cierto modo dejaba de vivir en el momento en que su mente abandonaba su cuerpo, y le advertí que algún día podía decidir no regresar. Me molestaba que su mente anduviera correteando por ahí, en lugar de quedarse quieta conmigo. Se me había dormido la pierna, porque Elsa la estaba usando de almohada, pero yo no la movía para que ella no cambiara de posición. De pronto, levantó la cabeza como para verme mejor, pero su mirada era borrosa, desenfocada y, combinada con sus otros rasgos inertes, le confería cierto aire de lo que solemos imaginar como el sueño de la hipnosis. Me pregunté si me estaría viendo a mí. Tal vez yo no era para ella más que una mancha blanquecina, un blando trozo de arcilla a partir del cual podía modelar el rostro que eligiera. Con una mano infantil, atrajo hacia sí mi cabeza y lentamente, vacuamente, me besó.

Después, hubo aquella quietud en el aire, pero no porque ninguno de los dos se moviera o hablara, sino porque aquella bendita quietud existía por sí misma y había que respetarla. Elsa tenía los ojos fijos en la pared, con la misma mirada de antes. Yo le acariciaba el pelo, con la esperanza de que por esa vez sus pensamientos estuvieran más cerca de mí.

Cuando volvía a mi habitación, me crucé con el mayor de los polacos. Estaba lavando los calcetines en el lavabo, y sus pies peludos eran todo un espectáculo. Como cabe imaginar, yo resplandecía de dicha, hasta tales extremos que había olvidado el contenido del orinal que llevaba en la mano. La nariz arrugada, la mueca de disgusto y la seca interjección eslava me devolvieron a la realidad. A mí mismo me sorprendió la naturalidad con que señalé el dormitorio de mi abuela y me encogí de hombros, como diciendo: «Es parte de la vida». El polaco me dio unas palmaditas en el hombro antes de alejarse en silencio.

Limpié la estufa de cerámica y encendí el primer fuego de la temporada, diciéndome que si Elsa me amara, si solamente me amara, toda la casa sería suya, le daría todo lo que tenía. Pimmichen advirtió mi cambio de humor desde que bajé. Me preguntó si ya habíamos recibido el correo (en aquella época había reparto los sábados).

—No lo sé, no he tenido tiempo de mirar.

Frunció el entrecejo y se llevó tres dedos al mentón, como solía hacer. Los polacos estaban discutiendo sobre algo que supuse filosofía o astrofísica, por la complejidad de los sonidos. Inesperadamente, el mayor abrió la boca para enseñar una muela. Yo estallé en carcajadas, imité sus palabras de grandioso sonido y me señalé el fondo de la boca. Ellos también rieron estruendosamente, excepto Pimmichen, que no le encontró la gracia.

No sé cómo empezamos, pero antes de que pudiera darme cuenta estábamos los tres sentados alrededor del escabel de Pimmichen, mezclando la baraja como crupieres hasta que las cartas se caían o salían volando (sobre todo para acabar bajo nuestras mangas), infiltrando treses en juegos de ochos, robando de dos en dos los naipes del mazo y borrando puntos al que fuera a la cabeza. Pimmichen no se enteraba de nada, ni tampoco entendía las risas de Janusz (el mayor de los polacos, Krzysztof era el menor), que se repetían cada vez que la miraba, recordando lo que yo había tenido que limpiar ese mismo día, un poco antes. Me dio pena Pimmichen, tan pudorosa como era, ignorante de la broma, perdida en su gran sillón, pero no pude evitar reírme yo también. El beso de Elsa contribuyó a mi embriaguez tanto como los sorbos del vodka de los polacos.

Por la mañana tenía jaqueca, pero me obligué a levantarme temprano. Los ojos de Elsa ya no parecían ausentes, sino al contrario, febriles y llenos de vida. Aceptó la bandeja sin prestar atención a la hiedra fresca del jardín con que la había decorado, mientras estiraba con sus arqueados piecitos el borde del camisón de mi madre, ciñéndolo más estrechamente a las curvas de su cuerpo. Al no darse cuenta del volumen añadido que le conferían sus pechos, hundía en el té los flecos del chal de mi madre cada vez que se inclinaba hacia adelante.

—Johannes, he estado pensando. ¿No sería posible que me fuera yo también a Madagascar?

Sólo pude dar las gracias a Dios por no haberle dicho la verdad el día anterior, porque había estado tentado de hacerlo después del beso. La despreocupación con que masticaba la tostada me estaba atacando los nervios, y fue aún peor cuando empezó a lamer la cucharilla del té. Me tomé mi tiempo y, en el tono más neutro posible, repliqué:

—Pondrías en peligro la vida de mi abuela y la mía. Eso parece ser tu especialidad.

Se recompuso, concentrada en enrollar un rizo alrededor de un dedo.

—¿No podrías simplemente dejarme en la calle por la noche? Dime lo que hay que hacer para coger el tren que va al puerto. Puedo disfrazarme, lo he estado pensando. Si me descubren, no diré nada de vosotros, lo juro por Dios.

Levanté un fleco mojado del chal para que lo viera. Ella lo sacudió un poco, dispersando en todas direcciones las migas que se le habían pegado a los dedos, hasta que advirtió mi mirada desaprobadora; entonces recogió una miga del suelo y la aplastó entre los incisivos.

—Todos están a la caza de judíos. Te dispararían nada más verte. Cuanto más tiempo dejes pasar, más probabilidades tendrás de salvarte. ¿Por qué no esperas un año más?

Su expresión abatida fue un insulto para mí. Me exasperaba su impaciencia. ¡La atraparían, la ejecutarían! ¡Yo la estaba protegiendo! ¡Prácticamente me había quedado sin familia! ¡Y todo por ella! ¡La estaba manteniendo con vida! ¡La ayudaba en todo lo que podía! ¡Después de todo lo que habíamos hecho y perdido por su causa! ¡Por ella, yo era un traidor a mi patria! ¡Y lo único que sabía hacer para darme las gracias era morder la mano que le daba de comer!

Yo estaba tan atrapado en mi mentira como ella.

El domingo, durante toda la noche, estuve dando vueltas febrilmente en la cama, incapaz de admitir la derrota. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Era improbable, loca, pero no más que la guerra, ni siquiera un poco más. De hecho, era una continuación de la lógica pasada, una rama que se extendía en ramificaciones menores y ramitas, en lugar de que la podaran. Mi plan requería cierta preparación, por lo que falté a clase el lunes, el martes y al final lo convertí en un hábito.

Le advertí a Elsa que la verdad era un concepto peligroso que nadie necesitaba para vivir. La verdad era veneno para la existencia. Había que rehuirla a toda costa, porque incluso cuando la gente cree que la tiene, sólo tiene, como máximo, una fracción. La misma flor vista por dos personas no se vería igual si las dos tuvieran que reproducirla en su mente; ya no sería una flor, sino dos. Le dije que no tenía por qué cortar la flor real, sino la que más agradara a sus sentidos. Si sus sentidos hallaban un mundo menos doloroso que el real, haría mal en no vivir en ese mundo.

Le entregué la caja de recortes. Sin los artículos que condenaban a los nazis, las elevadas cifras de los pies de ilustración sonaban a hazañas. Ella los iba mirando uno a uno, me miraba a mí, volvía a los artículos y volvía a mirarme. Le dije que si le había mentido acerca de Madagascar, si por tanto tiempo había aplazado ese momento y la había mantenido aislada del mundo exterior, era únicamente para protegerla de la verdad. Como ella misma podía comprobar, el exterminio había sido organizado cuidadosamente. Le hablé del vasto y verde mundo soñado por Hitler, del otro lado de nuestros muros, pero reconocí que era más feliz con ella, porque a su lado vivía encerrado en mi propio sueño, en lugar de moverme libremente por el sueño del Führer.

En cierto modo, mi mentira no carecía de fundamento. Lo que le dije tenía una existencia propia, y no hice más que prestar voz a una verdad alternativa. Perdimos la guerra, pero podríamos haberla ganado, era una posibilidad igual que otra. Tamizando los hechos, sólo habrían quedado unos cuantos verbos conjugados en modo condicional. Yo sólo estaba dando vida a lo que existía en el absoluto abstracto, las ramas invisibles en los espacios huecos entre lo real, las ciento una ramificaciones que podrían haber sido pero no fueron. Además, era cierto que los padres de Elsa y su prometido muy probablemente habrían perecido. No me inventé lo que ilustraban las fotografías.

Durante cuatro días, Elsa no dio señales de pesar. Se hubiese dicho que nada de lo que le había mostrado había alterado sus intereses personales. Me sentí aliviado, lo peor ya había pasado, aunque noté que me producía cierto encono su frialdad, quizá porque era igual de fría conmigo. Después, sin razón alguna, dejó de comer. Antes había ayunado de vez en cuando, por lo que no le presté mayor atención. Pero pasaron los días, una semana, y más días. Intenté hacerla

entrar en razones, pero no me quedó más remedio que meterle la comida en la boca. Pese al estado en que se encontraba, era avispada, manipuladora. Me abrazaba, o mejor dicho, se aferraba a mí como una niña, siendo como era una mujer hecha y derecha, y en cuanto yo me ablandaba y le daba una palmadita en la espalda, escupía lo que había conseguido hacerle comer. Aquellas noches, el hambre debió de hacerla sufrir más que nunca, porque por las mañanas me la encontraba con marcas oscuras en los brazos.

Era más de lo que yo podía soportar. Enfermo de preocupación, decidí decirle la verdad. Pero la misma verdad me detuvo. ¿Cuál era aquella gran verdad? Repasé los hechos desde todos los ángulos posibles. No podía devolverle a sus seres queridos, y era por ellos por quienes estaba sufriendo. Lo único que podía darle era su libertad, pero ¿libertad para qué? ¿Para vagar por su viejo y maltrecho vecindario, señalando los lugares donde había vivido y oyendo lo sucedido a las personas que conoció, con todos sus morbosos detalles? ¿Qué techo tendría sobre su cabeza? Me había contado que el desván de la casa de su familia tenía goteras, ¡y eso era antes de la guerra! ¿Con qué dinero iba a comer? ¿Qué iba a hacer para vivir?

Y sí, para ser completamente sincero, también pensaba en mí. ¿Qué iba a ser de mi vida? ¿Se daría cuenta de que nada me había obligado a contarle lo que por fin había admitido? ¿Agradecería mi honestidad, o por el contrario me miraría como a un monstruo desde el principio hasta el fin? Desde luego que lo haría. Yo sacrificaría por ella mi felicidad, y ella me lo agradecería cerrándome la puerta en las narices. Ella, que al venir a mi casa la había dejado vacía. ¿Y qué otra iba a quererme con mi aspecto? No, ni una sola vez quise sustituir a Elsa, pero ésa también fue una excusa en aquel momento. Y la más difícil de admitir: yo respetaba a la persona que Elsa pensaba que yo era, y tampoco quería perderlo a él.

Después de sacar el dinero que quedaba en la caja fuerte de mi padre, entré en la primera joyería que encontré en Graben. Había dos vendedoras coqueteando con un oficial francés, las dos apoyadas en un expositor. Vieron que yo estaba esperando, e incluso el oficial hizo un gesto en mi dirección, pero la primera chica no movió un músculo y la segunda se colgó del cuello del francés y levantó las piernas, lo cual le valió una palmada en el trasero. Estaban rivalizando por ver cuál de las dos pesaba menos. Su adversaria reclamó su turno. Finalmente, una de ellas me miró por encima del hombro, como si yo fuese un fastidio, y preguntó:

—¿Sí? ¿Qué desea?

Debería haberme marchado, pero fui lo bastante ingenuo para creer que, si era franco con ella, me atendería mejor. Le expliqué que estaba buscando un regalo para una chica muy especial, pero no sabía lo que podía gustarle más a una mujer, si un collar o un brazalete. Reconocí que un anillo podía intimidarla, a menos que eligiera una gema que pudiera considerarse un símbolo de amistad, como la amatista, ¿no eran amarillas las amatistas, o las estaba confundiendo con el ámbar? Su sonrisa desdeñosa me hizo añadir, tartamudeando, que las rosas amarillas eran menos significativas que las rojas, por lo que debía de pasar algo parecido con las joyas...

Con un altanero encogimiento de hombros, me sugirió que averiguara un poco mejor lo que le agradaba o le desagradaba a la dama en cuestión y, de paso, a las mujeres en general. Ella y su amiga intercambiaron sonrisitas, antes de proseguir donde lo habían dejado, en un empate, lo cual significaba que tenían que quitarse los zapatos para quedarse en su peso real. Para el momento en que yo había encontrado un insulto adecuado, otro oficial entró a buscar a su amigo y le recordó la ley que prohibía «confraternizar» con los lugareños. El primero le replicó que las leyes no decían

nada de las lugareñas.

Recorrí el largo paseo de Mariahilfer Straße y Linke Wienzelle, refunfuñando cada vez que veía chicas austríacas haciendo carantoñas a los franceses, probablemente para no tener problemas si salían a la luz sus hazañas de la guerra. «Superficiales perras rubias», pensé. La mayoría ni siquiera eran rubias auténticas, sino de pelo color ratón, artificialmente descolorido. Pasaban tan cerca que podría haberles dado una bofetada. ¡En brazos de los enemigos que derrotaron a sus maridos, a sus padres, a sus hermanos! ¡Rameras! Mi corazón clamaba por mi Elsa.

Al pasar por encima de un mendigo, vi gramófonos de segunda mano en la acera, a mitad de precio. Elegí uno, junto con una grabación de una cantante francesa de moda, Edith Piaf. Cuando hube pagado al vendedor, el mendigo reclamó su parte, y ese día se llevó una tonelada de calderilla. El regalo fue un fiasco. Viendo la mueca en la cara hinchada de Elsa, deseé que hubiera sido ella quien estuviese desfigurada, y no yo, pues de ese modo todo habría sido más fácil. Se tapó los oídos, hasta que me oí desatándome en expresiones de consuelo que nunca había planeado: que tenía mucho por lo que vivir, que debía sobreponerse y dejar de actuar como una cría, que seguramente habría cientos de personas en su misma situación, allí mismo en la ciudad, y que tenía un plan sobre el que había pensado mucho.

La imprevista mirada expectante de Elsa me puso en evidencia. No tenía ningún plan, ni el más remoto asomo de un plan, pero no dejé que un solo segundo de silencio se interpusiera entre nosotros, y me zambullí de cabeza en la primera divagación estúpida que se me ocurrió: le dije que ella tenía tantas emociones reprimidas que seguramente era capaz de pintar grandes obras de arte, con temas y símbolos que yo podría exponer para establecer contacto con otras personas en nuestras mismas circunstancias.

—Al principio pensé en ofrecerme para cuidar ancianos, con la idea de registrar sus casas una a una. ¿Sabes cuánto tiempo llevaría? —me oí parlotear, con creciente sensación de vergüenza—. Piensa lo que te he dicho; de ese modo, podríamos llegar a mucha gente a la vez. Y sin riesgos para mí, porque no sería como si alguien descubriera algo escrito. Cualquier intención comprometedor podría atribuirse a la fantasía artística.

—¿Y quién dice que tengo talento? ¿Crees que las emociones son suficientes para crear grandes obras de arte? ¿Acaso imaginas que un pintor de tercera fila, que vende por las calles sus escenas del Danubio y sus niños bodegones, no puede tener los mismos sentimientos que el artista más grande del siglo? ¿Cómo sabes que no volcó todas sus emociones en esa naturaleza muerta?

—Si lo hizo o no lo hizo, da lo mismo. Siempre habrá gente con mal gusto que aprecie ese tipo de decoración vulgar.

—Quizá a tu «gente con mal gusto» le llene tanto esa decoración vulgar como a otros les llenan Rembrandt o Giotto. Puede que sean más sensibles que la élite, porque no necesitan de toda esa magnificencia para percibir el simple sentimiento de amor y admiración que un pobre diablo ha experimentado al ver aquel frutero o aquel barquito siguiendo su insignificante trayecto por el Danubio. Algún día habrá museos dedicados a la mala pintura. Después de todo, el arte mediocre ha marcado tanto nuestro mundo como cualquiera de los pesos pesados de la cultura.

—Al fin y al cabo —apostillé, creyendo anotarme un tanto con ella—, ¿quién puede juzgar lo que es grande y lo que no lo es? Quizá, en definitiva, todo es grande.

—No. No lo es. Pero las emociones no son lo que hace grande una obra de arte. La técnica



tampoco. Muchos artistas malos dominan la técnica.

—Entonces, ¿qué estás intentando decir?

—Nada, olvídalos. Yo ni siquiera tengo técnica, así que no hace falta que pierdas el tiempo; pero aprecio tu intención, de verdad.

—Estoy seguro de que funcionaría.

—¿Realmente quieres saber mi opinión? Es una idea extravagante, sin la menor posibilidad.

—Mira, es una manera de que yo salga de casa y establezca contactos. ¿Cómo voy a conocer a nadie, si paso el tiempo sin hacer nada? Además, no tenemos nada que perder. Dime, ¿qué es lo peor que podemos perder?

Empezó una lista. La interrumpí:

—Déjame terminar. Antes de que el mundo se pusiera patas arriba, eso era lo que yo quería ser cuando fuera mayor: un artista. Y no esto. Mírame.

Mi plan no le devolvió la vitalidad, pero honestamente debo decir que discutir con ella funcionó. Le di una cucharada de sopa para probar. Por primera vez en varios días, no la escupió.

No me sancionaron por los días que había faltado a la escuela, porque los profesores me creyeron cuando les dije que había estado con gripe. La excusa era creíble, porque había adelgazado diez kilos. No podía decirse lo mismo de Pimmichen, que se había estado terminando lo que ni Elsa ni yo comíamos: tres pequeñas porciones todavía equivalían a una comida copiosa, y se estaba tomando dos de éstas al día, más el desayuno. Las cremalleras se le abrían cada vez que se sentaba, pero eso era también porque se había convertido en la mimada de los dos nuevos «hombres de la casa», como ella los llamaba, Janusz y Krzysztof, que siempre le llevaban pan de nueces y pasas cubierto con semillas de amapola o de sésamo, y pastas para el té. No sé de dónde podían sacar cosas como éstas ni en tales cantidades, especialmente en aquellos tiempos. Pimmichen creía haber oído que trabajaban en una panadería, lo cual explicaba que se marcharan antes del alba. A mí me alegraba que le hicieran compañía, pues así tuve oportunidad, en aquellas vitales semanas, de dedicarle más tiempo a Elsa.

Quisiera mencionar ahora las otras dos razones por las que fallé a la escuela. En primer lugar, había decidido encontrar a mi padre por mi cuenta y a cualquier precio. Una y otra vez, recorrí al azar puestos militares, estaciones de tren y carreteras, con resultados siempre nulos. Me sorprendía hablando de mi pérdida con los camioneros que me recogían y con los inspectores del tren, que no advertían que viajaba sin billete, básicamente extraños a quienes nunca más volvería a ver. Durante aquellas excursiones recogí a manos llenas (más que cualquier otra cosa, aparte de esperanza) todo tipo de anécdotas acerca de la Gran Guerra, de cuando los prisioneros austríacos de la Unión Soviética fueron puestos en libertad más de un decenio después del final del conflicto, sin que sus familias hubiesen recibido jamás ninguna de sus cartas. Entre las historias que me contaban para darme ánimos respecto a lo de mi padre, oí hablar de una mujer que había vuelto a casarse y había tenido tres hijos, antes de que el verdadero marido volviera y entrara en el dormitorio matrimonial, donde se encontró con el «intruso»; de la esposa que confundió a su marido con un ladrón y estuvo a punto de matarlo, cuando volvió del trabajo y descubrió en su casa a un hombre revolviendo los cajones; de la mujer que se mantuvo fiel pero no reconoció a su marido al abrirle la puerta, por lo que él se dio la vuelta y se marchó sin decir quién era, pero entonces ella lo identificó por su forma de andar...

Y por último, después de cambiar de idea una docena de veces, había ido a ver si por

casualidad alguien de la familia de Elsa había sobrevivido. La duda, inexistente cuando estaba en casa, me asaltaba cuando salía a la calle. Si la persona con quien me cruzaba no se parecía a mi padre, inmediatamente se convertía en un potencial pariente de Elsa. Cada anciano era quizá su padre, y cada mujer mayor, su madre. Nathan era alto, bajo, delgado, robusto, de veinte, cincuenta, cuarenta años. Era nadie y todos a la vez. Hasta era invisible, arriba en el cielo, vigilando cada uno de mis pasos.

Supuse que habría algún lugar en Viena adonde sería posible acudir para conseguir información, alguna sede oficial asignada a tales efectos, pero no lo había. Los nazis habían destruido muchos de los archivos antes del final de la guerra, y no había una manera sencilla de averiguar qué había sido de una persona concreta ni de saber dónde se encontraba. Dentro y fuera de Viena había campos de desplazados, pero en ellos estaban agrupados los antiguos reclusos de los campos de trabajos forzados y de prisioneros, junto con los supervivientes de los campos de concentración y exterminio. Además, era preciso proporcionar el nombre completo de la persona buscada e indicar el campo adonde había sido enviada o, mejor aún, ir allí personalmente. Les dije que si ya supiera todo eso, no los necesitaría. Me preguntaron si tenía idea de cuántos judíos desaparecidos había; era como encontrar una aguja en un pajar. Algunos me dijeron que lo mejor era hablar con los supervivientes y confiar en que supieran algo. ¿Por qué no iba a la IKG? ¿Era la Asociación Cultural Israelita, aniquilada durante la guerra! ¿O tal vez al hospital Rothschild? ¿No había diferentes puntos instalados en lugares de paso de mucha gente? ¿Por qué no probaba con el servicio de búsqueda de la Cruz Roja? Tal vez ellos pudieran localizar el campo. Nada de eso era tan fácil como podría parecer. No podía entrar simplemente y pedir información. Tenía que dar mi nombre y decir por qué estaba buscando a la persona en cuestión. Una y otra vez, asumí el riesgo de revelar mi verdadera identidad, hablé del socio comercial de mi padre y expliqué que estaba buscando a unos amigos de la familia.

Sólo puedo decir que consultar lo que entonces se consideraban listas parciales (ni siquiera hoy puede decirse que nadie tenga nada completo) era más o menos como leer la guía telefónica. Cualquiera que alguna vez las haya consultado sabrá lo mucho que se llega a sentir por las personas, sólo por su nombre. Puedo asegurar a quien pueda dudarle que no experimenté ningún alivio. Estaba sentado delante de otra voluntaria más, intentando reunir suficiente coraje para seguir el rápido descenso de su dedo. Se detuvo. Incluso cuando supe que esa vez era Nathan, mi rival largamente despreciado, sentí un dolor desgarrador, del que nunca me habría creído capaz. El resultado final de la investigación:

Mosel Kor, muerto después del 16 de enero de 1945, durante un traslado a marchas forzadas de Auschwitz a Mauthausen.

Nadja Golda Kor (apellido de soltera, Hochglauber), gaseada en Mauthausen, en octubre o noviembre de 1943.

Nathan Chaim Kaplan, muerto el 6 de enero de 1942, en Sachsenhausen, por agotamiento.

Todos esos años, él, mi peor enemigo, había estado muerto, incluso antes de que yo supiera nada de Elsa. Fue un duro golpe para mí. Estuve toda la tarde sentado bajo un árbol en alguna desolada plaza pública, reorganizando mis ideas y perspectivas, e intercambiando entre sí distintos estratos de verdades, verdades a medias y engaños, para que todo volviera a encajar.

Pimmichen estaba intentando hacer un trato con Janusz y Krzysztof. A cambio de unos trabajillos de fontanería y pintura en la casa, podían ocupar el viejo estudio de mi padre y el cuarto de invitados. Al principio no hacían más que sonreír cuando ella mojaba en el aire un rodillo imaginario. Todavía más graciosos eran los esfuerzos de mi abuela por expresar el concepto de «dormir»: los señalaba a ambos, se ponía las dos manos debajo de la barbilla y hacía que roncaba. Hay que tener presente que probablemente era ella quien nos los dejaba dormir a ellos con sus ronquidos, y no a la inversa, y sospecho que Krzysztof comentó algo al respecto a Janusz, quien me hizo un guiño.

Pero Pimmichen podía ser testaruda, y yo sabía que era cuestión de tiempo que cedieran, porque ya estaba consiguiendo que aprendieran a jugar al *bridge*, a pesar de su resistencia, aunque todavía no sabían aprovechar una buena mano y se limitaban a echarse las cartas el uno al otro, hasta que uno de ellos, el que había heredado la mitad del mazo, se la quedaba mirando con cara de ternero degollado. Si finalmente mi abuela se salía con la suya, yo tenía pensado trasladar a Elsa a la habitación de mis padres, donde tendría que quedarse bajo el entarimado del suelo. Cuando estuviera yo en casa, podría usar mi cuarto. Cerraría la puerta con llave y, de ser necesario, podría esconderse debajo de mi cama. Por la noche dormiría en mi cama y yo en el suelo. Ya lo habíamos hablado y ella estaba de acuerdo.

¡Lo que llegué a padecer en la escuela, contando los minutos de cada hora y las horas de cada mañana y de cada tarde! Podía pasar cualquier cosa si yo no estaba en casa para controlar las situaciones que continuamente se presentaban. La escuela me estaba complicando la vida y, por si fuera poco, no estaba aprendiendo cuanto debía, porque tenía la mente demasiado ocupada con lo que pasaba en casa. Imaginaba las peores eventualidades hasta sentir calambres en el estómago, pero finalmente volvía a casa y lo encontraba todo más o menos como lo había dejado. Aun así, parecía imposible que los hilos de nuestras vidas, de nuestras cinco vidas, siguieran entretejiéndose sin un solo enredo. Cuanto más se acumulaba la providencia, más probable parecía que fallara.

Todas las mañanas llegaba a la escuela jadeante y sudoroso, justo cuando estaban cerrando la puerta. Al final de clase volvía corriendo tan a prisa como podía: cuesta abajo, cuesta arriba, conocía la topografía de memoria. De vez en cuando, los chicos de mi edad me invitaban a ir con ellos a jugar al *ping-pong* (lo cual demuestra lo poco que sacaba el brazo del bolsillo). Aparte de no tener tiempo, sentía que mi secreto me apartaba de ellos, en primer lugar, porque seguramente habría tenido que censurar todo el tiempo lo que decía, y en segundo lugar, porque sus temas de conversación —motores, resultados deportivos y chicas— no eran exactamente los que más me interesaban.

Sabiendo el estado en que me encontraba, es fácil entender lo que pasó por mi mente cuando doblé la esquina y vi un vehículo militar estacionado junto a nuestros setos. Un oficial me indicó con un gesto que me acercara a la puerta, donde cinco soldados franceses montaban guardia con las ametralladoras preparadas. Levanté los brazos y les aseguré que la persona que habían venido a buscar estaba sana y salva.

Pero no registraron los pisos de arriba, ni pasaron más allá del vestíbulo, donde Janusz y Krzysztof estaban manipulando tuberías. Nunca olvidaré la mirada que me dirigió Janusz, que

pasó a juzgarme como un traidor. Krzysztof volcó varias sillas en su huida hacia el baño, maniobra que me pareció bastante inútil. Los franceses intentaron convencerlo de que saliera. Se hizo un breve silencio antes de oírse un ruido de cristales rotos.

—*Il se suicide!* —gritó un soldado, aplastando el picaporte con la culata de su ametralladora.

El oficial ordenó a los otros que rodearan la casa. Krzysztof había elegido la dirección de los viñedos. Los disparos no lo disuadieron, había decidido probar suerte. Yo estaba seguro de que le habían dado, porque vi que tenía la espalda manchada de sangre, pero después encontré más sangre en el baño, por lo que debió de cortarse con el cristal de la ventana; después de todo, siguió corriendo.

Janusz se había limitado a observar pasivamente, hasta que los disparos le sacudieron el sopor, pero el oficial lo atrapó antes de que toda su persona saliera al exterior. Temí que lo matara si no conseguía mantenerlo agarrado. No dejaba de apostrofarme con una palabra que me alegró de no haber entendido. Pimmichen increpaba al oficial francés:

—*Ce ne sont pas des criminels! Je vous défends de traiter me invités comme ça chez moi!*<sup>[2]</sup>

La mirada de Janusz pareció esperanzada cuando la discusión se convirtió en conversación. Con la dignidad de una reina y el apretado moño destacando su gran nariz, Pimmi atravesó el salón sin preocuparse por llevar la cremallera de la falda medio bajada y los zapatos ortopédicos calzados como si fueran zapatillas, y sacó de un cajón el documento sellado y firmado. Como lo había enrollado y atado con una cinta roja, Janusz no lo reconoció hasta que ella lo hubo extendido, y entonces la miró con grandes ojos y empezó a forcejear de nuevo con el oficial. Pimmichen, convencida de que tenía razón, estaba decidida a demostrarlo. Su francés era grandioso, se hubiese dicho que le estaba leyendo un tratado a Luis XIV.

En realidad, nuestros huéspedes se llamaban Serguei Karganov y Fedor Kalinin, y no eran polacos, sino rusos. Los soviéticos estaban reclamando a sus soldados, algunos de los cuales estaban haciendo cuanto podían por quedarse en los países donde se encontraban. Los gobiernos de los respectivos países colaboraban con la Unión Soviética para enviarlos de vuelta, sin el menor remordimiento ante su renuencia. Se decía que los que se suicidaban para no regresar, como sucedía a veces, corrían mejor suerte que la que esperaba a los desertores bajo el régimen de Stalin. Ya entonces fue un escándalo aquella «misión soviética de repatriación».

Durante más de un año dejamos sus pertenencias donde estaban. Al final, Pimmichen y yo las registramos, y vimos que tenían dos pares de calcetines y una muda de ropa interior cada uno, dieciséis sobres con lo que resultaron ser semillas de calabaza, dos crucifijos, una botella vacía y un mazo con cincuenta y un naipes. Prosiguiendo con el inventario, encontramos una libreta metida en uno de los sacos de dormir. Allí estaban las primeras palabras en alemán de nuestros huéspedes, muchas de ellas mal escritas y con una ilustración para cada vocablo en el margen. Todavía recuerdo que la de *sein*, el infinitivo de «ser» o «estar», consistía en un personaje muy esquemático, erguido como un soldado, excepto por los brazos extendidos y, curiosamente, con una solitaria sonrisa trazada sobre el círculo blanco de la cara.

Pimmichen se quedó perpleja cuando me vio llegar con los óleos y los lienzos. Atravesé precipitadamente el salón, antes de que hiciera preguntas, pero me interceptó al pie de la escalera, mirándome de arriba abajo con suspicacia:

—¿Es ésta tu última táctica para conquistar a Edeltraud? Si has llegado a tales extremos de desesperación, pronto te cortarás una oreja.

—No, Pimmichen, lo hago únicamente para mí.

—Nunca hacemos nada creativo en esta vida para nosotros mismos. Siempre lo hacemos para otra persona, aunque sólo sea esa persona que vive en nuestra cabeza —dijo. Me arrebató el estuche de madera, miró con una mueca los tubos de pintura alineados en su interior y se lo puso detrás de la espalda, fuera de mi alcance.

—Te aseguro que no hay ninguna Edeltraud ahí arriba.

Por «ahí arriba» quise decir «en mi cabeza». Es una expresión corriente en alemán: *oben*, «arriba».

—¡Pum, pum! —dijo ella, llamando a una imaginaria puerta en mi frente—. ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Edeltraud! ¿Cuánto tiempo llevas encerrada en ese espacio minúsculo? ¿Por qué no sales a respirar el aire fresco? ¿Te tiene encerrada? Cree que no sé que estás ahí. Cree que su abuela es tonta.

—Muy divertido —repliqué, retrocediendo e intentando reír, pese a la tensión que traslucía mi cara.

—Me parece que sabes lo que quiero decir.

—No, ni lo sé ni lo quiero saber.

Intenté escabullirme, pero me cerró el paso.

—Creo que sabes exactamente lo que quiero decir.

—Hasta luego, Pimmi.

Forcejeando para que me dejara pasar, compensó con cosquillas su falta de fuerza, y se me cayeron los lienzos al suelo.

—Sé donde vive.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé —dijo, apostada en el primer escalón, cerrándome el paso con una mano apoyada en cada pasamanos—. Oh, pero eso no es asunto mío.

Saqué fuerzas de flaqueza para simular que la conversación me divertía.

—Y... ¿dónde se supone que vive Edeltraud?

—Como tú mismo has dicho, vive arriba.

Tenía la cara devastada por el tiempo, pero sus ojos azules seguían siendo agudos e

inteligentes. Una leve curvatura de sus labios coincidía con el movimiento ambiguo de su sinuoso dedo índice, que señalaba primero mi cabeza y después el techo y la escalera, antes de proseguir su curso impredecible, poniendo a prueba mi reacción con cada desplazamiento.

Hubiese querido sostenerle la mirada, pero no podía controlarme. Sentí que mi nerviosismo empezaba a notarse.

—Arriba, ¿dónde?

Su dedo se inclinó tres veces hacia el cuarto de invitados; después, cuando ya había saltado la chispa de la verdad entre nuestros ojos, se desvió en mi dirección, apuntando justo entre mis ojos, hasta apoyarse y hacer presión.

—En tu cabeza.

—Ya veo.

—Pasas el tiempo ahí arriba, siguiendo el curso de los arroyuelos, admirando las cascadas y las estrellas, le cuentas tus secretos, y después os besáis, ¡ah, ese primer beso! Aunque no sea más que el suave dorso de tu mano, ella es real en tu mente. La echas de menos, vuelves a casa a toda prisa, no ves la hora de contarle cómo te ha ido el día. Yo tuve uno de esos pretendientes viviendo conmigo en casa de mis padres: Lucas.

Estallé en carcajadas.

—¡Pimmi! ¡Es la historia más ridícula que he oído en toda mi vida!

—Te abochorna reconocerlo. Pero es perfectamente normal.

—Primero dices que no tengo inclinación artística y ahora de pronto soy capaz de inventarme a una persona. ¡Eso sí que es tener talento!

—¿Quién ha dicho que te la hayas inventado? La habrás visto en algún sitio. Mi Lucas era hijo del dueño de una importante casa de subastas. Lo veía los sábados por la tarde, de pie en la tarima, enseñando las piezas al público. Yo sólo tenía ojos para él, con lo afeminado que era, si me permites el eufemismo. No me inventé la persona, sino nuestra historia de amor.

—Te aseguro que nunca me he besado el dorso de la mano. Ni siquiera tengo mano de este lado.

Me desordenó el pelo y unos mechones cayeron sobre mi cara.

—Eres demasiado tímido, no sabes qué hacer. Después de lo que te ha pasado, no crees que nadie pueda quererte. Pero te equivocas, cariño. Lo he estado pensando. ¿Por qué no te inscribes en un grupo de jóvenes católicos? Conocerás jovencitas agradables que sabrán apreciar tus cualidades y te ayudarán a olvidar a la chica de arriba. Y tranquilo, porque cuando envejezcas, tu cara se rendirá a la gravedad. Mira la mía —añadió, tirando de la piel de su rostro y adoptando una expresión propia de un besugo muerto—. El tiempo lo cura todo, incluso las cicatrices. Desaparecen entre las arrugas.

Me sentí invadir por una estampida de emociones: miedo intenso, por lo cerca que había estado de la verdad antes de la inesperada y abrupta relajación de la tensión; autocompasión, al oírla decir cómo debía de sentirme, y una repentina conciencia de mí mismo, pequeño y mutilado en un caserón vacío, sin mi madre, sin mi padre, sin mi hermana. Se sentó a mi lado para enjugarme las lágrimas con su pañuelo amarilleado. Su cabeza vacilaba involuntariamente de un lado a otro. Se volvió más vieja; la casa, más grande y más vacía, y yo, pequeño, pequeño, y su pañuelo no pudo secar con suficiente rapidez.

Pimmichen decidió finalmente que pintar sería una saludable válvula de escape para mi

energía acumulada. Yo aproveché su buena disposición para anunciarle que había gastado el último dinero que quedaba en la caja de caudales de mi padre. Me dijo que había hecho bien en comprar todo el material que quise, pues confiaba en el ensayo y en el error. Los cursos de pintura demasiado tempranos podían sofocar el surgimiento de algo nuevo. Y diciendo esto, me dio acceso a una cuenta bancaria heredada de una tía suya, que en su juventud había perdido a dos de sus pretendientes en uno de los últimos duelos celebrados en el Imperio austrohúngaro: dieron diez pasos, se volvieron y se mataron mutuamente.

Gruñó mientras se inclinaba a recoger un largo pelo negro, atrapado en la unión entre el primer peldaño y el marco de la escalera, y lo enrolló en un nudo diminuto.

—No te preocupes. Cuando seas famoso, se pelearán por ti.

Después de eso, tuve un sueño recurrente en el que Pimmichen necesitaba otra almohada para levantar las piernas. Yo iba a buscarla a la habitación de Elsa. Nada más tocarla, mi abuela me la devolvía. «Oh, lo siento —me decía—. Pensé que había otras. No quiero quitarte la tuya».

«No es mía. Nunca la uso», le contestaba yo.

«Qué raro. Todavía está caliente. ¿Cómo es posible?», replicaba ella.

Yo no conseguía articular ninguna mentira para salir del aprieto.

Pero la pesadilla que más me alteró, aunque sólo la soñé una vez, fue una en la que ella me enseñaba unas cartas con la dirección de nuestra casa: Baumeistergasse, 9, 1016 Viena. «Son para una tal Elsa Kor. ¿Conoces a alguna Elsa Kor?», me decía.

Se me encogió el corazón. ¿Quién podía saber que estaba en mi casa? ¿Quizá uno de sus hermanos de América? «Es un error, alguien habrá escrito mal la dirección —decía yo—. Mañana a primera hora se las devolveré al cartero».

«¿Cómo puede haber un error, si las has escrito tú mismo?», replicaba ella, y me las tiraba a la cara.

Para mi sorpresa, estaban escritas con mi letra. No sólo había cometido la estupidez de poner una dirección en el remite, que no era otra que Baumeistergasse, 9, sino que, en lugar de sello, alguien había pegado una vieja fotografía mía de la escuela, con el pelo cortado al estilo tazón. Observé que los sobres estaban abiertos y, peor aún, que la fecha del matasellos era de tres años atrás. Entonces me daba cuenta de que mi abuela había estado al corriente de lo de Elsa durante todos esos años y de que había interceptado todas las cartas, pero no me había dicho nada.

Le di a Elsa el abrigo de cachemira que mi padre le había comprado a mi madre durante su viaje de luna de miel a París, en las rebajas de verano. Era una vieja broma entre los dos la anécdota de cómo ella había llevado puesto el abrigo todo el camino desde Montmartre hasta su hotel en Saint-Germain, durante una ola de calor que hizo historia. Elsa seguía pasando frío. El calor se escapaba por el tejado y, con la puerta cerrada, prácticamente no notaba la calefacción. Yo llenaba hasta los topes las estufas, sin dejarme arredrar por el precio de la leña, pero no siempre conseguía madera y a veces sólo en pequeñas cantidades. Ella me preguntaba por qué no iba directamente al bosque y cortaba yo mismo un par de árboles. Fue un desafío para mi orgullo. Lo intenté un día, antes del alba, pero el hacha era difícil de manejar y, tras fallar al árbol y atinarle a una de mis botas, abandoné la idea.

Elsa hizo girar la punta del pincel sobre la pintura negra, de modo que diminutas cuentas, semejantes a caviar, se pegaron a las cerdas. Pero su timidez no duró mucho. Al cabo de unos días, ya sumergía el pincel hasta el aro metálico, manchando el mango y transportando goterones grandes como para llenar la concha de una ostra, que no siempre llegaban al lienzo. Abochornada, bajaba la vista para mirarse el abrigo, echaba vistazos a izquierda y derecha, y volvía a empezar, mientras yo cavilaba sobre las manchas que ni siquiera había notado en el ruedo del abrigo o en el borde de la manga.

Hubiese querido decirle que no usara los lienzos para probar los colores, que eran demasiado caros y voluminosos y que no podía cargar más de dos a la vez, pero no habría soportado que me considerara mezquino, ni que mi mezquindad fuera un obstáculo para su trabajo. Usaba una docena de lienzos por semana, orgullosa de lo mucho que estaba trabajando. Sencillamente, creo que no imaginaba lo que costaban. Estaba demasiado apartada del mundo real, y ¿quién tenía la culpa de eso, ella o yo?

Era tan intensa su concentración que se olvidaba de mí. Para atraer su atención, yo me desperezaba, prolongaba mis bostezos más allá de lo que hubiesen llegado por sí solos o hacía estiramientos para desentumecer la espalda. El surco de su entrecejo me hacía saber que estaba siendo un *nudnik*, como ella decía (un «pesado», en yiddish). Las preguntas que yo insistía en hacerle —«¿crees que llegarás a ser famosa?», «¿te imaginas ser tan rica como el papa?»— probablemente no merecían ninguna respuesta, y tal vez era por eso por lo que no me la daba.

El fingido interés por lo que hacía me llevó más lejos: «¿cómo se llama ese verde?», o «¿qué hermosa pincelada!, ¿cómo la has conseguido?». Aun así, sus explicaciones contenían una insinuación de impaciencia. Quizá le hacía demasiadas preguntas al día. Las que de verdad le interesaban —«¿tienes hambre?, ¿sed?, ¿quieres que te traiga algo del centro?»— me procuraban por lo general unos instantes de atención y un tono más cálido de voz, a menos que las planteara



demasiado pronto, antes de que el hambre, la sed o alguna otra necesidad hubiesen tenido tiempo de manifestarse.

Pese a todo, me encantaba mirar. Ella se instalaba junto a la ventana y, a intervalos regulares, su expresión cambiaba como reflejando lo que veía, aunque tal cosa era imposible porque las persianas estaban bajadas. Sus ojos oscuros podían iluminarse de intensa emoción, o bien perder la luz interior, quedando vacíos y sin brillo. Nunca le pregunté lo que veía, pero me volvía loco la curiosidad. ¿Una ciudad animada y ruidosa? ¿Trigales llenos de moscas zumbantes y abejorros? ¿Niños riendo, con nieve hasta las rodillas? ¿El descolorido horizonte de un mundo inundado, azul con azul, caído ya el telón sobre la humanidad? Sabía que era uno de esos enigmas que nunca tendrían respuesta.

Al final del día, cuando era evidente que no iba a conseguir nada de lo que había intentado expresar, el trabajo cedía paso al juego. Exageraba los rasgos de sus frustrados autorretratos, levantando las cejas hasta alturas grotescas, prolongando el mentón hasta el suelo o convirtiendo en hocico la nariz, antes de cubrir el lienzo con rápidas pinceladas. Sin llegar a ser irreconocibles, los objetos que pin taba carecían de alguna propiedad. Sus botellas eran blandas; sus velas, frías; sus llamas, francamente rígidas, y por algún defecto técnico que no pude determinar, sus cielos resultaban, sin excepción, artificiales.

—¡Mira esto, Johannes! ¡Qué horror, Johannes, mira esto!

Yo era mucho más necesario para ella durante el proceso de destrucción que durante sus prolongados intentos de creación. Pero un día llegó el instante ansiado: buscó una silla, estiró las piernas con los arqueados pies en su habitual postura de tenso entusiasmo, y por fin me miró de verdad a mí. Mi nuevo papel consistía en escuchar. Criticó extensamente su trabajo y analizó lo que había hecho mal. Sus conclusiones fueron optimistas: sólo necesitábamos paciencia, perseverancia y algún tratado sobre bosquejos, claroscuros, profundidad, tonos, proporciones y perspectiva. Me puse en pie, listo para marcharme. Había dicho la palabra mágica: «Nosotros».

La abarrotada tienda a la que acudí estaba regentada por una pareja mayor, que al poco ya me conocía. No era raro que me presentara a última hora, antes del cierre, para comprar un pigmento amarillo, y que al día siguiente aguardara junto a la puerta, antes de que abrieran, para llevarme otro. Habría sido imposible distinguir los dos matices sin levantar los dos tubos para contemplarlos a la luz del día. Los dueños de la tienda se daban codazos cuando me veían llegar bajo la lluvia o la nieve, sin paraguas; nunca lo llevaba, sencillamente porque tenía demasiado que cargar y a menudo me veía obligado a ayudarme con la boca. A veces iba y venía por el local, entre los cuadernos de apuntes y el carboncillo, entre los lienzos y la trementina, indeciso y frustrado por no dar con la combinación justa de artículos y precios. Los dueños me observaban con indisimulada admiración. Yo era para ellos el artista prolífico que llegaría a la fama. Me entregaban los artículos con unción religiosa, como si también ellos formaran parte del gran ciclo del arte en proceso de realización.

Debí de gastar la acera entre Baumeistergasse y Goldschlagstraße, un tramo tan polvoriento como ruidoso, a causa de las obras de reconstrucción. Adquirí la costumbre de mirarme los zapatos mientras avanzaba paso a paso. La punta se estaba despegando de la suela, las costuras se deshacían y el cuero tenía grietas. Una mañana me dije que debía de estar acostumbrándome a las tropas francesas, porque las veía cada vez menos, quizá por ir concentrado en mis zapatos. No había terminado de pasarme por la mente esa idea, cuando empezaron a ser espectáculo corriente

las filas de carros de combate avanzando lentamente por las calles. En realidad, las tropas se marchaban de Austria con destino a Indochina, donde los franceses estaban en guerra. Para cruzar a la otra acera, había que armarse de paciencia. La organización de nuestro sector se deterioró, y los controles de documentación se volvieron menos frecuentes. Aproveché la situación para dejar de ir a la escuela, y me alegró que nadie hiciera nada para obligarme a regresar. Por fin era libre.

Elsa encontró muchos usos para mi recuperada libertad. De pronto tenía una ilimitada sed de vida. El ejercicio había pasado a formar parte de su rutina diaria. Como no tenía barra de *ballet*, yo la ayudaba levantando poco a poco una de sus cortas piernas hasta que se quejaba, y entonces la soltaba. Repetía el movimiento unas veinte veces y seguía con la otra pierna. Mantenía la rodilla vuelta hacia afuera y los dedos de los pies estirados. Y a propósito, ¿podía ayudarla a arquear sus pies un poco más? ¿Sí? Sólo tenía que sujetar así los dedos y apoyar encima mis rodillas, ¡sin demasiado peso! ¿Se me cansaba el brazo? Podía agacharme para descansar; se apoyaría en mi espalda. Arriba, abajo. Su talón se me clavaba en la columna; si perdía el equilibrio, se agarraba de mi pelo. No tenía espejo. ¿Podía levantar la vela para que pudiera ver lo que hacía? Yo codiciaba su sombra, la habría arrancado de la pared para hacerla mía.

Mi abuela se estaba calentando las manos en una taza de té, frunciendo el ceño entre el vapor.

—Edeltraud parece estar arruinando tu salud, además de tu economía. Acabo de recibir un amable comunicado del banco, ¡Dios mío! Y mírate: estás pálido, sin vida, horrible.

—Ya lo sé, abuela. También me está destrozando los nervios.

—¿Por qué no vas a ver al doctor Gregor? Es bueno. Estos últimos años ha conseguido que mis engranajes funcionen más allá de lo que me hubiese correspondido. Vive aquí al lado. ¿Qué más quieres?

—No hay nada que él pueda hacer.

—Él te ayudará.

—¿Cómo? ¿Con un filtro de amor?

—¿No dices que estás nervioso?

—Si ella actuara de otro modo, estaría perfectamente.

—Deja que el médico te vea a ti, y después podrá verla a ella.

—Él no puede verla.

—Entiendo —dijo con una mirada perspicaz, mientras soplabla el vapor—. ¿Temes que ella desaparezca si confiesas la verdad?

—No por arte de magia, como piensas. Simplemente se pondrá en pie y se marchará por sus propios medios.

—Tendrás que dejarla salir de una forma u otra si quieres curarte algún día.

No estaba demasiado seguro de si las tareas que me asignaba Elsa eran para poner a prueba mi afecto o para torturarme. Una vez la sorprendí atisbando por una esquina de la persiana. Estaba tan absorta mirando los copos de nieve que no me oyó entrar, o quizá prefirió ignorarme. Me rogó que atravesara toda la ciudad para llevarle nieve del Aspernbrücke en un cuenco. La nieve de nuestro jardín no le servía. Podría haberle llevado cualquier nieve —¿cómo iba a notar la diferencia?—, pero demostré mi amor por ella, aunque no mi autoestima, recorriendo todo el camino hasta el puente en cuestión. Cuando volví, enrojecido y aterido hasta los huesos, su

expresión se ensombreció. Dijo que había llevado el cuenco demasiado tiempo en la mano y la nieve se había fundido. ¿Sería tan amable devolver y traer esta vez la nieve en una cesta, para que se mantuviera blanca y pudiera crujir entre sus dientes? ¡Por favor, había soñado tanto con hacer una bola con nieve del Aspernbrücke entre sus manos!

Del mismo modo, me encargó que le llevara hojas que no existían fuera de su deficiente memoria: una hoja de arce con nervaduras azules, una vaina de lirio blanco, grande como la oreja de un elefante, y una hoja lanceolada, con rayas aterciopeladas, que olía a menta, no recordaba su nombre, pero podía dibujarla. Cada poco tiempo, me enviaba al centro de Viena a ver los fiacres tirados por caballos, una popular atracción turística, y me pedía que frotara la mano sobre el cuello de uno de los animales. ¡Qué tonto me sentía yo, a mi edad, allí de pie, acariciando al caballito! Pero lo hacía. Después, ella se llevaba la palma de mi mano a la cara, y sus profundas inhalaciones sobre mi piel eran mi recompensa. Sin embargo, la mayoría de mis encargos no me suponían ninguna gratificación. Me pidió que le llevara pesados libros de texto de filosofía, astronomía, biología, zoología y latín. La mitad tuve que cambiarlos. No era biología lo que me había pedido, sino botánica. Y aquel otro libro que le había llevado no era de latín, sino de historia de Latinoamérica.

Por muy amable que fuera con ella, se quejaba constantemente de mi tono de voz. Una vez se había apretado los labios con el cierre de uno de los pendientes de mi madre, que acababa de regalarle. Pálidos, sobresalían en una mueca grotesca. No creo que estuviese bromeando. No había hecho yo más que decir su nombre, cuando ella estalló:

—¡Por favor, Johannes! ¡Deja de hablarme en ese tono!

Era ella quien me hablaba mal, no yo a ella.

De las docenas de poemas que le escribí en aquella época, citaré uno, ilustrativo del estado de ánimo en que me encontraba.

*Un marco vacío*

*Una ventana no es más que el marco del cielo,  
cuadro eterno de una mano majestuosa,  
que con paleta y pinceles en cambio constante  
crea crudos grises y tiernos azules.*

*Puntos de luz pintan la oscuridad,  
el mediodía yace al pie de la negrura,  
pigmento siempre mezclado y remezclado,  
obsoleto ya el rosa del alba y del crepúsculo.*

*Sólo los óleos del hombre se enfrían y se secan,  
aprisionando en un marco la vida,  
atrapando segundos y días fugitivos,  
cuando la propia quietud es mentira.*

*Ángel mío, tuyo es el trabajo*

*de arrancar la verdad de un espectro de engaños,  
buscando lo pequeño, buscas lo más grande.  
¿También tú vas en pos del violeta del cielo?*

*Abandona la vida, olvida mi cariño,  
trátame con desprecio, culpame.  
Sólo encontrarás artificio y fama,  
perdida en las fértiles extensiones de tu marco vacío.*

Mientras doblaba en cuatro mi poema, estremando los esfuerzos en el último doblez, Elsa replicó:

—Los seres humanos nunca podremos pintar la realidad con tanta perfección como Dios; por eso, francamente, la realidad no me interesa.

Por contrariarla, la desafié a mencionar una sola cosa que no se sometiera al yugo de la realidad.

—Unicornio —respondió—, centauro, esfinge, dragón, grifo, minotauro, arpía, ondina, gorgona.

Le gustaba fanfarronear cuando se enfadaba.

—Un unicornio no es más que un caballo con un cuerno. Un minotauro es simplemente un hombre con cabeza de toro.

No quise seguir, porque no estaba seguro de cómo estaban hechos los demás personajes mitológicos, a excepción de la arpía, que era medio pájaro y medio mujer.

—¿Por qué no mencionas algo completamente imaginario? —proseguí—. Algo que no esté hecho de trozos y retazos de cosas que existen. ¿Eh? Porque no puedes. Lo único que haces es coger la realidad, robarle un poco de aquí y un poco de allá, y mezclar en diferente orden los fragmentos.

Por la forma en que se mordía una uña, me di cuenta de que mi desafío le merecía un momento de reflexión. La conocía bien; si hubiese encontrado algo para demostrar que me equivocaba, lo habría dicho sin pensarlo dos veces. Pasaron horas sin que ninguno de los dos hablásemos. No le ofrecí el almuerzo, esperando que por una vez fuera ella quien lo pidiera. Mi estómago emitía gruñidos poco elegantes y me irritaba que el suyo guardara silencio. Finalmente le dio la vuelta al lienzo para que yo lo viera. Se había representado a sí misma como una muñeca de papel que sostenía un jarrón de girasoles, con seis ralos pétalos triangulares, lo bastante rígidos para romperse, y centros hexagonales en lugar de redondos.

—Oh —dije, arqueando las cejas—, ¡qué original!

—¿Todavía sigues pensando en esas niñerías? ¿No lo ves? Bueno, me alegro de que no lo veas. Los girasoles son estrellas. Y también hay otros símbolos. Pero no los ves, ¿verdad?

—No.

Sus suposiciones acerca de mi ignorancia me molestaron bastante, sobre todo porque eran acertadas. Había llegado el día: Elsa estaba satisfecha con uno de sus cuadros. Su sonrisa era tan dulce que mi esperanza se renovó después de un año de rechazos. Se abalanzó sobre mí riendo y me echó los brazos al cuello, pero antes de que pudiera abrigar la esperanza de que se hiciera

realidad aquello por lo que cualquier joven de mi edad habría dado las muelas, se pasó mi brazo por la cintura y esbozó un giro de *ballet*. Cuando comprendí que sólo intentaba que yo interpretara el papel del bailarín, me sentí ridículo. Sin previo aviso, se inclinó hacia atrás de modo que estuve a punto de dejarla caer. Hubiese deseado que se estuviera quieta, pero no dejaba de dar saltitos impacientes delante de mí:

—¡Levántame, Johannes!

—¿Cómo...?

—Ponme la mano aquí y levántame cuando salte.

No me esperaba que se pusiera mi mano, así sin más, bajo su parte más íntima. De todas las tonterías que podría haber hecho, hice la peor: ¡me negué! Desde luego que quería, llevaba años queriéndolo, pero temía la humillación de no ser lo bastante fuerte para levantarla.

—¡Por favor! No seas aguafiestas.

Le sudaba la espalda y su aroma era dulce, casi punzante. Tenía el pelo desordenado, y los ojos, vivos y oscuros. Vi dos lunares en su mejilla que nunca antes había visto. Su pecho se agitaba vigorosamente con el esfuerzo, adentro y afuera, adentro y afuera, y me costaba desviar la vista. Para mi bochorno, mi deseo empezó a notarse.

—¡Por favor!

Se acercó, se puso de puntillas, sus ojos al nivel de mi barbilla, y levantó los brazos en un arco sobre la cabeza, con los pechos sobresaliendo.

Lo intenté, principalmente para que no adivinara qué era lo que tenía apoyado contra el hueso de la cadera. Con gran esfuerzo, conseguí levantarla a medias; su suave vientre me golpeó en la cara y empezó a sofocarme. Se apoyó con fuerza en mis hombros para subir un poco más, mientras yo sentía que mis piernas estaban a punto de ceder bajo su peso. Inesperadamente, oí un golpe seco seguido de un chillido suyo. Deduje que Pimmichen había irrumpido en la habitación y estaba cara a cara con Elsa, con su dedo huesudo apuntando a la calle. Pero no, era sólo Elsa, que se había golpeado la cabeza contra el techo. Su cuerpo se aflojó y yo la bajé. No estaba llorando, como había supuesto, sino riendo hasta las lágrimas, e incluso me llevé un abrazo. Hacía siglos que no la veía de tan buen humor. Cinco minutos de atención fueron suficientes para borrar la larga temporada de desaires que había sufrido, unos desaires que yo consideraba, contra todo razonamiento analítico, una excepción dentro de su comportamiento normal. ¡Aquella era la Elsa que yo conocía!

—¡Qué amable de tu parte, venir a ver a tu apolillada antepasada! Vivimos en la misma casa, ¿recuerdas? Rescátame, estas almohadas me están matando.

Se las ahuequé con un par de puñetazos, y observé en su piel manchas de un rojo violáceo, pero no dejó que fuera el primero en preguntar:

—¿Cómo te sientes?

—Debería ser yo quien te lo preguntara a ti.

—Estoy llena de dolores y achaques, como corresponde a mi edad. Pero eres tú quien me preocupa. Tendrás una larga vida por delante cuando yo me haya ido.

—Yo estoy sano y contento.

—¿Has ido a confesarte últimamente?

—Si te hace feliz, lo haré el domingo.

—Hoy es domingo. Hay misa nocturna.

Puse la excusa de que tenía que volver arriba para terminar una pintura antes de que se secase. Al ajustarse una horquilla, dejó al descubierto la coronilla calva.

—¿Cómo está Edeltraud?

Sonreí.

—Hay esperanzas. Ahora nos llevamos mucho mejor.

—¿Empiezas a disfrutar de la vida con ella ahí arriba?

—Esta tarde hemos bailado *ballet*. La he hecho girar por los aires y en el suelo, por todas partes. Tendrías que habernos visto. Ha sido estupendo.

—¿Puedo deducir entonces que es ligera como una pluma?

—Depende. No siempre.

Se puso los tres dedos que solía apoyarse a modo de barba de chivo en el mentón, donde noté que le había crecido un pelo blanco rizado, quizá el precursor de una barba auténtica.

—Dime, Pimmi, ¿cómo te la imaginas?

—Bueno... diría que es delgada y muy ligera, tan ligera que nunca la oigo. Ese tenue rasguído tanto podría ser ella como un ratoncito. Tiene bucles dorados que le caen por la espalda, cuello largo y elegante, nariz recta y fina, una frente ancha que denota inteligencia, dientes diminutos como los de una muñeca y una voz tan suave que es preciso cerrar los ojos para oírla. Grandes ojos azules llenos de bondad. Monísimas orejitas capaces de escuchar durante horas... Manos pequeñas y nerviosas... Aparece y desaparece según tu voluntad, como una hada.

Yo asentía con la cabeza, pensando en lo mucho que difería Elsa de su descripción.

—Y ahora dime, Johannes, ¿cómo te la imaginas tú? Eso es lo que cuenta.

Apoyé la espalda sobre su almohadón y me tapé las piernas con su manta, como había hecho años atrás, cuando ambos estábamos al borde de la muerte.

—Bien, si de verdad quieres saberlo, no siempre me escucha. De hecho, muy pocas veces lo hace. No me dice directamente que me calle, pero tiene sus maneras de hacerme saber sin palabras lo que quiere o no quiere que haga. Se las arregla para conseguir lo que quiere, siempre que quiere. Es tenaz y testaruda como una mula. Se le ha formado un surco en el entrecejo de tanto pensar. Aprieta los labios y, por sus cambios, puedes adivinar si está pensando en algo bueno o malo. Es cierto que tiene las manos y los pies pequeños, pero aparte de eso, diría que es de complexión más bien sólida. Tiene la espalda ancha, buenos hombros y el pecho bien desarrollado...

—¿Te refieres al busto?

—Sí, es muy femenina.

—Ah —asintió Pimmichen discretamente.

—Tiene el pelo largo, como has dicho, pero oscuro y desordenado, no se lo peina demasiado. Sus ojos también son oscuros, casi no se distingue la pupila, sobre todo cuando se enfada —proseguí, pese a la curiosa expresión de Pimmichen—. Su frente no es ancha, pero puedes creer que es demasiado inteligente para mi gusto. Adivina lo que estoy pensando y casi siempre tiene razón. Si junta los tobillos, sus rodillas no se tocan, unas rodillas suaves y redondas, que apetece tanto palmotear como la nuca de un bebé. Tiene un lunar aquí y otro aquí —dije, señalando dos puntos de mi cara.

Pimmichen se aclaró la garganta. En aquella época, no era correcto hablar de manos que tocaban rodillas.

—Pareces conocerla más que a ti mismo.

Sintiendo las mejillas encendidas, intenté concentrar mi atención en su pastillero, que sostenía en la mano, abriéndolo y cerrándolo.

—Hace ya varios años que vivo con ella.

—No me has dicho nada de su cuello.

Tuve que pensarlo. Recordaba el dorso de su cuello, eso sí, pero la parte delantera no tenía nada de particular. Nunca le había prestado atención, solía fijar la mirada más arriba o más abajo. Cambié de posición.

—Es un cuello...

Mi abuela me escudriñó, con esa leve sonrisa suya que significaba «¡te he pillado!».

—Es un cuello, Pimmi —repetí—. Un cuello normal.

Para entonces, ambos estábamos acostados, frente a frente.

—¿Y las orejas? —preguntó mientras extendía una mano para jugar con la mía—. ¡Hola! ¿Cómo son sus orejas?

Cerré los ojos. Sus orejas. No podía verlas, siempre las tenía tapadas por el pelo, incluso cuando se lo recogía. ¿No le gustarían? Había visto los lóbulos, pero no las orejas enteras. ¿O sí las había visto? ¿Las dos a la vez?

—¿Y bien? Te acepto que digas que todos los cuellos son más o menos el mismo pedestal normal para sostener la cabeza, pero no hay nada más personal que un par de orejas. Pueden ser alargadas, grandes, caídas, gruesas, carnosas, rígidas, blandas, pegadas a las sienes, de soplillo, con suaves surcos como los de la arena en la playa o como un valle de pequeñas colinas. Los lóbulos pueden estar sueltos, pegados...

Me esforcé por visualizar las orejas que le convendrían a Elsa:

—Dos delicadas conchas, con suaves pliegues que se curvan y se combinan para formar una exquisita...

Me faltaban las palabras. Lo primero que haría la próxima vez que la viera sería mirarle bien las orejas.

—Ya veo que algunas partes aún no están terminadas. Bueno, quizá no sea tan grave, después de todo. Puedes empezar a borrarla a partir de ahí.

A la mañana siguiente, el doctor Gregor ya estaba en casa. Mi abuela y él hablaban en voz baja. Cuando me acerqué, estaban demasiado enfrascados en la conversación para prestarme atención.

El doctor Gregor prosiguió:

—No, señora, su nombre es confidencial. Pero, como le decía, vino a mi consulta debido a... un problema. No es asunto mío saber de quién se contagió, pero es mi deber poner freno a la diseminación de la enfermedad. Quizá se sintiera avergonzado y estuviera intentando justificarse... pero, justo antes de irse, me confió que últimamente había estado viendo... a una persona conocida nuestra, en la casa de lenocinio en cuestión. Dijo haber estado viendo, ejem, a *Herr Betzler* —el doctor Gregor se aclaró la garganta— con regularidad.

Mi abuela se volvió y me dirigió una mirada escandalizada.

—Perdón. Me refería a *Herr Betzler* padre.

Pimmichen y yo nos quedamos boquiabiertos.

—Era mi deber comprobar los hechos antes de alarmar a nadie o alimentar falsas esperanzas. Yo me resistía a creer algo semejante de *Herr Betzler*; de lo contrario, habría venido directamente a hablar con ustedes. Considerando el lugar donde mi paciente dijo haberlo visto, el asunto era delicado. Pero recuerden que mi cometido no es juzgar, sino curar la enfermedad e informar a los pacientes de los riesgos sanitarios. Prescribo medicinas, no principios morales.

—Pero, bueno, ¿era él o no? —preguntó mi abuela, sin poder contenerse.

—Deben saber que... *Herr Betzler* ha sufrido un traumatismo craneal...

—¿Está vivo? ¿Lo han encontrado? —La expresión de mi abuela se iluminó, para volver a ensombrecerse en seguida—. ¿Me está diciendo que lo han encontrado en un burdel?

—No de la manera que usted parece suponer, señora. Lo que quiero decir es que no estaba allí en calidad de cliente. Estaba en una habitación, pero no haciendo lo que usted cree. Estaba... ejem, ¿cómo decirlo?... solamente mirando.

—¿*Voyeurismo*?!

—Llámelo así, si le parece, pero le repito que no como cliente. No participaba en la acción... No sé cómo explicarle... Por lo que pude averiguar, estaba en la habitación como parte del programa, parte de la oferta de la casa, del servicio, si así lo prefiere. Lamento mucho tener que ser yo quien le cuente esto.

—¡No puede ser! ¡No está necesitado de dinero! ¡Tiene una familia! No, ése no puede ser mi hijo. Tiene que haber un error. No lo ha visto bien, estoy segura. Adiós, doctor.

—Deben de haberlo llevado las prostitutas. Lo usaban como un suplemento, como accesorio. Siempre hay algún degenerado dispuesto a pagar por ese tipo de...

—¡Él no haría algo semejante ni por todo el oro del mundo! Usted no conoce a mi hijo, porque



si lo conociera, no iría por ahí repitiendo esas... bajezas repugnantes. ¡Y ahora, hágame el favor de marcharse!

—Es sórdido aprovecharse de alguien que no está en posesión de sus facultades.

—¡En eso tiene usted razón! Solamente podría estar en semejante agujero si antes lo hubiesen dejado inconsciente para llevarlo hasta allí. ¡Usted mismo ha dicho que sufrió un traumatismo craneal!

—Si la fractura fuera reciente, habría denunciado el caso a la policía. Pero como, en mi opinión, no lo es, he preferido llevar el asunto con discreción.

—¡Estrangularé con mis propias manos a cada una de esas rameritas pintarrajeadas! ¡Así Dios haga arder hasta los cimientos su casa de perdición!

—Fue más difícil sacarlo de allí que de un avispero. Pataleaba y se resistía. No quería marcharse. Me vi obligado a inyectarle un sedante. Tiene afectada la memoria. Cinco mujeres de la casa acudieron a «rescatarlo» y una fulana que se hacía llamar Madeleine me escupió en la cara. El director del establecimiento vino a ver qué era todo aquel escándalo, y al enterarse de quién era yo y quién *Herr* Betzler, lo dejó marchar, con la condición de que pagara lo adeudado por concepto de alojamiento y comida.

—¡Habrás visto descaro!

—La tal Madeleine se puso a rebuscar en... Pues bien, si hemos de llamar a las cosas por su nombre, se metió la mano en el sostén y sacó dinero para pagar la deuda.

—¿Y él no dijo nada? ¿No recuperó el juicio?

—Le repito, señora, que *Herr* Betzler no está en posesión de sus facultades. Y es posible que no vuelva a estarlo nunca.

—¡Lo quiero en casa! ¡Estercolero, vertedero o mazmorra, lléveme adondequiera que esté!

—Está en mi consulta, bajo los efectos de un sedante. Prepárense para lo que van a ver.

Una joven enfermera de buena figura, pelirroja y con pecas, que era además la prometida del doctor Gregor, sujetaba a mi padre por los hombros, impidiendo que se levantara de la camilla de exploraciones. Cada vez que lo inmovilizaba, él soltaba una risita, inclinaba la cabeza y le echaba una mirada salaz. Cambiaba constantemente de posición, y siempre que lo hacía, un trozo de barro o de cemento endurecido caía del mono de trabajo que llevaba puesto. El doctor Gregor rodeó afectuosamente con un brazo la cintura de la enfermera y levantó el respaldo de la camilla hasta que mi padre quedó en posición de sentado.

Puede que los cambios estrictamente físicos que había sufrido mi padre no fueran radicales, pero los efectos sí lo eran. Su mandíbula, un poco más saliente que de costumbre, le confería una expresión mucho menos viva y rayana en la frialdad, sobre todo porque sus cejas parecían anudadas en la consideración de un dilema irresuelto y tal vez irresoluble. Su físico se había vuelto más pesado y robusto, lo cual empequeñecía en términos relativos los rasgos faciales y hacía que su personalidad pareciera más débil. No puedo decir que la inclinación hacia adelante de su cabeza fuese suficiente para que un libro puesto encima se deslizara y cayera, pero le había hecho perder su antiguo porte altanero, y fue precisamente ese detalle lo que me impidió mantener la entereza. Por los gemidos que oí detrás de mí, puedo decir que tampoco mi abuela consiguió contenerse demasiado delante de él.

Usando la misma mano con que se había enjugado las lágrimas, Pimmi se persignó y fue a ofrecer un abrazo que fue rechazado con brusquedad.

—¡Wilhelm! ¡Wilhelm! ¡Soy yo, tu madre! ¡Tu propia madre! —exclamó, golpeándose el pecho para manifestar la intensidad de sus vínculos—. ¡Willie! ¿No me recuerdas? ¡Soy mamá! ¡Mami!

Como mi padre no hacía más que mirarla con ojos vacuos, ella intentó potenciar su pantomima enmarcándose la cara con las dos manos y tensando los rasgos faciales en una sonrisa lacrimosa. Por lo visto, él la tomaba por una vieja loca, y bastaron unas toses de la enfermera para desviar su atención.

—¿Willie? ¿Willie? —lo llamó mi abuela, agitando el pañuelo en grandes arcos para atraer otra vez su mirada—. ¿Y el pequeño Johannes? Tu hijo, ¿recuerdas? Sí, el pequeño Johannes... ¡Es él!

Me dio un empujón:

—¡Ve, Johannes! ¡Ve a besar a papá!

La mirada de mi padre se había cargado de intención, lo cual me hizo suponer que me había reconocido. Pero, mientras me acercaba, comprendí que no era a mí a quien miraba, sino mi rostro desfigurado. Repentinamente, se tapó la cara con los dos brazos cruzados y, a una velocidad que volvía ininteligible su discurso, empezó a hablar de violencia, o tal vez de violaciones, o algo parecido que no conseguí entender.

—¡Quítate de su campo visual! ¡Date la vuelta! —me ordenó el doctor Gregor, propinándome un impulsivo empujón—. ¿No ves que se está poniendo nervioso?

No sé si fue la forma en que la enfermera le apretó la cabeza o el simple contacto corporal con ella, pero lo cierto es que mi padre se serenó y el doctor Gregor pudo administrarle una inyección. La enfermera le dejó que apoyara la cabeza sobre su mullido pecho y comenzó a acunarlo.

Mi abuela miraba en silencio, con tres tensos dedos apoyados en la barbilla. El doctor sacó de un archivador varios catálogos de papel cuché y la acompañó a otra habitación.

—No pierda las esperanzas, *Frau* Betzler —intentó tranquilizarla—. Para casos como éste, Viena tiene especialistas famosos en todo el mundo, instituciones que pueden quitarle la carga que pesa sobre sus hombros... Le aseguro que los equipos médicos son de primera... Las instalaciones, limpias... Estará en las mejores manos.

—Acaba de salir de un lupanar, ¿y pretende meterlo en un asilo para lunáticos? —exclamó mi abuela, mientras iba y venía sujetándose la frente, como si el peso de la decisión fuera demasiado para su viejo cuello flaco; finalmente dio una patada en el suelo que le hizo vibrar la cabeza, juntó las palmas debajo de la cara y me hizo regresar junto a mi padre—. Doctor, le agradezco toda la ayuda que nos ha prestado hasta ahora, pero hay un solo lugar donde mi hijo debe estar ahora, un solo lugar, y ese lugar es su casa.

Durante la semana y los días que siguieron, Pimmi fue una esclava de mi padre, y yo la ayudé mucho, aunque la situación me deprimía. No importaba lo que hiciéramos, ni lo que dijéramos o le enseñáramos, ya fueran sus antiguas pertenencias o las fotos de su boda con mi madre: su memoria no mejoraba. La casa le resultaba tan ajena como un asilo, y nosotros no éramos para él más que una enfermera y un cuidador. La única persona a quien echaba de menos, a juzgar por las periódicas crisis que nos obligaban a atarlo con una correa por una de las extremidades a la cama con dosel de mi abuela, era la prostituta llamada Madeleine, cuyo nombre gritaba.

Una tarde encapotada, más o menos al undécimo día, estaba más nervioso que de costumbre y yo le estaba acomodando una toalla debajo de la hebilla, en la muñeca, para que no le hiciera tan

to daño el roce. Después de rechazar a mi abuela empujándola con ambas piernas y de golpearme en la frente con el codo, se serenó de pronto sin razón aparente, con la mirada fija en un punto detrás de mí. Me volví y me sobresalté al ver una figura oscura.

Era una de esas mujeres sin edad. Podía tener veintitantos años o más de cuarenta, muy ajada si era cierto lo primero, o conservada por obra de algún milagro, si lo segundo. Llevaba la cara pintada con mucho colorido y poca habilidad. La sombra verde bajo las cejas restaba brillo a sus ojos verdosos y el potingue con que se untaba la cara le confería el aspecto de una muñeca de cera, impresión agudizada por las apolilladas pestañas postizas, medio despegadas. Su vestido, o más bien su falta de vestido, dejaba al descubierto las piernas, que hasta las rodillas eran flacas, pero a partir de ahí se ensanchaban, lo mismo que los agujeros de sus medias negras de rejilla. Llevaba una boa de plumas, enrollada sobre lo que supuse que debía de ser un impresionante canalillo y la fuente de penetrantes fragancias. Su principal baza era la larga melena, brillante, rizada y rojiza, aunque teniendo en cuenta los reflejos violeta, dudo que el color fuera natural.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—No creo haberla oído llamar a la puerta —intervino Pimmichen ásperamente.

—No he llamado —replicó la mujer.

—Entonces, ¿quién le ha dado permiso para entrar?

Hizo un ademán con el pulgar en dirección a mi padre, como si estuviera haciendo autostop:

—Me parece que ese de ahí.

—Madeleine, Madeleine —mi padre se estiró todo lo que le permitía la pata de la cama, para estrecharle cariñosamente las dos piernas con un solo brazo.

—Después de lo que le ha hecho a mi hijo, ¿cómo se atreve a presentarse aquí a cara descubierta? Bueno, no precisamente descubierta...

—¿Qué ha dicho?

—Que salga *ipso facto* de este hogar decente, llevándose su perfume barato.

—¡Anda! La vieja arpía todavía puede oler, aunque con ese cacho ver nariz, no me extraña. Lo que no puede es ver, porque si pudiera ver, se daría cuenta de que me he desvivido por su criaturita. Si todavía está vivo, tiene que agradecermelo a mí —añadió, mientras lanzaba a la espalda la plumosa cola (¿o sería la cabeza?) de su boa—. Gracias a mí no se ha muerto de hambre, ¿o me va a decir que está flaco? Y también lo he salvado más de una vez de recibir una buena paliza.

Se inclinó, dejando al descubierto sus carnosidades, y le dio a mi padre un beso en los labios. Tras desabrochar el cinturón, le inmovilizó la mano apretándola entre los dos muslos, y empezó a masajearle con ambas manos los cardenales del brazo.

En tono gélido, mi abuela declaró:

—Estoy al corriente de las bajezas que le hizo cometer y pienso ponerlo en conocimiento de las autoridades si no se marcha inmediatamente.

—No hacemos nada ilegal. Dígame el nombre de esas autoridades tuyas, y ya verá que las tenemos entre nuestros mejores clientes.

Apretó con fuerza los muslos para impedir que la mano de mi padre subiera.

—¡Ha obligado a mi hijo a presenciar sus ignominiosas fornicaciones! —exclamó mi abuela.

—Por favor, abuela, no te alteres —intervine—. Yo me ocuparé de esto.

—¿Habría preferido usted que diez gorilas por noche llamaran a su puerta trasera?, no sé si

entiende lo que le quiero decir. ¡Porque le aseguro que era eso lo que le esperaba! Lo rescaté de las garras de esa gente y lo llevé a nuestra casa, que es muy decente comparada con la otra. ¡Casi me matan! Y no vaya usted por ahí acusando, cuando no tiene ni puñetera idea de lo que está diciendo. El hombre estaba medio muerto cuando ellos lo encontraron, y nadie sabía qué nombre escribir sobre la tumba en la que estaba a punto de entrar. El daño se lo hicieron en el sitio de donde huyó: cárcel, campo de concentración o lo que haya querido el diablo que fuese.

—¡Madeleine es buena! ¡La mujer más buena que he conocido en mi vida!

Mi abuela y yo quedamos un poco desconcertados, porque aquellas frases eran las más coherentes que mi padre había articulado desde su regreso a casa.

Pero para entonces Pimmi estaba fuera de sí:

—¡En lugar de ayudar a un hombre necesitado, lo arrastró con engaños a su oprobioso comercio!

—Mire, abuela, lo único que hacíamos era trabajar juntos. ¿Alguna objeción? Yo hacía todo el trabajo sucio, si es eso lo que le preocupa. A su bebé nadie le ha tocado ni un solo pelo de la cabeza. Bueno, excepto yo —añadió con una ruidosa risa forzada, mientras le acariciaba las sienes, a las que aún no había llegado la calvicie—, y no sólo los de la cabeza.

Mi padre hizo restallar los labios, pidiendo otro beso. Yo di un puñetazo en la cómoda de mi abuela:

—¡Ya está bien!

Madeleine se desperezó, estirándose hasta el extremo de hacerme pensar que sus vaporosas prendas dejarían de contener algunos componentes de su anatomía, tomó a mi padre de la mano y empezó a recorrer pausadamente la casa, de habitación en habitación, con la plumosa boa ondulando tras ella como una larga cola, mientras estudiaba con sonrisa codiciosa cada detalle a su alrededor. Cogió un cenicero de plata y se lo frotó contra las medias para contemplar el brillo o quizá su propia imagen reflejada, antes de dejarlo donde estaba. Mi padre la seguía, encandilado, como si ella fuera una estrella de cine y él su más rendido admirador, mientras mi abuela y yo nos manteníamos unos cinco pasos más atrás, como vigilando a una carterista.

—Esta casa es de él, ¿verdad? —preguntó, arrancándose de su larga uña pintada algo que parecía un resto de fieltro azul marino.

—Ni lo sueñe —le advirtió mi abuela.

Yo le cerré el paso:

—Ya ha causado bastantes problemas. Creo que debería hacer lo que le pide mi abuela y marcharse, antes de que nos veamos obligados a recurrir a la fuerza.

Mi padre cargó contra mí blandiendo los puños.

—¡Te voy a partir la cabeza! ¡Te voy a destrozar! ¿Me entiendes? ¡Madeleine se queda!

Apoyó su frente contra la mía, echándome el aliento a la cara como un animal rabioso.

—¡Claro que sí, mi osito de peluche! No te pongas nervioso —le dijo Madeleine, pellizcándole la mejilla—. Chiiis, tranquilo, no te acalores. ¿Qué te parece si vas y me traes un cepillo? ¿Un cepillito? Ya sabes lo mucho que a Maddie le gusta que le cepilles el pelo. ¿Lo harás por tu pequeña Maddie?

Bastó una palabra suya para que mi padre se fuese de habitación en habitación, revolviéndolo todo con gran estruendo. Madeleine se arregló el pelo y miró a mi abuela con expresión triunfante.

—Y ahora, un par de comentarios sobre su situación, abuela —le dijo—. Mi osito de peluche

todavía puede tener hijos. Nadie lo sabe mejor que yo. Regla de oro número uno: mientras a una mujer le funcionen los ovarios, es como si tuviera una arma apuntándote a la sien. Regla de oro número dos: sé amable con quien se esté acostando con tu ojito derecho, porque las cosas pueden ponerse muy peliagudas para ti de la noche a la mañana. ¿Lo ve? No, no lo ve. ¿No hemos dicho ya que la vieja no ve nada? Pues yo sí que lo veo. ¿Y qué futuro veo en mi bola de cristal? Veo a un bebé que viene en camino... y a una vieja bruja que se va...

Con estas palabras, dio un empujón a mi abuela para que bajara la escalera. A decir verdad, mi abuela estaba intentando agarrarla a ella por el codo para llevarla hasta la puerta, pero la mujer se adelantó y la empujó. Antes de que lo hiciera por segunda vez, con mayor riesgo, la cogí por el indefinido contorno que con relativa precisión podríamos haber denominado el escote de su vestido.

—Déjela en paz o llamo a la policía —la amenacé—. Ésta es su casa.

—¿De ella? Yo creo que legalmente es de él. Ella no es más que una invitada. Ni siquiera es una inquilina, porque no paga.

—Mi padre no está en su sano juicio.

—Eso es verdad y usted lo sabe, mujerzuela desvergonzada —intervino mi abuela.

Mi padre salió por la esquina del pasillo y, con las dos manos, le tendió a la mujer el cepillo con mango de bronce de mi madre.

—¡Oh, gracias por este fabuloso cepillo! ¿De verdad es para mí? ¿Es mío, todo mío? —añadió, fulminándonos con la mirada—. ¡Qué detalle! ¿Querrás usarlo para cepillarle el pelo a Maddie?

—Claro que sí —respondió él, disponiéndose a cepillarle el pelo con unción religiosa.

—Por lo que veo, lo entiendes todo perfectamente, mi osito de peluche. A mí no me parece que no estés en tu sano juicio. ¿A que estás sanísimo?

Mi padre le sonrió lascivamente, mientras asentía con la cabeza, imitándola.

—No conseguiré engañar a nadie —logró articular mi abuela, pese al temblor que se había adueñado de todo su cuerpo—. Hasta un tonto puede ver lo que está intentando hacer: aprovecharse de un hombre mentalmente inestable.

—¿Mentalmente inestable? ¿Tiene papeles que lo demuestren? ¿Algún certificado oficial? ¡Calumnias y nada más que calumnias! Va a tener frío ahí fuera cuando se haga de noche. Aunque si lo necesita, puedo proporcionarle una dirección... Puede decir que va de mi parte.

Se acercó más a mi abuela, obligándola a retroceder otro paso hacia la escalera.

—¡Váyase o la echo yo! —exclamé, abriéndome paso hacia ella, hasta que estuvimos casi en contacto físico.

Madeleine me sonrió, como si mi amenaza hubiese tenido connotaciones sexuales. En ese momento, mi abuela gritó y yo me volví justo a tiempo para ver a mi padre, que se abalanzaba sobre mí blandiendo uno de nuestros jarrones chinos, suficiente para contener la tercera parte de mi altura. Si la prostituta no lo hubiese detenido con un gesto, nos habría hecho añicos al jarrón y a mí. Mi padre sólo esperaba una palabra suya para destrozarme.

—No estaba hablando de ti. Tú puedes quedarte —afirmó en tono de concesión, como si estuviera haciéndome un favor—. Pero una cosa ha de quedar clara: si él es el amo, no hay más que una señora en esta casa: yo.

Acompañé a mi padre a la habitación de mi abuela. Después, esa misma noche, cuando pasé

por el pasillo, vi a mi padre disfrazado con su chaqué y su cadena con broche de piedras preciosas, atado de pies y manos a los cuatro postes de la cama, sin oponer la menor resistencia a la actuación de ella, y digo *actuación* porque daba la impresión de que lo hacía más para los espectadores que para sí misma. Yo no habría mirado, pero sus alaridos rasgaban el aire, y además, la puerta estaba abierta de par en par.

Elsa pintaba más vigorosamente que nunca, y ya no le preocupaba que los días se le convirtieran en noches, o las noches en días. Sus autorretratos habían perdido sustancia, dejaron de ser muñecas de papel y se disolvieron en algo menos que reflejos en el cristal de una ventana invernal, para luego quedar reducidos a un mero residuo de luz. Sus flores adquirieron proporciones enormes y sus hojas disminuyeron paulatinamente hasta desaparecer, dejando tallos desnudos atravesados delante del cielo. Un día apareció una primera espina diminuta en una amapola, después púas doradas en un girasol, y el cielo sangró. Los tallos se disociaron de las corolas, y entonces creó una serie que consistía sólo en tallos, esta vez perfectamente rígidos. Una línea verde vertical en medio del azul. Líneas verdes paralelas, de pie, inclinadas.

—¿No notas algo, un detalle, que te molesta? —preguntó Elsa, frente a su caballete, dándome la espalda.

Recordé lo que aún no me había dejado ver.

—Veamos...

Me situé tras ella y le levanté el pelo de un costado. De un manotazo, me apartó.

—Para ya. ¿No te parece vacía la parte de abajo?

—La verdad, no.

—¿Qué crees que debería estar ahí?

—¿Un jarrón? ¿La tierra? Ni idea. ¿Las raíces?

—Una firma.

—Ah.

—Un *ah* muy importante. ¿Cómo vas a exponer unos cuadros si no los firmas?

—Disculpa, no... no lo había notado.

—Debes empezar a notar los detalles que nos salvarán o nos condenarán. Dios está en los detalles, como suele decirse.

—Entonces, ¿por qué no has firmado tú?

—Tiene que ser tu nombre.

—Puedes firmar tú por mí.

—Tienes que creerte que estos cuadros son tuyos. Tienes que sentir que eres tú quien los ha pintado. Tú eres el artista, Johannes, no yo. Serás tú quien dé la cara ante el público y los críticos para encontrar quien nos ayude, no yo. Recuerda que yo no existo.

Me puse a contemplar los cuadros con otra mirada.

—¿Y bien? ¿Te sientes capaz de firmarlos?

—Sé escribir, ¡lo sabes muy bien! ¡Deja ya de menospreciarme todo el tiempo!

—No quiero decir físicamente, sino artísticamente. ¿Sientes que estos cuadros son dignos de ti?

—Claro, ¿por qué no? Anda, pásame el pincel.

—Espera. ¿Cómo firmarás?

—Ya lo verás. Apártate.

—Los arruinarás. Tienes que practicar antes. Prueba con éste; si sale mal, no importará.

Las letras me salieron gruesas y los huecos no tardaron en llenarse de pintura. Elsa tenía aquel feo surco entre las cejas.

—Quedará mejor si abrevias tu nombre y firmas «J. Betz». Los artistas suelen cambiarse el nombre. Es parte de su manipulación de la realidad para adaptarla a su propio gusto —me dijo.

Pasé dos días ensayando.

—Demasiado pretencioso. Demasiado apocado. Johannes, ¿dónde tienes la cabeza? ¡Siempre estás pensando en otra cosa! ¡Tiene que ser un guiño al mundo de ahí fuera! Extiende la J. alrededor del Betz. ¡Engancha el Betz con la J.! Alarga la J. para que se apoye en el Betz. ¡Que se apoye, he dicho, no que se caiga!

Al final me dio su permiso para intentarlo. Apoyó la barbilla en mi hombro, como si la suya fuera mi segunda cabeza o quizá más bien la primera y única, porque la mía no contaba mucho para ella, y guió cada uno de mis movimientos. ¡Más abajo, no, más arriba! Me puso tan nervioso que no es de extrañar que me saliera como me salió.

Golpeando con su pequeño y pálido puño en la palma de la otra mano para enfatizar algunas palabras, se lamentó de mi torpeza. ¡Si la hubiera escuchado! ¡Ligera y florida! ¿Acaso era incapaz de distinguir entre «J. Betz» (en tono alegre y agudo) y «J. Betz» (en tono grave, lento y pesado)? Tras oírla repetir el efecto sonoro una o dos veces más de lo estrictamente necesario, pinté un trébol en el trazo vertical de la J. y le pregunté si así le parecía más ligera y florida la firma. No me dirigió la palabra durante dos días, o quizá fui yo quien no se la dirigió a ella, pues yo también guardé silencio. A la mañana del tercer día, cuando subí con la bandeja del desayuno, encontré los otros nueve cuadros alineados en el suelo, en filas de tres. Sabía que era la máxima disculpa que podía esperar de su parte. Los firmé sin ningún consejo suyo; ella incluso se obligó a mirar hacia otro lado mientras yo trabajaba de rodillas. En lugar de agradecerme cuando hube terminado, lo único que tuvo el descaro de decir, después de echar una mirada furtiva a las firmas por el rabillo del ojo, fue que si me hacía famoso, sería gracias a ella.

El éxito en Viena, según le hice creer, fue inmediato. Después de la primera supuesta inauguración, le dije que había recibido ofertas de Ernst Köhler, un cazatalentos de Berlín, de Engelbert Stumme, un entendido de Tréveris, y de Herbert Ranzenberg, de la Galería de Bellas Artes de Innsbruck, quien había señalado lo *mucho* que ocultaban las sencillas formas de mis cuadros. «¿Acaso no hay *mucho* escondido en las formas sencillas de nuestros corazones y en los simples cuadrados de nuestras casas?», le había respondido yo.

Elsa se regodeaba durante horas, sin la menor modestia, en palabras como «conmovedoras», «poderosas», «originales», y me las hacía repetir una y otra vez, sin prestar atención a otras, como «incompletas». Visto su insaciable interés por las opiniones de los críticos, me quedó claro que estaba empezando a olvidar la razón que yo había esgrimido al principio para convencerla de que pintara. Sus obras se habían convertido en arte por el arte.

Las exposiciones se sucedieron a lo largo y ancho del mapa. Fingí conocer fama, aclamaciones y admiración. Dije estar acostumbrado a las sonrisas intimidadas y a que la gente se sintiera halagada cuando accidentalmente le pisaba un pie. Siempre era el último en marcharme, para disfrutar del silencio final, antes de salir atravesando una alfombra de colillas aplastadas y

huellas superpuestas. Miré cómo cerraba ella los ojos para visualizar la belleza, la grandiosidad de estar a mi lado en Casablanca, El Cairo, Roma o Volkstadt (la antigua Stalingrado), sorbiendo champán en las abovedadas galerías de arte y apartando con los codos a la multitud. Mientras tanto, yo la veía viajar a todos los rincones del mundo, allí sentada, con sus arqueadas piernas estiradas en el suelo de una desordenada habitación de una buhardilla.

Elsa me entregó un lienzo azul que representaba el cielo. Esta vez mi firma tenía que ser azul, para que casi no se viera, para que sólo pudieran verla quienes supieran dónde mirar. Bajé los fríos peldaños de piedra y tuve que forzar la puerta, por todo lo que había detrás. Ya casi no podía entrar en el sótano. Soplando, aparté todo el polvo que pude de los lienzos acumulados en el espacio que me rodeaba, y desgarré las telarañas recientes que tenía a mi alcance. Con gran esfuerzo, metí el último cuadro entre los otros. Tuve que forcejear bastante, casi una hora, antes de conseguir que la puerta cerrara otra vez.



## **Tercera parte**

## XVIII

Vestida con la bata de mi madre, Madeleine tomaba el desayuno como era su costumbre en el cuarto de mi abuela, donde pasaba la mayor parte del tiempo, o mejor dicho, en la cama con dosel de mi abuela, que había convertido en su centro permanente de nidificación. Por su causa, Pimmichen había tenido que trasladarse a la habitación de mis padres. En la de mi abuela, el humo de tabaco formaba una nube espesa como la crema de guisantes, o quizá no tan opaca, porque no me impidió reconocer en su escote un collar con un medallón de zafiros que mi padre le había regalado a mi madre en su décimo aniversario de bodas. El rencor que ella esperaba se desbordó por mis ojos y le produjo un intenso placer. Puede que mi actitud parezca debilidad, pero lo que motivaba mi indecisión ante ella era ver que mi padre, por mucho que me costara admitirlo, estaba mejorando gracias a su compañía.

—Tráeme otro cenicero, ¿quieres? Uno de plata. Éste de cristal me pesa demasiado en las rodillas.

—Sí, Maddie, ahora mismo.

—¿Me revuelves el café? Aún no se me han secado las uñas. ¡Caray, me has quemado! Tienes que aprender a ser más cuidadoso, cariño.

Levantó la mano en un gesto histriónico, como si estuviera ensayando para que se la besara el zar. Mientras mi padre le besuqueaba el café derramado, ella fijó en mí una mirada equívoca que me hizo sentir incómodo, sobre todo porque había bajado para decir algo y me encontré allí de pie como un imbécil, sin poder recordar lo que quería decir.

Madeleine se volvió hacia el espejo decorado de la chimenea, del otro lado de la habitación, se arregló la melena roja apartándose algunos mechones de la pechera, que acababa de adelantar con una profunda inspiración, y habló dirigiéndose al reflejo de mi padre, que esperaba obedientemente sus órdenes junto a la cama.

—Cariño, ¿me harías el favor de enrollar esa alfombra persa y llevártela? ¡Esas volutas, o como sea que se llamen, me producen jaqueca!

Mi padre levantó una pata de la cama, con ella encima, retiró la alfombra y la arrastró fuera de la habitación.

—¡No te vayas demasiado lejos! ¿Ves ese cacharro de ahí arriba, esa cosa dorada con alas...?

Mi padre lo cogió con la mano derecha, mientras con la izquierda se pellizcaba la nariz, entre los ojos, en el lugar donde solían molestarle las gafas de lectura.

—Sí, eh... el... ¿el péndulo?

—El péndulo, eso es. Ese maldito trasto debe de tener hipo crónico. Tengo la cabeza como un tambor. Mételo en un cajón. No, todavía lo oigo, llévatelo. Pero antes de irte... ¿te importaría descolgar ese retrato? Verla tan joven me hace retroceder un siglo cada vez que lo miro. Ya no sé

en qué época vivo.

—Ya te lo he dicho. No me importa hacer nada si es para ti.

Con la moral más baja, si cabía, que en los últimos tiempos, arrastré los pies hasta la cocina para preparar el desayuno de Pimmi y de Elsa: té recalentado y pan viejo. El café y los terrones de azúcar que Madeleine compartía con mi padre eran, como anunció en voz suficientemente alta para que la oyéramos, gentileza de un viejo amigo. Por lo que pude colegir, los tenía por toneladas, me refiero a los viejos amigos. Pimmichen salió de detrás del aparador de la cocina y me agarró de la muñeca. Vestida y lista para salir, me informó:

—Ahora mismo nos vamos a ver al doctor Gregor. Esto tiene que acabar.

—Ah, *Frau* Betzler, Johannes... Cuánto me alegro de que hayan venido. Así no tendré que enviarles esto.

—Espero que sea el certificado que necesito para poner a mi hijo en mejores manos.

—¿No decía que era lo mejor para él estar en las tuyas? No, se trata de los análisis de laboratorio de *Herr* Betzler.

Mi abuela se los quitó de las manos y se los acercó a la nariz.

—¡No me diga que esto de *gonococcus bacterium* significa que padece una enfermedad venérea!

—Tendrá que recibir tratamiento, tomar antibióticos.

—¿Un picor en sus partes?

—Algo un poco más serio, pero nada que vaya a matarlo.

—¿Conoce usted a la fulana que se lo contagió?

—Personalmente, no.

—Sí, es esa Madeleine de la que nos habló. Está en casa con él. Tiene que venir a ver con sus propios ojos lo que está pasando y, si Dios quiere, hacer algo al respecto. Por eso he venido a verlo.

—Convendrá que la examine también a ella, para ver si está infectada.

—Usted límitese a examinar su conducta, que ya es suficientemente enfermiza. Es una condena. Lévese a mi hijo, enciérrelo. Haga lo que sea preciso para alejarlo de ella.

—¿Ha empeorado *Herr* Betzler?

Mi abuela se volvió hacia mí en busca de ayuda y, tras una pausa, el doctor Gregor también se me quedó mirando expectante, con los brazos cruzados.

—Verá —dije yo, luchando por encontrar las palabras—, en realidad ha mejorado desde que está con ella. No han vuelto a darle ataques y, para ser sinceros, habla mucho mejor que antes. Lo que mi abuela quiere decir, creo, es que esa mujer, Madeleine, hace lo que quiere con él, lo tiene dominado. Para él no cuenta ninguna otra cosa, y mucho menos nosotros.

La expresión desaprobadora del doctor Gregor hizo que mi abuela se asomara a la ventana para mirar nuestra casa.

—¿No le parece normal que así sea, si no tiene memoria de ustedes y sólo la tiene de ella? ¿Están claros sus verdaderos motivos para querer confiarlo a una institución? ¿No tendrán algo que ver los celos en este cambio de parecer? ¿Sólo el bienestar de su hijo? Acostumbro a recomendar una institución solamente cuando considero que las atenciones del personal especializado redundarán en beneficio del paciente. Ya le he dicho que prescribo medicinas, no principios morales.

—Usted venga a ver, doctor —replicó Pimmichen con una mueca irónica, arrastrando a izquierda y derecha su calzado ortopédico, sin quitar la vista de nuestra casa—. Venga a ver...

El doctor Gregor nos siguió hasta la puerta del cuarto de mi abuela, donde los dos nos quedamos boquiabiertos. No sólo estaba hecha la cama, por primerísima vez, sino que el mobiliario y los efectos personales habían sido reordenados (o eliminados, en particular los de mi abuela), lo cual confería una mayor amplitud a la habitación. Mi padre estaba muy cerca, en el pasillo, montando sobre sus rodillas las piezas de un taladro manual. Había alineado las brocas por orden de tamaño y algo en su actitud me hizo pensar que estaba jugando con soldaditos de plomo. Nos miró brevemente con leve curiosidad, o tal vez con un aire de confusión que no acababa de disiparse, y asintió con la cabeza, antes de volver a lo que estaba haciendo. Otra novedad.

Había un olor familiar que no conseguí identificar: fragante, reconfortante. Lo seguimos hasta la cocina y quedamos estupefactos ante lo que vimos. Madeleine estaba recostada en nuestra silla de la cocina, desnuda como vino al mundo y con las piernas apoyadas en la encimera, usando nuestra espátula de madera para untarse la sustancia que estaba calentando en un cazo. El material en cuestión le formaba sobre el labio superior el bigote de un mariscal de campo y le enmarcaba el vello púbico, convirtiéndolo en envejecida barba triangular. Sorprendida al vernos, experimentó un genuino sobresalto y por una fracción de segundo hubo fragilidad en su mirada, aunque de inmediato recuperó su habitual rudeza y echó al cazo otro de los cirios de Pimmi.

El doctor Gregor se despidió de Pimmichen con una breve instrucción:

—Indíquele dónde está mi consulta.

Mi abuela inspiró profundamente para henchir el torso, cambio morfológico que casi automáticamente le dejó las manos apoyadas en las caderas.

—¡Exijo decencia en esta casa!

—¿Acaso usted cree que unas piernas peludas y un matorral en la entrepierna son decentes? —le replicó Madeleine con brusquedad, mientras pinchaba el cirio con la espátula para que la cera se tundiera más de prisa.

—¡Calle, horrendo vehículo de enfermedad! —exclamó Pimmichen, esgrimiendo la receta del doctor Gregor delante de su cara, hasta pegársela en el bigote, donde la dejó colgada. Madeleine se la arrancó.

—Mira quién fue a hablar. Usted tampoco parece muy sana, vieja arpía.

Para desviar la vista de su cuerpo, recogí de la encimera una tira de cera fría y me puse a examinarla. Me recordaba a un ciempiés, un cuerpo liso con docenas de patitas negras por debajo.

—¡Así es usted en realidad! —le contestó mi abuela, mientras recogía del suelo otros ciempiés similares y se los echaba a la cara—. ¡Es un animal! ¡Un animal! ¡Peluda como un animal!

—Eso ha sido un golpe bajo.

—¡Como las bajezas a las que usted se dedica!

—¿Y qué me dice de sus... bajezas? Llenas de telarañas, ¿no? ¡Le hará bien morir! ¡Los gusanos serán el primer ser vivo que se mueva por ahí abajo desde hace un siglo!

Madeleine intentó ponerse en pie, pero la cera aplicada a la cara inferior de sus piernas se había endurecido, adhiriendo dolorosamente —a juzgar por su chillido— esa parte de su anatomía al lapizado de la silla, lo cual le confería la penosa apariencia de un insecto medio aplastado que

sacudiera sin control las cuatro patas traseras.

—¡Osito! ¡Ven de prisa! —gritó a pleno pulmón.

Esta vez, Pimmi no aguardó la reacción de mi padre, pues ya sabía lo que podía esperar.

—¡Está bien! ¡Me iré yo! Ya encontraré algún lugar donde vivir y morir en paz. La decencia no tiene precio, y eso es algo que usted nunca sabrá.

La seguí, mientras recorría la casa despotricando a gritos y guardaba los artículos más dispares en el viejo baúl de cuero con sus iniciales grabadas —de los que antaño tenían los ricos cuando disponían de sirvientes para cargarlos—, fatigándose más de la cuenta en nombre de la decencia. Nada de lo que hice o dije consiguió hacerla cambiar de idea. El dolor en el pecho, sí. Se sentó al borde de la otomana, el único asiento firme que había en su tocador, y se llevó la mano al costado. La convencí para que me dejara deshacer su equipaje y ayudarla a acostarse. En cuanto logré que se tranquilizara, vio lo que había en las paredes.

—¡Habrás visto desfachatez! ¡Se ha traído su remedo barato de arte aquí, *chez nous*! ¡Ya se está llevando esos cuadros a su casa de lenocinio! ¡Allí es donde deben estar esas llagas, esos ultrajes a la vista! ¡Para combinar con las pústulas que tienen esas fulanas en otros sitios! ¿Qué se ha creído ésa, que nos hace un favor trayendo a casa esa basura de ínfima categoría? ¡Oh, no, pero qué estoy diciendo! ¡Basura de primera categoría! *Quelle merde*! ¡Qué emplastos! Un chancro es más bonito de ver...

—Pimmi, ya basta. Son míos. No sé... no sé cómo han llegado hasta aquí.

—¿Eh? ¡Ah!

Le costó un gran esfuerzo sonreír.

Fui a buscar las gafas que me pidió, a sabiendas de que eran una excusa para sobreponerse. Supe que era mala señal, cuando volví y me la encontré con uno de los lienzos vuelto de lado, adelantándose y retrocediendo sobre sus piernas temblorosas, y recurriendo a la raquílica ménsula de tres patas para equilibrarse cada vez que ladeaba la cabeza.

Le di la vuelta al cuadro para colocarlo en la posición correcta.

—Los tallos bajan —observé.

—¿Son tallos?

—De los girasoles. Mira.

—Pensé que eran cometas en el cielo. ¿No son cometas?

—Se supone que yo sé lo que son, ¿no crees?

—Disculpa, pero ¿qué son esas cintas verdes en las colas de las cometas?

—Son hojas.

—A mí me parecen cintas. Las hojas no crecen así, una al lado de otra, dispuestas a intervalos regulares como los peldaños de una escalera. Mira qué pequeñas son, no guardan la menor proporción con esas flores tan desmesuradas. ¿Y la mujer? ¿Le ha pasado por encima un rodillo de amasar? ¿Quieres mis gafas?

Me las tendió, y al ver que no las cogía, se sentó, sin aliento, con el puño apoyado a la altura del corazón.

—Virgen santa. Entonces era esto lo que hacías allá arriba durante todos esos días. Vaya por Dios.

Me sentí exactamente como si hubiese sido yo el que había aplicado laboriosamente un millar de tubos de pintura sobre otros tantos lienzos. Me olvidé completamente de Elsa. Estaba solo para

defender mi obra. Como los cuadros llevaban mi firma, eran míos, total e indivisiblemente míos. Me quedé mirando mis fracasadas obras, sintiéndome desgraciado e incomprendido.

—Bueno, no tienes por qué prestar atención a una vieja flor llena de espinas como yo, ya sabes que mis raíces son demasiado profundas para que pueda comprender las formas modernas de expresión que inventáis los jóvenes. No está mal para un principiante —añadió, antes de toser un par de veces—. Pero te sugiero que pases más tiempo en el jardín, mirando las hojas de verdad, y que salgas a conocer gente real. Estás demasiado tiempo encerrado en esa pequeña habitación, atestada con todos tus lienzos y Dios sabe qué o quién más. Se te ha olvidado cómo es la vida real.

Cuando me quedé solo, apoyé la cabeza en el pasamanos, incapaz de subir y mirar a Elsa a la cara, después de que la verdad me hubo sido revelada con tanta franqueza. Las palabras de Pimmi me abrían las carnes: mis cuadros eran llagas, emplastos. Después de todo, quizá fueran eso y nada más, repugnantes vendajes viejos para todas mis heridas sangrantes. Madeleine me sorprendió, asomándose al hueco de la escalera.

—¿No sabías que tenías tanto talento? —me preguntó desde el piso de arriba. Yo me la quedé mirando, incrédulo, mientras ella se acercaba a mí con una mirada tan llena de admiración que casi tenía algo de religioso—. Si alguna vez lo necesitas, puedo posar para ti —añadió—. Ya lo he hecho para un montón de artistas. Me he sentado en sus cubos, desnuda como un pajarito muerto de frío, porque ya sabes que esos tíos nunca tienen dinero para la calefacción. Lo hago solamente cuando me gusta su trabajo... Y lo que tú haces me gusta. Me gusta mucho.

Detrás de las pestañas apolilladas, la rudeza y las plumas, vi por segunda vez a la persona escondida, un ser humano con expectativas triviales y sueños sin sentido, como todos los demás. Ella también me estaba viendo bajo una nueva luz, la halagadora luz del artista, que tras las críticas de Pimmichen hizo todo su efecto; me encontré incapaz de hablar, de moverme o de respirar, y cuanto menos lo hacía, más adquiría el momento cierta calidad de global, repleto e incluso congestionado, aunque ninguno de nosotros hacía nada, excepto estar allí de pie, con los brazos colgando a los lados del cuerpo. Ambos necesitábamos únicamente atrapar esa minúscula criatura que planeaba invisible sobre nuestras cabezas y arrebatarle esa cosa impalpable e inexpresada que transportaba con sus alas transparentes, esa cosa que no comprendíamos del todo, pero que de algún modo debía de ser —así lo intuíamos— el regenerador de las esperanzas fugaces y volátiles, el momentáneo rechazo de la muerte y de nuestra vulnerabilidad aquí en la tierra, la forma de plantar cara a todos los misterios que nunca resolveríamos, los planes que nunca llevaríamos a término y los sueños universales que nunca se harían realidad. Levantar un brazo para atraparla fue como levantar el puño para desafiar al cielo, concedernos esa dulce fuerza salvaje de nuestro ser absoluto y consumado, ese suave, chispeante y sublime momento en que fue nuestra para aferrarla, ese preciso instante en que la sentimos estremecerse, viva, blanda, burbujeante, zumbadora, vibrante, apretados nuestros puños aferrando la vida, antes de sentir su agujijón y dejarla ir.

Subí la escalera. Ya era de noche.

Durante mucho tiempo había necesitado mi brazo más corto para equilibrar la bandeja, pero para entonces me había convertido en un auténtico profesional y podía llevarla sólo con el bueno, con el otro a la espalda, como los camareros. Aprendí a girar el picaporte y a empujar la puerta con el pie, sin volcar la bandeja con la rodilla ni dejar que la servilleta acabara bebiendo más té que Pimmi o Elsa.

—¡El desayuno...! —anuncié en mi acostumbrado tono cantarín.

La cabeza de Pimmichen colgaba al borde de la cama, un arco de la dentadura le sobresalía de la boca y los hilos de saliva llegaban prácticamente hasta el suelo.

—¡Abuela!

Dejé caer todo lo que llevaba, me apresuré a desabrocharle el botón del cuello del camisón y le quité la dentadura postiza.

Mis sacudidas le revivieron los ojos en dos asustadas hendiduras.

—Aquí estoy contigo, todo está bien.

Centró la mirada ligeramente a mi izquierda, mascullando «¿Wilhelm? ¿Wilhelm?» con la boca desdentada.

—No, soy Johannes. ¿Pimmichen? ¿Me oyes?

—Oh, oh.

—Respira profundamente. Así, muy bien...

Después de lo que para alguien joven y agitado como yo pareció una eternidad, mi abuela hizo un esfuerzo para hablar. Tuve que acercar el oído para distinguir lo que decía, porque de sus labios parecían salir más suspiros y carraspeos que palabras.

—Cariño... no te hagas demasiadas ilusiones, debes trabajar en alguna otra cosa. Cometí un error animándote. Me temo que vas a quedarte sin nada —dijo, aferrándose de la manga, para que no me apartara hasta que hubiese terminado—. Tienes que conseguir un trabajo, un trabajo remunerado. Con otros empleados. He sido egoísta, que Dios me perdone, quería tenerte aquí conmigo, me sentía sola, sin más familia que tú. Ahora tienes que cuidar de tu padre, debes conseguir un empleo y olvidarte de todo lo demás.

Me soltó y se dejó caer en la cama. Yo estaba confuso, herido en mi orgullo e irritado.

—Tú no te vas a ninguna parte, abuela.

—Los oigo ahí arriba, cantando, con las manos unidas en un corro: tu abuelo, tu madre, tu hermana. Tengo que abandonar este envoltorio, pero has de saber que te quiero y que siempre te he querido.

—Todavía te queda mucha guerra que dar.

—He visto una sombra. No me queda mucho tiempo.

—¿Qué es lo que has visto?

—Una sombra. Abrió mi puerta, se quedó ahí de pie, en el hueco de la puerta, mirándome a la cara. No hay error posible. La muerte está batiendo las alas.

—¿Una sombra?

—En medio de la noche. Una forma. Abrió la puerta, me miró y se marchó. Fue un aviso, ha llegado la hora de decir mis últimas plegarias.

—¿Cómo has podido ver una sombra en la oscuridad?

—La vi. Te dejaste encendida la luz de la biblioteca, vi perfectamente sus contornos. Vino a mí.

—No me dejé ninguna luz encendida. Comprobé todas las luces de la casa antes de subir. Si me la hubiese dejado, todavía estaría encendida. A menos que tú te hayas levantado a apagarla.

—Se la habrá dejado esa fulana.

—Ésa no ha leído un libro en su vida.

—En ese caso, no era una luz de este mundo, sino del otro. ¡Ay, Virgen santa! *Adieu* —se despidió. Me acarició una mejilla y cerró los ojos.

—Te estás comportando como una lunática.

—Silencio, Johannes, me distraes. Mi alma debe elevarse.

—Te aseguro que estás confundiendo las cosas, aquí no hay nadie que esté batiendo las alas.

—El día que confunda a una fulana con un ángel estaré muerta.

—No ha sido un ángel ni una sombra, te lo aseguro.

—Ayúdame a irme en paz.

—Tú no te vas a ningún sitio.

—Tienes que ser fuerte, cariño.

—No ha sido quien tú piensas.

—Llámalo como quieras. Una presencia materializada. Un ser.

—¿Una!

—Un, una, ¿qué más da? La muerte no tiene sexo.

—Pero ella sí lo tiene. ¡Vaya si lo tiene!

—Te he dicho que no ha sido ella.

—No me refiero a Madeleine. Me refiero a...

Muy lentamente, mi abuela abrió un ojo.

—¿A quién?

—Bajó a buscar un libro. Me pidió que le llevara uno antes de irme a la cama y le dije que no. ¡Maldita sea! ¡Sabe perfectamente que no puede bajar!

—¿De quién demonios estás hablando?

—De Elsa.

—¿Elsa?

—Se llama Elsa, no Edeltraud.

—¡Johannes, tú no estás bien! —exclamó mi abuela, uniendo las manos en señal de intensa preocupación—. Debes prometerme que irás a ver a un especialista.

—Escucha, abuela...

—Escúchame tú a mí, jovencito. Esto ha ido demasiado lejos. Estás enfermo, y no me refiero a tu cuerpo, que está perfectamente curado; en ese sentido no tienes ningún problema. Lo que quiero



decir es que padeces algún tipo de dolencia mental, un trauma psicológico.

—¿Te acuerdas de la niña que tocaba el violín con Ute?

—No, y no quiero oír ni un solo disparate más.

—Papá y mamá la escondieron durante la guerra. ¿No lo sabías?

En la mirada de Pimmichen había miedo y confusión, no sabía si creerme o no, o tal vez no quería hacerlo.

—Pues bien —añadí—, todavía está arriba. No le he dicho que perdimos la guerra.

Mi abuela estaba en estado de choque, no sé si ante la verdad o ante mi confesión, que la vinculaba a mi mentira. Recorrió mi cara con la mirada, el miedo reflejado en sus ojos.

—Tú no estás bien. Si lo que dices es verdad, ¿cómo ha vivido ahí todos estos años? ¿Alimentándose del aire?

—Mamá la cuidaba y papá la ayudaba cuando podía, y yo me he ocupado siempre desde entonces.

Con unas cuantas muecas y varias torpes sacudidas, consiguió incorporarse, agarrándose a mi camisa como apoyo.

—¿Todos estos años?

—Sí.

—Johannes, la Gestapo la habría encontrado, sabían lo de tus padres. ¿Dónde ibas a esconder tú a esa niñita?

—No es una niñita, abuela. Es una mujer.

—Ya no existe, nunca llegó a hacerse mujer —dijo mi abuela, enjugándose los ojos acuosos.

—Tú misma la oíste en el cuarto de invitados, te caíste por la escalera.

—¡No te inventes lo que no es! Aquel día había palomas arriba, que habían anidado ahí porque tú dejabas la ventana abierta. Palomas, lo recuerdo muy bien... —replicó, sacudiendo delante de la cara las manos cubiertas de pecas, como si cientos de palomas se precipitaran sobre ella.

—Está viva.

—En tu memoria.

—En esta casa. Está viva como tú y como yo.

—Y tú estás enfermo, ¡debes tener cuidado con lo que dices! ¡Y mucho más con lo que haces! ¡Podrías meterte en un lío o hacer que te encierren durante el resto de tu vida, si vas por ahí contando esas cosas!

—¿Quién iba a encerrarme? Soy un héroe, la estoy protegiendo, sólo que la he retenido un poco más que los demás, por si acaso. El mundo no es de fiar.

—La culpa habla por tu boca, Johannes. Puede que desees haber ayudado a esa niñita. Te sientes culpable por omisión, por todo lo que no has hecho.

Pasó largo rato tratando de convencerme de lo que era y lo que había sido. Increíblemente, yo mismo llegué a dudar. La situación real, la verdad, se me antojaba irreal: que hubiese habido una guerra, que Austria estuviera ocupada, que mi padre no fuera más que una marioneta en manos de una prostituta, en nuestra propia casa convertida en guñol, y que aquel otro hombre, el que había acaparado mi admiración infantil, se hubiera suicidado junto con su amante en una aurora de dramática teatralidad, al día siguiente de pronunciar los votos del matrimonio. Imaginé a Eva Braun tragando el veneno al tiempo que el Führer se disparaba en la sien, mientras Martin

Bormann salía del búnker corriendo y gritando: «¡Hitler me ha nombrado nuevo amo del Reich! ¡Hitler me ha nombrado nuevo amo del Reich!», para después perderse entre las ruinas de Berlín y nunca más ser visto. Todo era demasiado demencial. Ni siquiera mi propia vida parecía real, ¿cómo podía serlo la de Elsa? Sí, también su existencia me parecía irreal. Aquellos años fueron absurdos, a todos se nos desplazaba el sentido de la realidad, lo mismo que los tabiques de las paredes.

Subí lentamente un peldaño. Subí otro, con idéntica lentitud. Sentí el peso de mi pierna. La dureza de la madera debajo del pie. El pasamanos era sólido; el picaporte, duro. La puerta era pesada y, por tanto, permanente. De detrás emanaba un olor a pintura y trementina. La empujé para abrirla. Abrí los ojos. Y miré. Allí, en la cúspide de su éxito, estaba ella, inconsciente, con una espesa mancha de pigmento verde desvaído rodeándole la boca. Tenía los brazos trágicamente extendidos, uno por detrás de la cabeza y el otro a un lado, aferrando el tubo vacío. Dudé de que todo aquello hubiese pasado. La mancha verde alrededor de su boca se extendió, haciéndose más grande. Ella no era real, nada de eso había sucedido, no, no era posible. Estuve un rato contando, pero no desapareció. La empujé con un pie y rodó sobre su espalda. Ella también era sólida, pesada, real. La pintura verde se derramó de su boca sin prisas, formando burbujas. La estreché entre mis brazos, sabe Dios qué hice. Le abofeteé la cara, le apreté el vientre, traté de levantarla por los pies. Hubo más verde en el suelo, y después naranja, amarillo, azul. Al poco resbalábamos encima, y con los resbalones, el suelo se convirtió en un mejunje oscuro y caótico, al igual que ella, que parecía hecha de arcilla.

La elección estuvo en mis manos en ese momento, la cuestión de su existencia fue mía. Ella era tan mía como si la hubiese modelado yo mismo, como si hubiera sacado sus contornos apretando una masa informe y hundiendo en su cabeza dos dedos para hacerle los ojos, y el pulgar para la boca. Podía volver a hacer de ella una bola, del mismo modo que podía completarla, modelando cada uno de sus rasgos. No la abandoné. Me quedé a su lado las veinticuatro horas del día, desde el viernes hasta el lunes, purgándola, curándola y nutriéndola. El lunes por la mañana pudo moverse otra vez por su propia voluntad y no sólo por la mía. Abrió los ojos ávidamente; la figura de fango cobró vida, no dijo nada, pero contempló arrogante su pie, que se agitaba de lado a lado. Ya no luchaba por sobrevivir, luchaba por recuperar las fuerzas.

Como me había apartado de ella lo menos posible, la habitación estaba mugrienta. La pintura que manchó la colcha, las paredes y la cortina estaba reseca; se habían acumulado varios recipientes, y su contenido presente o pasado había dejado las correspondientes manchas circulares encima de los muebles. Estiró su arqueado piececito hasta conseguir lo que quería. Volcó una botella de leche que estaba sobre un baúl a los pies de su cama, junto con una vela que yo había puesto para atenuar los olores acumulados. Le di la leche que no se había derramado, y ella se la bebió, antes de dejar caer la botella. Más leche y un reguero de cera blanca endurecida se añadieron al inventario de manchas.

Cuando se hubo dormido, intenté sobreponerme y recordar las cosas que había que hacer. Tenía que limpiar la casa, pagar las facturas acumuladas, redactar algunas respuestas administrativas, conseguir las medicinas de mi padre, averiguar si mi abuela necesitaba algo del centro, aprovechando que tenía que ir al correo... ¡Pimmichen! Desde el viernes no le había llevado nada, ni siquiera un vaso de agua.

Bajé corriendo. Madeleine estaba fumando en la cama, con las piernas levantadas sobre los

cojines del sofá, que se había llevado a la habitación, y acariciando la cabeza de mi padre, que éste había apoyado sobre su vientre. No reaccionó ante mi irrupción, excepto por cierta expresión extraña en su cara, un gesto satisfecho o quizá divertido, mientras exhalaba el humo. Se me había olvidado que aquella ya no era la habitación de mi abuela, y volví a subir corriendo. La puerta del cuarto de mis padres estaba entrecerrada y reinaba el silencio. Me acerqué, alternando el miedo con la esperanza, la esperanza con el miedo, como si cada paso cambiara mis emociones. Su rostro de escayola arrugada parecía sereno, y tenía las manos unidas en una plegaria. Las mil pequeñeces de su vida quedaron resumidas en aquella única y definitiva escultura.

Mi abuela no tuvo el funeral que había soñado, ni por la ropa (su vestido de bodas ya no le estaba bien), ni por el número de personas presentes. Su hermano mayor Eggert había muerto hacía siglos y Wolfgang, el menor, estaba de misionero en Sudáfrica. En los últimos diez años sólo habíamos tenido noticias suyas dos veces. Encontré las señas de sus antiguas amigas y conocidas entre las páginas medio sueltas de su agenda, pero preferí no avisarlas, por miedo a que vinieran a visitarme imprevistamente cuando supieran que me quedaba solo. Incluso era posible que alguna me preguntara si su hijo o su nieto podían venir a vivir conmigo para combatir mi soledad, o me propusiera que le alquilara una habitación a algún miembro de su familia, ya que, después de todo, ¿para qué quería yo una casa tan grande para mí?

Solo y sin ayuda, tuve que hacer frente a los aspectos económicos del funeral, que resultaron ser tan onerosos como crueles. Cada detalle tenía un precio: la parcela en el cementerio, el almacena miento del cadáver en la morgue, el ataúd, que podía ser forrado o sin forro, de madera noble o corriente y, por tanto, menos resisten te a los elementos, labrado o completamente liso, con las asas de bronce o de alguna aleación industrial más barata. Ojalá hubiese podido tomar decisiones racionales. Me repetía que mi abuela estaba muerta y que para ella daba lo mismo una cosa que otra. Aun así, las consideraciones económicas me pesaban, como para demostrar que no me importaba mi propia abuela, algo que el empresario de pompas fúnebres estaba acostumbrado a aprovechar en su beneficio.

La capilla de Santa Ana estaba lejos, en el decimoséptimo distrito, una zona de bosques, viñedos y refugios de aves. Sólo el anciano cura, mi padre, el doctor Gregor y yo estuvimos presentes y, si aún podíamos contarla, también ella, Pimmichen, en una caja cerrada, cubierta de coronas de gladiolos de dulce fragancia. La cantata de Johann Bach *Reposad ahora, ojos cansados* sonó en la iglesia tal como había sido su deseo, pero interpretada por un barítono y un organista contratados, de talento más bien moderado. No fue el órgano de setecientos tubos que ella había soñado, pero tampoco un armonio de dos octavas. Pese a su avanzada edad, el sacerdote agitó el incensario con el vigor de un joven acólito y, tras hundir el hisopo en agua bendita, lo sacudió con energía suficiente para asperjarme incluso a mí. Lamentablemente, habló sobre todo en latín, por lo que su sermón resultó bastante impersonal, al menos desde mi punto de vista.

La fugaz atención de mi padre se dispersó aún más cuando entró en la iglesia un grupo de turistas norteamericanos, probablemente familiares de algún ocupante de los sepulcros. Podía entender sus sonoros susurros mejor que el latín, mientras recorrían los pasillos admirando las figuras labradas en los bancos («¡venid a ver qué muñequitos tan monos!») y los tapices («esas

fabulosas telas antiguas que todavía conservan»).

—¡Mirad, están celebrando un funeral! —oí que comentaba una mujer de aspecto maternal. Mi padre miró; de hecho, seguía con la mirada la dirección que marcaba cada dedo extendido.

Los sepultureros movieron las palas. Para ellos, era un trabajo manual como cualquier otro. En un santiamén, la lápida de mi abuela le estaba haciendo compañía a la de mi abuelo. De ese modo, ninguno de los dos pareció estar tan solo. Al sol del verano, reflexioné sobre la inscripción:

Hans Georg Betzler, 1867-1934  
Leonore María Luise Betzler, de soltera Von Rostendorff-Ecken,  
1862-1949

Me dije que era hermoso para una pareja yacer en una misma tumba, creaba una ilusión de felicidad completa y les aseguraba a ambos el eterno descanso, olvidados del resto del mundo.

Después de esos dos sucesos, la muerte de Pimmichen y la casi muerte de Elsa, decidí coger al toro por los cuernos, empezando por Madeleine. Engañé a mi padre, haciéndole creer que ella lo estaba llamando desde el sótano, y lo encerré allí. Neutralizado ese peligro, tenía que aclarar las cosas con ella respecto a la muerte de mi abuela.

Sus excusas estaban preparadas de antemano.

—Tenía que cuidar de tu padre, ¿no pensarías que iba a ocuparme de toda la familia! De todos modos, ya le había llegado su hora, ¿o qué querías? ¿Esperar a que se momificara? Sí, puede que la oyera pidiendo una aspirina una o dos veces, pero pensé que ya se la habías llevado tú cuando dejé de oírla. ¿De verdad crees que una aspirina la hubiese vuelto inmortal? ¡Simplemente tuve piedad! ¡Ahora ella descansa en paz y nosotros también!

Para no alargar la historia, diré simplemente que la saqué de casa, mordiendo y arañando. Entre sus amenazas:

—¡Volveré con tu padre y te echaremos a ti! ¡No olvides que ya no eres menor de edad, no tenemos obligación de darte un techo! ¡Nos casaremos y la casa será mía! ¡No me apiadaré de ti!

Se arrancó las botas, se las calzó en los brazos como si fueran largos guantes negros y se dispuso a romper la ventana del vestíbulo para volver a entrar, pero yo la disuadí, situándome del otro lado de la ventana y haciendo como que estrangulaba el cuello de una botella de aguardiente, regalo de otro de sus viejos amigos. (Antes le había roto la base, después de echar un par de tragos delante de ella). Su último recurso fue apelar a mi conciencia:

—¡Estás echando a la calle a tu hermanito o a tu hermanita, desalmado!

Para entonces, mi padre se encontraba en un estado que justificaba mi decisión de confinarlo en una institución. Falto totalmente de coraje, abandoné la casa el tiempo necesario para que el equipo del psiquiátrico se lo llevara. El doctor Gregor se portó muy bien conmigo. Le regalé la única botella de vino que mi padre no había roto, la última que quedaba de la polvorienta colección de Pimbo, de antes de la guerra.

Me había librado de dos. Ahora faltaba una: Elsa. El miedo a volver a encontrarla como aquella vez me atormentaba. No dormía más de una hora o dos por noche y, aun así, necesitaba

cinco o seis de insomnio para conseguirlo. La pintura le había dejado líneas de color verde oscuro entre los dientes, e incluso cuando las rasqué con un alfiler quedaron residuos. Se quejaba de dolores abdominales que iban y venían, y de rigidez en las articulaciones. Las venas que se le habían marcado bajo los ojos, finas y protuberantes como las nervaduras de una hoja, tampoco se le borraron, lo cual le confería un aspecto de perenne cansancio.

No supo darme ninguna razón coherente para explicar su acción; no sabía por qué, simplemente lo había hecho, eso era todo. Estaba sentada al borde de la cama, girando un pulgar sobre el otro y mirando las paredes, pero no a mí.

—¿Por qué, por qué? —le grité—. ¡Dame un solo motivo!

—¿Y por qué no?! ¿Por qué tengo yo derecho a vivir?

Podía hacerle todas las preguntas que quisiera, porque lo único que recibía eran más preguntas. Era una experta en responder a una pregunta con otra y en hacerse la tonta cuando no quería discutir algo y la lista cuando sí quería, y en las raras ocasiones en que se sentía acorralada, siempre acababa encontrando una cita apropiada en alguna lengua muerta que traducía según su conveniencia, o alguna abstrusa ley matemática que algún papanatas se había inventado un millón de años antes de que existiera la civilización.

Yo iba y venía por la habitación, pateando la pila de ropa y sábanas sucias, que era su sutil manera de recordarme que había que hacer la colada. Algo brillante me llamó la atención, un broche, una joya de familia que yo le había regalado, prendido todavía a una blusa. Ya no supe hacia dónde caminar, las paredes me oprimían, parecían confrontarme adondequiera que me volviera. Me paré en el centro, sintiéndome enfermo y mareado.

—Elsa. Préstame atención. Tengo algo que confesarte, no me interrumpas hasta que haya terminado.

Me vi reflejado en los inteligentes ojos oscuros de Elsa, lo cual me situó en posición de gran desventaja.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! —exclamé. Tras una profunda inspiración, como pude, hice el gesto de frotarme las manos. Fue gracioso, porque durante una fracción de segundo me pareció que sentía la otra mano—. Verás... Elsa... estoy seguro —comencé—, estoy seguro de que todos estos años habrías preferido estar en cualquier parte menos en esta casa conmigo, y probablemente has estado todo el tiempo lejos de aquí, mentalmente. He intentado hacerte feliz, he hecho todo lo que he podido por complacerte, pero me temo que no ha sido suficiente. No eres feliz.

Secretamente, hubiese deseado que lo negara, pero sólo percibí inmovilidad, por lo que me agaché para recoger parte de lo que acababa de esparcir a puntapiés y me llevé al pecho el montón de prendas arrugadas, antes de lanzarlo con fuerza a la cesta. La repetición de estos movimientos me ayudó a continuar.

—No puedes imaginar lo que siento cuando abro tu puerta todas las mañanas, es como si mi corazón fuera a estallar. Soy dos personas a la vez: el muchacho estúpido y servicial que obedece todas tus órdenes, pero también el otro, el que quiere abrazarte y retenerte. Te quiero, Elsa, te quiero más que a mí mismo y voy a demostrarte cuánto, porque estoy dispuesto a darte una felicidad que también será mi felicidad. Ya sé que esto no cambia nada para ti, porque para ti no soy más que tu sustento, tu casa y tu comida, crees que me necesitas para sobrevivir...

—Calla, por favor —dijo, levantando la palma de la mano.

—¡No me interrumpas! ¡La verdad es que no me necesitas para nada! ¡Para nada en absoluto! Pero primero, antes de que siga, debes saber que todo lo que he hecho hasta ahora lo he hecho únicamente porque te quiero, aunque fue un error, por estar basado en una mentira. La verdad es que no te estoy ayudando; al contrario, te estoy destruyendo. Con lo sucedido el otro día, no necesito más pruebas. Hace mucho tiempo que debería haberte dicho...

Corrió hacia mí y me abrazó.

—¡No, no digas nada! ¡No es culpa tuya!

Para entonces, yo estaba llorando.

—Sí que es culpa mía, es culpa mía porque...

—¡No, no! —protestó, tapándome la boca—. ¡Has sido bueno conmigo!

Sus ojos estaban llenos de compasión, y los míos, desorbitados ante tantas complicaciones. Sacudí la cabeza, mientras ella me apretaba los labios hasta hacerme daño y me advertía con una mirada aguda que no siguiera hablando.

—He sido egoísta todos estos años —dijo—, tenías toda la razón. No he hecho más que regodearme en mi propio infortunio, sin pensar ni una sola vez en ti. ¡Mírate! —añadió, repasando con los dedos mis cicatrices—. Tú también has tenido tu ración de dolor y aun así no te pasas el día rumiando tu desgracia. Durante todos estos años, nunca has pensado en ir a ver a un especialista, mientras gastabas un montón de dinero en satisfacer todos mis caprichos. ¡No digas que no, Johannes! ¡Has sido tan bueno...!

Me solté de su abrazo e intenté negar lo que estaba diciendo, pero ella no estaba dispuesta a ceder.

—¡No! ¡Calla, por favor! ¡Yo te he dejado hablar! ¡Ahora déjame tú a mí!

Yo estaba estupefacto, nunca antes la había visto actuar así. Creo que se dio cuenta de que estaba enseñando una parte de sí misma cuya existencia yo ignoraba, porque cuando prosiguió, su voz era más afable que nunca.

—En comparación con los demás —dijo—, no me ha pasado nada malo, ¿verdad? Gracias a ti, he permanecido indemne entre estas cuatro paredes. ¿Y qué puedes agradecerme tú a mí? La pérdida de tu madre y de tu padre. Nada más. La única consecuencia que ha tenido mi vida. La verdad es que no sé si yo habría arriesgado mi vida por alguien, como habéis hecho tus padres y tú. Francamente, creo que no lo habría hecho. He tenido muchos años para pensarlo ahí dentro, ¿sabes? Yo nunca podría haber sido tan generosa. ¿Sabes cómo me hace sentir esa idea, que día tras día se remueve en mi mente como una pluma de paloma en el ojo o en el oído? ¡Me hace sentir como uno de esos pájaros que viven y engordan en nido ajeno! Me siento como si hubiese arrojado de su nido a unos pajaritos de plumaje tibio y mullido. Y si te parezco fría, esquiva e insensible es porque la mayor parte del tiempo me alegro de haber sido yo quien ha sobrevivido.

—Elsa, nada es como tú crees...

—¡Chiiiis! —me ordenó, llevándose un dedo a los labios, con una mirada fingidamente severa—. ¿De verdad piensas que estoy tan ciega? ¿Crees que no sé? ¿Que no oigo? ¿Que no veo? Oh, Johannes, tonto, tontísimo Johannes...

—¿Cuándo vas a dejarme terminar? —imploré.

—¡Nunca!

Se apretó contra mí, me cogió la cara con las dos manos y levantó la vista para mirarme directamente a los ojos. Al sentir mi resistencia, inclinó hacia atrás la cabeza con los ojos

cerrados y los labios entreabiertos.

Hechizado como estaba, tomé la decisión de contenerme hasta que hubiese dicho lo que tenía que decir. Fue como si ella hubiese leído mis pensamientos, porque en ese preciso instante me abrió bruscamente la camisa, se puso de puntillas y me besó bajo el mentón. Por su descarado abandono, comprendí que lo principal para Elsa era impedir que yo siguiera hablando. Fue como el cielo en el infierno, porque ella me ofrecía saborear lo que yo llevaba deseando desde tiempo inmemorial, pero no me sentía libre para aceptar lo. Todas y cada una de mis sensaciones eran ambiguas, pues sabía que yo no era la persona que ella creía estar besando. Y lo más irónico de todo es que una fracción de mí desconfiaba de ella, e intuía que todo el tiempo había sabido que la estaba engañando, lo cual significaba que era ella quien me había estado engañando a mí. Estudié exhaustivamente esa posibilidad, en busca de algún signo delator, pero sólo encontré la expresión de una bondad pura y sin mezclas, por lo que pronto descarté mi absurda teoría. ¿Cómo había podido albergar tales sospechas?

Me acarició el pelo, repitió lo mal que se había portado conmigo y dijo que acababa de darse cuenta de lo mal que estaba yo. Intenté besarle el cuello, pero su barbilla bajó repentinamente para interponerse. Ahora era ella quien se resistía. No, me dije, no lo malinterpretes, sólo quiere que le beses la cara, y así lo hice, pero mis besos eran demasiado ardientes. Me volvió la cara, ¿o quizá me estaba ofreciendo la otra mejilla?

Caímos de rodillas, fue como si nos hundiéramos en el suelo, como si amándonos fuésemos a morir juntos, y muriendo fuésemos a disponer de mucho más tiempo para amarnos. Nunca antes la había visto así, ni a ella ni a ninguna otra mujer, pero sentí que reconocía lo que veía por primera vez. Ella era tan increíblemente suave, nuestros brazos y piernas entrelazados, casi me dolía el anhelo de apretarla contra mí hasta que me atravesara la piel, los huesos y la carne del pecho y se me quedara dentro.

—Te quiero, te quiero —admití de plano.

—Te quiero, te quiero —repitió ella en un eco melódico y sincero, pero juraría que distinguí una nota falsa apenas perceptible que se quedó flotando en el aire y que, antes de desvanecerse, consiguió inyectar una minúscula duda en mi corazón.

Desde mis dieciséis años, Elsa había estado confinada a un espacio detrás de un tabique, a un hueco bajo el suelo o a la habitación más pequeña de la casa. Estaba condenada a permanecer físicamente en esos lugares, pero su mente salía y vagaba a voluntad. Su situación vital era opuesta a la mía. Yo podía moverme físicamente, pero mi mente permanecía siempre a su lado, atrapada en esos mismos espacios. Envidiaba su libertad mental tanto como ella ansiaba mi libertad corporal. Poco a poco, mi imaginación se resintió. En mi mente, yo podía subir a visitarla, pero ella ya no venía a verme. Por mucho que lo intentara, su imagen se desvanecía en cuanto la liberaba de su confinamiento. Un paso más allá de la puerta, y desaparecía. Elsa se estaba muriendo en mi memoria porque casi no tenía recuerdos suyos de este lado de la vida. Empecé a sentirme como si me hubieran emparedado vivo, padecía síntomas de claustrofobia incluso al aire libre, pues también a la intemperie su habitación cerraba sobre mí su boca de madera, y su ventana, su ojo solitario.

Una agobiante noche de verano infestada de mosquitos, le anuncié que toda la casa era suya, a condición de que no se acercara a las ventanas y de que se desplazara a gatas. Por las sienas le caían perlas de sudor cuando la seguí, haciendo las veces de guía, mostrándole las habitaciones. Al principio se detenía cada cuatro de mis pasos, palmoteándose aquí y allá para matar mosquitos que salían ilesos, a diferencia de sus brazos y mejillas, que no tardaron en quedarle marcados. Supongo que debían de ser sus nervios, porque sospecho que no todos los mosquitos eran reales. Después cogió el ritmo, pero cada vez que volvía una esquina, se paraba en seco lo mismo que un caballo sobresaltado, como si se hubiese dado de bruces con un extraño que estuviera allí esperando, o pensara que iba a hacerlo. Si alguien hubiese estado mirando desde fuera, no habría visto más que una figura, la mía, recorriendo la casa sin rumbo.

Su timidez no duró mucho. Después del recorrido por la planta baja, me embistió las pantorrillas con la cabeza y apoyó todo su peso contra mí. El pelo le tapaba la cara y su risa se había vuelto gutural, como la de un extraño animal de otro mundo. Con el pulgar y el índice empezó a azuzar mi deseo, riendo del fácil resultado. La mitad de mí esperaba que no se detuviera, pero la otra temía que la caricia se convirtiera en pellizco. Entre risas incontrolables, me desvistió de la cintura para abajo, excepto los calcetines, y me arrastró hacia ella. Antes de que apoyara mi peso, se apartó, y dejó que diera con el trasero desnudo en el suelo frío. Cuando extendí la mano para buscar mi ropa, había desaparecido.

Me llegaron ecos delatores de su paso, primero por el piso de arriba y después por el de abajo; no se estaba quieta. Empecé a lamentar mi decisión, la creía capaz de salir afuera a curiosear. Recordé que sólo yo tenía las llaves para salir de la casa, pero en seguida me di cuenta de que estaban en el bolsillo de mis pantalones. De pronto me pareció que su silencio duraba



demasiado. La llamé, pero tuve la impresión de estar solo en una casa vacía. Unas risitas que no conseguí localizar parecieron responder a mis temores, y por un instante sentí miedo, convencido de que era un espíritu venido para atormentarme.

Seguí por el pasillo, dejando atrás el cuarto de Pimmichen. La puerta del baño estaba abierta, y la encontré a ella medio sumergida en la bañera, con el dedo gordo metido en el grifo y un chorrito de agua corriéndole sin hacer ruido por el pie. Al verme, empezó a patear con sus piernas de bailarina, batiendo el agua con los talones. Mis pantalones estaban arrugados, formando una bola bajo su cabeza; me apresuré a cogerlos, como si mi única preocupación fuera que no se mojaran. Las llaves seguían ahí.

Mi nerviosismo se disipó en un santiamén. La luz de la luna se filtraba a través del cristal empañado de la ventana y el agua la hacía temblar en el estrecho óvalo de su cara, mientras su nariz bailaba sobre una amplísima sonrisa, como un barco balanceándose en el mar. Simplemente se estaba divirtiendo, era maravilloso contemplarla. Me costaba trabajo entenderme a mí mismo. ¿Por qué la creía capaz de cosas que a ella nunca se le hubiese ocurrido hacer? ¿Por qué me resistía a creer lo que tenía ante mis propios ojos?

—¡Cepíllame el pelo! —me ordenó, pagándome por adelantado con un sonoro y mojado beso en los labios y el honor de secarla.

Como tenía demasiados nudos, opté por lo más sencillo. Ella echaba tensas miradas a los rizos que caían a sus pies y tuve que regañarla para que mantuviera la cabeza quieta. Cuando estaba intentando igualarle los dos lados, pensé que debía tener cuidado para no cortarles las orejas y entonces recordé que nunca las había visto. Corté y recorté, hasta que el pelo se adaptó a su forma, dos frágiles signos de interrogación. Existían, aunque más me parecieron un accesorio de su belleza que dos órganos con una función; estaban ahí, perfectamente bonitas y reales. Por fin estaba completa. Sintiénolas al descubierto, repasó con los dedos mi obra y estuvo largo rato reprendiéndome. Le repliqué que daba igual, ya que después de todo yo era el único que la veía.

Ya sé que puede parecer fuera de lugar, pero la amenaza de ejecución agudizaba nuestra sensación de estar vivos. Puesto que no podía tener las cortinas permanentemente cerradas sin llamar la atención, Elsa se veía obligada a atravesar la casa, como si su vida dependiera de ello, de rodillas, apoyada sobre los codos al modo de los soldados en la guerra, y a veces tenía que quedarse quieta en un rincón hasta que hubiera pasado el peligro. Los detalles más nimios, que la mayor parte de la gente pasa por alto en su vida cotidiana, tenían vital importancia para nosotros. Vivíamos entre ominosos nubarrones de presuntas amenazas. ¿Y si un día yo no estaba en casa y alguien se ponía a escuchar del otro lado de la puerta? ¿Y si nos estaban controlando la cantidad de agua que consumíamos? ¿Y si alguien inspeccionaba nuestra basura? ¿Y si algún vecino veía por la ventana que yo estaba solo pero movía la boca, porque estaba hablando con ella? Los nubarrones eran nuestros enemigos, pero también nuestros amigos. Gracias a ellos, sacar la basura o tender su ropa era suficiente para inyectar adrenalina en mis venas, y también en las suyas, mientras me esperaba dentro conteniendo el aliento. Las tareas corrientes, tediosas y destructivas para otras parejas, eran vivificantes para nosotros. Una vez cumplidas, nos lanzaban al uno en brazos del otro.

Usábamos el inodoro —porque nos pareció lo mejor— uno después del otro, antes de tirar de la cadena. Le propuse aplicar el mismo método a nuestro baño, pero con su infatigable lógica me preguntó:

—¿Por qué no podemos tomar cada uno nuestro propio medio baño?

Ofendido por lo que consideré un signo de rechazo, porque había abrigado la esperanza de que ella sugiriera tomar el baño juntos, repliqué:

—Lo siento mucho, pero no estoy acostumbrado a medios baños.

—Con la mayor masa de tu cuerpo joven y musculoso, la cuarta parte de un baño se convertiría en medio baño, del mismo modo que medio baño serían tres cuartos de baño, y además, un caballero no discute asuntos de fracciones con una dama.

Era inútil argumentar con ella, auténtica experta en envolver las pullas en azucarados elogios. Pero, en suma, las horas que yo dedicaba antes a sus necesidades corporales, las mismas de cualquier bebé sólo que a mayor escala (dicho sea esto con todo respeto), me quedaron libres, porque ahora ella lo hacía todo sola, y eso me hacía feliz.

Era como un niño pequeño descubriendo una casa: cada objeto debía tener una historia, una razón de ser. Lo miraba por todas partes, hasta casi hacerme pensar que se lo iba a llevar a la boca. «¿Qué es esto? ¿Y esto otro?». Donde la verdad prosaica terminaba, yo la adornaba con historias. Siguió recogiendo objetos y cuentos hasta agotar zonas enteras de la casa, y finalmente llegó a la puerta del cuarto de Ute; al principio no quise abrirla, pero al final cedí ante su insistencia. Cogió el traje típico de austríaca de Ute y se lo puso sobre el pecho, donde pareció ridículamente encogido. Antes de dejarlo a un lado, frunció los labios en una mueca que no comprendí, y atravesó la habitación, hasta el estuche del violín de mi hermana.

—¿Y esto?

Saqué el violín de su caja y estuve un rato estudiando las nervaduras oscuras del dorso.

—Verás, primero perteneció a un italiano, un tal Dante Molevare, que lo usaba para seducir a las mujeres. Las miraba a los ojos, mientras sus dedos acariciaban las cuerdas y se deslizaban por el mástil, al tiempo que el arco le hacía el amor al instrumento. Así sedujo a Donatella Ravini, hija de un almirante, y a Eglantina da Bromo di Soglia, hija del vizconde Da Bromo di Soglia. Un día cayó en sus redes una tal María Olivia Tatti, joven huérfana metida a monja, con quien se negó a casarse a pesar de que ella llevaba un hijo suyo en las entrañas. Incapaz de soportar el rechazo, ella se prendió fuego delante de la casa de él, que, preocupado por su propia reputación, bajó corriendo y se arrancó la capa para sofocar las llamas. Tomando aquella farsa de heroísmo por un acto de amor, ella se arrojó por última vez a sus brazos. El único lugar donde Dante no quedó chamuscado fue la parte de su cara que ella tapó con la suya, y se dice que, cuando caminaba por las calles de Roma, el contorno de la cara de ella se distinguía tan claramente sobre la de él como si estuviera modelada en arcilla.

La media sonrisa de Elsa, burlona pero una pizca interesada en una esquina, me impulsó a continuar:

—Sesenta y tres años después, lo heredó su sobrino, que lo guardó en el desván. A su muerte, su esposa lo vendió a un viudo de Como. Un día, el hombre volvió a casa temprano y se encontró a Clara, su única hija, llorando a lágrima viva porque la institutriz le pegaba en los nudillos cada vez que tocaba una nota falsa. Despidió a la institutriz en el acto y nadie volvió a tocar el violín durante once años. Clara se casó con un suizo y, como ninguno de sus hijos quiso estudiar música, regaló el instrumento a un violinista rumano, para que ganara el pan de su familia tocando por las calles. Deseoso de obtener un beneficio rápido, el rumano vendió el violín en un mercado de Viena a un *luthier*, que lo colocó en el escaparate de su taller, a un precio muy razonable, a causa

de la mella que le había quedado en un costado de una vez que se le había caído a Clara. Un día...

Elsa prosiguió la historia donde yo la dejé:

—Un día pasó un hombre y se fijó en la cuidada factura del instrumento. Trabajó muchos años de sastre por un salario ínfimo y gastó más de lo que tenía para comprarle el violín a su hija, a quien le advirtió: «Recuerda que el violín es un instrumento rencoroso. Si no lo cuidas todos los días y le entibias diariamente todas las cuerdas, sólo contará cosas desagradables de ti». El precio de las lecciones estaba drenando los recursos familiares, la sopa era cada vez más aguada y los dos hijos varones ya estaban en edad de asistir a la escuela talmúdica. El hombre se vio en la necesidad de vender el violín al socio comercial de un conocido, cuya hija quería estudiar música. Las niñas tenían la misma edad, pero la hija del hombre pobre tenía a sus espaldas cinco años de lecciones de música. La hija del hombre rico advirtió lo triste que se ponía la niña pobre cuando le dio el violín, y le dijo que, si la ayudaba a estudiar, podría seguir usándolo para practicar. En seguida se hicieron muy amigas, y el violín llegó a ser aquello para lo que había sido fabricado: una fuente de armonía.

Empezó a girar las clavijas y a pulsar las cuerdas.

—Una vez —prosiguió—, después de muchos años sin tocarlo, Elsa recordó las palabras de su padre.

Se colocó el violín en posición, bajo la barbilla.

—¡No! ¡Los vecinos no van a creerse que soy yo, tocando con una sola mano!

El resultado fue sombrío, no me costó nada quitárselo. Se echó a reír descontroladamente, hasta que vi lágrimas surcando su cara y me pregunté si de verdad se estaba riendo. Enterró su cara en la mía y me vino a la mente la imagen del rostro que quedó grabado, como por arte de magia en la cara de Dante Molevare.

Mi visita al hospital psiquiátrico no se pareció en nada a aquello para lo que me habían preparado el doctor Gregor y sus folletos de papel cuché. No sé si era cierto que limpiaban las instalaciones diariamente, pero la verdad es que apestaban. Me tapé la boca con un pañuelo y seguí a la enfermera jefe por un largo pasillo excesivamente iluminado, donde un paciente pintaba las paredes con los dedos embadurnados en sus propias heces. En los butacones destartados y sucios, parecían haber caído unos sujetos de aspecto grasiento, en unas posturas de lasitud y abandono que me hicieron perder las ganas de vivir. Un paciente discutía acaloradamente consigo mismo, otro arengaba a un ejército invisible y un tercero salmodiaba «cuando digo no, es no», hablándole a su puño cerrado. Los golpes, los gemidos y los aullidos eran tan deprimentes como las carcajadas bajo unos ojos en blanco. Los empleados de la institución, tanto los médicos como los enfermeros, vadeaban aquella mugrienta marea de locura como si todo fuese perfectamente normal. Cuando conseguí llegar a donde se encontraba mi padre, ya estaba dispuesto a darme la vuelta y echar a correr. Se había convertido en uno más entre la multitud de cuerpos inmóviles. Su ser interior se había marchado a otra parte. Lo que quedaba no era más que el molde que un transitorio aprendiz habría dejado tras de sí en el almacén de una escuela de arte, en un cementerio de figuras similares: vacías, endurecidas, curtidas por la vida y petrificadas en la última postura que les hizo asumir el azar. Aun así, no logré digerir su presencia entre aquellos lunáticos que quizá tiempo atrás hubiesen sido tan normales y solícitos como él, pero que para mí

no eran más que lunáticos, y me dije que debía encontrar una solución. Cualquier cosa, incluso la muerte, era preferible a aquello.

En el espejo toqué el reflejo de Elsa, deslizando la mano desde su mejilla hasta su hombro y siguiendo el contorno hasta su pecho. Ella arqueó la espalda bajo mi mano, y los botones se estiraron con la tensión. Los rasqué con las uñas, pero el reflejo de su vestido no se movió. Ella me ayudó, dejándolo caer a sus pies. Al verse desnuda, su expresión se endureció. Eché mi aliento al cristal, para vestirla con vapor caliente y tejerle un vestido de gasa modelado por mi fantasía. Cuando volvió a relajarse y ya hervía de deseo, desgarré el vestido de vapor con los dedos y me arrodillé para quitárselo con los labios. Ella recorrió con los dedos mi reflejo, interponiendo un escudo fabricado con su aliento. Yo borré una y otra vez las barreras de su deseo. Muy pronto anhelé franjas enteras del cristal frío y los dos fuimos en pos del reflejo inalcanzable del otro, conociendo así el punzante éxtasis de querer y no llegar.

En otra ocasión la deseé tan intensamente sólo con los ojos, que ella se tumbó en la cama y empezó a interpretar los movimientos que en su imaginación yo le dictaba. Estábamos locos de deseo, mis ojos clavados en los suyos, pero arrastrando a la vez hacia mí una parte suya, más y más cerca, injertándola en mi esencia, dos hendiduras, fluyendo dulce la savia. De pronto, su expresión fue de perplejidad, como si una lluvia inesperada hubiese encharcado nuestro exuberante y frondoso paraíso. Y entonces yo también lo oí.

—Creo que tu mayordomo está llamando otra vez a la criada —dijo Elsa, que se incorporó, se rascó una rodilla y suspiró.

—¡Ay, Dios mío! —me lamenté—. Está senil, ¿qué se le va a hacer?

—¿Dónde estará esta vez? ¿En el sótano, sacando brillo a la plata que no usamos? ¿O en el trastero, engrasando las botas de montar de tu abuelo? Sería más caritativo ofrecerle dinero para que se retire que hacerlo trabajar inútilmente.

Deseché sus preguntas con un amplio ademán.

—Ha estado mucho tiempo con la familia. Hago lo que puedo por él. No podemos ponerlo de patitas en la calle después de toda una vida de lealtad y servicio, ¿verdad? Además, nunca aceptaría una paga a cambio de nada, lo conozco. He crecido a su lado.

Elsa se adaptó a su nuevo papel de ama de casa. Con los zapatos de mi padre ajustados a las rodillas y un delantal atado por encima del pecho, iba y venía de rodillas entre el frigorífico y la encimera de la cocina. Cualquiera hubiese dicho que aquélla era la manera normal de desplazarse. Como las sartenes le salpicaban grasa a la altura de los ojos, revolvió los cajones hasta encontrar las viejas gafas de leer de mi abuela y regresó a tuestas, llevando por delante las manos extendidas.

—La vida sería más sencilla para mí si hubiese nacido enana —bromeó, mientras fregaba los cacharros.

Encontró en un libro de cocina la receta de mi plato favorito, *Schweinsbraten mit Rotkraut* (carne de cerdo asada con col lombarda), una especialidad austríaca, aunque debo aclarar que los bávaros la consideran propia de Baviera, y los puristas, checa, antes de que el imperio se la apropiara. Incluso se lo pasó en grande preparando un *Serviettenknödel*, una especie de buñuelo gigante hecho con pan del día anterior, que se hierva envuelto en un paño. Nos dimos un atracón

de reír, sobre todo cuando dijo que a ella le parecía más bien una bola de béisbol y fingió lanzármela. Yo me daba cuenta de que estaba haciendo un doble esfuerzo: por un lado, el de cocinar, y por otro, el de no comer lo que preparaba, pero en cuanto empezó a probar sus platos, su vaporosa dieta cayó en el olvido. A partir de entonces, ambos comimos lo mismo, del mismo cazo. Me complació el nuevo giro romántico de los acontecimientos, al menos hasta que los dos empezamos a engordar.

Un día de comienzos de otoño estaba ayudándola a envasar conservas en la despensa, detrás de la cocina, cuando oímos un prolongado alarido, seguido de un golpe seco. Elsa corrió a ver qué pasaba, flexionando apenas las rodillas, lo cual la dejaba demasiado alta.

—¡Olvidalo! ¡No es nada! —exclamé, intentando interponerme en su camino, pero ella me apartó de un codazo.

Tras una breve persecución, conseguí cogerla por la cintura, pero ella se había agarrado al marco de la puerta y, con un par de sacudidas, se soltó. Utilizando el mango de la cuchara que aún llevaba en la mano, desbloqueó el cierre de la puerta del cuarto de Ute y la abrió de par en par.

Completamente drogado, mi padre se había caído de la cama y yacía boca abajo en el suelo, sin el menor signo de vida.

—¡Dios mío! ¡Aflójale el cuello de la camisa! ¡Mira que no se asfixie con la lengua! —me ordenó Elsa.

—Vete. Yo me ocuparé de esto.

—¡Aire! ¿Todavía respira?

Con gran esfuerzo, le dio la vuelta. Casi como respondiendo a su pregunta, mi padre expulsó un par de sonoras flatulencias.

Perpleja, Elsa le puso la cara a la luz, mientras yo me echaba a un lado, intentando hacerle sombra. De todos modos, no podía imaginar que nadie fuese capaz de reconocer a mi padre en las facciones de aquel idiota. Ella sí lo fue.

—¡Oh, Dios mío, *Herr Betzler, Herr Betzler!*

A toda prisa, le abrió la boca y le levantó los párpados. Más tranquila al ver que aún vivía, cogió en brazos su cabeza y sus hombros, y empezó a acunarlo, como si fuera un bebé dormido. Cuando se volvió para gritarme, estaba lo más cerca que había estado nunca de ser fea:

—¡Cómo has podido decirme que era vuestro mayordomo! ¡Cómo has podido decirme una mentira semejante! ¡Me dijiste que tu padre había muerto!

—¡Está peor que muerto! ¡Ahora finalmente comprenderás lo que le ha sucedido! ¡Solamente espera a que vuelva en sí!

A decir verdad, si Elsa no se hubiera enterado entonces de su existencia, es posible que yo hubiera puesto fin a sus padecimientos. La idea me había cruzado la mente en más de una ocasión, furtivamente, y tal vez fuera por eso por lo que estaba aumentando las dosis de los sedantes, que en los últimos tiempos me parecían insuficientes.

La arquitectura de la casa en sí era asombrosamente clásica, y el interior, immaculado y acogedor, aunque excesivamente perfumado. La planta baja se usaba como amplio salón, con una barra en el extremo derecho y una ancha escalera con alfombra roja que se enroscaba al fondo y subía a las habitaciones. Los sillones estaban dispuestos en círculos o semicírculos de cinco o

seis, ocupados por grupos de hombres de negocios que celebraban reuniones, viejos camaradas que se palmoteaban mutuamente las rodillas mientras desempolvaban recuerdos de cuando tenían la cara llena de granos, o sujetos solitarios que leían o escribían, con una copa como única compañía. Una de las compañeras de Madeleine, instalada junto a la barra, luchaba denodadamente para que no se le resbalaran del reposapiés del taburete los zapatos de tacón. Eran tan altos, que vistos de lado me recordaron a un par de pezuñas. Un grupo que se había reído a más no poder viendo sus resbalones la invitó a beber. Tuve la impresión de que no era la primera vez que aquella chica representaba aquel número.

Dos titanes vigilaban la entrada, junto a un hombre bajo y robusto de cincuenta y tantos años, tez cobriza y un bigote más que poblado que compensaba su calvicie; fue él quien me estudió y ordenó con un gesto a sus matones que me dejaran pasar, cuando pedí para entrar. Supuse que era el jefe, por lo que lo abordé cuando se acercó a la barra a buscar un vaso de agua. Mis razones para ver a Madeleine suscitaron en él una sonrisa burlona y desconfiada. Tuve que pagar antes de subir, y no fue ninguna bicoca, me dejó sin blanca, pero en cuanto hubo visto el dinero, me invitó con gesto paternal y varias palmadas de sus fornidos brazos a tomar primero un par de copas, porque, según me dijo, Madeleine estaba ocupada con «otro cliente».

Cuando subí, Madeleine estaba en posición, esperando en su lecho recargado de colgaduras y teatralmente lujoso, con la pierna derecha flexionada y el brazo izquierdo extendido sobre una pila de cojines redondos de satén. Una avalancha de terciopelo morado la rodeaba por tres lados, con el cuarto lado ocupado casi en su totalidad por un espejo que repetía más o menos la misma escena. En el techo, una araña de cristal se cernía sobre ella, como un pulpo gigante con ventosas electrificadas. No movió un músculo al verme, sólo meneó ambiguamente el pie de lado a lado, como agitan la cola los gatos. Finalmente habló, en tono suave pero tenso.

—No sé si sabes que tengo derecho a rechazar clientes.

Me quité el sombrero y me puse a sobarlo hasta casi hacerle perder la forma, mientras cobraba conciencia de algo nudoso bajo el zapato. Bajé la vista y vi que estaba de pie sobre la cola de una piel de cebra.

—No he venido para eso.

—¿Eso?

—Lo que tú piensas.

—¿Tú sabes lo que pienso? —replicó, entrecerrando los ojos.

Me dije que hubiese sido mejor no haber ido, y se me debió de notar en la cara. También en la voz, porque por tres veces empecé a hablar, antes de tener la sensatez de guardar silencio.

—Escucha, no voy a pedirte que te arrodilles para implorar perdón. Si te hago arrodillar, será para que hagas algo mejor.

Dio un par de golpecitos sobre la cama, a su lado, y tras una espera razonable, añadió:

—No tengas miedo. No voy a morderte.

Como para demostrarlo, cruzó los brazos detrás de la cabeza. Observé que todavía llevaba puesto el medallón de mi madre.

—Soy toda oídos —dijo—. A pesar de lo que piensas, son los orificios que más os traen hasta aquí a la mayoría de los tíos.

Al final de nuestro sendero nevado, la caja de nuestro buzón colgaba a un paso de la calle, cual pajarera enana, con un libro blanco de nieve abierto sobre el tejado inclinado y carámbanos creciendo en el alero, como una hilera de bestiales dientes árticos. Me quité el guante, manipulé la llave fría y me estremecí al ver la carta dirigida a mis padres: «*Herr & Frau* Wilhelm Betzler». Venía de Estados Unidos, de un tal E. Affelbaum, y aunque no recuerdo la dirección del remite, sé que era algo así como «11211 E 115 Street, Nueva York, NY, 10011», todo expresado en cientos, miles y decenas de miles, ilimitado, impersonal, a cada cosa su número y a cada cual su calle recta y bien definida, su edificio, su apartamento y su vida, apilados más y más alto, para no estorbar a los demás, ni tan siquiera a uno mismo. El sello era de la estatua de la Libertad. La libertad. Implacable libertad económica. Libertad sexual. Me preguntaba si con tanta insistencia en la libertad no se parecerían un poco los neoyorquinos en sus vidas privadas a esa estatua: colosales, pero endurecidos de parte a parte, enarbolando antorchas cuyas ardientes llamas en realidad llevaban mucho tiempo frías. Me asaltaron oscuros presagios sobre el contenido de la carta. ¿Qué querrían de nosotros o, mejor dicho, a quién querrían? ¿Quién demonios la habría enviado? Una racionalizadora voz interior me sugirió que, al no ser yo ninguno de mis padres, no tenía por qué abrirla. La rompí en mil pedazos, que dejé volar al viento, con los copos de nieve.

Tras sacudirme la nieve de las botas, me sorprendió encontrar los platos del desayuno todavía sobre la mesa, el baño en su desorden matinal y nuestra cama sin hacer. Encontré a Elsa echando un sueñecito, por lo que dejé la compra en la cesta, como siempre, y me alejé de puntillas, dispuesto a aprovechar mi soledad para estudiar unos documentos. Pero a medida que se acercaba la hora de la cena, ningún delicioso aroma vino a mi encuentro desde el piso de abajo. Reconocí que últimamente me había estado portando como un vago.

Pensé que ella seguiría tumbada en el cuarto de estar, pero su sitio estaba vacío. Cuando la vi, me sobresalté. Tenía la espalda apoyada en la pared del fondo de la biblioteca y me miraba a los ojos, como si hubiese estado esperando que yo, su presa, fuera a buscarla. Unos lienzos vacíos parecían haberse materializado a sus pies. Su caballete se erguía sobre tres patas segmentadas, como un insecto transmutado en animal de compañía. No, no era cosa de magia. Sencillamente, no debí de haberla oído cuando subió a buscar todo el material. Bajó la barbilla y me dedicó una sonrisa sádica, que lo mismo podría haberse interpretado de desprecio como de deseo. Su pelo blanco y negro se proyectaba en todas direcciones, acentuando su mirada rapaz y la madurez de su rostro. Me contemplaba a mí y la puerta a mi alrededor, potencial marco gigante, de una manera que me hizo pensar que estaba interesada en mi retrato.

Hacía muchísimo tiempo que no tocaba un lienzo, tanto que yo había empezado a creerla feliz. Pero aquel día, algún elemento indefinible de su rostro se había desplazado un punto.

—¿Elsa?

—¿Sí?

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿Estás segura?

—¿Por qué no habría de estarlo, Johannes, amor?

Lentamente, muy lentamente, me acerqué a ella. No sabía con certeza si íbamos a abofetearnos o a acariciarnos las mejillas. Durante unos segundos, nuestras acciones coincidieron tan íntimamente que estuvimos unidos como sólo puede estarlo un hombre con su sombra.

—¿Puedo preguntarte qué estás haciendo?

—Adivina.

Empezó a rellenar una figura, moviendo la muñeca en pequeños círculos controlados. En lugar de mirar lo que estaba pintando, me sonreía con gesto desafiante. Como yo estaba del otro lado, no podía ver lo que estaba haciendo, pero aun así me pregunté si no sería mi propio ojo, porque con la vista concentrada en mi ojo, no dejaba de mojar el pincel en un azul luminoso. Ella sabía lo que yo estaba pensando y parecía complacida, ya fuera porque había acertado o porque había conseguido confundirme.

—Estás pintando.

—¡Bravo!

—Después de lo que te ocurrió, ¿te atreves a pintar otra vez?

—Pinto por gusto, sin ningún propósito.

—¡Te prohíbo que toques eso!

Espoleada por mi desaprobación, retorció un tubo de pintura negra hasta hacer caer una gota en la paleta. Otra penetrante mirada a mi ojo, e hincó la punta de madera del pincel en la pintura. Con un cruel movimiento giratorio, marcó lo que supuse que debía de ser la pupila. Comencé a arrojar en dirección a la estufa de cerámica los lienzos en blanco que ella había dispersado por la habitación. Sólo entonces pareció flaquear su confianza, sobre todo cuando quebré a taconazos los marcos de madera y enrollé los lienzos como velas castigadas por la tormenta.

—¡No tienes ningún derecho a hacer eso!

Tenía las manos unidas como en una plegaria, abarcando entre ambas la nariz y el mentón, lo cual se combinaba con sus cortos y erizados cabellos y sus ojos muy abiertos para conferirle el aspecto de un pájaro asustado.

—¡Estoy en mi casa y tengo todos los derechos!

—¡No estoy presa! ¿Lo sabes? ¡Puedo irme si quiero!

—¿Irte para que te maten?

—¡Soy libre de irme para que me maten! ¡Sería mi muerte! ¡Mía, no tuya!

—Adelante, pues, vete.

Actuando como si no me importara en absoluto, empecé a buscar cerillas en el bolsillo, con la esperanza de que se echara atrás. Podía percibir su mirada incrédula, pero me mantuve firme. Aun así, sólo recuperé el aliento cuando se dio cuenta de que era un farol. La cogí por un brazo y la sacudí, golpeándola contra la pared con tanta facilidad como si hubiese sido una niña. No pretendía asustarla, pero estaba desesperado.

—¡No estás sola! ¡Si haces que te maten, también me matarán a mí! ¡Tu muerte es mi muerte!



¡Tu vida es mi vida! ¡Estamos atados, maldita sea! ¿No lo entiendes? ¡Como hermanos siameses!  
¡Separa dos, moriríamos!

Se retorció y se volvió para escapar de mí, pero no con suficiente fuerza. Sólo quería dar la impresión de que yo la necesitaba más que ella a mí. Del mismo modo, repetía una y otra vez: «¡Suéltame! ¡Dé jame salir de esta cárcel de veinte celdas!». Yo hice como si cediera a sus súplicas, la abracé firmemente para controlarla, y tras algunos forcejeos por su parte, el abrazo se volvió un poco más mutuo.

Durante nuestra confrontación, se había mostrado maliciosa, independiente. Ahora era otra persona, tierna y sumisa. Levantó hacia mí una mirada compasiva, con lágrimas aflorando a sus suavizados ojos castaños. Me pregunté cuál de las dos Elsas sería la verdadera, y cuál la impostora.

—Te estaba preparando una sorpresa —dijo, señalando el caballete con la cabeza—. Era para ti, y todavía lo es, si la quieres —añadió, parpadeando para quitarse las lágrimas de los ojos y enjugándose las antes de que se derramaran.

Aparté la vista de ella, en dirección al lienzo. ¿Qué podría haber pintado? ¿Mi retrato? ¿Me habría ridiculizado? Temí que intentara huir mientras yo iba a ver la pintura. La apreté un poco más y la mantuve pegada a mi cuerpo.

Delante del lienzo, me quedé helado. Sus sollozos se volvieron más intensos. Sentí sus rápidas pulsaciones latiendo en mi mano, y mis piernas flaquearon. La pintura estaba inconclusa y era tan simple como cualquier dibujo infantil, pero podría haber jurado que tenía algo que ver con lo que acababa de pasar entre nosotros. Había dos monigotes dentro del tosco contorno de una casa. Estaban uno junto al otro, mirando al frente, en dirección al observador. Yo quedé situado casualmente frente a la figura masculina, la más alta, y ella frente a la femenina, ¿o quizá no fuera coincidencia, sino una maniobra suya? Parecía como si estuvieran cogidas de la mano, pero mirando atentamente —y yo lo hice, créanme, de hecho, no podía apartar la vista de ese detalle—, se veía que en realidad sus manos no se tocaban. A primera vista, parecía como si los dos brazos se cruzaran en las muñecas, como dos líneas que formarían una X más grande por arriba que por abajo. En otras palabras, parecían cruzarse muy cerca de los extremos, reservando un octavo de su longitud a las respectivas manos. Acerqué la cara para examinar la pincelada, y fue entonces cuando me llevé la sorpresa. Su brazo se unía a mi brazo a la altura de la muñeca, para luego desviarse perpendicularmente por una fracción de su longitud, lo mismo que el mío. No estábamos cogidos de la mano, ni se cruzaban nuestros brazos, no, era más bien como si estuviésemos atados por las muñecas, esposados el uno al otro. Y la imagen coincidía perfectamente con lo que yo estaba haciendo en ese preciso instante, sujetándola firmemente por la muñeca. Por otro lado, ninguna de las facciones había sido dibujada aún, excepto uno de mis ojos —grande, inquisitivo y azul—, que parecía estudiarme a mí tanto como yo lo estudiaba a él en ese momento. Me estaba volviendo loco. ¿Qué significaba? ¿Era sólo un inocente retrato de nosotros dos, o un mensaje hiriente? Tenía que saberlo, lo necesitaba, pero era una pregunta demasiado complicada de formular. Me limité a asentir con la cabeza y a carraspear.

—¿Te... te... gusta? —me preguntó ella, tan cándidamente como pudo.

Escudriñé el resto del lienzo en busca de una pista, pero como he dicho, estaba sin terminar. Nuestros rostros estaban en blanco, y no había nada pintado alrededor de la casa ni en su interior, excepto nosotros.

—Es demasiado pronto para decirlo...  
Cambié de idea y no le confiscué los óleos.

A partir de entonces, aproveché cada oportunidad para echar un vistazo furtivo. Durante varias semanas, todo siguió igual. Ni una vez vi que Elsa volviera a pintar, pero debió de hacerlo, porque una tarde, por casualidad, encontré un nuevo detalle. Una línea vertical partía mi cara en dos, y una horizontal atravesaba la suya. Estuve considerando el significado de esto último, ¿por qué separar sus ojos de su boca? ¿Querría decir que sus ojos y su cerebro estaban en cierto modo por encima de su boca y su cuerpo, más dados éstos a la gratificación física? Por otra parte, aún no había dibujado los ojos ni la boca, ¿por qué me preocupaba entonces? Mi línea era más fácil de entender, ya que era fiel a mi apariencia. Volví a mirar la suya. ¿Por qué era diferente su línea de la mía? ¿Querría decir eso que teníamos diferentes formas de ver el mundo? ¿Pretendía insinuar que nuestros puntos de vista eran opuestos? ¿Era yo de algún modo vertical, erguido, y ella no? Me atormentaban todas esas preguntas y muchas más. Transcurrió más de una semana y no recibí ninguna ayuda adicional.

Oí que crujía el suelo. Estaba otra vez en la biblioteca, andando de acá para allá. Cuando oí que salía, me apresuré a entrar. Para mi sorpresa, la encontré sentada sobre una pila de libros, leyendo. Levantó la vista con una sonrisa victoriosa, sobre todo cuando notó que mis ojos se desviaban hacia el caballete. Cogí rápidamente el primer libro que encontré y salí de la habitación. Me dediqué entonces a vaciar papeleras una dentro de otra y a entrar y a salir en busca de la correspondencia, cualquier excusa con tal de pasar delante de aquella puerta. No dejó libre la biblioteca hasta última hora de la tarde. Como esperaba, había pintado algo. Apenas se distinguía, pero entre nuestras figuras, a la altura de los tobillos, había una pequeña e insignificante grieta. ¿Por qué se habría molestado en pintarla? Quizá para dar cuerpo a la pared que había detrás de nosotros. Sin la grieta, la casa parecía un marco vacío, abierto por delante y por detrás.

Pasaron los días y a la grieta le crecieron hojas. En realidad, la grieta no era una grieta en absoluto, sino un tallo, el tallo de una planta de interior. Estuve tentado de taponarlo con blanco, y si no lo hice, fue únicamente porque temí que eso le impidiera continuar. Debería haberlo hecho, porque así lo habría matado antes de que creciera sobre la pared del fondo, desplegando sus hojas como manos siniestras. Se abrió paso entre nosotros y se enroscó a nuestras piernas, brazos, troncos y cuellos. Pronto fue un árbol encajonado en una casa, con la copa doblada bajo el techo, las ramas tendidas saliendo por las ventanas y unas raíces que atravesaban el suelo, serpenteaban por fuera y levantaban la casa como grandes dedos musculosos. La casa era un tiesto agrietado, demasiado pequeño para su árbol salvaje. Lo único que quedaba de Elsa y de mí eran dos caras desvaídas, o ni siquiera eso, porque las líneas que tenían delante, la horizontal y la vertical, se habían fundido con los marcos de las ventanas, de tal manera que cada uno de nosotros estaba mirando por su ventana individual. En realidad, lo único que aún podía verse de nosotros eran dos penetrantes ojos castaños, los de Elsa, y dos ojos azules, ciegos y como de pez, los míos.

¿Qué quería decirme? ¿Algo bueno, un símbolo de que nuestro amor crecería? ¿Soñaría ella con algo creciendo entre nosotros? ¿Un niño? No, era algo malo, podía intuirlo. Mi recorrido terminó en el baño, donde la encontré metida en la bañera, rosada y resbaladiza. Otra vez había usado medio frasco de champú para formar una capa de espuma, aunque le había dicho cien veces que no derrochara de ese modo. Le puse el lienzo delante de la cara arrebolada.

—Dime lo que significa esto. Quiero oírlo de tus labios. ¿Qué quiere decir?

Levemente turbada a causa del exceso de espuma, cogió un poco y la usó para enjabonarse el pelo. Sólo cuando levantaba los brazos volvían sus senos a estar altos como antes.

—Significa que sólo tengo un lienzo, Johannes, tú me quitaste el resto. Es corriente pintar un cuadro sobre otro. Muchos artistas lo han hecho antes que yo.

—Quiero entender. Por favor, dime qué es esto que estoy viendo.

Se encogió de hombros, bajo temblorosas hombreras de espuma que me parecieron una piel de cordero y espolearon aún más mi desconfianza, recordando el viejo cuento infantil.

—Un paisaje sobre un doble retrato —dijo.

—¿Por qué? Necesito saber la razón.

—Creí que no te gustaba. ¡Oh! ¿Sí que te gusta? —preguntó sonriente, con las manos cruzadas a la altura del corazón y arrojándome un vaporoso copo de espuma—. Pensé que te daba igual, como no me habías dicho nada...

La miré con suspicacia. ¿Era sincera? Sus labios parecían estar conteniendo la risa y, justo antes de ceder al impulso, hundió la cabeza en el agua. En la superficie estallaron burbujas. Me sentí como un imbécil. Volvió a emerger raudamente y el agua de su supuesto medio baño se derramó por el borde y me salpicó los pies. Vi cómo volvía a depositarse, ligero, un pedrusco de espuma.

—¿Quieres que rasque la pintura y quite el árbol? —preguntó con entusiasmo infantil—. Puedo hacerlo. Si de verdad te gustaba como estaba antes, lo haré.

Casi me había persuadido, casi, de que estaba equivocado, de que no había sabido juzgarla, de que era la inocencia personificada, impremeditada y en estado puro, cuando volví a mirar el cuadro. Sus ojos parecían penetrantes porque tenían dos puntos de luz. Los míos no tenían esos bonitos puntos blancos. ¿Por qué no? Volví a sentir indignación.

—Elsa, tienes que decírmelo ya. ¿Qué sabes tú que yo no sé?

Estudió mi cara, recorriendo con la vista cada una de mis facciones y buscando las palabras.

—Que tienes más imaginación de la que deberías y que, aparte de eso, eres el muchachito más adorable del mundo...

Me tendió sus brazos enjabonados y me arrastró vestido a la bañera. Yo no era tan tonto como ella pensaba. Empezaba a notar un mecanismo: el insaciable deseo le sobrevenía cada vez que yo la acorralaba. Cuando la creía el corderito que fingía ser, no me deseaba en absoluto, al contrario, me desdeñaba sin el menor escrúpulo. Lo intentó una vez más. Si no hubiese sido por aquella pequeña grieta... ¿Por qué no había plantado ella su paisaje alrededor de la casa?

Madeleine y mi padre regresaron de su estancia alpina en Kitzbühl con muy buen aspecto, bronceados y más delgados y, para completarlo, con abrigos nuevos a juego que —lo reconozco— les conferían una apariencia casi respetable. Mi padre incluso me sonrió al verme, no como a un hijo, sino como a un vecino cuya presencia ya le era habitual. Cuando se disponía a sacar sus nuevos efectos personales de las maletas, silbando *Never get my silly eyes off you*, una melodía que una mulata sudafricana nos había cantado una vez en un banquete de caza organizado por Günter Boom (un solterón amigo de mi padre), yo hice ademán de salir de la habitación. Como me temía, Madeleine se interpuso en mi camino:

—Escucha, este viaje me ha costado más de lo que esperaba. Necesito más dinero.

—¿Otra vez? En cada viaje que habéis hecho, os habéis pasado de la raya. En Suiza, por el cambio de moneda. En Como, porque se aprovechaban de los turistas. En Baden-Baden, por ir a tomar las aguas termales.

—Tú dame mil y en paz.

—Te quedarás en paz tú, pero yo no.

—De todos modos, la pasta no es tuya, sino de tu padre, o sea que yo, en tu lugar, no sería tan rácano.

—No me queda dinero en efectivo. Has quemado todas las reservas. Mira a tu alrededor. Esto es cuanto hay. ¿Quieres que empiece a sacar todo lo que hay en la casa? Dímelo, si es eso lo que quieres.

—Ten cuidado. Hasta ahora he mantenido la boca cerrada. Pero si yo empiezo a sacar lo que hay en la casa, puede que tengas que soltar mucho más de lo que te estoy pidiendo ahora. Creo que sabes muy bien a qué, o más bien a quién me refiero.

Sentí como si me fulminara un rayo. Sin saber muy bien lo que hacía, vacié mis bolsillos y le di todo lo que tenía, hasta la última moneda. Aunque no era ni la tercera parte de lo que ella esperaba, pareció satisfecha.

Sin pérdida de tiempo, le advertí a Elsa que me estaba viendo obligado a comprar el silencio de Madeleine. Elsa, naturalmente, lo interpretó a su manera. Le aconsejé que se mantuviera apartada y que no le dirigiera la palabra si alguna vez se la cruzaba en la casa. Esa misma noche, Elsa, totalmente demudada, volvió sigilosamente a mi cuarto sin haber llegado al baño, y me sugirió que bajara a ver lo que estaba pasando.

Bajé la escalera sin hacer ruido. A medio camino, vi a Madeleine en el sofá, apoyada en los brazos para mantener el equilibrio en posición sentada, al tiempo que un extraño le sujetaba las piernas abiertas y en alto, mientras se esforzaba en hacer lo suyo. Me puse tan fuera de mí que no pude dormir; lo habría arrastrado a él hasta la calle de una oreja o los habría matado a los dos con el rodillo de amasar (o cualquiera de las muchas venganzas que me pasaron por la mente), de no haber sido porque Elsa me convenció de que esperara a la mañana, para actuar con más sensatez.

—Madeleine —le dije, conduciéndola aparte por el codo para hablar con ella a solas—. Es hora de que tengamos una pequeña conversación.

—Aah... algún bichito te está royendo la cabecita.

—Podría decirse que sí.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de anoche, por ejemplo.

—Ajá. Ya sabía yo que eso iba a salir tarde o temprano. Sé muy bien lo que te preocupa. Mira, aquí tienes —dijo, mientras se metía la mano en el sostén, sacaba un rollo de billetes, los contaba y me tendía la mitad—. Has sido generoso conmigo y ahora tienes tu recompensa.

Retrocedí, escandalizado de que hubiese malinterpretado mis intenciones.

—No era eso lo que quería decir. En absoluto.

—¿A quién intentas engañar? El dinero es dinero. No existe el dinero limpio, simplemente no existe. Cuando compras un plátano por dos céntimos, ¿piensas en los nativos que se matan trabajando para que alguna condenada empresa pueda venderlos baratos? Cuando echas una moneda en el cepillo de la iglesia, ¿acaso piensas en todos los inocentes exterminados en nombre

de tu fe? Yo no mato a nadie. Mi dinero no está manchado de sangre.

—Esto no puede continuar en esta casa, Madeleine. Bajo este techo. No es cuestión de dinero...

—Asociémonos —dijo cogiéndome por el bíceps—, formemos una sociedad comercial. Podemos convertir esta casa en un burdel elegante, de categoría. ¡Mira cuántas habitaciones! ¿Te imaginas lo que podríamos ganar si pusiéramos una chica en cada una? Vendría la flor y nata.

—Ni hablar. La sola idea me repugna.

—Tú ya tienes la casa. Me tienes a mí y a esa zorrita que debe de hacer bien su trabajo, a juzgar por cómo la tienes ahí arriba, encerrada para ti solo. Yo pongo la experiencia. Hagamos un trato justo: iremos al cincuenta por ciento, ¿qué me dices? ¡Venga, escupe aquí!

—No tengo costumbre de escupir, pero nunca he estado tan cerca de hacerlo como al oír tu proposición.

—Vamos, no te hagas el puritano conmigo... ¡Como si no supiera que la estás escondiendo del burdel de donde la sacaste! Por mucho menos que eso, se han cortado cuellos... No digo que nadie vaya a enterarse, al menos mientras dependa de mí. Pero para estarme calladita, tengo que estar contenta.

Me alivió tanto saber que estaba a años luz de la verdad con aquella suposición suya de que Elsa era una mujerzuela, que allí mismo la hubiese besado, para luego volverme y darle una bofetada por cometer semejante error. Apoyé mi mano sobre su hombro, amable pero firmemente, y le dije que la respuesta era no, fueran cuales fuesen las consecuencias.

En ésas estábamos cuando mi padre salió del baño. La miró primero a ella y después a mí, parpadeando como si intentara ver mejor a través de una nube y comenzara a percibir un pequeño objeto en su interior, algo huidizo que reaparecía entre la niebla, como una mancha marrón transmutada de pronto en gorrión, antes de volver a fundirse con el gris. Parecía forzar tanto la vista y con tanta concentración que preferí retirarme, y en consecuencia no vi lo que pasó después. Solamente oí dos golpes y, cuando me volví, la vi a ella tumbada de espaldas en el suelo, apoyada sobre los codos, con la nariz chorreando sangre.

—¡Papá!

—¿Qué le has hecho a mi mujer? —le estaba gritando.

Ella lloraba sin hacer ruido, modulando «¡na-a-a, na-a-da!», en la medida en que se lo permitía la respiración entrecortada, de un modo que me recordó el curioso acento de aquella cantante sudafricana.

—¡Eso que llevas puesto es suyo! ¡De Roswita!

Se alejó unos cinco o seis metros a grandes zancadas, mirando a izquierda y derecha, como si mi madre anduviera por allí cerca pero él no consiguiera verla, y entonces regresó y aferró a Madeleine por el hombro.

—¿Dónde está mi mujer?

—No lo sé. No lo sé —tosió ella, mientras tendía un dedo acusador en mi dirección—. ¡Pregúntaselo a él!

Mi padre se me acercó, a pasitos casi mecánicos. Como el parpadeo se le había vuelto crónico, me costaba distinguir si lo hacía para recordar mejor o para contener las lágrimas. Pero no llegó a enfrentarme, sino que giró hacia un lado y se marchó, de tal manera que nuestros hombros se rozaron.

Sin saber muy bien qué hacer, le llevé a Madeleine una toalla para que se limpiase la cara.

—Son todos iguales —se lamentó—. Te utilizan para arreglar su vida privada y después te tiran como las raspas del pescado que acaban de comerse. Y al final nunca se olvidan de vapulearte, ah, no, porque tú tienes la culpa de todo. Te ven hecha una piltrafa y no les remuerde la conciencia dejarte tirada, para que te recojan los barrenderos y te manden al infierno.

No podía parar de llorar ni de hablar. El llanto le soltó la lengua, o lo que decía le soltó el llanto, no sé muy bien si lo uno o lo otro. Me contó que su madre la había dejado abandonada en la calle, a los seis años, unas semanas después de conocer a un hombre que al parecer era checo; que ni siquiera sabía quién era su padre, ni tampoco lo sabía su madre, porque podría haber sido cualquiera, y muchas cosas más, hasta que al final sentí un poco de pena por ella. Como más tarde admití ante Elsa, el consuelo que fui a ofrecerle acabó en abrazo.

—Ten cuidado —me advirtió Elsa—. ¿No ves que es una manipuladora? Como ve que tu padre se le escapa de las manos, está haciendo avances contigo.

—No más manipuladora que otras mujeres —repliqué—, no más que tú —añadí.

—¡Repíte eso!

—Visto de ese modo, podría decirse que tú también eres una manipuladora. Después de todo, conseguiste meterme en el bote, ¿no?

Omitiré todas las idioteces que dije (porque francamente me avergüenzo de haberlas dicho) y me limitaré a resumir nuestra pelea, que fue una batalla de unas dos horas. Sus respuestas serán suficientes para transmitir la idea de todas las tonterías que saqué a relucir. Me respondió que los judíos nunca habían intentado robar sangre germánica, que se casaban entre sí y que cualquier madre o padre judío habría considerado una desgracia que sus hijos quisieran romper la tradición. Me aseguró que era verdad y lo juró por su vida, porque si lo juraba por la mía no iba a creerle ni una palabra. Mencionó de pasada que no dejaban de ser irónicas las leyes de Nuremberg, que habían prohibido el matrimonio entre arios y judíos, aunque su comunidad se había abstenido de comentar el asunto cuando fueron promulgadas. Los siguientes fueron algunos de los «para que lo sepas» que salpicaron su argumentación: su calendario, lunar y de trece meses, era mucho más antiguo que el gregoriano (que según me enteré en ese momento era el nuestro), y ya iba por el año 5713 (o al menos eso creía, porque contando con los dedos, calculó primero 5715 y después 5713). Del mismo modo que los cristianos se dividían en católicos, protestantes, baptistas, cuáqueros y quién sabe qué más, entre los judíos había ortodoxos, conservadores, algo como *hassadam* o *hassudim*, reformistas... Combustible fresco para una explosión: ¡el cristianismo y el islam se habían desarrollado a partir del judaísmo! ¡Lo mejor fue cuando dijo que Jesús, María, José y los doce apóstoles eran judíos! No sé qué mentiras le habrían contado, pero le dejé bien claro que eran cristianos, ¡y no judíos! Aquello condujo a un encendido debate, aunque mi fe estaba lejos de ser ferviente. ¡Para qué me habría metido! Me ofreció detalladas relaciones históricas, hasta que ya no fui capaz de oír nada más acerca de desiertos arenosos de épocas remotas, tuviese o no razón.

A decir verdad, me llevó tiempo asimilarlo. Por alguna razón, lo que se aprende de niño en la escuela forma un núcleo sólido. Es imposible sustituir ese núcleo dentro de uno mismo. Sólo se puede crecer encima, proseguir a partir de ahí. Las creencias que se tienen a lo largo de la vida son como los anillos de un tronco, como si cada año se solidificaran los sucesivos pensamientos, dudas y opiniones. La naturaleza no presta atención a las ideas y actos contradictorios cuando

pasamos de una estación a otra, sino que los guarda uno tras otro, para fabricar el tronco que somos, el residuo compacto y unificado de nuestros diametrales años pasados.

Durante unos días reinó la calma en casa y se reanudó la relación entre Madeleine y mi padre, aunque no exactamente como antes. Mi padre dormía hasta el mediodía, echaba un par de siestas cortas por la tarde y, aun así, se metía en la cama nada más terminar la cena. En las escasas horas en que no estaba físicamente ausente, no prestaba la menor atención a las carantoñas ni a los motes afectuosos que ella le dirigía, pero tampoco protestaba si ella lo cogía de la mano o le besaba la frente, ni rechazaba sus casi sofocantes atenciones maternas, como cuando se empeñaba en proporcionarle copiosas comidas (preparadas con sus propias manos) o en lavarle con una esponja en la cama (la única manera de que se aseara). Básicamente, se dejaba hacer con indiferencia, pero sin reacciones negativas. No parecía que guardara silencio por incapacidad de hablar, sino por voluntad propia. Madeleine le insistía para que hicieran otro viaje. Tanto porfió que finalmente consiguió que él asintiera con un gesto, dando su aprobación a un destino: Salzburgo.

Eran las tres de la madrugada. Las maletas, preparadas desde hacía tiempo, estaban alineadas junto a la puerta. Su tren salía a las siete de la mañana. Madeleine había comprado los billetes y había hecho las reservas con el dinero que yo le había dado, pero pensaba pagar de su bolsillo el hotel y las comidas. Yo estaba profundamente dormido, lo mismo que Elsa y probablemente el resto del vecindario. De pronto, imprecaciones y alaridos simultáneos desgarraron el silencio. Creí que mi padre la estaba matando. Bajé a toda prisa llevando puestos los pantalones del pijama y los encontré a los dos en el suelo, a la izquierda de la cama, en el lugar donde habían caído tras resbalar con la totalidad de sus mantas. Él estaba precariamente sentado sobre el pecho de ella y la abofeteaba alternativamente con la palma y el revés de la mano, según el lado de la cara que quisiera golpear, mientras aullaba: «¡Putá! ¡Putá!». Ella había agarrado una almohada e intentaba contraatacar, sin mucho éxito, tapándole la cara. En cuanto él me vio, su mano se detuvo en el aire, momento que ella aprovechó para torcer una pierna y golpearlo cuatro veces bajo la barbilla hasta tumbarlo.

—¡Búscate a otra dispuesta a aguantar a una bestia como tú! —le gritó, poniéndose en pie, desmelenada y con la cara cruzada por marcas rojas—. ¡Vete a buscarla a ella, anda! ¡Muchos cuidados puedes esperarte de ella! ¡Ja! ¡Mucha calidez!

Se puso el abrigo por encima del camión y se calzó las botas sobre los pies desnudos.

—¡Ya veremos si no lamentas perderme, después de todo lo que he hecho por ti! ¡Y de todo lo que he aguantado en esta maldita cueva de chalados! —añadió.

En tiempo récord, como si tuviera mucha práctica en salidas relámpago, atravesó el vestíbulo y cogió una maleta cualquiera.

—¡Hemos terminado!

Yo intenté recordarle los peligros de aventurarse por las calles a esas horas de la noche, pero ella tenía fija la atención en el amplio ángulo donde suponía que debía de estar mi padre, si es que no se había movido, y vociferaba sus réplicas para que él la oyera:

—¡Tengo tiempo de sobra para dar un buen paseo! ¡Y tomar un poco de aire fresco!

Para que él no se perdiera lo que venía después, dobló las esquinas necesarias para situarse en su campo visual y le arrojó su billete.

—¡Me da igual que vengas o no vengas! ¡Haz lo que quieras!

Fue la única vez que detuvo la vista en mí por un momento, esperando tal vez que yo le transmitiera a él el mensaje si no lo había entendido, como permitía suponer la expresión vacía de su cara.

Mi padre se quedó donde estaba, con los brazos cruzados, la espalda apoyada en el colchón desnudo, sentado sobre su almohada y cubiertos los hombros con las mantas retorcidas, como la capa de un rey destronado. Lo dejé solo y estuve un rato sentado en el sillón más cercano, hasta que las primeras plumas rosadas del alba planearon en el cielo. Era hora de avisar a Elsa de que la casa no iba a quedar libre a las siete, como habíamos pensado.

—Johannes.

Nos volvimos, sobresaltados. Mi padre estaba de pie en la puerta de mi habitación. Descruzó los brazos y los dejó caer a los lados del cuerpo.

—No puede ser —dijo.

No supimos qué hacer ni qué decir, cada uno por sus propias razones. Tampoco él. Se dio media vuelta, se estiró la ropa, dio un par de golpecitos sobre la baranda de la escalera y bajó. Unos seis minutos después, oímos un disparo, sordo, seco y distante, como una tos inofensiva.



Me vi obligado a vender nuestros muebles para pagar los impuestos de la herencia. Al no tener experiencia, cometí el habitual error de decir la verdad. Debería haber declarado al ayuntamiento que mis padres me lo habían dado todo en vida, o usar las conexiones familiares para conseguir tasaciones oficiales a la baja. Irónicamente, esa práctica tan corriente (pues en materia de sucesiones había una teoría y una práctica) recibía el nombre de *chuzbe*, término que en yiddish significa algo así como «organizarse con ingenio». No hubiese imaginado que el Estado iba a contabilizarlo todo, desde el reloj de pulsera de mi padre, que yo llevaba puesto, hasta el retrato para el que había posado mi abuela a los dieciséis años. Como mi padre le había regalado a Madeleine buena parte de las joyas de mi madre (y yo le había dado algunas a Elsa), algunos objetos de valor escaparon del inventario. Mi única alternativa habría sido hipotecar la casa, pero el notario de mi abuela me advirtió que si no pagaba las mensualidades, el banco tendría derecho a venderla a cualquier precio, mientras fuera suficiente para cubrir la deuda.

La subasta estaba programada para el sábado en el Dorotheum. Hubo codazos y empujones cuando abrieron las puertas, y sólo comprendí por qué cuando ya era demasiado tarde. No había suficientes asientos, y los que no conseguimos sentarnos, unos dos tercios del público, tuvimos que quedarnos de pie al fondo, apretados como sardinas y sintiendo crecer la envidia con el paso de las horas. Entre las diversas piezas presentes, de estilo barroco, imperio, Thonet vienés, modernista, *art déco*, Bauhaus y Biedermeier, nuestros muebles de familia estaban distribuidos en puntos estratégicos de la sala de exposiciones, donde parecían tan fuera de lugar como unos recién llegados a un cóctel que intentaran incorporarse a algún corrillo sin conseguirlo del todo.

Por encima colgaban arañas de idéntica variedad de estilos, incluidas tres lámparas imperio nuestras. Las habían colgado ligeramente inclinadas, de tal manera que los brazos dorados parecían a punto de derramar su cosecha de lágrimas de cristal. Quiso el azar que me situara a escasa distancia de la butaca de cuero de mi abuelo, expuesta cerca de una de las filas de asientos. Me tentaba la idea de sentarme, y debí de mirarla en exceso, porque una señora gorda captó la idea y fue a apoltronarse antes que yo.

La primera pieza vendida fue nuestro buró Luis XV con tapa cilíndrica y decoración de marquetería, herencia de la familia de mi abuela. En la subasta a mano alzada, las ofertas treparon al triple del precio anunciado en el catálogo. Me esperaba, por tanto, una suma igualmente elevada por el tocador de mi madre, pero la florida descripción de la talla rústica en roble que hizo el subastador no incitó a nadie a levantar la mano. Tras reprender al público por su falta de interés, redujo a la mitad el precio de salida; hubo cierta animación, que se agotó en cuestión de segundos, y cayó el martillo.

A excepción de las piezas más voluminosas, la mayoría de los compradores se marchaban

llevando a cuestas lo que habían ido a buscar. Una joven pareja se fue con nuestra cómoda imperio de palo de rosa, sin aliento por el peso y también, supongo, por la ganga que habían conseguido. Rápidamente, los muros y el techo de la sala se fueron vaciando. Yo miraba y me sentía impotente. Después le llegó el turno a las alfombras, el suelo quedó al descubierto y me quitaron nuestra Bujara de debajo de los pies.

Lógicamente, nadie sabía que aquellos objetos habían pertenecido a mi familia, ni que yo había pasado mi vida entre ellos. Sólo pensaban en el nuevo añadido a su casa o a su tienda de antigüedades. El total habría sido suficiente para pagar los impuestos adeudados, pero hubo que deducir la comisión de los subastadores y el transporte de los muebles a la casa de subastas. Sólo cuando vendí el piano de mi abuela y todos nuestros espejos en la siguiente subasta, hasta el último panel y el último espejito de baño, pude saldar la deuda con el fisco.

De pronto, todas las habitaciones parecieron más grandes, como si milagrosamente los muros se hubiesen separado. El interior, sin estar vacío del todo, estaba suficientemente despejado para que resonara el eco. Cualquier tos, una voz o unos simples pasos sonaban duplicados, pero inexplicablemente huecos. Las vitrinas, las consolas, los espejos y los armarios ausentes habían dejado marcas en las paredes, como puertas que no conducían a ninguna parte. Por la noche, las manchas claras que atestiguaban antiguas alfombras se convertían en fantasmagóricas trampas que invitaban a bajar a los abismos. Huellas semejantes a monedas eran el recordatorio de sillones y sofás desaparecidos, y un grupo de tres indicaba el lugar de nuestro piano, una zona que yo evitaba por su singular silencio melancólico. Ciertos defectos en los que nunca había reparado se habían vuelto palpablemente evidentes, como la pintura desconchada, el papel pintado despegado y las cretonas desgastadas.

Mantener el orden pasó a ser un problema. Las camas fueron sustituidas por montones de sábanas y mantas en habitaciones vacías. La falta de cajones, aparadores y armarios (incluido el de Ute) hizo que surgieran por la casa multitud de dunas abigarradas. Los subastadores me habían asegurado que las librerías encargadas especialmente para nuestra biblioteca se venderían a buen precio, y estaban en lo cierto, pero como consecuencia, los volúmenes encuadernados en cuero acabaron apilados en el suelo.

Llegó el invierno y la casa se enfrió. En las estufas había cenizas frías. Como no me quedaba otra opción, corté, aserré, pateé y maldije uno de los árboles del jardín. Confiando en encontrar algo que me ayudara a hacer arder la madera húmeda, subí al desván. Ya no quedaban sillas de paja medio podridas, ni escobas, ni ninguna otra cosa. En el rincón más alejado, a la derecha, colgaban los restos polvorientos de lo que alguna vez debieron de ser telarañas florecientes, delicadamente tejidas y tensadas. Allí encontré las cajas. Les quité la suciedad y eché un vistazo al interior. Todavía contenían lo que creía recordar: los libros que mi madre intentó salvar. Teníamos que calentarnos.

En la antigua casa de Madeleine se negaron a readmitirla, por haberse marchado antes dos veces. No era sólo «cuestión de rencor», según me dijo, aunque también hubiera algo de eso, sino más bien «cuestión de competencia». Le habían quitado el puesto. Con tantos extranjeros en la ciudad, llegaban muchas profesionales ambiciosas, más jóvenes y guapas que ella y, por tanto, más cotizadas. Me vi obligado a dejarla regresar. Si no quería que se subiera al tejado a gritar la verdad, me dijo, más me valía poner el tejado sobre su cabeza. Al margen de esa intrusión, no puedo decir que interfiriera. Pasaba la noche trabajando en la calle y el día durmiendo en casa, y

eso sólo cuando volvía por la mañana, que no eran más de dos o tres días por semana. Sólo en raras ocasiones nos cruzábamos. Elsa y ella observaban las normas mínimas de cortesía cuando se encontraban, pero prácticamente no se dirigían la palabra. Elsa le tenía miedo, porque la veía como una taimada chantajista. Y Madeleine era demasiado orgullosa para rendirle pleitesía a Elsa, a quien consideraba una mantenida.

Yo era consciente de que tenía que conseguir un trabajo, pues de lo contrario estábamos abocados a la ruina, pero no sabía cómo. Siempre había supuesto, al igual que mis padres y mis abuelos, que trabajaría en el negocio de la familia. De niño, mi padre siempre me decía que yo quedaría al frente de la fábrica cuando tuviera suficiente experiencia y él alcanzara la edad de la jubilación. Me pasaría el relevo —decía—, lo mismo que había hecho su padre con él y lo mismo que haría yo con su nieto, cuando llegara el momento. Pero ya no había fábrica. Había sido bombardeada mientras producía material de guerra que no debería haber producido. Por regla general, los ausentes cargaban con las culpas de todo lo que no fuera posible probar, para ahorrar problemas a los supervivientes, y en aquel entonces no se hizo ninguna excepción con mi padre. Su coche nunca fue hallado entre los escombros. Mi abuela sospechaba que lo había robado uno de sus empleados, que probablemente había cruzado la frontera para ir a venderlo a Hungría. Aunque no hubiese sido así, nunca habría conseguido recuperar el coche ni ninguna otra cosa, porque la fábrica había quedado en el sector soviético.

Naturalmente, el coche y la fábrica estaban asegurados, pero las cláusulas de la póliza eximían a la compañía de toda indemnización por daños o pérdidas causados por guerra, insurgencia o cualquier otra eventualidad que superara su capacidad de cobertura. Mis esperanzas renacieron brevemente con el plan Marshall, y aunque no niego la importancia que tuvo ese programa para mucha gente, a mí no me reportó ningún beneficio directo.

Sentado en un café, repasaba los anuncios por palabras con un solitario *espresso*, la más barata de las consumiciones, por toda compañía. Mojándome los labios de vez en cuando, podía hacerlo durar horas, una práctica que me enemistó con el camarero, cuyo trabajo consistía en incitar a los pobres a un consumo más rentable. Cada cuarto de hora, deslizaba la lista de bebidas por encima del punto que yo señalaba con el dedo y me preguntaba si todavía no quería que me trajera una cerveza, una agua con gas o un *espresso caliente*. Normalmente yo era sensible a ese tipo de presión, pero cualquier cosa que hubiera pedido me habría aligerado el bolsillo de lo que necesitaba para la próxima comida de Elsa, por lo que la respuesta era la misma que la anterior y la siguiente: no.

No podía decirse que hubiese páginas y páginas de ofertas; a veces ni siquiera había una página completa, pero me llevaba tiempo considerar cada anuncio. La mayoría eran para trabajos de construcción o reconstrucción, para los que yo estaba físicamente incapacitado. Unos pocos solicitaban jóvenes dinámicos con estudios, y yo ni siquiera tenía el diploma de la escuela secundaria, por lo que en ese sentido no tenía la menor posibilidad. Por desgracia, era demasiado mayor para las posiciones más asequibles: repartidor de periódicos, aprendiz de soplador de vidrio, empleado de gasolinera, botones o encargado de guardarropas. El empleo de cajista de imprenta habría sido un paso hacia el periodismo, pero ¿quién en su sano juicio habría contratado a alguien con mis limitaciones manuales? Quizá estuviese siendo pesimista, quizá tan sólo realista, pero aquellas tardes me dejaba derrotar, sin aventurarme a establecer ni un solo contacto.

En la calle tenía más coraje. Uno de mis panaderos habituales necesitaba un dependiente de

media jornada, según pude leer en el cartel colocado en el escaparate agrietado. Me asomé y le dije que había llegado la ayuda que necesitaba. A él no se lo pareció. Fui a media docena de fábricas y me ofrecí para trabajar en la línea de producción. Nadie me quiso, con una sola mano y nada de experiencia. Les propuse trabajar por la mitad del salario mínimo, asumiendo lo que ellos mismos insinuaban, «una mano, media persona», pero no cambiaron de idea. Les propuse trabajar gratis hasta demostrar que era capaz de hacerlo, pero siguieron negándose. Decían que, si me hacía daño, la responsabilidad sería suya. Probé suerte en las estaciones de tren, en correos y en el ayuntamiento, pensando que si el gobierno austríaco no me pagaba una pensión digna, al menos haría lo posible por compensarme de esa manera. ¡Cuán equivocado estaba! Aun así, alguien del ayuntamiento me envió al Wiener Arbeitsamt, la oficina de empleo de Viena.

Casi me doy la vuelta, cuando desde fuera vi a toda la gente que esperaba en el vestíbulo iluminado con tubos fluorescentes. Entrar fue peor. Aunque sólo había seres humanos, los olores corporales eran más intensos que en ciertas zonas del Jardín de Fieras de Schönbrunn. El solo hecho de encontrar el espacio físico imprescindible para rellenar un impreso requería un esfuerzo considerable, pero no tanto como el paso siguiente: hacerse una foto en una máquina alimentada con fichas. Eso significaba ofrecerse en espectáculo, pues para acometer la hazaña era preciso sonreír, contra toda lógica, delante de un mar de caras abatidas. La oficina cerró antes de que llegara mi turno, y sufrí idéntico aplazamiento otras dos veces, hasta que por fin oí que me llamaban por mi nombre.

Me atendió una morena flacucha, de pecho plano y pelo recogido en dos trenzas lacias, que antes de nada se restregó los ojos rodeados de patas de gallo, metiéndose los dos dedos índices por detrás de las gafas. Cuando los abrió, acuosos y desenfocados, yo estaba contemplando el águila negra de dos cabezas de nuestra república, dibujada en un cartel que estaba colgado detrás de ella. El águila procedía del escudo de armas de los Habsburgo; Austria la había conservado tras la caída del Imperio austrohúngaro, pero le había encontrado un nuevo empleo: ahora el ave empuñaba un martillo y una guadaña (¿o sería una hoz?, yo sabía muy poco de agricultura). Empecé a decirme que hasta el águila tenía empleo, pero la mujer me interrumpió secamente:

—Su solicitud está incompleta. ¿Aptitudes?

Cogió un lápiz y empezó a dar golpecitos sobre la línea correspondiente, tan rápidamente como la aguja de una máquina de coser.

—Bueno... soy muy trabajador... honesto... —enumeré, intentando añadir otras virtudes.

—¿Cómo sabe que es muy trabajador, si nunca ha trabajado? —preguntó, repiqueteando con el lápiz y poniéndome aún más nervioso.

—En casa. Siempre he trabajado mucho en casa. Cocinando, limpiando... todo eso. Es mucho trabajo, ¿sabe?

Su sonrisa reveló una separación entre los dos dientes delanteros, que no pude dejar de advertir. Ella reparó en la dirección de mi mirada y al punto endureció su expresión.

—Eso nunca se lo tragó mi marido —replicó—. Gracias. ¡Siguiente!

Me puse en pie, pero no me decidía a marcharme. Habría querido recuperar una opinión favorable de la manera que fuera, pero otro hombre había ocupado mi silla, y a ella ya se le había olvidado que yo alguna vez había estado allí.

Mientras tanto, se me volvió a imponer la realidad económica. Había que pagar impuestos, había montañas de facturas a las que debía hacer frente, no terminaba nunca. Recibí cartas de

acreedores que me amenazaban con presentarse en la puerta y me decían que, si no les abría, volverían con una orden judicial para que la abriera un cerrajero. ¡Sufría con sólo imaginar lo que habría pensado Elsa! A discreción del ejecutor, podían confiscarme mis bienes personales y venderlos para saldar mis deudas. El pánico inspiró mis siguientes decisiones. Mandé desmontar los paneles de roble de las paredes, las molduras de piedra de las esquinas y las baldosas florentinas del suelo, así como las puertas antiguas de nuestras habitaciones, con sus picaportes de bronce labrado. La puerta principal siguió en su sitio, pero sin la aldaba de cabeza de león. Se vendió todo en la siguiente subasta, pagué mis deudas y recuperé la tranquilidad. Momentáneamente.

Las cornisas desmontadas dejaron cicatrices en los muros, y me miraban acusadoras desde lo alto. Los huecos de las puertas eran como bocas desdentadas, azoradas ante mi proceder. El vestíbulo y el salón parecía que estuvieran en obras y, pensándolo bien, también lo parecía el resto de la casa. Ya no quedaba ningún rincón acogedor. Era como si Elsa y yo, y también Madeleine, supongo, viviéramos clandestinamente en una casa que no fuera nuestra. En ese entorno antinaturalmente desnudo, acabé por obsesionarme con las grietas de las paredes y el techo. Parecían multiplicarse y crecer de un día para otro, aunque sólo fueran unos pocos milímetros. Crecían en un lento y sarmentoso movimiento, primero hacia un lado y luego hacia el otro. Tenía visiones de hojas que les surgían a los costados.

La reacción de Elsa fue de integridad. Apoyó las manos en las caderas, como solía, y me reconvinó:

—¡No esperarás, Johannes, que me quede mirando sin decir nada! Sé que estás arruinado. He sido y soy una carga para ti. Tienes que poner comida en mi boca, ropa sobre mis hombros y dinero en manos de esa prostituta para que no me delate.

—¿Arruinado, yo? ¿El propietario de una casa como ésta? ¡Cuántos en Viena quisieran estar así de arruinados!

—Cuanto más espléndida es la casa, más espléndidos son los gastos. Y cuanto más codiciosa la prostituta...

—Ésas no son preocupaciones para una mujer.

—¡Tengo un cerebro igual que el tuyo o que el de cualquier otro hombre!

—Eso ya lo has demostrado, pero las matemáticas no son lo mismo que las finanzas, así como el marxismo de los libros no es lo mismo que el comunismo. Los ratones de biblioteca como tú no saben lo que es la vida real.

—No me subestimes.

—Eso es precisamente lo que estás haciendo tú conmigo.

—No pienso quedarme tan tranquila, sin hacer nada. Quiero ayudar.

—No hay nada que puedas hacer.

—Puedo intentar pagarle a ella.

—No pienso aceptarlo.

—Déjame al menos que pague por mi vida.

—Tu vida es responsabilidad mía.

—¡No soy una mantenida! —exclamó, y pude distinguir el viejo fuego en sus ojos—. Si un barco se está hundiendo y a bordo viajan un hombre y una mujer, ¿hará bien el hombre en achicar el agua sin ayuda? Si el barco se hunde y los dos se ahogan, ¿cuántas vidas habrá salvado él?

Cero. Si los dos achican el agua juntos y mantienen el barco a flote, ¿cuántas vidas habrán conseguido salvar? Dos.

Sacudí la cabeza ante mi Elsa de siempre, con aquellos argumentos retóricos que se sacaba de la manga a voluntad. Al ver una brecha abierta en mis defensas, aprovechó la oportunidad para hacerme cambiar de idea.

—Como bien sabes, tengo un talento, una habilidad. Tú has invertido en esa capacidad mía y deberías obtener algún beneficio. —Hizo una pausa para que yo prosiguiera a partir de ahí, pero no lo hice—. Me refiero a mi pintura. Si me dejas, puedo pintar un cuadro al día, tal vez incluso dos. Tú los vendes al precio que te parezca y usas el dinero para mantener la casa. Y para mantener cerrada la boca de esa prostituta.

—Aprecio la idea, pero no, gracias.

—¿Todavía puedes permitirte ser arrogante? Mi padre siempre decía: «La arrogancia es un vicio caro. Pagas por ella toda tu vida y al final te cuesta hasta el alma».

—Por si no lo sabías, hay una diferencia entre dinero de verdad y calderilla.

Elsa no dejaba de azuzarme, obligándome a mantener mi mentira.

—¿Olvidas el éxito que tenía antes de mi accidente? ¡Me dijiste que estaba teniendo un gran éxito! ¡Tú me lo dijiste! ¡Decías que yo era «una pequeña pintora que conmovía al mundo entero»! ¡Lo dijiste! ¿Por qué lo niegas ahora? ¿Para humillarme? ¿Para hacerme sentir que no soy nada, que nunca he conseguido nada, que nunca he hecho nada bueno en la vida?

—Éxito de crítica —dije, tragando saliva—. Sí, éxito de crítica. También éxito comercial, sí, es cierto, pero olvidas que tuve que pagar los gastos, no tienes ni idea de los mecanismos financieros, de su funcionamiento, del dinero que hace falta para engrasar los viejos engranajes. ¿Acaso imaginas lo que cuesta alquilar salas de exposición, imprimir invitaciones, comprar material, pagar el transporte y contratar seguros? El arte es cuestión de prestigio, no de beneficios.

—Esta vez no es necesario que lo hagas con tanta elegancia. Límitate a vender aquí en Viena. Sin mensajes por mi parte, ni alboroto por la tuya. Vende como sea y por el precio que puedas conseguir.

—Eres muy amable, dulce Elsa, pero la mejor manera de ayudarme en este momento es dejar que encuentre yo solo la solución.

—Te diré algo que te sorprenderá, mi adorable Johannes. Yo quiero hacerlo; es la primera vez desde hace años que de verdad quiero hacer algo, y ni siquiera sé si lo haría por ti, porque a decir verdad creo que más bien lo estaría haciendo por mí. La sola idea de que mi vida vuelva a tener un sentido, un objetivo, una razón para levantarme por las mañanas y volver agotada a la cama por la noche, con los pies doloridos, las manos cansadas y la mente consumida, hace que vuelva a fluir la vida por mis venas y se me hinche el pecho de gozo. Siento que voy a florecer, que voy a abrir los brazos al sol y voy a sentir la lluvia en la lengua, que las abejas me harán cosquillas en las orejas y los pájaros me besarán la cara y me pincharán las mejillas con sus picos hasta hacerme sentir, ¿lo entiendes?

La estreché con fuerza contra mí y le acaricié el pelo, escuchando mis propias palabras de asentimiento. Fue como si ella me enseñara el fondo de un pozo, dos metros bajo tierra, y abriera la tapa de un ataúd diciéndome «bien venido a casa», y yo me quitara el sombrero y entrara cortésmente. No tenía escapatoria. No podía ser el primero en tomar la iniciativa de negar las fantasías que nos habíamos plantado mutuamente en la cabeza. Me hicieron caer en la trampa esos

falsos frutos, que me parecieron más apetitosos por la renovada confianza de ella en su aspecto y su sabor.

Elsa se puso a trabajar en lienzos mucho más pequeños que los de antes. Ya no lo hacía de pie, porque era demasiada carga para sus piernas. Prefería recostarse de espaldas, con el lienzo sobre los muslos, o tumbarse de lado, apoyando la cabeza en un brazo, aunque sólo le quedara una mano libre para pintar. Pintaba más o menos lo mismo que antes, flores sin raíces en el cielo. Digo «más o menos», pero en esos cuadros había algo decididamente de menos, que no hubiese sido capaz de definir. Eran alegres, amigables, pero cada pintura tenía algo de decorativamente bonito y deliberadamente vacío, pese a una prodigiosa variedad que hacía pensar en un catálogo de papeles pintados.

Fui al Stadtpark a probar suerte. Muchos de los viandantes se paraban a mirar, aunque sólo fuera el tiempo de dos pasos perdidos. En el parque sonaban instrumentos de cuerda en manos de músicos profesionales o aficionados necesitados de dinero. Algunos solistas tocaban durante horas por un puñado de monedas que recogían en las cajas. Eran tiempos difíciles. Los paseantes podían asistir a conciertos gratuitos al aire libre. Para ellos eran tiempos más fáciles.

Vendí dos cuadros por siete chelines cada uno, y por aquel entonces —para hacerse una idea de lo que aquello representaba— con 1,75 chelines se podía comprar, si mal no recuerdo, una jarra de medio litro de cerveza, y con 1,80, un billete de ida y vuelta en tranvía. Yo estaba de muy buen humor, no veía la hora de contárselo a Elsa. Los dos compradores habían sido ocupantes británicos que apreciaban ese tipo de composiciones florales, o al menos tenían algún pariente en casa a quien supuestamente le gustaban. La alegría me duró poco. El siguiente comprador me puso la mano en la nuca de una manera extrañamente sentimental, antes de marcharse con mi cuadrito bajo el brazo. Me quedé mirándolo hasta casi perderlo de vista, pero antes noté que tiraba algo a la papelera, algo cuadrado que muy bien podría ser mi pintura. Mis sospechas se confirmaron con la venta siguiente. Un viejo caballero vienes me dio unas palmaditas en la espalda.

—Suerte, J. Betz, mucha suerte... ¡y la cabeza bien alta! —me dijo.

Fue entonces cuando comprendí que no estaba vendiendo cuadros, sino recibiendo caridad. Me vi en los ojos de ellos. No era un artista con talento, sino un inválido, un paria de otro tiempo y otro lugar, que mendigaba unos mendrugos en el parque.

Fue insoportable, sentí que me convertía en la imagen que ellos tenían de mí. Las melodías dulces y tristes que sonaban en el parque me hicieron entrar aún más en el papel. Tan rápidamente como pude, empecé a recoger los cuadros que quedaban por vender. Entonces vino hacia mí una pareja cogida del brazo que paseaba por el sendero. Aunque a él no lo veía desde la infancia, lo reconocí al instante. Era Andreas, uno de los gemelos presentes en la fiesta de cumpleaños que me había organizado mi madre a los doce años. Su novia, una bonita joven austríaca, se paró delante del último cuadro.

—¡Mira, lirios, mis flores favoritas! ¡Huelen tan bien!

Me volví, haciendo como que buscaba algo en la cesta y, afortunadamente, siguieron paseando sin que él me reconociera. Debían de estar a unos diez pasos de distancia cuando un viejo sentado en un banco, por cuyo lado estaban pasando ellos, gritó en mi dirección:

—Dime, hijo, ¿cómo te llamas?

No quise contestar, por temor a que Andreas me oyera. El viejo se acercó a mí con paso vacilante, cogió un cuadro y lo examinó con su único ojo bueno, que era bueno solamente en

comparación con el otro, ciego. Me dio pena, pero yo quería marcharme lo antes posible, por si los otros regresaban. En la indecisión del momento, le dije que se lo quedara, y él cogió otros dos sin preguntar.

—Eres un buen chico —dijo, sacando del bolsillo un pañuelo, al que añadió sangre fresca de la nariz. Aún no estoy totalmente seguro, pero durante una fracción de segundo hubiese jurado por mi vida que era *Herr Grassy*, mi viejo maestro. Sin embargo, cuanto más cincelaba y remodelaba mentalmente sus facciones gastadas tratando de recordar cómo era, más me convencía de que estaba lo bastante deteriorado para ser el viejo maestro de cualquiera.

Me tendió uno de mis propios cuadros.

—¿Cincuenta chelines? —aventuró.

Me quedé boquiabierto.

—Eres un buen chico —intercaló entre toses, y se marchó.

Escogí un sendero apartado para atravesar el parque. A cada paso, mis zapatos se hundían en el barro, iba a necesitar más de una hora para limpiarlos por dentro y por fuera. El suéter se me enganchaba en los arbustos secos. Estaba furioso conmigo mismo. ¿Qué probabilidades habría tenido de volver a encontrar a dos personas por la avenida principal, en un parque tan enorme? El barro me pesaba en el dobladillo de los pantalones y, para mi consternación, tenía completamente enfangado uno de los zapatos. Cuando levanté la cabeza, no pude creer mi mala suerte. Ahí estaban, Andreas y su novia, a menos de diez metros delante de mí. Él avanzaba de puntillas, entre maldiciones, en un vano intento de salvar sus zapatos. Ella iba colgada de su brazo, resbalando a uno y otro lado, y exagerando el movimiento cada vez que los resbalones la inclinaban hacia él.

Verme a mí fue una mala sorpresa también para ellos, y sólo entonces comprendí que Andreas me había reconocido a la primera y se había tomado el mismo trabajo que yo. Mantuvo en su cara una expresión indefinida. Teníamos que cruzarnos en aquel estrecho sendero, y cuanto más nos acercábamos a ese desagradable punto, más miradas furtivas nos dirigíamos. Su reacción iba a depender de la mía. Me horrorizaba fingir, porque cuando lo hacía la voz se me ponía demasiado aguda.

—Vamos —dijo su novia, arrastrándolo hasta dejarme atrás y sin volver a resbalar, hasta que estuvieron a una distancia prudencial.

Cuántas veces esperé la hora adecuada, dejando pasar el tiempo hasta que Elsa estuviera absorta en alguna tarea o durmiendo. Sólo entonces podía acometer con cierta seguridad la tarea de bajar al sótano un cargamento de recuerdos familiares, maniobra complicada, sobre todo porque éste estaba atestado con los cuadros viejos de Elsa. La escalera todavía estaba desocupada, pero la puerta no se abría ni dos centímetros, y lo mismo hubiese sido que cediera un palmo, porque detrás había una masa sólida de cuadros. No me quedó más remedio que sacar alrededor de un centenar de pinturas y repartirlas por los peldaños de piedra, lo cual si bien dejó libre la puerta, obstruyó la escalera. Entré en el sótano por la trampilla exterior, desde donde empujé el resto de los cuadros para hacer más espacio y, al hacerlo, bloqueé del todo la puerta. En aquel exiguo espacio depositaba mi cesta cada veinticuatro horas, por lo general en los momentos más inopinados del día. En cuanto sus obritas recién pintadas se secaban, Elsa me las entregaba y yo partía en dirección al Stadtpark.

En realidad, nunca volví a ir al parque. Regresaba al sótano, donde cambiaba una cesta por otra, la ligera por la pesada, y la acarreaba hasta el mercadillo de ocasión. Un día fueron libros y



ropa usada; otro, marcos de cuadros y material de escritorio; al siguiente, baratijas, figurillas, adornos de inspiración oriental, pastilleros, monerías rococó, piezas de porcelana Meissen y, en pocas palabras, todos los recuerdos que quedaban en casa. El mercadillo no era el lugar alegre y frívolo que es actualmente. Era una deprimente reunión de gente hambrienta que hacía lo que podía para sobrevivir. Allí había ancianas vendiendo pasteles, y cuando no conseguían venderlos, los convertían en su comida para el resto de la semana. Vi a un hombre vendiendo tres veces los mismos candelabros de plata. Un cómplice suyo seguía a quien acababa de comprarlos y los hacía reaparecer a fin de mes en su tenderete. Todos sabían que el mercadillo era el lugar más barato donde volver a comprar los objetos que les habían robado. Hoy los clientes pueden dejar el paraguas a la entrada de la pescadería mientras compran. En aquel entonces, la gente entraba y salía con paraguas, pero no necesariamente el mismo. Los robos eran algo habitual, incluso entre la gente honesta.

Vendí las entrañables pertenencias de mi familia a precio de saldo, pero las vendí. Mi recompensa era en parte el dinero contante y sonante, pero en un plano más inmediato, era simplemente volver a casa con la cesta ligera. A veces era casi cómico. El vestido de topos y grandes vuelos de Pimmichen, que nos había hecho tapar la boca y desorbitar los ojos conteniendo la risa cada verano que volvía a ponérselo, me fue arrebatado de las manos por una elegante negra norteamericana. Las pipas de mi padre fueron adquiridas por un extravertido austríaco de Linz, que estaba buscando piezas para un museo al aire libre especializado en efectos personales. Me dijo que las piezas, para ser admitidas, tenían que haber estado en contacto con un cuerpo humano, y justo en ese momento reparó en mi muñón y me apabulló con un montón de sonrisitas que hubiese querido no entender. Vendí los dedos de porcelana de mi madre a un grupo de hombres de negocios japoneses que pensaban usarlos para beber sake. Lo deduje de su mímica, aunque tal vez sólo estuvieran burlándose de lo que nos poníamos en los dedos los europeos para coser.

De vez en cuando entraba silenciosamente en casa, y en respuesta al acoso de Elsa, dejaba caer a mi paso billete tras billete, como un rastro de hojas muertas, que ella recogía con dedos codiciosos y después arrojaba al aire entre alegres chillidos, para luego verlos posarse a su alrededor. Yo la llamaba mi árbol de otoño. Había muchas hojas, era cierto, pero su valor sólo era suficiente para sobrevivir sin excesos. Usé el dinero para pagar los recibos de la luz y las deudas del colmado. Por desgracia, también lo usé para comprar más lienzos, pinceles, trementina y óleos para Elsa. Conseguí convencerla para que aceptara telas todavía más pequeñas, aduciendo que eran más fáciles de vender, porque ya nadie tenía demasiado espacio en las paredes. Las últimas que le llevé no eran mucho más grandes que una postal. Temía que la ficción en que vivíamos estallara cual burbuja pinchada, si no mantenía la ilusión. Me alegraba verla feliz. Su felicidad era una droga para mí, y como cualquier drogadicto, estaba dispuesto a vender lo que fuera para conseguirla. Tras algunas incómodas reflexiones, deseché mis escrúpulos respecto al violín de Ute.

Fui al mercadillo, seguro de que lo vendería en menos de una hora. Pero todavía estaba yo allí cuando el público empezó a ralear y recogieron los tenderetes, dejando el suelo cubierto de basura. Durante todo el día, multitud de niños se habían acomodado el violín bajo la barbilla y habían rascado las cuerdas, riendo con sorpresa ante los ásperos sonidos casi digestivos que le arrancaban, al tiempo que dirigían a sus padres miradas suplicantes, pero derrotadas desde el principio. Los padres me devolvían el instrumento, contritos por no poder comprarlo y por

haberse permitido usarlo como momentánea distracción para sus hijos. Algunos niños se iban chillando. Recordando a Ute, me sentí triste y discordante en el mundo.

Al día siguiente, dos soldados estadounidenses se detuvieron a examinarlo y uno de ellos se puso a tocar una música folclórica que yo nunca había oído. Tocaba dos cuerdas a la vez y deslizaba los dedos de nota en nota, en lugar de situarlos rígidamente como hacen los músicos de aquí, pero el efecto no era ni remotamente húngaro. La gente empezó a arremolinarse a su alrededor, y su amigo retrocedió para que no lo asociaran con el espectáculo, dándose con el dedo golpecitos en la sien, queriendo significar que su amigo estaba loco. Yo ya estaba paladeando una venta segura, pero cuando el norteamericano terminó, la idea ni siquiera le pasó por la mente.

—*Thank you... thank you... Please, no autographs* —dijo, al tiempo que hacía amplias reverencias.

Al tercer día, para demostrar la calidad del instrumento y a la vez llamar la atención, hice correr el arco sobre las cuerdas. Atraje así el interés de varios curiosos, que me contemplaron brevemente. Una señora se adelantó y algo tintineó en la caja del violín. Al poco la imitó un hombre, que dejó caer una lluvia de céntimos. Me quedé consternado ante la confusión. Me creían un violinista que ya no podía tocar a causa de una desgracia sufrida en la guerra. ¡Caridad otra vez! Abandoné el mercado, sumido en un negro estado de ánimo.

Decidí llevarle el instrumento al viejo *luthier* que se lo había vendido al padre de Elsa, según ella me había contado. Sabía aproximadamente la zona donde vivía. Era posible que aún estuviera vivo y que lo recordara por la mella. Recorrí arriba y abajo cada una de las callejuelas, e inspeccioné las manzanas vecinas, pero la tienda había desaparecido. Mucha gente del barrio ya no estaba. Un riachuelo discurría suave y silencioso por la calzada, hasta alcanzar la cara de un hombre en el canalón, donde gorgoteaba y se dividía en dos brazos. Pensando que el hombre se estaba ahogando, corrí en su ayuda, pero no era más que un viejo abrigo negro que alguien había tirado. Volví en busca del violín, que había dejado en el suelo unos metros atrás, antes de echar a correr. Miré a mi alrededor y volví a mirar. Pero también había desaparecido. Seguí andando unas dos horas más, sin poder creerlo. En el empedrado no había nada ni remotamente parecido a un estuche negro, ni tampoco en las alcantarillas. Y así terminó la historia del violín. A menos que haya continuado sin mí.

Olvidé mencionar un detalle importante. Yo solía guardar el dinero en el viejo baúl de cuero de Pimmichen, sin decírselo nunca a nadie. Pero a menudo, cuando iba a acostarme, enfermo de preocupación por el futuro inmediato, luego me levantaba por la mañana y me encontraba con que alguien había añadido más dinero. Y no de cualquier manera. Si yo dejaba los billetes en un montón desordenado, los nuevos aparecían en el mismo desorden y arrugados entre los demás, para mantener más o menos la misma apariencia. Si los dejaba dispuestos en pilas ordenadas, los nuevos se añadían uniformemente a las distintas pilas, hasta duplicar, triplicar o aumentar todavía más la suma original, no lo sé muy bien, porque nunca los contaba.

Sin hacer preguntas sobre su origen, sacaba rápidamente la mano, antes de que la pesada tapa me pillara los dedos. No obstante, sabía perfectamente que era Madeleine quien los ponía allí. Pese a lo que le decía a Elsa sobre sus continuos chantajes, lo cierto es que Madeleine no había vuelto a chantajearme desde que me obligó a admitirla nuevamente en casa, y además era ella quien nos mantenía.

El doctor Gregor se cruzó de brazos sobre el escritorio y miró el reloj. Algún viejo de los que aguardaban en la sala de espera tuvo un acceso de tos.

—No vengo por mí, sino por un amigo mío, soltero —le expliqué, mientras mi mano se agitaba sobre su mesa como un pez fuera del agua y mis palabras se aceleraban incontrolablemente—. En realidad, tampoco es para él, sino para una amiga suya. Verá, por circunstancias familiares, han estado viéndose a solas, y su relación ha avanzado más rápidamente de lo que la responsabilidad habría aconsejado.

El doctor Gregor se recostó en la silla y flexionó una regla que tenía en la mano.

—¿La ha dejado en estado?

—Bueno, es lo que ella dice. Él no sabe qué pensar.

—Si ella no quiere que su médico se entere, puedo hacerle un hueco en mi agenda la semana próxima. Pero quizá tenga que esperarse bastante, porque últimamente voy muy justo de tiempo.

—Pero si resultara que no es cierto... Verá, él no está seguro y en realidad ella tampoco lo está, o al menos no al ciento por ciento, solamente lo cree. Lo que intento decirle es que, si al final resulta que no es eso, conociéndolo a él, sé que preferiría mantener en secreto su relación con ella.

—La prueba del conejo.

—¿Perdón?

—Un análisis moderno y fiable. Durante el embarazo, la orina de la mujer contiene una hormona, la GCH. En el laboratorio le inyectan la orina a una coneja y, si la hormona está presente, al cabo de unos días se ven sus efectos en los ovarios del animal.

—¿Qué pasa después con la coneja?

—Nada. Para examinarle los ovarios, hay que matarla.

—Ah, vaya. ¿Y no hay otra forma de saberlo con seguridad? ¿Algo que mi amigo pueda hacer por su cuenta?

—¿Cuántas faltas ha tenido? ¿Se lo ha dicho él?

—Un retraso de unos días, según creo.

—Ya veo. Dígale a ese amigo suyo que espere unas semanas. Puede que sea un simple retraso. Además, uno de cada cuatro embarazos no pasa de los tres primeros meses. Sería la forma más sencilla de salir del aprieto.

Se puso en pie, como para indicarme que había llegado el momento de marcharme. No aceptó ninguna remuneración, pero sí mi mano.

—Gracias. Se lo diré. Una vez más, me ha ayudado mucho.

Me acompañó hasta la puerta, entre las miradas desesperadas, impacientes o agresivas del

creciente número de pacientes que había en la sala de espera. Dando un último paso, franqueó la puerta y salió conmigo afuera, donde su expresión se endureció.

—Dígale que recurra a mí antes de tomar una decisión drástica.

—¿Se refiere al aborto?

—¡Me refiero al matrimonio! —replicó, sacudiéndome como si yo fuera un escolar que hubiese robado caramelos; si no hubiese ayudado tanto a mi familia, jamás se lo habría permitido—. No dejes que esa mujer te atrape, muchacho. La gente del barrio habla. Por regla general, ninguna mujer con quien tengas que casarte merece que te cases con ella. El sexo es una cosa, y el matrimonio, otra. No te estoy hablando como médico, sino simplemente como hombre. No caigas en una trampa tan vieja como el mundo. Tú eres un chico despierto. Lo de tu cara no es nada que la cirugía plástica no pueda arreglar. Dale a esa fulana una buena patada en el trasero.

Cuanto más lo negaba yo todo, más rechazaba él cada una de mis negativas haciendo chasquear la lengua. Volví abatido a casa, cabizbajo y humillado porque realmente hubiese pensado que me refería a Madeleine. ¿Por quién me había tomado? ¡Y quién se creía él que era! Fuera como fuese, yo tenía todo el derecho a estar con quien me diera la gana. ¡Ah, sí, entonces era eso lo que pensaban los vecinos! En el camino de vuelta, miré el buzón, con una expresión semejante a la de un sabueso encerrado en un coche en un día caluroso de verano. Lo que menos me esperaba eran buenas noticias. Me habían aceptado en Knopphart, una empresa especializada en publicidad por correspondencia y encuestas de opinión en el sector de los electrodomésticos. ¡Al diablo con el doctor Gregor! ¡Al diablo con los vecinos y con todo el ancho mundo!

Según *Frau Schmitt*, la secretaria de mi nuevo patrón, me habían dado el empleo gracias a la funcionaria a quien creí haber disgustado. Había escrito cuatro palabras en la cabecera de mi solicitud: «¡Acepten a este hombre!». *Frau Schmitt* era la mano derecha de *Herr Demner*, nuestro jefe, que trabajaba dos plantas más arriba y nunca venía personalmente a nuestra oficina, porque usaba el interfono cuando tenía algo que decir. Ella hablaba únicamente en nombre de él: «¡Ay, si *Herr Demner* viera esos pies encima de la silla!», «A *Herr Demner* no le gustaría nada esta falta de disciplina», «Nada de galletas en horas de trabajo, *Frau Farrenkoft*, ¡a *Herr Demner* le daría un ataque!».

En mi primer día de trabajo, me enteré de que yo era el primero y único hombre contratado en aquella planta, lo cual me supuso una lluvia de bromas de dudoso gusto. Las dos mujeres de más edad (y sin que una cosa tenga que ver con la otra, las menos atractivas) eran las únicas casadas: *Frau Rösler*, apodada *Gottmutti* («Madrinita»), y *Frau Schmolka*. Las dos tenían un busto considerable sobre el vientre y un mapa de venas varicosas en las piernas.

Camilla Hührdanz, conocida como *Tussi* («Bombón»), era una morena de veintitantos años que pasaba gran parte de la jornada de trabajo inclinada sobre el cajón del escritorio, donde tenía escondido el espejo para retocarse el maquillaje. *Frau Schmitt* se refería a eso cuando hablaba de indisciplina. La mitad de las veces la sorprendía, y nosotros no podíamos evitar observarla cada vez que lo hacía, por ver si volvía a pillarla. Probablemente era el ritmo más lento de nuestras máquinas de escribir lo que hacía que *Frau Schmitt* apareciera por el fondo de la sala. He de decir que de vez en cuando algún hombre cogía la costumbre de venir a buscarla a la salida del trabajo, lo cual la ponía muy nerviosa todo el día. *Gottmutti* comentaba entonces que esa vez el individuo en cuestión debía de ir en serio, porque a ella no le preocupaban las reconvenciones de *Frau Schmitt*, lo cual significaba que ya no estaría mucho tiempo más con nosotros. Cuando el

hombre dejaba de presentarse, Tussi dirigía miradas mustias a la ventana durante seis o siete días, y después volvía a su rutina, hasta que aparecía el siguiente.

Las otras dos, Astrid Farrenkoft y Petra Kunkel, conservaban cierta vena adolescente en su madurez, que probablemente apenas pasaba de los treinta años. Las dos eran viudas de guerra y amigas íntimas; compartían el almuerzo, los cigarrillos y el perfume, y cuando tenían los pies doloridos, hacían el ridículo quitándose las botas la una a la otra, con las piernas levantadas por el aire, para intercambiárselas durante el resto del día. No les gustaban las personas más jóvenes ni más guapas que ellas, lo cual al menos dejaba a salvo a Gottmutti y a *Frau Schmolka*.

Cada vez que recibíamos una encuesta, teníamos que contar las respuestas afirmativas y las negativas, hasta que dos de nosotros obteníamos las mismas cifras. Eso era lo esencial de nuestro trabajo: no cometer errores. Nos permitían usar la cinta correctora, pero era difícil conseguir que el martillo de la tecla cayera justo en el mismo lugar que antes. Dos de cada tres veces, quedaba media línea más arriba o más abajo y dejaba impresa una letra blanca fantasma sobre la letra negra, y entonces nos caía una reprimenda por torpes. Años más tarde, alguien inventó un líquido blanco que se endurecía al secarse y se confundía visualmente con el papel, pero en aquel entonces no disponíamos de esos productos salvadores. Nos inspeccionaban las papeleras, para ver cuánto papel desperdiciábamos. Gottmutti era la única que no se metía los sobres estropeados en los bolsillos, arriesgándose a una recriminación por tener la papelerera llena, pero conservando la honestidad. Astrid y Petra no eran de fiar, porque tiraban los suyos en las papeleras ajenas cuando nadie las veía. Por fortuna, la «i» de la máquina de escribir de Astrid estaba un poco descentrada y, gracias a eso, sus triquiñuelas no escapaban a la mirada crítica de *Frau Schmitt*.

A la hora del almuerzo, teníamos treinta minutos para comer nuestros bocadillos en nuestros escritorios y, si era necesario, fumar un cigarrillo. A la media hora exacta, nuestros dedos tenían que estar en posición, listos para continuar. Con las dos cotillas sentadas detrás, nunca me sentía cómodo. El humo de sus cigarrillos formaba sinuosas volutas a mi alrededor, hasta que una vez, tratando de apartarlo con sutiles sacudidas del codo, una rodaja de tomate cayó de mi bocadillo y rodó por el suelo. Torpemente, fui de puntillas hasta donde estaba, lo recogí y lo dejé caer en un sobre. Justo en ese instante, las dos estallaron en unas risitas que quizá no tuvieran nada que ver con mi tomate, pero que me hicieron sentir el foco de sus burlas, como pasaba siempre con esas dos.

Aquella tarde, durante la inspección, se echaron a reír en cuanto vieron que *Frau Schmitt* se acercaba a mi papelerera. Naturalmente, eso la puso en guardia, y en un santiamén tenía la rodaja de tomate colgada de la punta del dedo meñique.

—¿Qué es esto? —me preguntó, con expresión de indecible asombro.

Sentí que la sangre me arrebolaba la cara.

—Una rodaja de tomate, señora.

—¡A ver, ustedes, silencio! —reconvino a Astrid y a Petra—. ¿Qué diría *Herr Demner* si las oyera cacareando como gallinas en horario de trabajo? ¿Y se puede saber qué hace un trozo de tomate en uno de los sobres de las campañas de Knopphart? —añadió, volviéndose hacia mí.

—Lo siento, pero no quería ensuciar la papelerera, ni tampoco arrojarlo por la ventana, por el riesgo que eso podría haber supuesto para los transeúntes al caer, o incluso en un momento posterior, provocando un resbalón —dije, mientras asumía la postura más digna de que fui capaz, considerando la causa que estaba defendiendo—. Tampoco podía comérmelo, después de haber

estado en contacto con el suelo —añadí, antes de aclararme la garganta y proseguir—. La próxima vez tendré más cuidado e intentaré sujetar más firmemente los dos trozos de pan.

Para entonces, la risa sacudía la corpulenta anatomía de Gottmutti y de *Frau Schmolka*, Tussi se estaba tapando la boca y *Frau Schmitt*, a su pesar, también tuvo que echarse a reír, aunque fue la primera en recuperar la seriedad.

—¡Basta ya! ¡*Herr Demner* nos paga para trabajar, no para reír!

Esa tarde, mientras esperábamos para fichar, Gottmutti me pasó un brazo por los hombros y me preguntó si por casualidad estaba soltero. Estábamos detrás de Tussi, que se quedó petrificada, insertó la ficha en el reloj y se marchó a toda prisa. Por el rabillo del ojo, vi a las dos chismosas intercambiando miradas bajo unas cejas sarcásticamente arqueadas.

—Normalmente me doy cuenta yo sola —prosiguió Gottmutti—, pero eres un tipo misterioso y no consigo adivinarlo.

Mientras tanto, me acomodaba el pelo en todas las direcciones posibles, excepto en la de su caída natural.

—¿Qué ha respondido? —preguntó *Frau Schmolka* a Gottmutti, cargando también sobre mi hombro el peso de su brazo.

—Estoy... comprometido —reconocí, terriblemente nervioso. Nunca lo había admitido en público, por así decirlo, y de hecho nunca se lo había dicho a nadie, salvo a Pimmichen.

—Eso no es lo mismo que casado —comentó Gottmutti, sopesando mis músculos, como si yo fuera mercancía matrimonial y ella la estuviera inspeccionando.

—Haces bien en preguntarle —animó *Frau Schmolka* a Gottmutti, mientras me levantaba los labios para dejar al descubierto los dientes, cuyo estado aparentemente la satisfizo, aunque sólo lo había hecho como broma—. Una nunca sabe.

—Probablemente lo estaré. Pronto.

—¡Ajá! Probablemente. ¿Se lo has propuesto? —preguntó Gottmutti.

—No tiene más opción que casarse conmigo.

Al oír mi respuesta, Gottmutti y *Frau Schmolka* estallaron en carcajadas.

Estaba cruzando la *Währingergürtel*, de vuelta a casa, cuando me sucedió algo raro. Un coche aún lejano aceleraba en mi dirección, forzando el motor con los cambios de marcha. El semáforo estaba en verde para mí, por lo que no había peligro. Era natural suponer que el conductor iba a parar, pero el ruido del motor hizo que me detuviera en seco en medio de la avenida, como un animal asustado, con los ojos redondos y el cuerpo paralizado. Sólo cuando los neumáticos del vehículo estuvieron inmóviles, conseguí reponerme y recuperar el control.

Fue el primero pero no el último de una serie de sucesos recurrentes. La vez siguiente, un coche venía hacia mí a menos de diez kilómetros por hora y yo me sentí incapaz de completar el paso de la calle con el semáforo en verde. No podía quitar los ojos de los faros que se acercaban. El semáforo cambió, el conductor hizo sonar el claxon, pero para entonces los otros vehículos ya lo estaban adelantando a ambos lados a toda velocidad. Estuve a punto de provocar el accidente que tanto temía. Al principio, cuando los coches estaban completamente parados, yo conseguía cruzar la calle delante de ellos. Pero con el tiempo mi desconfianza aumentó y muy pronto tuve el presentimiento de que había un conductor esperando a que yo hiciera justamente eso para pisar el acelerador. Estaba convencido de que nadie me veía, ni podía verme. Aquello complicó bastante algo tan simple como volver a casa. Miraba frenéticamente a izquierda y derecha, y sólo me

atrevía a pisar la calzada cuando no había ningún vehículo a la vista, ni preveía que fuese a aparecer ninguno en el tiempo que iba a tardar en cruzar. Con tantas vacilaciones, lo más frecuente era que apareciera algún coche. Si no hubiese esperado tanto, podría haber cruzado a gatas y aún me hubiese sobrado tiempo.

A veces, caminar junto a otros peatones me tranquilizaba; me situaba de tal manera que me sirvieran de escudo contra los vehículos. Me resistía a reconocer que me había convertido en una liebre asustada y no dejaba de repetirme que aquello era una fase pasajera. Una vez, cuando el semáforo cambió a verde, me agarré al brazo de una anciana. La mujer pensó que la estaba ayudando a ella, cuando en realidad me estaba ayudando ella a mí. Irónicamente, lo que yo quería era llegar a casa cuanto antes para estar con Elsa, y con mis tonterías no hacía más que multiplicar al menos por tres el tiempo que debería haber tardado.

Algo me atormentaba continuamente. La idea de la muerte. Cuando hacía viento, pensaba en los tuestos que podían aplastarme la cabeza. En los barrios malos, no conseguía quitarme de la cabeza los asesinos que podían estar esperando en los portales oscuros, con un alambre o una navaja en la mano. Cualquiera accidente habría sido una catástrofe, sobre todo estando tan cerca de solucionarlo todo con Elsa, de ponerlo todo en orden, era sólo cuestión de meses; pero entonces, con un revés del destino, su mundo podía caer hecho pedazos, para que después lo recompusiera, trozo a trozo, la boca de otro y no la mía. El miedo se pegaba a mí, más que mi sombra, adherido día tras día a mis talones. Con cada tranvía que pasaba por mi lado me echaba a temblar, imaginándome arrollado sobre las vías.

Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando oí el ruido de una ramita que se partía en nuestro jardín. Me volví en esa dirección y vi a un hombre medio escondido entre los árboles, un hombre colosal, con una densa cabellera de rizos rebeldes cortados de un tijeretazo a la altura de la nuca, que me estaba observando. Vino directamente hacia mí, moviéndose de tal manera que daba la impresión de que cada balanceo de sus brazos lo arrastrara a él detrás. Pese al rencor y la confusión que ensombrecían sus rasgos, era extrañamente bien parecido.

—No le ocultaré quién soy. Sí, yo soy Max Schulz.

Tenía aspecto (y olor) de borracho. Empezó por apretarme fuertemente el brazo, pero acabó apoyándose en él para mantener el equilibrio.

—¿Quién?

—Tiene que haber oído hablar de mí. Max Schulz —repitió, estirando la «u» del apellido.

Me encogí de hombros.

—Sí, hombre. Max. Su primer novio. ¿Sí? ¿No? Vale, ha pasado mucho tiempo. Me han dicho que antes vivía aquí. ¿Por casualidad no sabría decirme dónde está, cómo puedo localizarla?

—No —respondí cautamente—. ¿Ha probado en su antigua casa?

—Allí no queda nadie de antes. Hay otra familia viviendo. Nueva York es el último rumor que me ha llegado. Eso fue... —Emitió un soplo entre dientes, mientras batía ágilmente el aire, como si estuviera dirigiendo una sinfonía—. Dos veces estuve a punto de casarme. Supongo que no tendrá usted una dirección que pueda darme.

—No, desgraciadamente, no.

—¿Algún nombre de alguien que sí pueda dármele? ¿Un amigo de un amigo?

—No, lo siento.

—Bien... entonces... buenas noches.

Volvió a los árboles con su paso vacilante y empezó a buscar a tientas en la oscuridad alguna cosa que, después de verlo a él caer al suelo un par de veces intentando levantarla, me pareció ser la figura de una mujer, muerta o borracha perdida.

—Siento mucho haberlo asustado —me gritó, después de dar unos cuantos pasos irregulares por la calle, en dirección a la ciudad. A la luz de la farola, vi que lo que llevaba era un violonchelo.

Metí la llave en la cerradura al primer intento, pero me quedé mucho tiempo inmóvil, sin hacerla girar.



Una mañana encontré a un niño sentado a mi mesa cuando llegué a trabajar. Petra nos explicó que la abuela, que era quien habitualmente lo cuidaba, había tenido que ir a operarse de un pie. *Frau Schmitt* le advirtió que aquello no debía repetirse. El niño, según Petra, acababa de cumplir cinco años, por lo que lógicamente no podía ser hijo de su marido, muerto durante la guerra. Supongo que ella adivinó mi pensamiento, porque fijó la vista en mí, con su acostumbrada mirada diseccionadora, y me preguntó si por casualidad me gustaban a mí los niños.

—Otto, cariño, ésa es la silla de *Herr Betzler*. Ven aquí, mi leoncito —intentó convencerlo su madre.

Su rechazo no le dejó más opción que arrancarlo del asiento por la fuerza.

—¡Hombre malo! —me espetó el niño, amenazándome con un puño diminuto.

—Está necesitado de un padre —apostilló ella por toda disculpa.

El crío se dedicó a entrar y salir del lavabo de los empleados, haciendo sonar la tapa del inodoro y fabricando bandadas de palomas con las toallitas de papel. Pasó el resto del tiempo jugando a las canicas debajo del escritorio de su madre y dando constantes patadas al respaldo de mi silla. Cuando *Frau Schmitt* vino a hacer su inspección, me preguntó si estaba seguro de que aquel niño con hormigas en el trasero no era una molestia para mí. A Petra debieron de enternecerla mis negativas manifestadas en tono agudo. A la hora de la salida, mi paciencia se vio recompensada por una lluvia de puñetazos en la espalda y una serie de aullidos en el oído, que según su madre eran la forma que tenía el niño de expresar su afecto.

Después de aquella prueba, Petra me enseñó a mecanografiar con cinco dedos, ya que hasta entonces sólo usaba el índice, con la vieja técnica de buscar la tecla y apretarla. Estuvo tocando mi mano con la suya durante toda la demostración. La cara se le iluminaba al verme llegar; me contaba si su hijo se había meado en la cama y me informaba de la uña encarnada de su madre o de la carrera que se le había hecho en las novedosas medias de nailon. Nunca se iba sin despedirse de mí. A su debido tiempo, también Astrid suavizó su trato, como si el cambio de actitud de su amiga me hubiese hecho ganar un par de puntos en su propia estima.

Esa atención no deseada me hacía confundir las teclas, sobre todo cuando sentía sobre mí la mirada de Petra mientras trabajaba. Una tarde, a última hora, tenía yo la papelera llena hasta los topes cual máquina de palomitas de maíz, cuando ella se levantó a coger una lista nueva de nombres de clientes y en el camino de vuelta tuvo el descaro de tirar uno de sus sobres en mi papelera. Estuve a punto de ir a tirarlo a la suya, furioso de que intentara sus triquiñuelas conmigo, pero descubrí que, en lugar del nombre y la dirección, había mecanografiado «te quiero». Me quedé boquiabierto. No sabía qué hacer, ni cómo reaccionar. Si fingía no haberlo visto, podía encontrarlo *Frau Schmitt*. No tuve más remedio que meterme el sobre en el bolsillo.

Quería conservar mi tranquilidad, pero al mismo tiempo sentía un extraño orgullo, como si su afecto me diera algún derecho sobre Elsa, que por esa causa debería haberme valorado más. Aun así, cuando terminaba el horario de trabajo, me apresuraba a fichar para no encontrarme con ella ni con Astrid a la salida. *Frau* Schmitt inspeccionaba mi papelera antes que las de ellas dos, por lo que aquélla era la forma más sencilla de zafarme del aprieto, y de hecho funcionó varias veces. Una tarde, sin embargo, me encontraba a unas dos manzanas de la oficina, cuando el semáforo se puso en verde y me vi incapaz de moverme, pese a la lluvia y al coche solitario que avanzaba lentamente. Reconocí la voz de Petra detrás de mí:

—¡Johannes!

Me di cuenta de que no estaba acostumbrada a correr, y menos aún con aquellos zapatos bastante dados de sí, insuficientes para protegerla del agua que se le escurría por las medias de nailon. Llevaba un brazo metido en una manga, pero el otro brazo aún no había encontrado la suya, de tal manera que el brillante impermeable amarillo iba arrastrándose por la acera. Las gotas de lluvia que le resbalaban por la cara acentuaban la emoción que parecía experimentar.

—¿No has leído lo que escribí?

—Sí.

No supe qué más decir.

—¿Y no significa nada para ti?

—Ya le dije a *Frau* Rösler, creo que tú también lo oíste, que... hay una persona.

—¿Quién?

—No la conoces. ¿Qué puede importar?

—¿Cómo se llama?

—¿Qué más da! ¡Claudia, Bettina...!

—¿Qué hace? ¿Dónde vive?

—¿A qué vienen tantas preguntas? No tienen sentido.

—No te creo. No hay nadie.

—¿Qué segura estás! ¿Realmente me conoces tan bien, a mí y a mi vida?

—Puedo verlo. Solamente finges que hay alguien, porque...

—A ver, dime, ¿por qué?

—Porque te da vergüenza.

Después de sacudir la cabeza, como haciéndole ver que no decía más que locuras, reuní el coraje suficiente para cruzar la calle, hubiese o no coches a la vista. Entonces ella me cogió del cuello del abrigo y yo le dije que estaba dando un espectáculo.

—No debes avergonzarte. Mi marido no vivió para contarlo. Estoy segura de que se habría cambiado por ti, si hubiese podido elegir. ¿A quién le importan unas pocas cicatrices? Lo importante es lo que tienes por dentro. Lo importante es cómo eres hoy, y no cómo eras antes. ¿Quién eres? ¿Quién eres tú?

Perdí el control y me enfurecí.

—¡Te estoy diciendo que hay una mujer! ¡Créeme! —le grité. Esa vez me dejó que me marchara en paz.

Me daba miedo ir a trabajar al día siguiente, pero hacerme el enfermo hubiese sido peor. Al

llegar, arrojé mi bufanda al perchero con pretendida naturalidad, pero no conseguí engañar a nadie. Todas notaron mi turbación. Aquella semana pareció transcurrir reptando sobre el vientre, con laboriosa lentitud. Nadie me pedía fuego, ni pasaba rozando junto a mi escritorio. Hubo mucho más humo que perfume.

Al lunes siguiente, todo había vuelto a la normalidad. A la salida, fui a una pescadería y pedí dos truchas.

—¿Le van bien éstas? —me preguntó el pescadero, mostrándome dos pequeñas.

—No, más grandes. Somos dos.

Dejó caer dos más voluminosas sobre el papel de periódico y las pesó. Cuando me dirigía a la caja a pagar, vi a Petra y a Astrid, que miraban mis dos truchas con incredulidad.

Una oleada de pánico me recorrió el cuerpo, como si me hubieran sorprendido en la escena de un crimen con las manos ensangrentadas. Tuve la sensación de que se proponían chantajearme y de que acababa de suministrarles la prueba que les faltaba. Salí con mi compra y ellas también salieron, pero sin llevarse siquiera un mejillón. Por los cristales de los escaparates pude ver que me estaban siguiendo. Por mucho que me demorara en cruzar una avenida, ellas esperaban. Era evidente que querían averiguar dónde vivía, para poder espiarme. ¡En qué situación me había metido! Pasé de largo al llegar a mi casa. Al final de la calle, me detuve un momento, antes de volverme para ver dónde estaban. ¿Se habrían escondido detrás de los setos? Después de un rato paseando sin rumbo y sin ver a nadie, entré rápidamente en casa, di un portazo y eché la llave y los cerrojos, como si dejase fuera el infierno.

Madeleine se disponía a salir y llevaba puesto su uniforme de trabajo, por así decirlo. La agarré por el cinturón de cuero del vestido y le ordené que esperara. Después de mucha insistencia por su parte, cometí la estupidez de decirle por qué. Entonces dedujo, sin que yo le diese motivos para pensarlo, que me avergonzaba de ella. Tuve que arrodillarme literalmente y suplicarle que no saliera a la calle, «a cantarle cuatro verdades a esas dos perras». Para tranquilizarla, le dije las palabras más dulces que se me ocurrieron, tanto que probablemente me pasé de la raya. Así logré serenarla durante la hora que juzgué necesaria para que saliera sin riesgos.

Pero ahí comenzaron nuevos problemas, porque Elsa se enfadó conmigo. Estaba celosa de que siempre tuviera que contentar a Madeleine. Estaba harta de que todos pensaran que la mujer con quien compartía mi vida era una zorra. Me dijo que no pensaba aguantarla más. Si no encontraba la manera de deshacerme de ella, podía estar seguro de que la encontraría ella.

A partir de ese día, cualquier cosa sirvió para que Petra y Astrid sucumbieran a artificiales accesos de risa incontrolable, desde las clandestinas aplicaciones de rímel de Tussi, hasta un lápiz que se caía al suelo y se le rompía la punta. *Frau Schmolka* subió una tarde al mismo tranvía que ellas y al día siguiente la sorprendí dirigiéndome miradas reprobadoras. Su influencia se extendió a Gottmutti, que dejó de pasarme el brazo por los hombros. Si le hablaba, sus respuestas eran cortantes: sí, no, no sé. Hasta sus «buenas noches» se abreviaron en un simple carraspeo o un seco «nasnoches».

El hombre de la pescadería me miraba con ojos extraños. Le pidiera lo que le pidiese, me preguntaba «¿Para dos? Ah, sí, ya me acuerdo, para dos», o bien «¿Como siempre? ¿Todavía para dos?». Los ojos le centelleaban de ironía. Me preguntaba si no estarían los tres en contacto permanente, tomando cuidadosa nota de lo que yo compraba. Estaban reuniendo información.

¿Cuánto sabrían ya? Me volví más prudente y empecé a comprar un pescado pequeño, o solamente los filetes de un pescado pequeño. «¿Sólo uno hoy?», me preguntaba riendo entre dientes. «¿Será suficiente?», añadía.

Su conducta se extendió como un incendio a los otros comercios.

—¿No veremos nunca a la señorita? —me preguntó una vez el panadero mientras me tendía el pan—. ¿Le gusta a ella esta especialidad nuestra sin levadura?

Le respondí que el pan era sólo para mí.

—¡Vaya, qué buen apetito tiene usted! —replicó con fingida admiración—. ¿Todo esto para usted solo? ¿Y cómo es que no está tan gordo como yo? —añadió, palmoteándose la barriga y mirando con expresión incrédula mi vientre plano—. ¿Se lo da todo a las palomas? ¿A que sí? ¡Ja, ja, ja!

La señora de la lechería puso cara de desconfianza al verme apilar huevos, mantequilla, nata y leche en mi cesta. Pronto empecé a salir a las afueras de la ciudad para hacer la compra en un supermercado grande y anónimo, donde encontraba todo lo necesario en un solo local, un concepto importado de Estados Unidos. El pan no era tan sabroso, y el pescado, congelado, pero yo me sentía a salvo de las miradas curiosas.

Un sábado por la mañana, me dirigía a ese mismo supermercado. El cielo despejado y el suelo seco anunciaban un buen día. Aún no llevaba treinta minutos andando cuando distinguí detrás de mí el sonido inequívoco de alguien que olfateaba el aire. No tuve que girarme, porque sus voces confirmaron mi intuición.

—Yo diría que está diciendo la verdad. La huelo. ¡Vaya si la huelo!

La voz de Petra sonaba más ofendida que agresiva, y lo mismo podía decirse de la de Astrid:

—¿No será que es homosexual y se pone perfume de mujer?

—No es ningún perfume concreto; simplemente huele a mujer. Huele tú misma.

Oí más olfateos.

—Sigo diciendo que es él mismo quien huele como una mujer. O su novio. No tiene el deseo natural de un hombre por una mujer. ¿A qué quieres que huelo, si no? ¡Huele como una mujer!

—Te repito que el olor le viene de ella. Si yo tuviera el olfato de un animal, podría describírtela. No me extraña que los animales sean más listos que las personas. No tienen que creer en lo que oyen, ni confiar en lo que ven. Ellos huelen la verdad. El olor no engaña. No me sorprende que los humanos no hayan desarrollado el sentido del olfato. ¡Son demasiado falsos para apreciar algo así!

Me cambié de acera y dejé de oír su conversación. Después las vi fugazmente de espaldas entre la multitud o, más bien, vi sus brillantes impermeables amarillos, así que debían de ser ellas.

Ese mismo lunes, se pusieron a charlar a la hora del almuerzo como solían, hablando con tanta libertad que se hubiese dicho que el tema no me concernía en absoluto.

—Vas a enfadarte conmigo, Petra, pero he hablado con ella. Tenía que hacerlo, por tu propio bien.

—¿Cómo la encontraste?

—Siguiendo mi olfato.

—Me habías prometido que la dejarías en paz.

—Te alegrarás de que no lo haya hecho.

—¿Dónde la encontraste? ¿Qué le has dicho? ¿Quién le has dicho que eras?

—De una en una las preguntas. Simplemente, me presenté en la casa. Sabía que él tardaría mucho en volver. Fue como si nos estuviésemos esperando la una a la otra. Le dije que era amiga tuya, que lo conocía a él y que sabía de la existencia de ella, pero quería saber la verdad.

—¿Qué dijo?

—Me hizo pasar.

Apoyé mi bocadillo sobre la mesa, temblando hasta el extremo de que el solo contacto con el escritorio fue suficiente para que el café se derramara por el borde de la taza.

—¿Cómo es?

—Muy diferente de como la había imaginado. ¿No te la imaginabas tú increíblemente delgada, estirada y sofisticada? ¿Del tipo de las que nunca han roto un plato?

—Sí.

—Pues no es así. Ya te lo contaré luego, calla.

—Entonces, ¿son pareja?

—Depende de lo que entiendas por pareja. Como ya sabes, no están casados.

—¿Se casarán?

—Según ella, viven el día a día.

—Eso no suena muy serio que digamos.

—No, pero ya llevan varios años juntos.

—¿Qué canalla! ¿Qué le pasa? ¿No tiene redaños para comprometerse?

—Tiene problemas.

—Eso ya lo sabíamos sin que nadie nos lo dijera.

—Bueno, en cualquier caso, aunque ella sea lo que sea, ha sido un alivio hablarle. ¡No te lo vas a creer!

—¿El qué?

—Aquí no. Hum. Más tarde.

—¿No se buscará un problema con él por haber hablado contigo?

—Me ha jurado que no se lo contará. Yo tampoco diré una palabra, y a ti no se te ocurra decir nada. Eso lo deja en clara desventaja. Además, si realmente quieres saber la verdad...

En ese momento, *Frau Schmitt* levantó las manos en nuestra dirección, mostrando el reloj. Era la hora. Se me había olvidado que era la fecha. Nos quedamos perfectamente inmóviles. En toda Viena, hubo un paro de cinco minutos en protesta por lo mucho que tardaban las cuatro potencias ocupantes en devolver a Austria su independencia. Habían pasado diez años desde aquel 30 de octubre en que se firmó la Declaración de Moscú, por la cual los tres países aliados manifestaron oficialmente el propósito de liberar a Austria de la dominación alemana. Se podría haber oído el vuelo de una mosca. Pasé aquellos cinco minutos pensando en lo feliz que me hacía que algo finalmente las hubiese hecho callar y deseando que el silencio durase todo el día.

Entré en casa en un estado de ira sólo comparable con la sensación de haber sido traicionado por la persona que creía más cercana a mí. Debía de suponerse lo que se avecinaba, porque no la encontré por ninguna parte. Busqué en todos los rincones posibles, hasta que se me ocurrió dónde podía estar. ¡Claro! Le convenía ablandarme el corazón, ¿y qué otro sitio habría sido más adecuado? Retiré el fino tabique y le eché una mirada de disgusto. Permaneció de espaldas, la

nariz apuntando al rodapié, demasiado cobarde para levantar la cara hacia mí.

—¿Elsa?

La llamé otras dos veces por su nombre.

—¿Hum? —emitió débilmente.

—¿Has hablado con ella?

—¿Con quién?

—Si tienes que preguntarlo, quiere decir que sí.

—Simplemente quiero saber con quién crees tú que he hablado.

—Con Astrid Farrenkoft. La mujer de la oficina. La amiga de Petra Kunkel.

—¿Dice que ha hablado conmigo?

—Sí.

—Oh.

Parecía abatida.

—¿Lo hiciste, entonces?

—No.

—Dice que le prometiste no decirme nada.

—¿De qué hubiese servido que le prometiera no decirte nada, si después iba a correr a contártelo ella misma?

—¿Entonces has hablado con ella?

—No, no lo he hecho.

—¡Ya no quiero oír tus mentiras!

—¡Tus mentiras! —repitió como un eco, riendo amargamente.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Así que todo este tiempo ha estado pensando que me habías sacado de un burdel?

—¿De un burdel? ¿Quién?

—Madeleine. Es lo que le dijiste de mí. Que yo era una prostituta. De una casa de ésas.

—¿Has hablado... con Madeleine?

—¿Y qué si lo hice?

—Eso es lo que ella ha deducido. ¡Yo nunca le he dicho una palabra! ¿Habrás dejado que siga creyéndolo, espero?

—Antes me habría muerto.

Me derrumbé en el suelo, deseando hundirme en la dulce fragancia de la madera.

Elsa inspiró profundamente.

—Le dije la verdad. Toda la verdad.

Cerré un momento los ojos, antes de atreverme a mirarla de nuevo.

—¿Qué... qué dijo ella?

—¿Qué iba a decir?

—Yo... de verdad que no lo sé.

—Una cosa puedo decirte: se llevó un susto de muerte. Dijo que no quería tener nada que ver con esto, insistió en que no sabía nada. Así que, después de todo, no era por eso por lo que te chantajeaba, sino porque creía que me habías robado de un burdel y estaba convencida de que el hombre a quien yo pertenecía no iba a tomárselo muy bien.

—¿No te das cuenta? ¿Ves como era mejor que no lo supieras? ¡Mira lo que has hecho nada

más enterarte!

—Dice que no ha vuelto a coger dinero tuyo desde que tu padre... desde lo que pasó. Dice que ha sido generosa con nosotros.

—¿Y qué esperabas que dijera?

—No lo sé. Pero me pareció honesta.

—¿Ella, honesta? —exclamé con indignación, poniéndome en pie.

—¿Eres tan buen juez de la honestidad ajena? Después de hablar con ella, seguí su consejo de curiosear por toda la casa. Ni siquiera pude llegar al sótano. La escalera estaba atestada de mentiras. Mentiras cuadradas, pulcramente ordenadas.

Con una mala imitación de mis gestos, que resultó algo cruel por reflejar la forma en que yo recogía contra el cuerpo mi brazo mutilado, repetí palabra por palabra lo que yo le había dicho años atrás acerca de los cuadros.

—¡Muy bien, de acuerdo! Si no me tuvieras a mí, a alguien que te quiere lo suficiente para inventarse alguna historia de vez en cuando, ¿tienes idea de las cosas que habrías tenido que soportar? Cosas como las que soporto yo todos los días de mi vida. ¿Qué te parece si te digo que no eres nadie, nadie en absoluto? ¿Cómo te sientes? ¡Porque eso es lo que eres!

Sus pulgares eran dos luchadores de sumo, intensamente concentrados en empujarse el uno al otro. En ese momento, estaba completamente lúcida, pero fingía estar confusa, perdida y lejana. O tal vez a la inversa. Estaba totalmente confusa, perdida y lejana, pero fingía lucidez. De un modo u otro, estaba fingiendo, pero no sabía de cuál de las dos maneras.

—¡Sean cuales sean las mentiras que Madeleine te haya ayudado a descubrir, lo importante es que te quiero! ¡Ni a ti ni a ella os costará encontrar pruebas al respecto!

—¡Árbol va! —dijo, dejando caer hacia afuera su brazo, rígidamente, como un tronco talado. En su manita de escolar había un papel arrugado. Pensé que me habría escrito una nota de despedida. Después de desarrugarlo, tardé unos segundos en reconocer el sobre de la empresa, en el que Petra había mecanografiado «te quiero».

—Bueno, ¿y qué? Lo ha escrito una de las mujeres de la oficina.

—Lo encontré en el bolsillo de tu pantalón. Así es: me rebajé hasta el extremo de meter las narices en todos los rincones. Supongo que con el tiempo me he convertido en una experta en rincones.

—No puedo evitar que Petra Kunkel me persiga. No significa nada para mí. Nos hablamos únicamente porque estamos en la misma oficina.

—¿Así que es esto lo que haces con tu tiempo, mientras yo languidezco en esta casa?

—¿Qué? ¡Yo trabajo! ¡Es lo único que hago! ¡Para ti, para la casa! No hago más que trabajar como un burro y volver directamente a casa en cuanto termino.

—¿Y por qué llegas tan tarde? Estoy segura de que la oficina cierra antes de que anochezca. ¿Por qué tardas tanto en volver?

Por mucho que hubiese querido hacerlo, no fui capaz de revelarle a Elsa mi fobia por los automóviles.

—Siempre quedan cosas que hacer después de hora —le repliqué como un idiota.

—Ya —dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

—Perdió a su marido en la guerra. Quizá le recuerdo a él. Quizá necesita un padre para su hijo, no lo sé.

—¡Ah, qué bien! Parece que últimamente hay mucha demanda de padres.

—¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Sabes que te quiero. Ya deberías saberlo, ¿no?

—Es lo que creía y es la única razón por la que aún estoy aquí. La única razón. Es lo que creía.

—Y te quiero. ¿Acaso no me estoy ocupando de todo? ¿Organizando los próximos meses, las próximas semanas? ¿El ayuntamiento, el hospital?

Al coger su mano y tocarle las mejillas, se me paró el corazón. Estaban frías, pero no con el tipo de frío que viene de quedarse demasiado tiempo quieto y que hace ir en busca de una taza de té o de un suéter; no, no era esa clase de frío, sino un frío a flor de piel, del que se nota al contacto con los dedos, mientras que por debajo la sangre fluye caliente y la carne está tibia. Era ese frío sobre fondo caliente que sólo se tiene cuando se ha estado fuera.

—No habrá ningún niño.

—¿Qué has dicho?

—Digo que no habrá ningún niño.

Y, diciendo esto, se puso en pie con un repentino impulso y vi la toalla manchada que le cubría el trasero. Ella misma cerró el tabique, consiguiéndolo de una sola vez, sin necesidad de ajustes. Me quedé allí de pie como un estúpido. «No habrá ningún niño», dijo. No lo hubo. Y nunca me dio ninguna otra explicación.



## **Cuarta parte**

Después de lo sucedido, Madeleine adquirió la costumbre de ausentarse durante semanas enteras. Supongo que debió de encontrar otro lugar donde recalar. Yo hubiese deseado que se fuera del todo, pero dejó sus pertenencias en su habitación (en realidad, era la de mi abuela, aunque yo me había acostumbrado a considerarla suya). Sin embargo, cada vez que regresaba, se llevaba más cosas. Así, al percatarme de que faltaban objetos, era como solía enterarme de que había vuelto. Sus montañas en los rincones se fueron convirtiendo en pequeñas pilas, que a su vez se esfumaron dejando únicamente un par de botas, donde conservaba, quizá como pretexto para no devolverme las llaves, una reserva de lencería: todo un mundo en sí misma, como pude descubrir, curioseando.

Recuerdo algún comentario hostil que me hizo, cuando todavía hablábamos.

—¿Yo? Yo no estoy ahí. No hago más que interpretar las fantasías de los hombres. Doy palmadas en el culo a hombres hechos y derechos que echan de menos a su mamá, o los dejo que crean que están con aquella primera chiquilla que los volvía locos y a la que nunca pudieron meter mano... Soy ellas, y nada más, ¿lo entiendes? Las que no están. No vendo mi cuerpo. ¿Cómo podría venderlo, si no soy yo? Al igual que una actriz, yo no elijo mi papel. Ni siquiera soy yo misma para ti. ¿O sí lo soy?

No supe qué contestarle, y ella tomó mi falta de respuesta como sólido fundamento para confirmar su intuición.

—Además —añadió con agudeza—, ya puede pensar ella que me vendo por fuera, pero yo no me vendo por dentro. ¿Poner mi alma en un cuadro? ¡Eso sí que es indecente! ¿Querer que la gente cuelgue mi alma en sus paredes? ¡Eso sí que es venderse! ¡Eso es lo que yo llamo prostituirse! Yo nunca me he vendido por dentro. Mi interior es mío. ¡No está en venta! Y eso es más de lo que algunas pueden decir, a pesar de los aires que se dan.

En julio del año siguiente, tuvimos las peores inundaciones que recordaba Austria desde el siglo XVI. El Danubio se desbordó y se extendió por toda la capital. Una barca resultaba más útil que unas ruedas. Incluso los que vivían lejos de las riberas se encontraron con agua hasta las rodillas. El agua entraba en sus casas y les redistribuía el mobiliario. Vi botellas de aguardiente de manzana flotando por las calles como si de familias de patos se tratara. Campos convertidos en lagos. Los ánades, por su parte, no perdieron el tiempo: chapoteaban por todas partes, como si las charcas hubiesen existido desde el origen de los tiempos. Se les sumaban parejas de cisnes. Las casas tenían vistas al río, y también los hoteles.

Elsa se aventuró cinco días seguidos por aquel grandioso escenario diluviano, pero ninguna de las veces tardó mucho en regresar. De cada dos palabras suyas, una era «Dios». Desde las tostadas quemadas hasta no haber tenido al niño, todo lo atribuía a la voluntad de Dios. Calada hasta los huesos, temblando, se envolvía en mantas y se sentaba en el suelo, esperando una señal

divina con la mirada fija en las alturas. Me recordaba a una crisálida. No me habría sorprendido encontrármela algún día con las alas desplegadas detrás de la espalda. Dios llegó a ser un motivo de tensión y conflicto, un intruso que convertía en trío nuestra pareja, un adversario que era preciso mantener a raya, un amante rival, generoso, afectuoso, perfecto, omnisapiente y entrometido.

Le dije a Elsa con toda franqueza que no había nadie arriba, ni nadie abajo. Yo no creía en Dios, no de verdad, no más de lo que creía en fantasmas, al menos mientras no acaparara mi atención algún ruido nocturno. Ella replicó que había una luz con existencia absoluta, gracias a la cual distinguíamos el bien del mal y la verdad de la mentira. Según ella, cuando los mortales perecemos, se nos permite ver esa luz iluminando retrospectivamente nuestra vida y entonces somos capaces de asimilar toda la verdad de una vez, en su esencia general y en sus detalles más nimios, del mismo modo que Dios ve una pradera y conoce al mismo tiempo cada brizna de hierba. Consiguió angustiarme, proclamando que la casa estaba saturada de esa luz de Dios, ¿acaso no podía verla?

Miré a mi alrededor, adonde ella señalaba, y tenía razón, había más luz que de costumbre, una luz desusadamente tamizada y dispersa. Sin embargo, la explicación era perfectamente racional. El tejado necesitaba alguna que otra reparación. Las tormentas de nieve habían sido catastróficas aquel invierno; faltaban tejas y había huecos de todos los tamaños, que dejaban pasar la luz. Para colmo, había grietas en el techo por toda la casa. La lluvia se colaba y humedecía las paredes, sobre las cuales resplandecía el sol, produciendo un efecto radiante que rara vez se ve en los interiores. Además, a los deteriorados elementos arquitectónicos se añadían aleatoriamente, aquí y allá, columnas y líneas diagonales de luz. Era deprimente, pero no tenía dinero para hacer nada al respecto.

Sin embargo, habría hecho cualquier cosa con tal de recuperar a mi antigua Elsa, aunque sólo fuera por una fracción de segundo o el tiempo de una sonrisa. Me gastaba el dinero que no teníamos en golosinas que encontraba en el sector de los ricos norteamericanos: almendras confitadas, crema de leche y palomitas dulces. Le compraba preparados instantáneos de chocolate caliente, que estaban listos con sólo añadir agua hirviendo, o de tortitas, que sólo había que freír en mantequilla después de añadir agua fría a la mezcla. Recuerdo particularmente una caja de bombones que a ella le encantó, porque los rellenos no aparecían enumerados en el reverso, y cada nueva sorpresa —coco, nuez, trufa, café o jalea de arándanos— hacía que se le iluminase la cara. Todo le gustaba, era capaz de comer toneladas de golosinas, hasta quedar tendida en el suelo, rodando de lado a lado, con la mano apoyada en el vientre como una embarazada.

Su rostro se iluminaba desde que me veía entrar con la bolsa de papel hasta que la vaciaba. Entonces todo terminaba. Yo era un cobarde, un idiota. Cedía una y otra vez, consciente de las consecuencias a largo plazo, pero ignorándolas, a cambio de un breve alivio para mi sensación de culpa. Naturalmente, a ella ya no le entraban las dos piernas en ninguna prenda, ni tampoco los dos brazos. Pero yo me encogía de hombros y le compraba otras nuevas, tan lujosas como las de tiempos más opulentos. Quería hacerla pensar que disponía de una última reserva inagotable. Quizá también fuera por egoísmo. Hubiese querido verla recuperar su aspecto de antaño, pero era imposible. Nada podía disimular su piel grasienta, las manchas de su cara, ni el tono enfermizo de sus dientes saturados de azúcar.

La pérdida de su belleza me hizo ganar confianza en mí mismo. A veces ella bromeaba,

diciendo que a mí al menos me quedaba una mitad atractiva, mientras que ella tenía feas las dos. Con frecuencia me decía que mis cicatrices estaban mejorando y yo notaba que mi cuerpo se volvía más fuerte y musculoso. La gente en la calle ya no me miraba con la repulsión de antes, ni desviaba la vista cuando la sorprendía estudiando mis facciones. Por algún motivo, atraía su atención. No amaba menos a Elsa, y me tranquilizaba la idea de que los otros hombres ya no habrían estado tan ansiosos por arrebatármela como años atrás. También sabía que Elsa, en su fealdad, se daba cuenta secretamente de que mi amor era verdadero. Era algo inexpresado, que, sin embargo, estaba allí, con su pesada y confusa cabeza colgando en el aire.

En la oficina, el ruido de mi máquina de escribir ya no se confundía con el de las demás. Destacaba entre todas, letra por letra. Se convirtió en un golpeteo incómodo, más aún porque me equivocaba a cada pulsación. No conseguía mantener la mano en la posición correcta, se me deslizaba hacia abajo o se me desviaba hacia un lado. Los sobres arrugados desbordaban de mi papelera, formando alrededor de mi mesa un campo de setas venenosas, que *Frau Schmitt* debía atravesar cada vez que pasaba por mi lado. Todas lo sabían. Todas estaban al corriente de la ineludible e innegable verdad de mi vida privada. Ella ya no estaba en casa, sino sentada sobre mi mesa, balanceando las piernas. Cuando se aburría, jugaba con mi mano, moviéndola de arriba abajo. Cada vez que yo tiraba un sobre arrugado, ella daba una patadita triunfal en el aire. Cada vez que me disponía a pulsar una tecla, ella apretaba otra, maliciosamente. Se había hecho visible para todos. Pude verlo en los ojos de *Frau Schmitt*, cuando me entregó mi paga con mirada acusadora, una mirada que nos censuraba a ambos. Ese día salí del trabajo sabiendo que nunca iba a regresar.

No me quedaban alternativas, ni soluciones milagrosas. Necesitábamos dinero más que nunca, porque Madeleine ya no nos ayudaba. Además, quería abandonar subrepticamente la casa con Elsa, sin decirle a Madeleine adonde nos marchábamos. Entonces firmé un contrato de exclusividad con un agente de la propiedad inmobiliaria, que los martes por la tarde me traía posibles compradores. El primero fue un periodista, que estuvo examinando las tuberías, mientras sus hijos adolescentes subían a los pisos superiores. Naturalmente, yo me quedé junto al muchacho que llegó más arriba, sobre todo cuando se acercó a la puerta de Elsa, que llamaba la atención por ser la única que quedaba en la casa, aparte de la principal y la que conducía al sótano. Justo cuando empezaba a girar el picaporte, su padre lo llamó desde abajo. Había visto suficiente y no necesitaba subir.

El siguiente fue un arquitecto. No pareció fijarse en el deterioro, como la mayoría de los visitantes, pero habló de que había que hacer extensas reformas. El agente estaba impresionado, porque el hombre entendía la casa mejor que yo, que llevaba tantos años viviendo en ella. Me indicó lo que pertenecía a la estructura original y lo que había sido modificado a lo largo de los siglos, aunque sólo fuera una piedra con respecto a su vecina. Temí que reconociera el tabique y se diera cuenta de lo que en realidad era. No había escapatoria posible. Pasó la mano por la precaria estructura y estuvo a punto de empujarla con el puño.

—Por favor, si no le importa... —me apresuré a decir—. Necesito un lugar donde dejar mi ropa sucia sin que nadie venga a meter las narices, ¿no cree?

El arquitecto dio un respingo y el agente inmobiliario lo condujo apresuradamente a la siguiente habitación.

Elsa notaba la tensión que yo padecía. Aquellos días perdía los nervios al menor pretexto. Si

se derramaba la leche o quedaba un grifo abierto o una luz encendida, la acosaba repitiéndole que a causa de ese tipo de descuidos ahora me veía obligado a poner la casa en venta. En realidad, no lo creía ni remotamente. Mi preocupación no era tener un céntimo más o menos, sino lo incierto de nuestro futuro. Aun así, podía perorar durante horas, culpándola de mi situación. La trataba de egoísta, egocéntrica, despilfarradora e irresponsable. A veces, como un auténtico tirano, cerraba la llave de paso del agua cuando veía que la bañera estaba medio llena y el nivel seguía subiendo. Cuando me agobiaba demasiado hablándome de Dios, iba a la caja de los plomos y cortaba la corriente. Si era cierto que Dios le daba tanta luz, no veía por qué tenía que gastarme yo una fortuna en electricidad.

Pero ella no reaccionó con amargura ni se refugió en la autocompasión, como había hecho otras veces. Me decía que estaba actuando como un tonto celoso, tratando a Dios como si fuera un rival con quien pudiera competir en pie de igualdad.

—De todos modos —dijo—, creo que ya has sacrificado demasiado tu vida por mí. Ya es hora de que me sacrifiques a mí por tu libertad.

Sus palabras escondían cierta ironía, pero el tono de su voz era serio.

—¿Qué has dicho?

—Eres libre para deshacerte de mí.

—¿Qué quieres decir?

—Usa tu imaginación para olvidar que alguna vez he existido. Déjame salir por esa puerta. Es lo más fácil. El destino decidirá mi suerte.

—¿Por qué dices esas locuras?

—Es la mayor prueba de amor que puedo darte. Estoy dispuesta a sacrificar mi vida para ofrecerte la libertad. Es la definición misma del amor. Concederse mutuamente espacio y libertad. El amor no es posesivo, no consiste en enjaular a alguien porque así lo quieres tú. No, estoy segura de que el amor no ata a quienes se aman. El amor es tan libre y liberador como el aire, como el viento, y sí, como la luz de Dios.

Yo sabía que cada uno de sus elogios a Dios era un ataque directo contra mí. Me estaba sermoneando por mi conducta de los años pasados, me estaba criticando, sabiendo que yo entendía perfectamente lo que quería decir. Me sorprendí estrechándola contra mi pecho, en el más posesivo de los abrazos.

—¡Eso no es amor en absoluto! El amor son dos personas que permanecen juntas contra viento y marea. El amor es un adhesivo, el más potente de todos, que une entre sí a dos seres. ¡No te deshaces del otro sólo porque es más fácil correr sobre las dos piernas que avanzar por el suelo a gatas! ¡No es egoísmo desear que el otro esté contigo! ¡Es amor! ¡Debes amar a la persona a quien dices amar! ¡Debes quedarte a su lado! ¡El amor es un lazo sólido, no una especie de pocilga con la puerta abierta!

Sólo entonces advertí que Elsa me estaba suplicando que dejara de asfixiarla. Tuvo que doblarse para recuperar el aliento.

—¡Bestia! ¡Animal! ¡Claro que no lo entiendes! ¿Cómo podía esperar que lo entendieras? ¡Es como echar margaritas a los cerdos!

Pelemos durante toda la noche. Cuando trató de dormirse sin intentar la reconciliación, volví a conectar la electricidad y le encendí una lámpara directamente en la cara. Me comporté como un niño, es verdad, pero ella también lo hizo. Me llamó *schlemiel*, o tal vez *schlemasl*, nunca

acababa de aprenderme del todo sus palabras en yiddish. (La primera, creo, se refiere al que siempre derrama la sopa, y la segunda, al que siempre le derraman la sopa encima). Me llamó imbécil desfigurado y me dijo que me fuera a dormir a otra parte, mientras trataba de tirarme de la cama empujándome con sus piernas rechonchas. Yo no hice más que desplazar el peso del cuerpo de una nalga a otra, burlándome de ella todo el tiempo, o al menos hasta que vació su vaso de agua sobre mi lado del colchón. Entonces ocupé por la fuerza su mitad y la empujé al lado mojado. Ella reaccionó yéndose a buscar uno de sus libros sobre la filosofía de la metafísica o alguna otra cosa acabada en «física». En realidad, no estaba con ánimo de leer, pero era una forma de echarme en cara su superioridad. Su expresión altanera lo decía todo. La lectura era más acorde con su nivel intelectual que perder el tiempo con alguien como yo. Volví a cortar la corriente. Y así seguimos. Sólo cuando oí el cerrojo que abría la puerta de la calle corrí a pedirle perdón. Pasé el resto de la noche aferrándola con mi único brazo, acostado yo del lado mojado de la cama, sintiendo que seguía enfadada conmigo, aunque lo negaba cada vez que se lo preguntaba (aproximadamente cada cinco minutos).

El sol se levantó antes que yo. Ella fingió estar dormida, según creo, porque no sabía cómo actuar, y para ser honestos, me alegré de que así fuera, porque yo tampoco hubiese sabido qué hacer. La casa era un caos. Cada objeto era un recordatorio de nuestra pelea y una evocación de detalles que habría querido olvidar. El libro aún me insultaba desde el lugar donde había aterrizado, e infinidad de pañuelos de papel arrugados, con sus lágrimas y las mías, yacían dispersos por el suelo, como falsas flores rosadas aguardando a ser integradas en algún sensiblero ramillete.

Con esa jaqueca sorda que viene de no dormir, salí a comprar el pan. Al pasar por delante de una floristería, pensé en unas margaritas, pero esa idea desembocó en otra mejor, y me bajé del tranvía dos estaciones más lejos.

Fue un fiasco. Su rostro se ensombreció nada más ver al vivaz pajarillo sobre la mesa. Incluso viéndolo saltar de un soporte a otro de la jaula, balanceándose y cantando, su expresión no se alteró. Dijo que era un pecado encerrar a una criatura que Dios había creado para ser libre.

—Estaba en la jaula cuando lo compré. ¿Qué diferencia hay entre vivir en una jaula aquí o en la pajarería, o en la casa de alguna otra persona que lo compre?

—¡Es un pecado espantoso!

Se tapó la cara con tanta brusquedad que asustó al pájaro, el cual echó a volar y se estrelló contra la bóveda blanca de la jaula. Al oír el golpe, Elsa gimió aún más fuerte.

—¡Ahí fuera lo atraparía un gato o un halcón! No sobreviviría. Aquí está mejor. Está protegido.

—Aquí no conocerá la vida. Será una mascota, pero nunca una verdadera ave. ¿No lo entiendes? —me preguntó en un tono inconfundible. Ambos sabíamos perfectamente de qué estábamos hablando en realidad.

—Si tú llamas vivir a que lo despedacen y jueguen con sus trozos, allá tú. Yo, por mi parte, lo llamo morir. ¿Tanto quieres a esta criatura de Dios? ¡Entonces, adelante, hazlo tú misma! —exclamé, abriendo con dificultad la ventana de la cocina, pese a los años de herrumbre acumulada—. Te traeré los restos para que los veas, pero te advierto que no será el espectáculo más apropiado para tus delicados ojos de gran dama.

Parecía enferma. El pajarillo cantaba, inclinando inocentemente la cabecita. Elsa abrió un

poco la puerta de la jaula, y después un poco más, hasta dejarla medio abierta. El pájaro saltaba más y más de prisa de un soporte a otro, creyendo que iban a darle de comer. Tras un largo paréntesis de vacilación, Elsa abrió la puerta del todo. El pájaro no se movió. La brisa abrió un poco más la ventana. Tenía la tibieza de la primavera y ese perfume a hierba cortada que anima a inspirar más profundamente, dejando que el alma se expanda con los pulmones. Con la rapidez de un dardo, el ave se marchó como si estuviera huyendo, y no como si alguien acabara de soltarla.

Pasé las horas siguientes escribiendo un poema, que metí subrepticamente en la jaula.

*Del nosotros al yo*

*Ciérrame tus ojos  
y me dejarás ciego a los bellos paisajes que conocí  
en tus pensamientos.*

*No volveré a andar,  
seré un tullido,  
si alguna vez desentrelazas  
tus piernas de las mías.*

*Comprimidos en uno,  
nuestra sangre seca,  
nuestras cicatrices,  
nos atan fatalmente hasta la muerte.*

*Amor mío, no desgarras  
lo fusionado,  
no mutes otra vez  
nuestro pecho, nuestros corazones.*

*Pronto vendrá el desgarro,  
bajo tierra nos aguarda la muerte,  
sorbiendo la savia del ego,  
la caída del nosotros al yo.*

Ella estaba abajo, leyendo, y yo aguardaba su reacción, con el corazón desbocado, cuando se oyó un ruido. Tardé unos instantes en comprender de qué se trataba. Era martes por la tarde y se me había olvidado por completo. Hice subir a Elsa a toda prisa y desde arriba grité que bajaba en seguida. Cuando por fin estuve listo, el agente inmobiliario ya estaba yendo y viniendo impaciente, con sus clientes de espaldas a mí.

—Lo siento, se me ha hecho tarde —me disculpé—. Pasen, por favor.

Retrocedí, sobresaltado, al ver que eran Petra Kunkel y Astrid Farrenkoff.

—No se preocupe, *Herr* Betzler —replicó el agente, sonriendo en tono meloso.

—Entonces, *Herr* Eichel —preguntó pragmáticamente Astrid, mientras pasaba por mi lado sin

mirarme—, ¿cuántos dormitorios me ha dicho que tiene la casa?

—Ocho.

—Qué interesante.

—En realidad, depende del comprador. A los dormitorios se les puede dar el uso que cada uno quiera. No hay ninguna obligación de poner una cama dentro. La casa de un hombre es su castillo, ¿no es así, *Herr Betzler*? El propietario puede hacer absolutamente lo que quiera con ella.

—Así es, así es —respondí sin prestar mayor atención, mientras me devanaba los sesos pensando cómo podía deshacerme de ellas sin salir mal parado.

Lo miraban todo, prestando atención a cada detalle, dando así la impresión de que realmente estaban interesadas en comprar. Vi los ojos de Astrid tomando nota del desayuno para dos, que había quedado servido y sin comer, y de la ventana, que la jaula vacía mantenía abierta. Mientras escudriñaba los interruptores, el fregadero y los suelos y las paredes desnudos, dirigía todas sus preguntas a consideraciones de carácter práctico.

Las dos mujeres pasaron junto a los últimos restos de lencería de Madeleine, dedicándoles desdeñosas sonrisas, y marcharon escaleras arriba, cogidas del brazo. La cama estaba deshecha, con la mancha húmeda a la vista. Se la quedaron mirando boquiabiertas, mientras el agente se obligaba a desviar la vista. La mayoría de los pañuelos de papel arrugados habían quedado sepultados entre las sábanas, pero unos cuantos yacían dispersos por los rincones, después de que Elsa y yo los usáramos como proyectiles el uno contra el otro. Para que no sacaran ninguna conclusión, me apresuré a sonarme la nariz con uno de ellos y lo dejé caer allí mismo. Petra se adelantó hasta un rincón, para leer el título del libro, que al estar por encima de su nivel, renovó en ella cierto respeto hacia mí, como pude notar. Al volver, golpeó con un pie el vaso, que fue a estrellarse contra la pared.

—Vaya, lo siento —se disculpó, arrodillándose para recoger los trozos.

Le impedí que lo hiciera.

—No, por favor. Se cortará. Ha sido culpa mía. No debería haberlo dejado ahí.

El trozo que yo tenía en la mano era del borde, donde distinguí la huella de los labios de Elsa. Al intentar borrarla, me hice un corte en el pulgar.

—¡Oh, está sangrando!

—No es nada.

Recogí una flor de papel endurecida y la usé para comprimir la herida.

Al subir el siguiente tramo de escalera, dejé en la baranda el rastro de mi mano sudorosa. La habitación estaba cerrada. Elsa estaba acatando las normas.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Astrid, haciéndose la inocente—. Éste debe de ser el octavo, ¿no? He llevado la cuenta.

—Sí, pero no está presentable. Como de costumbre —dije, mientras me encogía de hombros mirando a *Herr Eichel*, en un gesto notoriamente falto de sinceridad.

—Oh, hemos visto cosas peores —replicó ella—. Después de la guerra trabajamos limpiando casas, ¿verdad, Petra? Hemos visto de todo.

—Me alegro de que sea así, pero me temo que yo no tengo costumbre de enseñarlo todo.

—Si les parece bien, señoras, podemos pasar a la siguiente habitación, un estudio, a la izquierda —terció *Herr Eichel*, indicándoles el camino—. Tiene más o menos las mismas



dimensiones que ésta.

Las mujeres fingieron interés en lo que veían, pero estaba claro que lo que realmente les intrigaba era la habitación cerrada.

—¿Es sólido todo esto?

Astrid iba y venía, golpeando el techo abuhardillado con rítmica precisión. Intentaba que alguien le respondiera. A través de algunas de las grietas se veían trozos de cielo, por las tejas faltantes. Se acercó, forzando la vista para ver más de lo que podía, y finalmente aplicó la cara sobre la pared adyacente a la habitación prohibida y se rodeó los ojos con las dos manos para ver mejor.

—¿Está buscando algo en concreto, señora? —inquirí bruscamente—. ¿Calcetines o calzoncillos sucios? ¿Alguna preferencia en especial?

*Herr Eichel* tosió.

—Bien. Ahora ya tienen una idea general, ¿verdad, señoras?

—Sí, sí, desde luego que sí —masculló Astrid.

Petra me miró, sacudiendo desdeñosamente la cabeza. Preocupado por la sensible pérdida de interés de las mujeres, *Herr Eichel* las acompañó a la puerta, en un torrente de amistoso parloteo, aunque se volvió para dirigirme una mirada gélida, por si yo iba detrás. Cuando se hubieron marchado, empecé a estudiar las huellas de zapatos que circulaban por todos los rincones y esquinas y se adentraban en cada habitación, examinando cada detalle delator y cada huella en forma de gota seguida por el gordo punto de los tacones, similar a los signos de exclamación que trazan las adolescentes. Era como si las dos mujeres siguieran comentando la visita en su ausencia. Imaginé todo lo que podían decir, saber, pensar y hacer.

Al cabo de menos de una hora, *Herr Eichel* estaba de vuelta. Esta vez venía con un dentista que estaba considerando la posibilidad de transformar la casa en una clínica dental para él y sus socios. Pensaba instalar salas de espera en las habitaciones de la planta baja y reservar el salón para la recepcionista. Estaba inspeccionando el cuarto de baño, que necesitaba para lavarse a fondo las manos entre consulta y consulta, cuando me dije que haría bien en reunirme con ellos para hacer algún comentario positivo y recuperar así el aprecio de *Herr Eichel*. No había puesto un pie dentro cuando dejé escapar una aguda exclamación de asombro. Sobre el lavabo, en el lugar que años atrás ocupaba el espejo, estaba el cuadro pintado por Elsa, el del árbol que salía de la casa. Sus penetrantes ojos castaños nos contemplaban maliciosamente entre las ramas. Los míos, grandes e inexpresivos, de un azul soso, me miraban fijamente detrás de un cúmulo de hojas, como si fuese mi obligación estar ahí, devolviéndoles la mirada. Había una sola pequeña modificación con respecto a la imagen anterior, y era preciso fijarse muy bien para distinguirla. Costaba percibirlo, pero mi ojo malo parecía a punto de caer como una gota. Me fijé en la trayectoria que seguiría la gota, en caso de tener peso suficiente, y en la esquina inferior derecha del lienzo descubrí lo que el ojo estaba intentando mirar: una firma camuflada entre los matices de verde. El cuadro estaba firmado por primera vez con su nombre, no con el mío, aunque la firma copiaba con maestría mi propio estilo. Sentí algo en el pecho, como un cuchillo, y olvidando toda compostura, me llevé el muñón del codo al corazón. *Herr Eichel* me sujetó para que no me desplomara y el dentista me preguntó si padecía asma.

—No, no. Es el cuadro. Ese cuadro —señalé, pues el miedo que acababa de experimentar me había dado el coraje o más bien la temeridad de admitirlo. Los hombres lo examinaron, perplejos.

»Es sólo que... no esperaba verlo ahí. Sí... mi abuela lo pintó. Murió hace unos años —improvisé lo mejor que pude—. Normalmente no uso este baño.

—¿Cuál usa usted? —preguntó *Herr Eichel*, esperanzado—. ¿Hay algún otro que yo no haya visto?

—Sería interesante tener dos baños —añadió el dentista—. Justo lo que necesito. Uno para mí y otro para los pacientes.

Me había enredado en mi propia mentira.

—A decir verdad, por lo general uso... la pila de la cocina —respondí, sintiendo que se me arrebolaba la cara—. No me gusta subir hasta aquí para lavarme, porque... por eso. Ya saben, viejos recuerdos...

La toalla en el suelo, con las dos huellas de los pies mojados de Elsa, refutaba mis afirmaciones.

—¿Así que su abuela se llamaba Elsa Kor? —preguntó el dentista.

Entonces él también veía la firma; no era producto de mi imaginación.

—En efecto —repliqué, mientras extendía la mano y pasaba el pulgar sobre el nombre, en un gesto pretendidamente afectuoso. Los dos hombres contemplaron mi dedo con aprensión. Pensé que sería por la herida, pero cuando bajé la vista, solté un grito. Del pulgar me sangraban gotas verdes. Mis nervios no lo resistieron más, y eché a correr por toda la casa, gritando que me estaba creciendo una hoja en el dedo.

Evidentemente, el dentista salió convencido de que la casa estaba habitada por el fantasma de mi abuela. Pobre Pimmichen. El agente de la propiedad inmobiliaria, por su parte, llegó a la conclusión de que yo había perdido el juicio.

—Venderemos la casa, muchacho —me prometió, dándome un sentido apretón en el hombro antes de marcharse. Pero al martes siguiente no se presentó, ni tampoco al otro.

Estaba furioso con Elsa por haber arruinado una venta segura. Me dijo que había puesto allí la pintura como un regalo, después de nuestra pelea, y que llevaba al menos medio día colgada de la pared, antes de que yo la viera. ¿Entonces por qué estaba húmeda la firma? Porque el óleo tarda en secarse. Harto de sus juegos y de que siempre llegara demasiado lejos, hice algo ignominioso, debo confesarlo. Fui a revolver entre las ruinas de la casa de *Frau Veidler*, saqué un esqueleto de pájaro de entre las cenizas y lo enjaulé bajo la cúpula blanca, con una de las esqueléticas alas asomando dramáticamente entre los barros. Los restos eran demasiado viejos y estaban demasiado desintegrados para ser los de su pájaro, pero Elsa no se paró a pensarlo. Se tapó la cara y se entregó a la histeria.

Fue quizá unos seis meses después, o tal vez más, cuando mi contrato con el agente de la propiedad finalmente expiró. Yo estaba en el centro, buscando a otro agente que no hubiese oído hablar de mí. Había ido a ver a varios de mi distrito, pero seguramente corrían rumores, porque sus secretarías no volvieron a ponerse en contacto conmigo, como prometieron que harían. Estaba a punto de cambiarme a una agencia de la Schenkenstraße cuando oí un griterío procedente de uno de los grandes hoteles situados una calle más allá, en la Löwelstraße. Como no tenía prisa, fui a ver qué pasaba.

Lo que vi en ese momento ya se había vuelto un espectáculo corriente al final del día. Las tropas ocupantes se marchaban, llevándose consigo todo lo que consideraban *souvenirs*, es decir, todo lo que no estuviera firmemente clavado al suelo. No, retiro lo dicho, se lo llevaban también. Vi oficiales rusos que con la ayuda de sus soldados abandonaban los hoteles cargando camas antiguas, cómodas, cuadros, lámparas, bañeras de pies de león y lavabos de mármol. Más inesperadamente aún, también vi a los norteamericanos haciendo exactamente lo mismo. Los austríacos, enfurecidos, los insultaban a voz en cuello, pero sólo conseguían que los trataran de canallas ingratos, y si se pasaban un poco de la raya, se ganaban un par de golpes con la culata de una ametralladora, como pequeño recordatorio del reconocimiento debido a las fuerzas extranjeras.

Vi a un grupo de militares estadounidenses —y no me lo invento, aunque pueda sonar grotesco— que se llevaban material de guerra de siglos pasados: cañones, armaduras, lanzas y estandartes medievales. No sé dónde los habrían encontrado, tal vez en la mansión de alguien o en un museo, pero en todo caso supongo que habrán vuelto a un museo o a la mansión de alguien, del otro lado del océano. El estado de ánimo general no era tan malo como pudiera parecer; al fin y al cabo, no todos reunían los requisitos para ser saqueados. Todo dependía de la posición social de cada uno. La mayoría de los vieneses no tenían nada que temer y, en general, se alegraban de ver el final de la ocupación. Una muchedumbre ebria de júbilo inundaba las calles. Los desconocidos se besaban entre sí, se cogían del brazo o formaban corros para bailar, levantando por el aire los zapatos gastados. Había gente arrojando confeti desde las ventanas, y los que pasaban debajo los animaban a saltar, extendiendo las chaquetas para amortiguar el aterrizaje. Los vítores y los aplausos eran ensordecedores. Como ya no me atraían las masas, pensé que lo mejor sería volver, antes de quedar atrapado en la celebración.

En casa me esperaba una nueva sorpresa: un cartel anaranjado cruzado sobre una de las ventanas, con la palabra «Vendido» en grandes letras negras. Deseé que no fuera un error, que no hubiesen confundido mi casa con otra, o peor aún, que no la hubiese vendido sin mi conocimiento alguna autoridad judicial, para saldar mis deudas. Nerviosamente, me pregunté si Madeleine

habría visto el cartel, y en una vena más paranoica, si de alguna manera no estaría ella detrás de aquello. Dos hombres salieron del jardín del fondo. Reconocí al agente inmobiliario, a quien no veía desde hacía siglos, y al arquitecto.

—¿Ha visto ya la buena noticia? —preguntó *Herr Eichel*, con tanta naturalidad como si nos hubiésemos visto el día anterior.

—La he visto —repliqué ásperamente.

—Si quiere que le diga la verdad, intenté desanimarlo, pero no conseguí hacerlo entrar en razones. Suya o de él, ¿qué más da con este alboroto? Todo el mundo se marcha. Le garantizo que los rusos estarán de vuelta antes de que pueda rascarse el trasero con la primera moneda. La casa no será suya, ni mía, ni de ninguno de nosotros.

Al arquitecto le pareció hilarante el comentario.

—Tonterías —repliqué, antes de llevarme aparte y bajar la voz para que le prestara aún más atención—. Llamé a *Herr Eichel* con la esperanza de que no estuviera vendida después de tanto tiempo, pero convencido de que las probabilidades eran casi nulas... Por suerte para mí, la gente corriente no tiene criterio. No se crea una palabra de las cosas que se están diciendo.

Mientras tanto, *Herr Eichel* decapitaba con un movimiento lateral del pie las setas que infestaban nuestro jardín.

—Ser el propietario de una finca como ésta podría pesar en su contra, si cambia la marea. ¿No tiene miedo? —preguntó desafiante al arquitecto, con sonrisa autosuficiente.

—Sí, le confieso que tengo miedo... ¡de oír otra de sus advertencias sobre la marea roja!

—De acuerdo, de acuerdo. Como dice el proverbio, puedes llevar un caballo al río, pero no obligarlo a beber. *Herr Betzler*, venga mañana por la mañana a mi oficina. ¿A las diez le va bien? Nos ocuparemos del papeleo y formalizaremos la venta. Aunque, a decir verdad, no creo que el concepto de propiedad vaya a durar mucho, ahora que vienen los comunistas.

El arquitecto se alegró de que se marchara. Empezó a dar vueltas alrededor de la casa, admirándola desde todos los ángulos posibles, lo cual me puso los nervios de punta. Me señaló el lugar donde habíamos tapado el «05» y me preguntó si aquella mancha no marcaría el sitio de un antiguo escudo de armas que hubiese lucido en la fachada trasera. Le dije que tenía toda la razón y él se enorgulleció de haber devuelto una vez más a la casa un fragmento de su historia.

Me indicó la ventana de Elsa.

—Pienso alquilar esa habitación y la adyacente a estudiantes. Son de fiar y normalmente se quedan hasta fin de curso. Las de ahí abajo las alquilaré por una renta más alta a profesionales que vengan a Viena. Me quedará la planta baja para mí e instalaré mi estudio en la vieja biblioteca. Si quito la escalera original, construyo aquí una de pino y levanto un tabique, no tendré que ver a los inquilinos subiendo y bajando. De hecho, tendremos entradas separadas. Voy a abrir una puerta justo aquí.

Con el dedo, marcó la abertura ideal en la pared.

—Sus rentas pagarán las obras, y mientras tanto, yo tendré un sitio estupendo para vivir y trabajar. Oh, eso me recuerda que tengo que instalar un inodoro y un lavabo en cada piso para los inquilinos.

Rebuscó en el bolsillo trasero hasta encontrar una de sus tarjetas de visita, donde hizo unas anotaciones.

Yo retorció mi pañuelo, sin saber qué decir. Traté de pensar en algo, cualquier trivialidad, un

gruñido de asentimiento, pero no conseguí articular ningún sonido.

—Aquí, en el fondo, me desharé del jardín. Demasiado mantenimiento. Pienso pavimentarlo con hormigón y dejarlo para aparcamiento. Dentro de poco, la gente volverá a comprar coches. Con todo lo que está pasando, Viena vivirá una edad de oro para los artistas, para inversores como nosotros. ¡Un renacimiento! ¡Piense que dentro de nada volverán a abrir la Ópera! ¿Habría imaginado hace apenas dos años que Austria iba a estar en la ONU? Durante diez años, esos malditos extranjeros nos han estado diciendo lo que teníamos que hacer, pero le aseguro que ahora Austria está lista para decidir su propio destino. El horizonte es prometedor.

—Suena bien.

Percibió entonces mi mala disposición, pero no supo interpretarla.

—Me ha dicho *Herr* Eichel que vende usted para construir un hotel en Parkring. Ésta es una de las casas que ha heredado, ¿no?

Entonces era eso lo que le había contado *Herr* Eichel. Con gran esfuerzo, conseguí erguir la espalda y responder:

—Sí, así es. De hecho, ahora tengo que ir a repasar mis proyectos. Tendrá que disculparme.

Con el cuento del gran hotel en Parkring, mi realidad financiera me pareció mucho más acuciante y temí que el trato no llegara a cerrarse. Al final, *Herr* Eichel vendió la casa al arquitecto por un precio considerablemente inferior a su valor real; aun así, la suma me daba vértigo. De niño, me habría hecho pensar que éramos millonarios. Pero tuve que aprender en carne propia la relatividad de las cifras. Sólo cuando me dispuse a comprar otra casa con el dinero de la que acababa de vender, me di cuenta de su auténtico valor. Era cierto que podría haber adquirido una casa más pequeña en buen estado, pero había otro problema que hasta entonces no había considerado. Si invertía todo lo que tenía en otra casa, no me quedaría nada para hacer frente a los gastos de la vida diaria, y la experiencia me había enseñado hasta dónde podían llegar esos gastos y cuán rápidamente. En consecuencia, me vi obligado a renunciar a la idea de comprar otra casa y empecé a mirar apartamentos. Un piso grande era casi tan caro como una casa pequeña, o incluso más, dependiendo del barrio.

Hice mil cálculos y preparé presupuestos cada vez más ajustados. Un bonito apartamento en un distrito elegante nos habría supuesto vivir pobremente entre muros espléndidos. Entonces empecé a visitar, en los distritos malos, el tipo de apartamento que podía proporcionarnos cierto desahogo económico, al menos durante cinco o seis años, el tiempo necesario para que yo lograra reponerme de alguna manera. Ver aquellos apartamentos resultó un golpe. Las calles ya eran suficientes para deprimir a cualquiera. Los edificios más viejos eran oscuros y llevaban la marca de la ocupación rusa, pero los más recientes eran construcciones chapuceras, semejantes a cajas de zapatos, que insultaban la vista. Los inmigrantes pobres miraban pasar la vida, sentados en sus portales o asomados a las ventanas, fumando un cigarrillo. Los niños no parecían niños, sino pequeños adultos desencantados, que jugaban tan mecánicamente como si estuvieran trabajando. Hasta los gatos y los perros que entraban y salían tenían cierto aire de falsedad.

Subir la escalera de una finca era un arriesgado recorrido, sorteando juguetes rotos, apartándose para dejar pasar a los que bajaban y procurando no tropezar con las alfombras mal clavadas al suelo. En algunas, la luz se apagaba automáticamente antes de que diera tiempo a llegar arriba. Sorprendido por la oscuridad entre dos rellanos, más de una vez tuve que volver a bajar a tientas para apretar el botón. Los olores a cocina procuraban una indeseada intimidad con

las familias que habitaban detrás de cada puerta, al igual que el llanto de los bebés, las toses de los ancianos y el insufrible ruido de los que estaban entre uno y otro extremo, haciendo rechinar los muelles del colchón. Ya empezaba a echar de menos la intimidad de nuestra casa.

Las descripciones de los anuncios no eran más que un montón de mentiras. Ciertamente, allí donde decían que había estufas de cerámica y bañera, las había; pero una de las estufas que vi era tan raquítica y estaba tan llena de hollín que habría sido preciso cortar un tronco pequeño en cinco trozos para hacerlo pasar por la trampilla, y hacerlo arder habría sido tan gratificante como ver una cerilla consumiéndose en un cenicero. Para entrar en algunas bañeras habría sido necesario hundir el mentón entre las rodillas, y eso si alguien hubiese tenido la presencia de ánimo de meterse, con unas barbas de moho bajo el grifo largas como las de Matusalén. Era imposible no preguntarse si no habrían asesinado a alguien allí dentro.

La falta de espacio era lo que más me irritaba. No podía entrar en ninguno de aquellos apartamentos sin sentirme oprimido, y creo que se notaba en mi postura. En las cocinas era imposible que una pareja cocinara sin obstruirse continuamente el paso. Los baños no permitían que uno se bañara mientras el otro miraba, a menos que no le importara sentarse con el lavabo por sombrero. Me alegré de haberme deshecho de nuestro mobiliario, porque jamás habría pasado por aquellas escaleras estrechas y retorcidas, y aunque hubiese pasado, no nos habría dejado espacio para movernos.

No obstante, tenía problemas más importantes que considerar, aparte de la estética y el espacio. Me acercaba a cada ventana y estudiaba cuidadosamente el exterior. Había pocos solares vacíos en la acera de enfrente, y los pocos que lo estaban probablemente no iban a seguir así por mucho tiempo. En mi opinión, tener otras personas a la vista era prácticamente como vivir con ellas, y eso era algo que no podíamos permitirnos Elsa y yo. Uno de los edificios que había del otro lado de un patio interior estaba tan cerca del que yo estaba visitando que podría haber alargado la mano y estrechársela a la señora que me miraba por la ventana. Recuerdo un apartamento con la ventana de la cocina perpendicular a la de otra familia, cuya antena de radio asomaba por la abertura; el aparato difundía a un volumen ensordecedor una música de moda con una letra estúpida que no podía pertenecer a ningún idioma humano (a excepción de la media lengua de los bebés), algo así como «bi-bo-pa-lula», antes de dar paso a las noticias.

Guardarlo todo en cajas y paquetes fue un trabajo ímprobo. Creía haber vendido la mayor parte de lo que teníamos, porque la casa parecía vacía, pero eso fue antes de reunir todo lo que quedaba y tratar de acomodarlo en las descascaradas maletas de cuero heredadas de Pimmichen. En cuestión de una hora estuvieron llenas, pero lo que aún quedaba por guardar era algo así como cincuenta veces más de lo guardado. Recorrí todas las tiendas, desde el estanco y la frutería hasta la librería, pidiendo cajas. No imaginaba que aquello iba a convertirse en una caza del tesoro. Acudí a la farmacia antes del alba a recoger las que me había prometido el farmacéutico, pero me llevé una decepción, porque resultaron ser simples envases de no más de veinte centímetros de profundidad, sin tapa.

También tenía que pensar qué hacer con los cuadros, que atestaban el sótano. En el que iba a ser nuestro nuevo hogar no teníamos espacio, y yo no podía pagar un almacén. No me decidí a tirarlos. De todos modos, los de la recogida de la basura no habrían aceptado una montaña de trastos que hubiese llenado dos camiones. Deshacerme de ellos poco a poco habría llamado menos la atención, pero para eso habría tenido que empezar varios años antes. En dos días, el

arquitecto se presentaría en la puerta con su propia montaña de pertenencias.

Lo único que podía hacer era dejarlos donde estaban sin decir palabra, pero me intranquilizaba la idea, porque era como dejar las huellas de un crimen. Yo ya era demasiado viejo para todo aquello. Por todas partes había enemigos acechando, cotilleos, ventanas indiscretas, ojos fisgones y oídos curiosos. Anhelaba una vida normal y prosaica junto a Elsa. ¿No podría ella, no aceptaría vivir conmigo fuera del fantástico tapiz que nuestras manos juveniles habían tejido?

Mientras tanto, ella contemplaba con deleite las cajas apiladas, como los niños que consideran divertida la llegada inminente de un huracán, mientras los adultos aguardan en el refugio enfermos de angustia.

—¿No irás a dejarme aquí, verdad? —me preguntó con los ojos brillantes de emoción, como si en el fondo esperara que lo hiciera.

Le acaricié el pelo áspero, que se había ido poblando de canas.

—Elsa, quiero que nuestra relación futura esté llena de veracidad, honestidad y confianza mutua.

—¡Oh, qué aburrido! ¡No me prometas nada de eso! Yo también te he mentado antes, ¿o qué pensabas? ¿Acaso crees que un hombre y una mujer pueden ser ciento por ciento honestos el uno con el otro? ¿Sólo la verdad, la verdad y nada más que la aburrida verdad? ¿Qué quieres? ¿Matar todo el misterio, acabar con el encanto?

No reconocí su rostro mientras decía esas palabras, ni tampoco sus modales. Agitaba frívolamente las manos, por no mencionar la barbilla, excesivamente alta y unida desde hacía tiempo a la suave curva de la papada. Se estaba convirtiendo ante mis propios ojos en una persona superficial y despreciable. Tenía una sonrisa afectada y cínica como la de Madeleine, y una mirada de párpados caídos, como de mujerzuela, que nunca habría imaginado ver en su cara. Es cierto que ese tipo de actitud se estaba volviendo frecuente, en aquella época, entre ciertas mujeres poco recomendables que pedían emancipación, pero ella nunca las había frecuentado. ¿Cómo podían haberle influido? ¡A menos que realmente hubiese hablado con esa arpía de Astrid! Pero más que ninguna otra cosa, me escandalizaron sus palabras.

—¿Tú me has mentado a mí antes?

—Desde luego que sí —replicó, con un revoloteo de pestañas, mientras agitaba un brazo con la mano blandamente caída—. ¿Cómo puedes esperar que hiera tus sentimientos un día sí y otro también con la verdad absoluta? ¿Te imaginas cómo sería la vida? ¿Has dormido bien, cariño? No, he dormido horriblemente mal, has roncado como un cerdo y me han entrado ganas de matarte. ¿Me has echado de menos? No, ni siquiera un poco, el tiempo se me ha pasado volando, no he hecho más que fantasear, recordando a mi primer amor. ¿Por qué estás conmigo? Porque nadie más me tendría en un pedestal. Porque nadie más puede verme. Porque no tengo a nadie más. ¿Te imaginas cuán abominable sería la vida entre las afiladas cuchillas de la verdad? ¿Poder leer en todo momento la mente del otro? ¿Cómo te sentirías si supieras que me he acostado contigo mientras imaginaba que eras otro hombre?

Repentinamente, mis mentiras se volvieron inocentes al lado de las tuyas. Incluso hubiese dicho que mis mentiras, en comparación con las tuyas, eran una prueba de amor.

—Estoy segura de que tú has hecho lo mismo conmigo, claro que sí —prosiguió—. ¿Acaso puedes jurarme que yo nunca he sido Petra para ti?

—Sí, te lo juro por los huesos de mi madre.

—Oh, vamos, Johannes. Ya sé que es una de las crueles realidades de la vida. El mundo entero lo sabe, generación tras generación, pero nadie quiere admitirlo. Es una mentira colectiva, quizá la mejor definición del hombre, de la humanidad. No somos «los fabricantes de herramientas»; somos los fabricantes de mentiras. Vamos, a mí puedes decírmelo, no me enfadaré. ¿Nunca he sido otra persona para ti? ¿Nunca me has modificado ligeramente los pechos? Cuando cierras los ojos, ¿nunca me pones la cara de otra? ¿De una enfermera? ¿De una maestra? ¡Ya sé! De Madeleine. Puedes decirlo.

—Nunca. ¡Siempre eres tú! Con tu cara, tu nombre y todas las partes de tu cuerpo.

Para entonces, yo estaba pálido de ira, lo cual parecía producirle un placer infinito. Fue como si me hubiese liberado de un encantamiento, o de una maldición, porque fui capaz de colocarme por encima de sus múltiples manipulaciones físicas, que no obraban ningún efecto sobre mí. Iba a marcharme, pero una acuciante curiosidad me tentó a quedarme y comprobar si lo que acababa de confesar era cierto. La exploré como un ginecólogo. Su deseo era auténtico, algo que no me esperaba. De hecho, mis gestos médicos parecían alimentarlo. Me encontré mirándola fijamente, con profundo odio.

—Dime, entonces, ¿quién soy ahora?

Me mordió los labios y hundió las uñas en mi espalda como una demente. El dolor que me infligía se volvía cada vez más sádico, y yo hacía lo posible por resistirlo sin siquiera parpadear.

—¡Por fin un hombre! ¡Un hombre de verdad! —susurró, mientras maltrataba una de mis partes vitales.

Me dejé caer, pero sólo por ponerla a prueba (aunque el dolor también debió de tener algo que ver). La observé. Tenía los ojos cerrados, mientras me aplicaba sus pequeñas torturas.

—¡Ábrelos ahora!

Lo hizo, pero con una sonrisa propia de una furcia, que no me hizo ninguna gracia.

—¡Mírame, te digo! ¡Aquí! ¡Mírame a mí! ¡No te atrevas...!

La obligué a contemplar detenidamente mis partes más íntimas, mientras le apretaba las sienes para que abriera más los ojos. Los míos eran duros, amenazadores.

—¡Échalo o de lo contrario os mato a los dos! Si llego a sorprenderte transformando una pequeña parte de mí en otra persona... ¡sólo una pequeña parte...!

Todo terminó en un encuentro de lucha, en un combate, en hacernos daño, más que en un acto de amor. Cuando terminó aquel abominable episodio de dominación, o lo que fuese que hubiera sido, ella se enrolló en un dedo uno de mis rizos.

—Yo sé que me quieres, Johannes. A veces creo que no te merezco. Soy una mala persona.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —repliqué, levantando una ceja, esperando una disculpa que creía merecida.

—Por ejemplo, a veces me pregunto, solamente algunas veces, sólo de tanto en tanto...

—¿Sí? Solamente algunas veces, sólo de tanto en tanto...

—Bueno, normalmente cuando no tengo otra cosa que hacer —dijo, para luego hacer una pausa y recorrer con los dedos el suelo desnudo, donde aún estaban marcados los contornos de las baldosas faltantes—. Pienso que después... ya sabes, después de todo lo que has hecho, arriesgado y perdido por mí...

—Continúa.



—Si alguna vez se supiera la verdad...

—Vamos, dímelo, no me importará.

—La verdad es un concepto peligroso que nadie necesita para vivir, ¿recuerdas?

—Nunca debería haber dicho esa idiotez. Las mentiras son como amigos fáciles, que te ayudan a salir de un aprieto. A corto plazo. Pero a la larga son traidores que te hacen naufragar la vida.

—Son muchas las criaturas que encuentran refugio en el interior de los barcos hundidos, después de un naufragio —replicó ella—. ¿Piensas que sin unas pocas mentiras aquí y allá yo sería capaz de seguir viviendo así? Yo no lo sé, no estoy segura. ¿Acaso no escaparía? Quiero decir, si pudiera intentarlo, como aquel pajarito que salió por la ventana, y volar hasta los confines del mundo, sin dar las gracias, sin nada, sin mirar atrás, batiendo las alas...

Tenía los pulgares bajo las axilas, como tratando de convertir los brazos en alas. Las mejillas le brillaban y había en sus ojos una luz aguda y salvaje.

—Pero entonces te golpea la realidad. Es dura la caída desde el cielo —dijo, antes de emitir un silbido que bajaba progresivamente de tono—. Te estrellas contra el suelo, en un abanico de huesos y plumas. No, Johannes, te lo advierto, guárdate para ti la verdad, si quieres conservarme a tu lado.

El baúl estaba listo. Lo forré con edredones y le hice unos agujeros para que Elsa pudiera respirar. Sostuve abierta la tapa para que entrara. Por sus miradas furtivas, supe que se sentía insegura después de lo admitido y que se preguntaba si no iría yo a arrojarla al Danubio. Vaciló un momento antes de acatar mis órdenes. No le resultó fácil ponerse cómoda, sobre todo por lo mucho que había engordado. Sus piernas, aunque de por sí cortas, eran demasiado largas para que pudiera acurrucarse de lado, y si se tumbaba de espaldas, las rodillas le quedaban apretadas contra el pecho y tenía que doblar mucho el cuello. Ajusté el forro y le dije que no se inquietara, que todo saldría bien. Bajé la tapa e hice girar la llave.

Los de la mudanza llegaron puntualmente y antes del mediodía se habían marchado con todas nuestras pertenencias, excepto una, que yo vigilaba posesivamente. A juzgar por la frecuencia con que miraban el baúl, debieron de suponer que contenía una fortuna en monedas de oro. Al poco llegó el taxi. Viéndome luchar con mi carga, el taxista se apresuró a venir en mi ayuda, para levantarlo hasta el maletero. No cabía de pie. Resoplando, intentó colocarlo de lado con sus fornidos brazos. La idea de quedar varado en la calle, con Elsa como una tonelada de plomo a mis pies, me impulsó a ofrecer un exceso de ayuda que no hizo más que acabar con su paciencia. Jurando en dialecto, le dio un empujón. Los dos oímos el golpe.

—¿Nada frágil?

Una oleada de pánico me recorrió por dentro. Negué con la cabeza. Por el rabillo del ojo, vi a Madeleine cerrando la puerta de la casa, con un hato entre los brazos. Hubiese deseado haberme marchado ya cuando ella saliera, pero no tuve esa suerte. El maletero no acababa de cerrarse, porque una esquina del baúl lo impedía. El taxista volvió a maldecir y empezó a buscar a tientas una cuerda. Vi que había quedado bloqueada, debajo del baúl. Se quejó entre dientes, diciendo que había vehículos especiales para esos propósitos y que el precio de la carrera no iba a cubrir los daños que yo le estaba causando al suyo.

—Supongo que eso es todo —dijo Madeleine, apretando contra el pecho sus botas y las

últimas toallas húmedas que yo me había dejado.

—Sí, supongo que sí.

Se quedó esperando a que yo dijera algo, y yo, a que ella se marchara. Finalmente, incapaz de contenerme más, la alejé lo suficiente del baúl para preguntarle:

—Dime. ¿Se lo has dicho?

—¿Decirle qué?

—Que era libre.

—¿Libre? ¿De ir adónde? ¿A la calle, como yo?

—No te hagas la inocente.

—Le dije más de lo que a ti te gustaría. Pero eso no. No, ninguna mujer es libre. Los hombres siempre nos encerráis. En casa, en una habitación, con el matrimonio o con cerrojos. —Se frotó la nariz—. Y ahora dime tú algo a mí. ¿Está donde creo que está?

Sus ojos escudriñaron los míos.

No tenía sentido mentirle.

—Sí.

Eché una mirada rápida al baúl. Un destello de angustia le cruzó la cara.

—No me has dado vuestra nueva dirección —me dijo, con tanta indiferencia como pudo fingir.

Me quedé impávido, pero distinguí un brillo amenazador en sus ojos, y temiendo lo que podría haber hecho si me negaba, se la di. Antes de que pudiera pedir nada más, le di un beso breve en la mejilla, que ella acogió endureciendo la postura, y le dije secamente:

—Adiós.

—¿De verdad? ¿Así, sin más?

Levantó hacia el sol la cara, erosionada por el maquillaje, las arrugas y la experiencia, y tras reabrir unos ojos secos pero apenados, se volvió lentamente, antes de echarme una última mirada esperanzada. Al ver que mi única reacción era eludir sus ojos, se marchó ejecutando por el sendero su viejo paso profesional, como si hubiese interpretado demasiadas veces en su vida aquella misma salida y sus caderas se resistieran a repetirla.

Se me nubló la vista y tuve que sentarme entre la maleza. Al mirar para otro lado, me encontré con lo que había intentado evitar por todos los medios: una última imagen de nuestra casa, convertida la pintura en piel reseca y descascarada; las ventanas, en polvorientos ojos con cataratas bajo un tejado hundido, y el conjunto, en una cara asimétrica. Los pocos árboles que aún se mantenían en pie sobre el desigual terreno de tocones cubiertos de musgo estaban desnudos, con los troncos dolorosamente arqueados y las artríticas ramas tendidas al cielo, mientras sus hojas de un amarillo amarronado se pudrían en el suelo. Recordé lo que había dicho Pimmichen en algún momento que me parecía ayer: el tiempo lo reduce todo a ese pálido color amarillo, libros, partituras, velos de novia, uñas de los pies, y ahora también, o así lo parecía, toda nuestra casa, el jardín, el pasado. Me froté los ojos y creí ver a Elsa en su vieja buhardilla, saludándome con la mano, pero en seguida se desvaneció. Llegó entonces a mis oídos un persistente rasgido. Presté atención y comprendí que eran arañazos procedentes del interior del baúl, a los que no tardó en sumarse un amortiguado maullido. Volví a sentir dolor en el corazón. Me oprimía el pecho y latía erráticamente. Era como si los rasgidos procedieran de mis propias entrañas. Empecé a hablar en voz alta acerca de lo mucho que había cambiado el tiempo en comparación con años anteriores. Dije todas las trivialidades que se me ocurrieron, pero el taxista no reaccionó. Transcurrió una

eternidad antes de que pudiera meterme en el taxi, junto al asiento del conductor, como es costumbre en Austria.

—¿Adónde?

—Por favor —respondí, e inspiré profundamente—, a Buchengasse, 6, distrito décimo.

Ansioso por deshacerse de mí, el taxista tiró bruscamente del freno de mano. La acera estaba alfombrada de cáscaras de nuez. Vi de dónde salían: un viejo sentado a la puerta las estaba partiendo. El taxi no le dejaba ver a los niños que jugaban del otro lado de la calle, en una explanada de hormigón con redes gastadas de fútbol y unos pocos pinos de aspecto enfermizo, como si la sordidez del barrio también ejerciera sobre ellos un efecto deprimente. Fui a ayudar a levantar el baúl para sacarlo del maletero, pero fue una de esas ocasiones en que uno hace un gran esfuerzo y muchos ademanes, pero consigue poco. Después de cobrar la carrera, más una sustanciosa propina, el taxista torció el gesto mirando los arañazos en la pintura, de una manera que me despojó de la presencia de ánimo necesaria para pedirle que subiera el baúl. Se marchó haciendo chirriar los neumáticos, en un quejido que pareció salirle del alma.

Sin más alternativa, lo empujé con el hombro, con el trasero y con todo lo que pude, hasta que el dolor en el pecho me obligó a parar. El nuevo apartamento estaba en el último de cuatro pisos.

—Ji, ji, ji.

—Los pocos dientes manchados de tabaco que aún le quedaban al viejo me recordaron lápidas abandonadas. Hizo un gesto de cargárselo al hombro. Me di cuenta de que no hablaba alemán y deduje que no vivía en aquella finca, ni probablemente en ninguna otra.

Los hombres de mi mudanza estaban bajando la escalera, haciendo uno de ellos malabarismos con mi llave, pasándosela de un dedo a otro. Había pensado que para entonces ya se habrían marchado, dejando las llaves en el buzón, tal como les había indicado. En cuanto cargaron el baúl, volvió a oírse el maullido, un ruido escuálido, el lamentable jirón de un lamento. Los hombres se intercambiaron una mirada irónica. El misterio había quedado resuelto: estaba metiendo furtivamente un gato en una finca en la que no se admitían animales. Cuánto mejor habrían estado de camino al almuerzo, pero ahora estaban allí, sudando, subiendo a trompicones y golpeando las esquinas del baúl contra las paredes. Un niño pequeño, con un dedo metido en la nariz, les bloqueaba el paso. Su padre estaba sentado en el suelo del rellano, en ropa de andar por casa, y ellos tuvieron que levantar los pies para no pisarle las piernas.

—Ven, Friedrich, ven con papi. Esa caja es muy pesada. ¿No ves a esos hombres? ¿No ves cómo les duelen los brazos? Ven aquí...

La cara del niño se iluminó.

—Gato —dijo con su lengua de trapo, señalando el baúl.

—Apártate de en medio, niño —le ladró uno de los hombres. El crío se fue hacia su padre con paso vacilante, meneando el pañal como la cola de un ganso.

Cuando me quedé solo otra vez, no pude encontrar la llave del baúl. Me puse a buscar como un loco. No la tenía, sencillamente no la tenía en los bolsillos, por mucho que los volviera del

revés. Los maullidos habían cesado desde que los de la mudanza dejaron caer el baúl desde una altura de un metro. «¡Di algo, Elsa! ¡Responde!». No daba señales de vida. Dios mío, ¿me habría dejado la llave en la casa? ¡Maldita sea, no tenía tiempo de ir y volver! ¿La habría metido en una de las cajas? ¡Oh, santo Dios! ¿En cuál? Empecé a abrirlas al azar, sin pensar ni ver. Era imposible, porque el trabajo de empaquetar lo había hecho antes. Debía de haberseme caído del bolsillo en el taxi. ¡O quizá cuando estaba sentado en la hierba! ¿Tenía un martillo, un destornillador? Sí, ¿pero en cuál de aquellas condenadas cajas había guardado las herramientas? ¡Había demasiadas! ¿Qué iba a hacer? ¡No había nadie que me ayudara! ¿Tenía suficiente dinero para pagar un taxi de ida y vuelta a la casa? Abrí violentamente la cartera y oí caer una moneda. Era la llave. La había metido en la cartera para no perderla.

La mano me temblaba como una hoja cuando introduje la llave en la cerradura. Levanté la tapa con la sensación de mal augurio que se había convertido en mi perenne compañera. Al principio, no la sentí bajo el cobertor. Allí donde apretara, todo parecía vacío. Arranqué el edredón y sólo muy poco a poco conseguí recomponer su imagen. Mi primer pensamiento fue que ya no tenía cabeza, porque no estaba en la posición en que la había dejado. De algún modo, se había dado la vuelta hasta quedar boca abajo, con las cortas piernas por detrás, más arqueadas de lo habitual, y la cabeza hundida en uno de los cobertores, en una curva antinatural. Sus brazos se prolongaban en diferentes direcciones, uno aplastado bajo su pecho, y el otro rígido, a la espalda, como el brazo desencajado de una muñeca de porcelana.

De cualquier modo que la moviera, le causaba dolor; sin embargo, al cabo de unos minutos se echaba a reír cada vez que yo apoyaba un dedo en cualquier punto de su cuerpo, por lo que me pregunté si no habría estado fingiendo desde el principio.

—¡Silencio! ¡Tienes que estarte callada! ¡Podrían oírte!

—Callada. Diminuta. Invisible. Como un ratoncito... —susurró en tono cantarín—. Si no tienes cuidado, ratoncito, te retorcerán el cuello.

La historia del ratón me despejó la memoria.

—¿Por qué diablos tuviste que hacer todos esos ruidos por el camino?

—No te enfades tanto. No es bueno para tu salud, Johannes. ¡Por Dios, era sólo una señal para hacerte saber que aún respiraba! ¡Que no había muerto! ¿No te morías de preocupación? De preocupación... por mí.

Había algo de malicioso en su pregunta, algo que no pude definir.

—¿Qué crees, que estaba saltando de alegría?

—Lo que yo creo... —replicó, antes de mordisquearse la uña del pulgar para ganar tiempo—, lo que yo creo es lo mismo que crees tú.

Con exagerada cautela, empezó a recorrer su nuevo apartamento. Todas y cada una de sus precauciones resultaban sardónicas, mezquinas e incluso perversas. Se movía de puntillas, con toda la levedad de que era capaz, sin despegar el dedo índice de los labios. A cada crujido de las tablas del suelo, se tapaba los oídos y cerraba los ojos, como si acabara de pisar una mina explosiva. Al pasar bajo las ventanas del techo, se agachó y se tapó la cabeza con los brazos, como si alguien le estuviese disparando desde fuera. La vista consistía básicamente en el cielo, porque las ventanas eran de las que siguen la inclinación del tejado y no de las verticales que había en su buhardilla. Yo no hice más que cruzarme de brazos y mirarla con gesto adusto.

El piso sólo tenía dos habitaciones, pero eran bastante grandes, sobre todo porque el techo era

mucho más alto que el de su antiguo cuarto, donde era inevitable golpearse la cabeza al menos dos o tres veces y con suficiente fuerza, antes de recordar que era preciso tener cuidado. Las paredes, recién pintadas de blanco, conferían al ambiente un olor vacío y deshabitado. La cocina americana estaba en un ángulo de la habitación del oeste, y el baño, en la esquina correspondiente de la del este. Ni la cocina ni el baño tenían ventanas. Al ver que Elsa miraba la ducha con expresión compungida, no pude menos que refocilarme. La bañera había sido un motivo de conflicto entre nosotros, un motivo que de esa forma yo había eliminado. Había un armario. Miró en su interior, con la esperanza de encontrar algo más que una percha de alambre golpeteando sobre la barra. Se quitó la rebeca y la colgó. Los hombros lúgubrementemente caídos reflejaban quizá su estado de ánimo.

Hubo una fase de adaptación, durante la cual Elsa me enviaba a la ferretería tres veces al día, mientras ella no hacía nada, excepto sentarse, descansar y beber, o al menos eso parecían indicar el par de vasos y las tazas de café que solía encontrar en el fregadero cuando regresaba. Cuando acometí la instalación de lámparas y apliques, descubrí que los tornillos elegidos eran demasiado pequeños. Al cabo de otro viaje de ida y vuelta a la tienda, me di cuenta de que también necesitaba arandelas. Pero, sin los tornillos, no podía comprar las arandelas. El vendedor me preguntó si sabía el diámetro. De haberlo sabido, no habría necesitado su ayuda. Por lo menos una media docena de tamaños me parecieron adecuados. Mis primeros logros no lo fueron por mucho tiempo. ¿Cómo podía esperar que los tornillos se mantuvieran en la pared sin sus correspondientes tacos de rosca? Me rechinaron los dientes.

Parte de mi falta de concentración se debía al comportamiento de los habitantes de los barrios populares. Más de una vez, cuando volvía, Elsa me decía que había venido alguien en mi ausencia. Una tarde me crucé con ese alguien, *Frau* Beyer, que vivía con su marido en la planta baja. Cuando no necesitaba un huevo para hacer un pastel, era un abrelatas, porque el suyo se había roto, o un termómetro, para comprobar que el suyo no estaba roto, porque no era posible que su marido tuviera la temperatura tan alta. Me di cuenta de que las necesidades le sobrevenían justo cuando yo acababa de salir.

*Herr* y *Frau* Campen, los vecinos que vivían con sus dos hijas adolescentes en el piso de abajo, nunca nos molestaban, al menos no directamente. Pero peleaban entre sí como perro y gato, y sus discusiones se oían como si estuviéramos todos en la misma habitación. Me hacían vivir en la permanente angustia de que dejaran escapar alguna frase inconveniente, porque de vez en cuando discutían de política. A *Frau* Campen la había defraudado la izquierda, pero *Herr* Campen, fiel hasta el final, confiaba en recuperar a su mujer para la causa. Cuando los insultos se volvían demasiado crudos, ponían música a todo volumen. Por lo general no era más que un disco, pero yo golpeaba el suelo con una escoba. Estaba empezando a comportarme como los demás habitantes de la finca.

Elsa forzaba el cuello para mirar por una de las esquinas inferiores de una de las ventanas, desde donde divisaba, a la izquierda, el borde de un edificio y la primera línea vertical de ventanas. En un momento dado me preguntó qué era lo que miraba aquella señora mayor durante horas, día tras día. Tuve que inventarme una explicación, porque lo último que hubiese deseado era que me pidiera que le comprara un televisor. Por suerte para mí, la señora siempre estaba haciendo punto, por lo que pude decirle que tenía la vista fija en el motivo de la labor, apoyado sobre un atril. Cuando de vez en cuando la señora se ponía de pie para cambiar de canal, yo le decía que era para estudiar más de cerca un punto nuevo. Finalmente Elsa perdió interés en la

señora.

Todos los días, la tecnología moderna nos sorprendía con un nuevo artefacto eléctrico. Era imposible recorrer *Mariahilferße* sin encontrar tenderetes rodeados de una muchedumbre tan maravillada como la que antaño atraía el guiñol. Desde antiguo, el aire había secado el pelo de las mujeres. Ahora había un aparato ruidoso, una especie de casco abultado, que hacía lo mismo en la mitad de tiempo. Antes, las mujeres se contentaban rizándose el pelo o recogéndolo en trenzas o en un moño. Pero la sensatez había pasado a la historia. El tiempo que ahorraban ahora en el secado, lo derrochaban por duplicado o por triplicado, intentando levantar improbables torres de pelo, para acabar luciendo en la cabeza algo similar al pomposo ornamento de plumas de la guardia real de algún país distante o, peor aún, un enorme coco peludo. Para colmo, le aplicaban una goma maloliente, para que no perdiera la forma por mucho que se movieran. Por la rigidez, no parecía que el pelo les creciera naturalmente del cuerpo, sino que lo hubieran comprado en una tienda, junto con el resto de su ridícula indumentaria. Todo subía: el pelo, las faldas... ¡La gravedad se había esfumado del mundo!

Esto no es más que un ejemplo. Podría haber mencionado cientos. Ya nadie sabía preparar la mezcla para hacer un pastel. Era increíble, ¡hasta para batir huevos se había inventado un aparato! ¿Es que alguien se había torcido alguna vez la muñeca batiendo un huevo? Y les puedo asegurar que nada de eso guardaba la menor relación con la sufrida generación de la guerra; no eran ellos los que compraban esas cosas. Nuestros vecinos no eran ninguna excepción a la regla y, por su causa, Elsa no quedó al margen de la insensatez de los artefactos eléctricos, al menos, en su aspecto auditivo. Con una sonrisa levemente irónica, ella misma encontró su propia explicación: atribuía los estentóreos golpes y zumbidos a las obras de reconstrucción de la posguerra.

Nuestra finca tenía un vestíbulo modesto, con baldosas corrientes y paredes de aspecto algo extraño, tal vez por haber recibido alguna mano de pintura extra, de un color *beige* a través del cual aún se adivinaba el azul intenso original. Colgado del techo bajo había un fluorescente que parpadeaba y enloquecía a las moscas hasta que caían muertas. A un lado había cuatro buzones metálicos adosados, uno por piso y familia. La escalera propiamente dicha estaba resplandeciente, porque *Frau* Beyer la enceraba una vez por semana. El conjunto podía describirse como despejado y funcional.

Cierto día, cuando regresaba de hacer una serie de recados, quedé perplejo. ¡Menudo cambio! Por todas partes había plantas casi tan altas como yo. Las miré de cerca, las olí y les toqué las hojas, que, pese a ser perfectamente verdes y lustrosas, eran de verdad. La mitad de las especies me resultaron irreconocibles. Al apartar una hoja que parecía la oreja de un elefante, me sorprendió algo para lo que no estaba preparado. Detrás de tanta exuberancia había un espejo, recién colgado de la pared y suficiente para que cuatro personas se vieran de cuerpo entero.

Hacía siglos que no me veía de cerca. Quedé desconcertado, y mi expresión de desconcierto me confirió un aspecto todavía más desconcertante, que me desconcertó aún más. Un círculo vicioso. Tenía las sienes encanecidas, y cuando utilizo el término «sienes» lo hago en su sentido más amplio, porque la línea del cuero cabelludo había retrocedido considerablemente. Mi cara ojerosa y con barba de varios días había madurado en la de un cuarentón, pero no por las arrugas, sino por la propia estructura facial. La juventud había dejado caer su máscara, y lo que estaba detrás se había solidificado en otro rostro humano. Por una fracción de segundo pensé que mi cicatriz había desaparecido, pero en seguida lo comprendí. Sólo destacaba menos porque mi tez

había adquirido un tono permanentemente rojizo, como el de los borrachos que viven a la intemperie.

—¿Qué? ¿Le gusta? —me abordó *Frau* Beyer, con una fregona en la mano. Por su aspecto radiante, era evidente la respuesta que esperaba, pero mi actitud atenuó su entusiasmo.

»Oh, no se preocupe, *Herr* Betzler, no tendrá que pagar nada. Decidimos hacer estos cambios antes de que usted viniera. Pero no me negará que el espejo agranda el vestíbulo, ¿verdad? Mi marido dice que los espejos hacen que las paredes se separen para que pase la reina.

—Las paredes...

—Ah, sí, las paredes. Todavía no hemos hablado de ese tema. Pero lo haremos en la próxima reunión de propietarios, el lunes. Irá, ¿no?

Intenté inventar alguna excusa.

—Ah, ya veo que nunca ha sido propietario. Tiene que asistir a todas nuestras reuniones, porque en ellas tratamos los asuntos que nos conciernen a todos: el tejado, la fachada, el vestíbulo...

—Creía que mi parte de fachada era mía, y que mis ventanas, mis paredes y mi tejado eran míos. Estoy en el último piso, como sabe. Supongo que cada uno se ocupa de sus paredes y de sus ventanas.

—No, no, no —rió ella—. No es así como funciona. El interior es suyo, eso sí, pero el exterior, no. Siempre hay que explicárselo a los que, como usted, han sido inquilinos y se convierten en propietarios. El exterior de sus dos ventanas nos pertenece a todos, del mismo modo que una parte del exterior de nuestras ventanas le pertenece a usted. Si fuera propietario de una casa, sería diferente, porque todo sería suyo: el tejado, las ventanas y todo lo demás, por dentro y por fuera, pero aquí no es lo mismo. ¿No se lo ha explicado su agente inmobiliario?

Negué con la cabeza, palideciendo.

—Bueno, no es razón para inquietarse. Después de todo, puede votar. Votamos todos, pero nuestros votos no valen lo mismo. Todo depende del tamaño de nuestros pisos. Cuanto mayor es su piso, más cuenta su voto. Como usted tiene el piso más pequeño, su voto es el que vale menos. Pero no se preocupe, porque eso también significa que cada vez que aprobemos alguna reforma, usted también será el que pague menos —dijo, dando un paso atrás para admirar las plantas—. Le aseguro que habrá mucha discusión por el color de las paredes...

A cada paso lento que daba, una multitud de pensamientos desfilaban por mi mente. Había supuesto que, una vez comprado el apartamento, ya no tendría que pagar nada más, a menos que yo mismo lo decidiera. Enterarme de que otras personas podían decidir lo que yo tenía que pagar, especialmente para comprar cosas que ni siquiera quería, me ponía enfermo. De haberlo sabido, nunca habría comprado aquellas dos habitaciones. ¿Y si decidían algo demasiado caro para mí? ¿De dónde iba a sacar el dinero? Tendría que asistir a esas reuniones y frecuentar obligatoriamente a esa gente.

—Ah, *Herr* Betzler —me sonrió *Frau* Beyer—, hay algo que quería preguntarle.

Con el palo de la fregona, señaló la tarjeta que yo había pegado en mi buzón, la quinta que había escrito antes de decidir que la cursiva quedaba bien.

—Le haré una con nuestra máquina de escribir —me anunció—, para que las letras sean idénticas a las nuestras. Son las reglas. La uniformidad es esencial para dar categoría a la finca. ¿Debo escribir solamente *Herr Betzler*?



Estudié su sonrisa, su orgulloso vientre redondo, las hebillas doradas de sus zapatillas, el oro que adornaba sus dedos, las uñas pintadas a pesar de la fregona y su actitud autosuficiente. ¿Qué pretendía expresar con esa pregunta impertinente, cargada de insinuaciones? ¿Simplemente que quedaría mejor escribir *Johannes* Betzler, o quizá que convenía añadir mis iniciales? Había cargado la voz en mi apellido, ¿no? Intenté volver a escuchar su pregunta mentalmente. No, lo que de verdad había querido decir es si tenía que escribir solamente mi nombre. «¿No debería escribir también el nombre de esa mujer que vive allá arriba con usted?». «¿No piensa admitirlo?». «¿Cree que no nos damos cuenta de que no están casados?». Quería que yo negara abiertamente su existencia, por lo que fui cortante.

—*Herr* Betzler será suficiente de momento.

La reunión se celebró en casa de los padres de Friedrich, o más exactamente en su cocina, con Friedrich debajo de la mesa, aporreando un cazo con una cuchara. Su padre, *Herr* Hoefle, le explicó que a aquellas personas tan simpáticas que hablaban de cosas importantes les iba a entrar dolor de cabeza si no paraba. Pero sólo después de que Friedrich fue a buscar otra cuchara, se golpeó un ojo con un cajón y dio un grito, pudo comenzar la reunión, y eso porque su madre, que no había visto el accidente, lo sorprendió frotándose el ojo, supuso que tenía sueño, lo cogió en brazos y lo metió en la cama, para gran satisfacción de todos los que, como yo, sí lo habíamos visto.

Los presentes decidieron nombrar una comisión para estudiar las mejoras necesarias y presentar presupuestos. Yo tenía que levantar la mano si aprobaba a cada miembro de la comisión, a medida que *Herr* Beyer, presidente de la comunidad de propietarios, mencionaba los nombres. Me pregunté cómo iba a rechazar a alguien en su propia cara sin faltar a las más elementales normas de cortesía. Los hombres se llamaban entre sí «camaradas» y se estrechaban las manos, como si acabaran de elegir al secretario general de un partido político. No podría haberme sentido más fuera de lugar.

*Frau* Beyer tenía razón acerca de las paredes. *Herr* Campen las quería verdes. *Frau* Campen opinaba que el verde haría que se nos cayeran encima, cuando lo que en realidad necesitábamos era una sensación de mayor amplitud, por lo que convenía pintarlas de blanco. *Frau* Hoefle dijo que el blanco no duraría mucho con Friedrich, porque al niño le gustaba jugar en el rellano. *Frau* Campen consideraba que las manos se podían lavar y que a Friedrich podían vigilarlo un poco más. *Frau* Hoefle replicó que ciertas cosas, como el lenguaje que se oía a veces en la escalera procedente del piso de arriba, podían ser más sucias que los dedos inocentes de un niño. *Frau* Beyer, personalmente, soñaba con franjas rojas, pero en opinión de los demás, las franjas hacían que las paredes se curvaran o estiraran de las formas más extrañas, según fueran verticales u horizontales, y eso contando con que el papel pintado estuviera bien colocado desde el principio, porque si no lo estaba, hasta podían ponerse a bailar la danza del vientre. Al final, los Campen votaron por el blanco, los Beyer por las franjas rojas, y los Hoefle, por dejar el color *beige*. Toda la mesa me miró a mí, mi voto era decisivo. Elegí lo más barato, que era dejar las paredes de color *beige*, tal como estaban. Fue la primera vez que no lamenté haber asistido a la reunión.

Los dueños de la casa sirvieron cerveza y aguardiente, y el ambiente se volvió más cordial. Me hubiese gustado marcharme, pero no quería ser el primero en levantarme. Sin embargo, debería haberlo hecho, antes de convertirme en el centro de la conversación. ¿En qué trabajaba? ¿Tenía hijos? ¿Había estado casado? Tenía mis respuestas preparadas. Estaba en el paro, de

momento, y todavía estaba soltero. Las preguntas se dirigieron entonces a *Herr* Beyer. ¿Se había casado su hijo con aquella americana divorciada? ¿Estaba viviendo con ella en Cincinnati? ¿Cuándo volverían a Austria? Ya nos disponíamos a llevar nuestros vasos al fregadero, mientras *Frau* Hoefle nos insistía sin mucho convencimiento en que los dejásemos donde estaban, cuando *Herr* Hoefle me asaltó con una pregunta que no me esperaba.

—¿Tiene un perro o un gato?

Seis caras llenas de curiosidad se volvieron para estudiarme.

Habían llegado a sus oídos rumores de que yo había metido a escondidas un gato en el edificio, por eso preguntaba. ¿Cómo podía negarlo? ¿Estaría prohibido tenerlos en casa? ¿Qué podía decir? Mi corazón se aceleró.

—Un gato.

—Bien. Siempre que no sea un perro. Estamos redactando reglas nuevas para los perros. En las áreas comunes tendrán que ir atados y con bozal.

Eso condujo a una nueva discusión acerca del perro de no sé quién que había atacado a no sé qué vecino, sí, tal vez, pero no eran ellos los que limpiaban la escalera todas las semanas, desde luego que no, pero los zapatos de algunos traían más tierra que las patitas de un perro, y menos suciedad que la lengua de otros, y a propósito de suciedad, ¿no habría que poner un felpudo nuevo?, el que tenemos ahora está desflecado. Cuando nos marchamos, los hombres se estrecharon las manos y volvieron a llamarse «camaradas», esta vez sin excluirme. Intercambiando guiños, dijeron que una de esas noches subirían a tomar una copa, era costumbre cuando se mudaba alguien nuevo. Subí la escalera apesadumbrado y con nuevos problemas de que preocuparme.

A la mañana siguiente, sin más dilación, mientras Elsa jugaba a las visitas, o al menos eso pensé al ver el par de tazas y las dos pequeñas copas que dejó sin recoger, compré un gato, el más grande que pude encontrar, un macho de rayas anaranjadas y blancas. Lo conseguí en la perrera municipal, donde lo habrían sacrificado tres días después si yo no lo hubiera sacado de allí. Iba a ser el gato que todos oían, la razón de cualquier ruido futuro, cuando yo estuviera ausente. Debería haberlo pensado antes. Me crucé con *Frau* Hoefle, que nunca había visto un gato en una cesta, o al menos eso me hizo pensar por la forma en que lo miró, sorprendida quizá por los gemidos del animal, a medio camino entre los de un bebé hambriento y una plañidera. A la primera oportunidad, deslicé en la conversación que veníamos de visitar al veterinario.

Elsa le puso de nombre *Karl*, pero habitualmente lo llamaba «cariñito», «corazón», «mi amor» o «cielito». Pasaba horas acariciándolo de una manera que me recordaba a las caricias insistentes y sobonas de los niños, y admirando su cara simétrica, hasta que me sorprendí mirando con desagrado al animal. Se levantaba temprano para prepararle el desayuno y se acababa rápidamente el suyo, impaciente por fabricarle serpientes con calcetines atados o transformar una de sus zapatillas en un ratón, con un par de botones y unas pajas de escoba. A cada hora le cambiaba el cuenco del agua; su cajón de arena estaba más limpio que nuestro baño, donde a menudo yo encontraba pelos suyos en el lavabo, y cada vez que le daba de comer, le fregaba el plato hasta dejarlo reluciente, y yo tenía que recordarle que no dejara la jabonera de la cocina llena de agua.

Tenía los brazos llenos de arañazos, por su costumbre de enfundárselos en calcetines para hacerlos ladrar y jugar a morderle las patas traseras. Decía que los calcetines —¡en realidad eran mis calcetines!— la protegían de sus uñas, pero si alguna vez yo le ponía un dedo encima, Dios no lo quisiera: «¡Ay! ¡Ya sabes que en seguida me salen cardenales!». O si era yo quien intentaba apoyar mi cabeza sobre su pecho: «¡No, Johannes! ¡Pesas una tonelada! ¡Quítate, no me dejas respirar!».

Esperaba de pie, con los tobillos juntos, y entonces *Karl* pasaba entre sus pantorrillas, frotándose ambos costados y emitiendo sonidos de delectación desde lo más profundo de su cuerpo, mientras arqueaba el lomo, con el pelo erizado y la cola rígida y erecta, como si de aquello obtuviera algún tipo de placer sexual. Se lo dije a Elsa y me respondió que quién sabía, que tal vez fuera así. Pero eso no le impidió que siguiera haciéndolo. En cierto momento, consideré hacerme amigo del animal, como única manera de conservar la paz, pero cada vez que me acercaba, se escabullía detrás del primer objeto que encontraba. Después de varios meses de paciencia, lo acorralé, lo levanté por la piel del cuello y lo obligué a sentarse sobre mis rodillas. Nada más soltarlo, salió huyendo, no sin antes hincarme en los muslos las garras de las patas

traseras.

Después de eso, desapareció. Elsa me acusó de haberlo dejado salir. Sólo al caer la noche, lo encontré en el estrecho espacio detrás de la pila de la cocina. Bufaba y escupía a cada intento suyo de alcanzarlo. No sirvió de nada sacudir la caja del pienso. El cuenco de agua fue más persuasivo (cuando se lo arrojé a la cabeza), pero ella jamás me lo agradeció. En lugar de enfadarse con él, estuvo varios días hablándome con monosílabos: «sí», «no», «hum», «oh».

Yo quería deshacerme del gato. Le sacaba las plumas a nuestros edredones, jugaba con lápices en el silencio de la noche y se meaba en la ropa si no me acordaba de colgarla en una silla. Después no había forma de eliminar la pestilencia, ese penetrante olor almizclado de la orina de los gatos.

—Por favor —me suplicaba Elsa—, yo lo vigilaré. Castígalo si vuelve a suceder.

—¿Para qué esperar? —replicaba yo, acercándome cautelosamente, mientras el animal tensaba el cuerpo.

—¡No! Si lo haces ahora, no entenderá por qué lo castigas. Tienes que sorprenderlo en el acto. Además, debo ser yo quien lo haga. Lo comprenderá mejor si viene de mí.

Dejé mi chaqueta en uno de los rincones donde solía dormir la siesta y no le quité los ojos de encima. Esa vez, mi paciencia obtuvo su recompensa. Vi que *Karl* se acercaba furtivamente y tomaba posición. Elsa estaba cosiendo un botón que el gato le había arrancado al ratón de juguete.

—Más vale que te des prisa si quieres sorprenderlo —le aconsejé fríamente.

Ni siquiera se molestó en levantar la vista, antes de terminar las siete pasadas y cortar el hilo con los dientes. Con andar cansino, dejando que sus dos nalgas se turnaran arrogantes en llegar a la altura de las caderas, fue hacia mi mesa de escritorio (la llamo así por pura costumbre, pues en realidad no era más que una tabla apoyada en un par de caballetes), recogió mi título de propiedad, lo enrolló y lo retorció hasta que asomó una punta.

—*Karl*, eso no se hace, no, no y no —lo conminó, dándole dos golpecitos en la grupa. Arrojó la escritura del apartamento sobre mi escritorio y volvió a su costura, sin intentar siquiera alisar el documento.

—¿Se meaba en mi ropa y tú lo premias con un par de palmaditas en el lomo? ¡Eres tan destructiva como él! ¿Sabes qué creo? ¡Que los dos estáis jugando conmigo!

Lo único que hice fue coger una regla, contradiciendo así (por una de esas sencillas deducciones que tan bien se le daban a ella) mis amenazas de «arrancarle las patas una a una».

Me quitó la regla de la mano y la partió en dos sobre una de sus rodillas.

—¡Qué primitivo eres! El castigo está en las palabras, no en el dolor.

—¡Ya verás lo educativo que puede ser el dolor! —le grité, pero el gato fue más rápido que yo. Aun así, creo que el ruido de mi patada contra la pared fue más eficaz que los azotes de Elsa con el papel enrollado.

—¡Eres un bruto!

Se abalanzó sobre mí, golpeándome el pecho con los puños, ¡jella!, que no le habría puesto un dedo encima al gato ni aunque de ello hubiese dependido su vida. Nuestros gritos airados provocaron golpes del piso de abajo, que nos hicieron enmudecer. Nos quedamos mirándonos frente a frente, como congelados en el tiempo, incapaces ni ella ni yo de movernos. Después de lo que me pareció una eternidad, deslicé la vista hacia la marca en la pared, arqueada como una sonrisa, y la acusé entre dientes:

—Mira lo que me has hecho hacer.

Al ser el primero en hablar, rompí el encantamiento. Elsa se dejó caer en su silla, con las cortas piernas abiertas. *Kart* saltó a su gordo regazo y de inmediato ella se puso a acariciar voluptuosamente el vientre del animal. El gato levantó una de las patas traseras, manteniéndola rígida en el aire, y comenzó a lamérsela. Fue una miserable provocación, destinada a exhibir lo que no debería haber hecho.

Antes del alba, le mostré la salida. Se deslizó hacia afuera como una pequeña sombra huidiza. Lo perseguí con su cesta y lo atrapé en el vestíbulo, bajo los buzones.

Era casi mediodía cuando regresé. Elsa estaba agachada, con la espalda apoyada en la cocina. Su expresión recuperó la confianza nada más ver lo que yo traía, y su sonrisa fue de victoria cuando me tendió las manos. Le entregué la cesta. Sacó al gato, se lo puso sobre el hombro y le cubrió la cara adormilada de húmedos besos. Volvió a mirarme: había visto el vendaje. Sus facciones habían perdido los rasgos infantiles y su cara volvía a reflejar su verdadera edad.

El gato empezó a engordar y a dejar abandonado al ratón en medio de la habitación, sin el menor olisqueo de atención. Si Elsa lo animaba, moviéndole la cola hecha con un cordón de zapato, él le daba un manotazo medio indiferente, antes de parpadear cínicamente. Observaba a los pájaros por la ventana con una pasividad que era un descrédito para su especie. Por la noche, miraba las sombras de las paredes sin la menor emoción. Elsa se enfundaba las manos con mis calcetines y los hacía saltar, gruñir y olfatear. Al gato parecían molestarle sus puerilidades. Si ella insistía, se marchaba a dormir la siesta a otra parte. Sus explosiones de besos eran recibidas con los ojos entrecerrados, toleradas, pero no apreciadas como antes.

Con el tiempo, sin embargo, se redujeron las fricciones entre Elsa y yo, y nuestro modo de vida se fosilizó en rutina. Tal vez nos habíamos hecho más viejos, e intentando hallar el pragmatismo que uno necesita con la edad, eliminamos las incomodidades y, con ellas, la espontaneidad y las sorpresas. Nos levantábamos de la cama y a unos pasos teníamos nuestra cocina americana. Elsa cortaba el pan del día anterior y yo preparaba el café. Nos sentábamos mirando los platos. Nos levantábamos de la mesa. Ella se ocupaba del gato, yo recogía la cocina. Ella daba unos pasos en la otra dirección y pasaba una hora en el baño. Yo hacía la cama y me sentaba refunfuñando sobre la colcha, hasta que ella salía. Ella la alisaba. Yo compraba las lentejas y ella las ponía en remojo. En silencio, nos las comíamos. El gato saltaba a la mesa. Yo lo empujaba hasta tirarlo al suelo. Ella abría la ventana. Yo la cerraba, quejándome de que la corriente me provocaba dolor de garganta. Sentados, hacíamos una siesta. Volvíamos a nuestra cocina americana y tomábamos la merienda. Nos preguntábamos cuánto faltaría para la cena. Ella sacaba el cazo de las lentejas de la nevera. Yo levantaba la tapa para mirarlas. Ella hacía un poco de ejercicio. Yo la miraba, porque no había otra cosa que mirar. Ella leía. Yo bajaba a comprar el pan. Volvía y jugaba al solitario. Ella miraba mientras yo hacía trampa. Ponía las lentejas al fuego. Nos sentábamos. Comíamos. Yo recogía. Ella ayudaba. Yo bostezaba. ¿Cuánto faltaba para la hora de acostarse? Así son mis recuerdos de aquellos años invariables.

Elsa y yo encontrábamos cada vez menos temas comunes. Yo tenía la impresión de haber agotado la reserva de conversaciones. Seguíamos hablando, naturalmente, pero parecía como si todo lo que dijéramos ya lo hubiésemos dicho antes. Oí la historia de su audición para el

conservatorio de música de Viena por lo menos un centenar de veces. En la primera ronda, había tocado como si el espíritu de algún gran artista la estuviera poseyendo. En la segunda, estaba tan nerviosa tratando de igualar su interpretación anterior que la mano se le deslizó levemente de la posición correcta, lo cual en un instrumento tan delicado como el violín la redujo a la categoría de principiante. Del mismo modo, supongo que ella debió de oír igual número de veces, o incluso más, la historia de cuando Pimmichen y yo estuvimos al borde de la muerte hasta que ambos compartimos la misma cama.

Nos aburríamos mutuamente. Hasta el gato se aburría con nosotros. Para combatir el tedio, pasaba el tiempo durmiendo. Seguramente su vida había sido mucho más interesante en la época en que me temía y temía por su futuro. Ahora, si Elsa le daba alguna cosilla de comer por debajo de la mesa y yo levantaba airado el brazo, el animal sólo desviaba la vista para ver si por casualidad yo tenía algo comestible en la mano. Ya nunca exploraba su territorio, porque conocía de memoria cada recodo y cada esquina del apartamento. Yo sabía cómo se sentía. La rutina, también para mí, había hecho encoger nuestra casa, hasta el punto de que a veces tenía la sensación de estar viviendo en una caja de zapatos. Probablemente, los olores eran lo que reducía el espacio. Desde la cama, el olor de las lentejas se percibía con la misma intensidad que horas atrás en la cocina. Desde la cocina, la crema de afeitarse podía olerse como en el baño. Desde cualquier punto de la casa, nos enterábamos al instante de las puntuales funciones fisiológicas del gato, al igual que él debía de enterarse de las nuestras. No había muchas cosas que ninguno de nosotros pudiera hacer sin que los demás se enteraran en seguida.

Elsa y yo no nos importunábamos demasiado con el deseo físico. Sinceramente, creo que estábamos demasiado próximos en el sentido puramente espacial, el noventa y nueve por ciento del tiempo, para querer estar todavía más cerca. En la cama, nos dábamos la espalda y permanecíamos cada uno en nuestro lado. Muy rara vez le tendía yo la mano y, cuando lo hacía, era sólo después de algún inopinado sueño con alguna mujer que nunca había visto en la vida. Invariablemente, Elsa parecía escandalizarse, como si yo hubiese sido su propio hermano. Me pegaba en la mano y me la empujaba de vuelta, como un guante de jardinero sucio de tierra.

Elsa podía pasar sin mí durante meses. Quizá sea así como funcionan las mujeres. Después me deseaba un día o dos, pero siempre volvían las restricciones. A veces se calentaba los pies apoyándolos en mis piernas, pero tengo la impresión de que habría hecho lo mismo con un peluche. Como ya he dicho, si cometía la tontería de dar el primer paso, podía estar seguro de que iba a rechazarme. Lo único que podía hacer era esperar y esperar durante todo el tiempo que hiciera falta para que ella viniera a mí, y entonces ponerme a su disposición. Me juraba que la próxima vez que me abordara yo iba a hacerla esperar a ella. Pero cuando ella tocaba el silbato, yo acudía corriendo como un perrito. Quizá sea así como funcionamos los hombres.

Se me olvidaba mencionar que casi nunca se desnudaba totalmente, y debo decir que, con el paso de los años, tampoco se soltaba del todo el pelo. Si podía apartar una prenda, no veía la necesidad de quitársela. Con mucha frecuencia, ni siquiera quería hacer el amor, sino únicamente «pedirme prestada la pierna», como solía decir. Debo reconocer que siempre me preguntaba antes. Ese pasatiempo suyo me ponía en estado de intensa excitación, pero se suponía que yo no debía hacer nada, o de lo contrario, me arriesgaba a recibir una de sus palizas verbales. Mi papel consistía en quedarme quieto, con los brazos a los lados del cuerpo. Lo único que podía esperar de ella, después, era la posibilidad igualmente generosa de usar del mismo modo su pierna.

El goteo del grifo de la cocina era nuestro único indicio del paso del tiempo. Pero una gota podría haber sido cualquier otra gota, del mismo modo que el día de ayer podría haberse cambiado por el de mañana o el de hoy. Entonces, una mañana, se produjo un cambio mínimo. Sin decir palabra, empecé a cortar el pan. Elsa se encogió de hombros y decidió que ella prepararía el café. Lo dejé todo sobre la mesa y me fui el primero al baño. Al salir, vi que la cama estaba hecha. Increíblemente, nos sonreímos. Yo me ocupé del gato, ella recogió la cocina. Mientras ella estaba en el baño, puse las lentejas en remojo. Yo sabía que ella sabía que yo iba a hacerlo. Cuando salió y vio que lo había hecho, nos sonreímos por segunda vez: dos veces antes del mediodía, todo un récord.

Siguiendo las reglas de nuestro nuevo juego, yo puse a cocer las lentejas para el almuerzo. Al ver que pasaba algo nuevo, el gato sintió natural curiosidad. Saltó a la encimera de la cocina y, cuando bajó la cabeza para olisquear, la mitad de sus bigotes entraron en contacto con la llama del gas y desprendieron un olor pestilente. Elsa acudió para ver qué pasaba. Cuando le quitó el hollín, vio que los bigotes se le deshacían en la mano como granos de arena, lo cual condujo a otra sorpresa. No me culpó a mí.

Durante aquella comida, en lugar de mirar los platos, hablamos. Le dije a Elsa que no se inquietara, que los bigotes de *Karl* eran algo tan superfluo como los míos para mí. Ella me respondió que mi analogía no era buena, porque los bigotes eran tan vitales para un gato como la pértiga para un funambulista. A mí aquello me pareció más bien jocoso, pero ella replicó que nos pasaba lo mismo a los humanos, que no tenemos el equilibrio en los pies, sino en los oídos. Le respondí que, si era cierto lo que decía, para entonces *Karl* debería haber estado inclinado hacia un lado o andando en círculos. No sé por qué, pero al poco tiempo estábamos riendo como no lo habíamos hecho en años. Cada vez que mirábamos al gato, que esperaba alguna sobra con largos y ufanos bigotes de un lado y unos pocos pelos achicharrados del otro, estallábamos otra vez en carcajadas, sobre todo cuando nuestra conducta le hacía inclinar la cabeza hacia el lado de los bigotes largos. Ofendido, se quitó de nuestra vista. Elsa abrió las ventanas y esa vez, en lugar de cerrarlas, las dejó tal como estaban.

Esa misma tarde, durante la siesta, fue como si nos conociésemos por primera vez. Fue maravilloso, porque ella y yo seguíamos siendo los mismos de siempre, pero como llevábamos tanto tiempo, alejados, al encontrarnos de nuevo se nos olvidó odiar lo que mucho tiempo atrás habíamos amado. Fue un raro don, el de disfrutar la novedad, compartiendo al mismo tiempo la desenvoltura que ofrece la familiaridad. Estreché a Elsa contra mí y un viento tibio barrió viejas inquinas, insuflando vida nueva en nuestras almas. Oí a un pájaro que trinaba y me quedé dormido, volando hacia cielos de color pastel y dulces melodías.

Al despertar, no noté el agua hasta que la pisé, una somera extensión semejante a la sutil lengua de mar que avanza sobre la arena con el oleaje, antes de retirarse. Pero esa agua, lejos de retirarse, seguía avanzando espasmódicamente, milímetro a milímetro. Elsa se había metido a presión en un barreño de plástico que yo habitualmente utilizaba para guardar los cinturones, los calcetines y otras cosas por el estilo. Sólo había conseguido introducir la cabeza y el torso, mientras que las piernas y uno de sus brazos sobresalían de la forma más ridícula, con el otro brazo flexionado pellizcándole la nariz. La roseta de la ducha se había quedado en algún lugar debajo de su cuerpo. El tubo, retorcido por su insuficiente longitud, se había agrietado y proyectaba chorros de agua en todas direcciones. El nivel del agua, subiendo y bajando por el

borde del barreño, le hacía ondular el pelo y distorsionaba sus facciones.

El agua ya se veía subir por la pared del baño.

—Los vecinos vendrán de un momento a otro. ¡Levántate! —le grité, mientras la arrancaba del barreño y la empujaba, desnuda y chorreando, hacia el armario—. Métete ahí.

Se quedó quieta, buscando mis ojos, suplicando un poco de realidad con aquella mirada suya de entendimiento tan difícil de sostener. Creo que fue en ese momento cuando perdí mi oportunidad.

—No hay tiempo para payasadas. Yo intentaré arreglarlo todo. Si oyes voces, ¡ni pío!

Tuve que empujarla para que obedeciera y me vi obligado a apretar las puertas metálicas contra su trasero.

La puerta de los Campen estaba abierta de par en par. *Frau* Hoefle apostrofaba a *Frau* Campen con el tono propio de quien se cree infalible.

—No puede ser más que usted. O una de sus hijas. Su baño está directamente encima del nuestro.

*Herr* Hoefle llevaba a cuestas a Friedrich, que para entonces ya tenía ocho o nueve años.

—Como dice mi señora, nuestro baño está debajo del suyo. El de él se encuentra más o menos por ahí. No veo cómo puede llegar una fuga del baño de él a nuestro baño.

*Herr* Campen centró su atención en *Herr* Hoefle de una manera que excluía a la mujer de este último.

—Le aseguro, amigo mío, que no somos nosotros. Viene del piso de Betzler. Tal vez se esté ahogando. Venga.

*Herr* Hoefle avanzó chapoteando en la inundación, con su hijo espoleándolo con los talones para que fuera más de prisa, y su mujer, a quien nadie había invitado, a la zaga. Los muebles tenían las patas metidas en la charca y la tierra de los tiestos enturbiaba el agua.

—Como le decía... —empezó *Herr* Campen.

—¡Déjelo, ya veo! Es cierto que viene de arriba. ¡Dios mío, qué desastre! —exclamó *Herr* Hoefle.

*Frau* Hoefle le tiró de la manga:

—Estamos perdiendo el tiempo con esta charla estúpida, ¡el techo podría desmoronarse!

—Puede que no esté en casa —replicó con sorna *Frau* Campen.

—¡Echaremos abajo esa maldita puerta! —gruñó *Herr* Campen.

—Hola...

Mi llegada provocó una ráfaga de turbación. Una mancha dominaba el techo, donde las gotas engordaban, antes de caer como grandes lágrimas anónimas. El papel pintado se estaba arrugando y sus pálidas rositas, cada vez más hinchadas, estaban adquiriendo un tono más intenso y empezaban a soltar gotas de tinte que, al deslizarse por la pared, dejaban un rastro rojo. No pude evitar pensar que los Campen, que habían votado contra las franjas rojas, iban a tenerlas ahora en su propia casa. *Herr* Campen me indicó que las baldosas se les estaban aflojando.

—¿Lo ha secado todo? —me preguntó ásperamente *Frau* Campen.

—Yo... no he tenido tiempo de secar con...

No había terminado la frase cuando ellos ya estaban reuniendo cubos y fregonas. *Frau* Hoefle bajó corriendo a buscar más, mientras los otros marchaban escaleras arriba, abrían la puerta e irrumpían en mi casa, conmigo detrás. Tenía que ser un sueño. Elsa había situado una silla en el



centro de la habitación del oeste. Su postura erguida y rígida habló en su lugar: tenía todo el derecho a estar allí sentada, completamente desnuda, con el pelo chorreando, los opulentos pechos apoyados sobre el abultado vientre, el abultado vientre descansando sobre el generoso regazo, lo bastante generoso para ocultar la parte más escandalosa, y las manos cruzadas sobre las rodillas cubiertas de hoyuelos como una escolar obediente, aunque los dedos de sus pies, rosados y regordetes, se meneaban nerviosamente, semejantes a diez cerditos. Había otra contradicción en su pose, porque la cabeza le colgaba como si su cuello se hubiese dado por vencido, o tal vez estaba un poco avergonzada por haber desobedecido.

Yo estaba detrás de mis vecinos, por lo que no pude verles las caras, pero sí pude ver bien la de Elsa. Levantó brevemente la vista para recibirlos, e incluso los saludó con un gesto, antes de volver a asumir su pose. Los vi desviar ostensiblemente la mirada, llevarse las manos a la cabeza y taparse luego las bocas abiertas. Pero al mirar para otro lado, todos miraron en dirección al cuarto inundado, por lo que se hubiese dicho que era aquello lo que les sorprendía. Se me secó la boca y pude sentir cada pulsación en el cuello. Sin perder ni un segundo más, todos se pusieron de rodillas y empezaron a pasar por todas partes las bayetas y a escurrirlas en el lavabo, evitando mirar hacia donde estaba Elsa. Al oír la conmoción, se sumaron los Beyer, como si de una fiesta se tratara, hasta que vieron lo que estaba a la vista. Como de pasada, *Herr* Beyer se quitó la chaqueta y se la arrojó encima a Elsa. La prenda aterrizó asumiendo una forma extraña, como un amante sin cabeza atraído por sus pechos, antes de deslizarse obediente a sus pies.

Las mujeres me dirigían miradas acusadoras. ¿Me juzgarían por tener a una mujer en casa? ¿Estarían furiosas porque yo, la causa de la calamidad, no estaba trabajando como ellos? Me dije que iba a ser mejor que fuera a ayudar, «ve y ayuda», me decía una y otra vez, «ve y ayuda», pero no me sentía capaz de salir del campo visual de Elsa. Una sorda sensación de parálisis se había apoderado de un lado de mi cuerpo. Los hombres reaccionaron más solidariamente; secaban como si no fuera culpa mía, sino un desastre natural que combatían unidos. *Herr* Beyer nos aseguraba que la vida seguiría igual, que no iba a morir nadie y que los del seguro enviarían a sus peritos. Me di cuenta de que nos estaba poniendo nerviosos a todos y deseé que cerrara la boca.

Pensé que si Elsa actuaba como si sólo fuera una visita, no quedaríamos tan mal. Le ordené con los ojos que se moviera y se cubriera, pero su única reacción fue un desdeñoso parpadeo. Por la forma en que estaba allí sentada, protestando por algo invisible e inexpresado, todo parecía mucho peor de lo que era. Lógicamente, a las mujeres las impresionó como una víctima. Pero hacía tanto tiempo que no veía a nadie, que tal vez ya no sabía cómo comportarse. ¿Qué otra cosa podía esperar de ella?

—Mi esposa no lo ha hecho adrede —dije tartamudeando, con una voz que no sonaba como la mía; me obligué a tragar saliva antes de proseguir, pero no me sirvió de nada—. No siempre es dueña de sus actos. Les ruego que lo comprendan.

Todos dejaron lo que estaban haciendo, para mirarme con gesto perplejo. *Frau* Campen había dejado de escurrir su bayeta, pero todavía se oían las gotas cayendo sobre la superficie del agua.

Qué fuerte sonó mi mentira en el silencio. Se miraron entre sí, intrigados. Tal vez a ellos Elsa les pareciera suficientemente normal. Tal vez no se habían tragado que era mi esposa. ¡Qué importaba eso! Casados o no, era asunto mío si a mí me apetecía vivir con una loca.

—No puede evitarlo. No es dueña de sus actos.

La miré, sentada en su silla. Ellos también, pero con tal incredulidad que de sus ojos

desorbitados se podría haber deducido que la silla estaba vacía. Hasta ese momento pensé que ella iba a aceptar la vara que le estaba tendiendo y que la utilizaría para salir de las arenas movedizas. Pero en lugar de torcer las facciones, balbucear incoherencias y golpearse la cabeza para confirmar lo que yo acababa de decir, no hizo más que contemplarme plácidamente. Me estaba contradiciendo. ¡Cómo se atrevía! No sólo parecía perfectamente consciente de lo que hacía y de por qué lo hacía, sino que incluso diría que daba la impresión de ser sumamente inteligente, lúcida y hasta condescendiente conmigo, que gracias a ella estaba quedando como un imbécil. Me asaltaron por sorpresa las emociones. Le eché una última mirada y hundí la cabeza. Delante de todos los presentes, se desmoronaron mis últimas defensas. No lo tenía planeado, pero cuando empecé, me di cuenta de que era mi única oportunidad de salir más o menos bien parado.

—No saben lo que es tener una mujer como ella —dije entre sollozos—, verme obligado a esconderla todo el tiempo. Los apuros, la vergüenza que me hace pasar. Por su causa, no tengo libertad, no soy libre de salir, ni de vivir. Tengo que vivir encerrado, como si hubiera hecho algo malo, como si fuera un criminal condenado a pasar la vida en la cárcel.

*Herr* Beyer estaba a mi lado, dándome palmaditas en la espalda. Los demás acudieron junto a mí y me tendieron bayetas para que me sonara la nariz. Elsa meneó la cabeza, mirándome. Su mirada era fácil de interpretar, yo era un miserable. Sin que nadie se percatara de ello, se incorporó y se metió en el armario. La silla quedó vacía a partir de entonces, pero nadie la miró.

Después de eso, los vecinos lo supieron. Lo notaba en sus ojos. No pensaban en otra cosa cada vez que me veían. Detrás de sus cortinas, me miraban venir por la calle. Friedrich se metía corriendo en su casa, sin recoger los juguetes, cuando yo abría mi buzón. Su madre lo llamaba nada más oír mi llave luchando con la cerradura. Sabían que yo ya no era uno, sino dos. Ser una pareja me convertía en una criatura horrible. Con cuatro piernas, cuatro brazos y dos cabezas.

Una vez, hacia el mediodía, *Herr* Beyer estaba pelando patatas sentado frente a la puerta de su piso. Estaba sin afeitarse y apeataba a aguardiente.

—¡Ah, camarada! Mi suegra ha cogido el tren de vuelta a Horn. ¡Noventa y dos años, Dios la bendiga! ¡Gracias a Dios, pronto volverá a visitarnos! —exclamó con un guiño, tras indicarme con varios gestos explícitos que su visita había sido una tortura para él—. ¿Por qué no baja con su mujer a beber algo con nosotros?

Improvisando, repliqué que era potencialmente peligrosa, que rompía todo lo que pillaba, que veía a gente que no existía, que padecía accesos de ira, que atacaba a los ojos cuando perdía el control y que no se detendría ante un cuchillo.

—Todas son iguales, ¿verdad? ¡Pero ya vería usted si pasara una semana con mi suegra! Además, le hará bien salir. Hasta los genios tienen que salir de su lámpara de vez en cuando.

—Si sale, no estoy seguro de que consiga hacerla entrar de nuevo.

—Entonces puede quedarse con nosotros un par de días. Ningún problema. No la echará de menos tanto como cree. Y, si lo hace, siempre puede bloquearle la salida con un dedo —repuso, mientras se tapaba el oído con el meñique, como sugiriéndome algo, y volvía a hacerme un guiño.

—No estoy preparado.

—Tiempo al tiempo. Cuando quiera, la puerta está abierta.

En casa, vi unas cartas repartidas sobre la mesa. No les presté mucha atención. Elsa me volvió la espalda cuando le pregunté si había descubierto un nuevo tipo de solitario. Al día siguiente, encontré lo mismo al volver a casa. Una vez más, se negó a explicarme cómo era el juego al que había estado jugando. Supuse que estaba recurriendo a alguna superchería para consultar el futuro. A la semana siguiente, las cartas estaban boca abajo y sobre la esquina derecha de cada montoncito de naipes había una marca de humedad. ¡Fue entonces cuando comprendí que estaba jugando a las cartas con otras personas! Le monté una escena y vociferé hasta sentir pinchazos en el corazón. Ella se me subió a horcajadas sobre la espalda hasta cortarme el aliento, mientras repetía que nadie sabía nada de ella, que para ellos no era más que *Frau* Betzler, ¿de qué me preocupaba, entonces? Descabalgó de mi espalda y me desarregló el pelo, antes de preguntarme, en tono juguetón, si no me preocupaba más bien que nuestros queridos vecinos pensarán que era *Herr* Betzler quien no era totalmente dueño de sus actos.

Los días siguientes, a menudo andaba descalza, y cuando yo le recordaba que se pusiera las zapatillas, me decía que no quería, porque le hacían daño en los pies. No le di importancia, hasta que el otoño empezó a hacerse invierno, y entonces volví a recordárselo. Me repitió su vieja historia. No quería reaccionar a su pequeña afrenta, pues era yo quien se las había regalado; pero a la larga acabé por ofenderme, porque eran de la mejor calidad y me habían costado bastante caras. Insistí en ver dónde le hacían daño. Se levantó para mostrármelo, pero en seguida se agachó a recoger un botón de la blusa que se le había caído y tenía que coser ineludiblemente en ese instante, antes de que se le perdiera. Unas dos horas después, volví a sacar el tema. Esta vez, cuando se disponía a enseñármelo, se golpeó el dedo gordo del pie con uno de los caballetes de mi escritorio y tuvo que acostarse. No tenía ningún dedo hinchado, sus pies me parecieron perfectos, aparte de estar helados. Me enfadé y exigí ver las zapatillas de inmediato. Acorralada, reconoció que las había perdido.

Me puse a buscarlas por todas partes y tampoco las encontré. No me llevó mucho tiempo deducir que la desaparición, combinada con su escasa disposición para hablar del tema, era una pista. Se las había dejado en casa de él. O las había usado para enviarle a él una nota, arrojándolas por la ventana. O las había tirado, porque le recordaban demasiado a mí. No había más explicaciones, pero ella tuvo la desfachatez de negarlas todas. En medio de la noche, recordé el único lugar donde no había mirado: detrás de la pila de la cocina. Había algo metido allí detrás, algo parecido a una toalla sucia. Lo saqué. La cólera y la exaltación inundaron mis venas cuando vi lo que era: su albornoz, humedecido y hecho una bola. El tejido blanco de rizo estaba manchado de tizne, tras su larga estancia junto a las viejas tuberías. Examiné cada pulgada y lo olí por todas partes, convencido de que su infidelidad era la causa del ocultamiento.

Al desplegarlo, vi que algo abultaba en uno de los bolsillos. Tuve que esforzarme bastante para sacar lo que había entrado a presión: sus dos zapatillas, una dentro de la otra, dobladas por la mitad. Pero aún me aguardaba la verdadera sorpresa. Dentro había algo duro. Podía sentir su peso. Ni en un millar de años habría sido capaz de adivinar lo que estaba a punto de encontrar. Un pajarillo de cerámica, suficientemente pequeño para anidar en la palma de mi mano, un pájaro corriente, con manchas marrones en las alas, pecho blanco abombado y un par de ojos oscuros. Estaba posado en una rama, integrada a su vez en un bloque blanco irregular, que servía de base. Salvo por un minúsculo trocito que le faltaba en la punta del pico, parecía flamante. Debo reconocer que no era exactamente lo que estaba buscando, pero era la prueba de que ella me engañaba y de que había estado saliendo a mis espaldas.

Siempre había sabido que era lista y taimada, pero no disponía de la prueba necesaria para desechar mis dudas. Todos esos años había estado en lo cierto. Era una mentirosa, hábil como pocas. Fingía ser un ángel, pero era un verdadero demonio. ¡Y esa dulce expresión inocente en su cara! ¡Un momento, antes tenía que coser el botón! ¡Oh, su pobre dedito del pie, que se había dado un golpe!, ¿sería mejor que se acostara...? Estaba descubriendo sus engaños, capa tras capa de mentiras. ¿Cuántas capas faltarían para llegar a la verdad? ¡Qué imbécil había sido creyéndola!

La certidumbre que acababa de adquirir me aportó más interrogantes que respuestas. ¿Con qué dinero lo habría comprado? ¿Lo habría robado de mi escritorio? Me moría por ir a comprobarlo, pero cuanto más lo pensaba, más comprendía que no iba a servirme de nada. Había pasado demasiado tiempo para que pudiera llegar a una conclusión válida. Obviamente, si no me había robado el dinero a mí, le habría robado el pájaro a otra persona, probablemente al propietario de

una tienda. A menos que... él se lo hubiera regalado. No podía descartar que tuviera un amante y que estuviese viéndolo una vez por semana. En ese caso, el pájaro podía ser una adquisición reciente. O quizá fuera él quien venía a verla a ella. O quizá Elsa hubiera inventado un sistema, alguna forma secreta de avisarlo de que el perro guardián se había ido: una media ondeando al viento en la ventana o tres golpes en el suelo. Tal vez fuera Beyer. Él podía ver por la mirilla de su puerta si yo salía a la calle o bajaba solamente para quedarme esperando junto a los buzones. ¡Cómo debían de reírse a mis espaldas! Seguro que él me imitaba muchas veces, y ella también. Quizá viniera a casa cada vez que yo me iba, para tener relaciones en nuestra cama. ¡Puede que apoyara allí mismo su sucio trasero, mientras se quitaba los calcetines! Y que se riera cuando me veía subiendo la calle, cargado de provisiones. ¡Un último revolcón y a su casa! ¡Qué idiota había sido yo! ¡Un imbécil! ¡Yo, el desgraciado que cerraba los ojos para conservarla a mi lado, a ella, que se quedaba conmigo por piedad! ¡Por obligación! ¡Eso es lo que debía de haberle dicho a él! Seguramente se veían desde que ella inundó el edificio, desde la primera vez que la vio sentada en su silla, desnuda. Por eso no dejaba de invitarnos a cenar y hacía toda clase de comentarios amistosos. Ahora entendía por qué era tan amable conmigo y nunca se daba por vencido. Se estaba divirtiendo, se reía de mi talante reservado. Probablemente sabía todo lo que era posible saber sobre mí. ¡O puede que su relación hubiese empezado mucho antes de aquel día! Mientras todos secaban el agua, habían actuado como si nunca se hubieran visto en la vida, engañando a su mujer, a los demás y a mí. La conducta de ella había sido una forma de manipularnos a todos. Había inundado la finca adrede para verlo a él, porque seguramente hacía cierto tiempo que no subía a visitarla. Habría querido terminar con ella. ¡Eso era lo que significaba su silenciosa protesta! ¡No tenía nada que ver conmigo, nada en absoluto!

Elsa y yo tomamos juntos el desayuno. Mis celos arreciaron. En mi mente veía cómo la utilizaba él, cómo entregaba ella su cuerpo a ese ruin embaucador, sólo para que él le prestara sus despreciables oídos. ¿Qué partes le habría tocado? ¡Cuánto me repugnaban esas partes! Dejé que se disolvieran ante mis ojos. Me entretuve mirando a través de su cuerpo, hasta que pude ver la pared al otro lado.

En el instante en que ella se aisló en el lugar habitual, coloqué sus zapatillas cerca, listas para sorprenderla en cuanto saliera. Volví a meter su albornoz arrugado detrás de la pila de la cocina, pero dejando que sobresalieran las mangas extendidas, como pidiendo auxilio. Esperando su reacción, me costaba estar quieto. Cuando oí que se movía, una oleada de anticipación me recorrió el cuerpo. No había manera de que se zafara de la sorpresa que le tenía preparada. Si hacía como que no veía las zapatillas o se las calzaba como si nada hubiera pasado, ¡ya lo vería! Pensaba restregarle la prueba por las narices.

El picaporte de la puerta giró y ella dio un salto de último segundo, echándose a un lado. Se hubiese dicho que las zapatillas eran seres frágiles que podían morir bajo su peso. Cayó de rodillas y deslizó dentro sus manos. Al encontrarlas vacías, corrió a la pila de la cocina y volvió del revés los bolsillos del albornoz. Hallándolos también vacíos y viéndose a sí misma acorralada, se volvió y me hizo frente con expresión hostil.

—¿Dónde lo has puesto?

—¿El qué? —repliqué yo, imitando la expresión de grandes ojos inocentes que ella solía adoptar.

Resoplando, revolvió los cajones de la cocina, que dejó abiertos, buscó a tientas bajo el

colchón, apartó las sábanas a puntapiés y sacudió los cajones del armario hasta hacer que se desmoronaran las pilas de nuestros jerséis. Entre los dos estábamos convirtiendo la casa en un caos. Al final, encontró el pájaro sobre mi escritorio. Me di cuenta de que la exasperó que hubiera estado todo el tiempo a la vista, sin que ella lo hubiese descubierto antes. Lo recogió, mala perdedora como era, y empezó a acariciarlo desde la fría cabeza hasta la rígida cola. Ella, que había dejado escapar a un pájaro de verdad, tenía la desfachatez de formar un escándalo por uno falso, delante de mis propias narices. Claro que ése era un regalo de él, mientras que el verdadero había sido un regalo mío. Cuando estaba llegando a la cumbre de mi aversión, ella, sin previo aviso, trató de dármele. Yo retrocedí, apartándome bruscamente, para que no intentara volver a acercarse. Pero Elsa se inventó una expresión ofendida, con ingenuos parpadeos.

—No quería que lo encontraras, todavía no.

—No tengo tiempo para tonterías. Dime solamente dónde lo compraste.

—Lo encontré.

—¿Dónde?

—No pienso mentirte. Es cierto, salí. Hasta esos árboles que hay detrás de la plaza.

—¿Hasta esos árboles que hay detrás de la plaza? ¿Un paseo de unos veinte minutos?

—Ajá, eso es todo.

—¿El pobre pajarito se había caído del nido?

—¿Qué probabilidades había de que me lo encontrara ese día? Entre todos los árboles en los que pude recostarme, entre todos los días que hay en la vida, ¿qué probabilidades tenía de apoyarme en ese árbol, justamente aquel día?

—Cero, diría yo.

—Algo me impulsó a hacerlo.

—Elsa, te agradeceré que abrevies tu encantadora anécdota y me cuentes la verdad.

—Lo estoy haciendo. Cayó de arriba.

—¿Dios dejó caer del cielo una baratija de loza? No sabía que tuviera inclinación por ese tipo de chucherías. Quizá lo derribó algún arcángel con las alas, mientras pasaba el plumero.

—Tú buscas el lado racional de las cosas. ¡Quién sabe! Puede que se le cayera a algún niño. No sé, quizá sea un juguete. Los ángeles ejecutan los aspectos espirituales de su labor, no la parte física. Para eso tienen que recurrir a la ayuda mortal.

—Tú no querías que yo lo encontrara. No tenías la menor intención de dejarme que lo encontrara. Admítelo.

—Era una sorpresa. ¿Te has dado cuenta de que los días se están volviendo más largos? Pues bien, estaba esperando al día más largo. Siento que hay algo en el aire, un cambio para mejor. Es una señal.

—Dios se ha tomado mucho trabajo por ti, y tú escondes así el regalo... ¿de quién? De Dios, ¿verdad?, del todopoderoso en persona a través de sus ángeles embajadores, para darme una sorpresa a mí en el solsticio de verano. Tu historia huele a mentira podrida.

—Oh, Johannes, nunca te he regalado nada, no tengo dinero. Y tú me has dado tanto. Era una forma de darte algo a cambio, aunque fuera pequeño e insignificante. Era muy importante para mí.

Si algo creí, fue que ella empezaba a creerse lo que estaba diciendo. Al borde de las lágrimas, intentó entregármelo una vez más.

—Aquí lo tienes, te lo regalo. Acéptalo, por favor.

Era como tratar de que yo asumiera literalmente su mentira. Rechacé sus manos, apartándolas.

—¿Por qué escondiste las zapatillas que te regalé? ¿Por qué te deshiciste del albornoz?

—¿Cómo que por qué? Para protegerlo. Es tan bonito, no quería que se rompiera. Es tan frágil. Mira, el pico ya está un poco roto. Aquí, ¿lo ves?

—Lo que veo es que eres un lobo con piel de cordero. Tú misma te arrancaste el botón de la blusa, ¿verdad? Estás dispuesta a destruir lo que haga falta con tal de tapar tus mentiras. También lo del dedo era mentira. Siento decirlo, Elsa, pero no eres nada, nada de nada, aparte de una gran mentirosa.

—¿Tenía que mentir, no me dejaste otra opción! No hacías más que insistir en que tenía los pies fríos. ¿Por qué no lo dejaste correr? Hice lo necesario para mantener la sorpresa. ¡Siempre lo estropeas todo con tus estúpidas sospechas! ¡La vida misma! ¡Eres como un perro que muerde una rama y no puede soltarla, aunque acabe colgando de ella!

La llevé hasta el colchón, donde le exigí que me dijera a quién había visto. Frunció los labios con gesto compungido, en una soberbia interpretación de persona incomprendida.

—No hablé con nadie. Caminé hasta llegar a esos árboles, estuve mirando el cielo entre las hojas y volví andando.

—¿La verdad!

—Los coches, noté que los coches han cambiado.

—Elsa —supliqué—, por favor, colabora.

—No miré.

—No tienes que mirar para ver. ¿Qué viste por el rabillo de los ojos?

—Nada.

—No estabas ciega. Podías andar.

—Si hubiese mirado, habría visto. No quería ver, no quería que me vieran.

—¿En qué cama te acostaste?

—En un lecho de hojas.

—En la de Beyer, ¿verdad? ¿Tú y él fuisteis a daros un revolcón en la hierba? ¿A espaldas de su mujer? Te apena que no haya regresado, ¿verdad?

—¿Beyer?

—No te hagas la inocente. Creo que conoces muy bien a ese sucio canalla.

—Por el amor de Dios, ¿de qué estás hablando?

—¿Quién ha sido? ¿Hoefle? ¿Campen? ¿Un completo desconocido?

No opuso la menor resistencia a mis empujones, ni —sí, tengo que admitirlo— a mis bofetadas.

—¿Acaso crees que puedes ir por ahí a revolearte como una perra y después volver, como si nada hubiera pasado? Sencillamente sales, te abres de piernas y vuelves, sin decir palabra. Dime, ¿estuvo bien? ¿Fue sensual, con las hojas crujendo bajo tu espalda? Con las ramitas arañándote el culo gordo. Tan gordo que tu galán no ha vuelto a por tí. ¿Qué ha sido del amor que decía profesarte?

Los ojos de Elsa, hundidos, pequeños como se habían vuelto con la edad, estaban muy abiertos, reflejando lo que podría haber jurado que era su antigua ignorancia del mundo.

—Puede que me haya visto antes con Harold —respondió cautelosamente—. Pero eso fue hace tiempo, si es que sucedió. No hablamos. No hubo necesidad de hacerlo. Él lo había intuido

todo. No duró mucho. Ojalá no hubiese sucedido. De todos modos, es agua pasada. Pero, esta vez, me encontré con Dios.

Harold era el nombre de pila de Beyer. ¡Me lo había confesado! Si hasta entonces había sospechado a medias de él, ahora podía odiarlo con todas mis fuerzas. Esa noche soñé que Elsa corría hacia mí llevando entre las manos la pieza de cerámica y gritando que le estaba haciendo daño con el pico, ¡que la ayudara, por favor, que la ayudara! La dejó caer en mi mano, y mirándola de cerca, vi que el pico se había roto por la base, dejando en su lugar una mancha blanca y lisa que le confería una expresión boquiabierta e inofensiva. Sin pico, la cabeza ya no parecía de ave, sino de pez. Justo cuando estaba pensando que, al no tener pico, era imposible que la hubiese picoteado y que, por tanto, había vuelto a sorprenderla mintiendo, un dolor punzante me atravesó el corazón. Entonces comprendí que, al cogerlo entre mis manos, el pájaro me había hincado el pico en el pecho y que lo había dejado allí clavado, como un aguijón, y que no me quedaba más de una hora de vida.

Cambié la cerradura para que Elsa no pudiera abrirla desde dentro. Sólo el dueño de la llave conservaría ese privilegio. Ella me observaba con aquella condenada sonrisa suya de medio deficiente mental, sobre todo cuando la llave se me resistía. Bajé en busca de aceite, y acababa de salir de la ferretería cuando una mano se posó bruscamente sobre mi hombro. Me costó cierto esfuerzo ubicar la cara. Era el arquitecto, demacrado y con diez años más encima. Durante un segundo, me esperé un puñetazo.

—¿Dónde se había metido? ¡Busqué en cada hotel del Ring! ¡En los nuevos! ¡En los viejos! ¡Nadie había oído hablar de usted!

Balbuceando, repliqué que mis proyectos no habían cuajado.

—¿Dónde vive, entonces?

—Buchengasse —respondí únicamente, por precaución.

—¿Cómo fue capaz de dejar en la casa toda su basura? ¡Yo no soy responsable de sus obras de arte! ¡Si necesita espacio, tiene que pagarlo!

—Pensé que, si le gustaban, se las quedaría, y que si no, podía tirarlas.

—¡Tirar, dice! ¡Pero si todos esos cuadros pesan una tonelada! ¿Tiene usted idea de lo que costaría eso? ¡No seré yo quien lo pague! ¿Sabe el trabajo que representa sacar de la casa toda esa basura?

—Lo siento, no imaginaba que le supondría tantas molestias. Si le parece bien, iré a recogerlo todo a finales de semana.

—¿A finales de semana? ¡Ni hablar! ¡Usted se viene conmigo ahora mismo! —exclamó, mientras me agarraba violentamente de la manga.

—¡Imposible! Hay un familiar mío que no se encuentra bien.

—Eso no es problema mío.

—¿Qué espera que haga yo solo? Tengo que buscar amigos que me ayuden, gente que esté fuerte para ayudarme.

Moví el brazo y le hice tocar algo que lo obligó a soltarme en seguida. Al recordar aquella particularidad mía, su actitud se volvió más pacífica.

—¿Cómo sé que no va a escabullirse como la última vez, sin dejar un teléfono, ni una forma



de dar con usted?

—No es culpa mía que el hotel no se construyera.

—Tengo que saber el día exacto. Y le advierto que no juegue conmigo.

—El viernes. El viernes por la tarde.

—Espero recibir algo más que las gracias por haber guardado toda esa basura durante todos estos años.

—Descuide.

—Y no me refiero a una propina. Podría haber alquilado el espacio, o convertirlo en cuarto oscuro para fotografía. Va a tener que hacer unas cuantas multiplicaciones para hacerse una idea de las pérdidas que me ha ocasionado.

—Será como usted diga. Tiene mi palabra. El viernes. Por favor, *Herr...*

—Hampel.

—Sí, discúlpeme, *Herr* Hampel. Por favor, no hablemos de números aquí, en plena calle.

Me contempló con mirada escrutadora, para ver si podía confiar en mí, antes de apartarme de un manotazo. Lo llamé cuando ya se iba:

—A propósito, ¿cómo está la casa?

Empecé a dar vueltas por las calles, sin recordar para qué había salido de casa. Había olvidado por completo la bolsa que llevaba en la mano. Tenía la sensación de que me estaban siguiendo. Sentía unos ojos sobre mí. Oía pasos detrás. Reconocí a Petra y a Astrid, por los impermeables amarillos que llevaban. Habían pasado tantos años. Tantos cambios. ¿Estarían ellas detrás del arquitecto, dispuestas a encontrarme? ¿Tendrían algo que ver con los juegos de cartas? Me oculté detrás de los curiosos que miraban escaparates, pero no conseguí despistarlas. La persecución se prolongó por varias calles. Se cambiaron los impermeables por otros abrigos para engañarme: eso era lo que escondían en las grandes bolsas de compras. Cansado de sentirme acosado, decidí contraatacar. Me oculté detrás de un árbol, hasta situarme en posición de ventaja. Entonces me acerqué a ellas por detrás y les llamé la atención, tocándoles los hombros. No eran ni remotamente Petra y Astrid, sino una adolescente que iba de la mano con su madre.

Sabía que en casa me encontraría mejor, pero el sentido de la orientación me falló. Lo que me rodeaba me parecía familiar, pero raro, como si ya no perteneciera a ese tiempo ni a ese lugar del mundo. Brillantes estructuras metálicas se erguían por encima de las antiguas construcciones de Viena. Parecía como si los bancos nacionales e internacionales hubiesen construido sus edificios fundiendo las monedas que habían reunido, y que los más altos correspondieran a los que habían conseguido reunir más. Más coches que nunca recorrían la ciudad, con extravagantes alerones color pastel a los lados. Filas de casi una docena de vehículos paraban en cada semáforo en rojo, bloqueando al menos la octava parte de cada calle. Los humos de los tubos de escape me mareaban, y el ruido de los motores mataba otros sonidos más dulces, como el arrullo de las palomas, el susurro de las hojas otoñales o la silenciosa corriente del Danubio, pues el silencio es un sonido más, al igual que las pausas forman parte de la música.

Unos policías me llevaron de vuelta a mi barrio en su coche patrulla, hablando entre sí del inminente fin del mundo, porque parecía ser que dos superpotencias, Estados Unidos y la URSS, estaban al borde de la guerra. Si disparaban un solo misil, moriríamos todos, decían. Un hongo gigantesco crecería en el cielo y nos convertiría en restos humeantes, a pocos pasos de nuestras últimas sombras, que la sobrecogedora luz dejaría impresas en las paredes. Era una idea

aterradora, ¡quería irme a casa! ¡A casa! ¡A mi casa! Al ver que reconocía el taller del zapatero remendón de la esquina, me dejaron salir del coche y me aconsejaron reposo. Los aspectos del barrio que antes me disgustaban ahora me resultaban reconfortantes: las cáscaras de nuez por el suelo; las tuberías a la vista, como si a los edificios se les salieran las venas, y el olor a cocina que exhalaban las ventanas, como una tibia respiración familiar. Eso fue antes de ver a la multitud congregada en círculo delante de nuestro portal, niños y adultos, todos mirando al suelo con expresión sombría. Beyer no estaba entre ellos. De inmediato busqué el hongo, y en seguida lo vi: la ventana de nuestro apartamento, abierta horizontalmente. Friedrich lloraba y su madre le decía que no era nada, que todos tienen que morir algún día. Recordé que yo había cerrado la puerta con llave. La había cerrado. Era culpa mía. Lo había hecho, Dios mío, se había vengado de mí de la peor manera posible, la peor imaginable. Grité «¡Elsa!», y me abrí paso hasta el centro del círculo.

Pero no se trataba de ella, sino del gato.

Elsa miraba el cielo con la obsesión con que la generación más joven miraba la televisión. Miraba cómo las primeras luces disolvían el negro en gris y luego, progresivamente, el gris en azul pálido. Esperaba los manchones rosados, rojos y anaranjados, y absorbía después los azules, las huidizas pinceladas de blanco y gris, las impredecibles visitas de la gran mancha amarilla. A la ventana la llamaba «el marco del cielo» y nunca se cansaba de sus pinturas. El final del día se llevaba la vivida paleta. El azul claro revertía en gris, y el gris en oscuridad, donde un descolorido bosquejo de su propia cara se reflejaba en el cristal. La luna hacía su aparición en todas las versiones de sí misma, y los millones de puntos de luz le inspiraban reflexión y maravilla.

Me explicó lo que pasaba por su mente cuando se lo pregunté, pero descubrí que, pese a lo mucho que había meditado lo que decía, sus ideas carecían de sentido y coherencia.

—¿Ves, Johannes? Aquí el marco parece un límite. Se diría que todo termina ahí, pero no es así, sigue mucho más allá de lo que uno puede ver. Yo veo el cielo a través de esta ventana, pero alguien que esté del otro lado del mundo o aquí mismo, en la casa de al lado, no lo verá de la misma forma, tendrá una vista completamente única de lo que hay dentro de su propio marco. Los otros planetas también tienen cielo, ¿verdad?; por todo el universo, cada planeta es una perla única que gira en su propio lecho de matices, pero este trozo de cielo es mi vida, mi pequeña parte de cielo, la que me ha sido dada a mí. Es como si Dios pintara para mí, personalmente. ¿Lo entiendes?

No, no lo entendía.

A través de la parte baja de la ventana se divisaban las copas de los árboles, integradas también en su visión de la vida. Las miraba germinar, reverdecer y adquirir diferentes tonos de verde, hasta que el pincel del Creador las volvía rojas, anaranjadas y amarillas, tras lo cual las hojas caían. Veía una relación entre los árboles y el cielo, ambos vívidamente coloreados antes de morir, y tuvo una repentina intuición de los sutiles misterios de la vida y la muerte. Dios no se llevaba la vida, no, simplemente reabsorbía sus colores.

Cuando contemplaba de ese modo las estrellas, era capaz de despertarme para preguntarme:

—Johannes, ¿tú crees que Dios evalúa el conjunto de la vida de una persona, sumando día tras día y dividiendo el total por el número de días, para llegar a un promedio? ¿O hace un gráfico de la persona que eres al principio y te sigue a lo largo de toda la vida, hasta llegar a la persona que acabas siendo? Si el gráfico sube más de lo que baja, ¿se elevará tu alma después de la muerte? O quizá sólo cuenta la persona que has llegado a ser al final, sin que haya nada de acumulativo. Tal vez lo importante sea llegar a un punto determinado al final del juego. ¿Sería eso justo?

Me sacaba de quicio. En pleno día, me llamaba a veces con tal desesperación que yo salía

corriendo del baño, con los pantalones por las rodillas, convencido de que se estaba muriendo, sólo para preguntarme:

—¿Por qué crees que las mismas personas que temen morir no sufren nunca por el tiempo transcurrido antes de que nacieran? La eternidad transcurre en ambas direcciones, hacia el pasado y hacia el futuro. ¿Por qué crees que sólo quieren ir hacia adelante, pero no anhelan retroceder un poco? En ese sentido, ya hemos estado muertos. ¡Eternamente muertos, y hacia allí regresamos por el otro extremo de la vida!

Desde fuera, me llegaba el ruido de coches y motocicletas rodando a velocidades impensables; en el piso de abajo, los Campen discutían por la longitud de las faldas de sus hijas, o más bien por su brevedad, ya que para entonces dejaban indecentemente al descubierto sus rodillas y muchos centímetros más. Sobre nuestras cabezas pasaba casi cada hora un avión de reacción. Pero ella no vivía en el mundo moderno, ni menos aún en aquel apartamento conmigo. Para ella, las estaciones cedían el paso a las estaciones, los cielos a los cielos y los pensamientos a los pensamientos. Y, según decía, no permanecía inmóvil. Se movía más velozmente que nadie, tanto como el mundo y más aún, describiendo gigantescos saltos mortales en el cielo. Pero la gente como yo nunca notaba el gran viaje que estaba haciendo. Mientras tanto, sin que ella lo sospechara, el pincel de Dios también la pintaba y la retocaba. Le manchaba la piel, le amarilleaba los dientes y añadía gris a su pelo.

Yo, personalmente, no tenía tiempo para tonterías. El papeleo, las preocupaciones y las labores domésticas me ocupaban todo el día. Recibí una nota en el buzón que me informaba de la siguiente reunión de propietarios. Desde el incidente con Elsa, había evitado a los vecinos tanto como ellos a mí, con excepción de *Herr* Beyer. Yo no volví a dirigirle la palabra, pero él seguía sosteniendo la puerta de entrada abierta para mí, cada vez que me veía llegar. La sola idea de sentarme con ellos a la mesa de la cocina de los Hoefle, con nuestros codos tocándose, hacía que el sudor me perlara la frente. Tras repasar los pros y los contras, decidí no asistir. Sería lo mejor para mí y también para ellos.

Al día siguiente tuve otra terrible sorpresa, y dos días después, otra más. Llegó un momento en que no podía entrar o salir de la finca sin que me sobrecogiera una espantosa sensación de malestar. La primera llegó en un sobre marrón, que desgarré nada más sacar del buzón. Era del abogado del arquitecto. Me enviaba una factura por servicios de almacenamiento, con la suma adeudada, incrementada de año en año en un dos por ciento, más un cinco coma siete por ciento de intereses por mora, ya que no había pagado nada desde noviembre de 1955. Grapado a la factura venía un presupuesto estimativo oficial de lo que cobraría el ayuntamiento por retirar la «basura». Por si no fuera suficiente, la hoja siguiente era la factura del detective contratado para descubrir mis señas exactas, porque al no tener yo teléfono, mi dirección no figuraba en la guía telefónica.

Los honorarios del detective aparecían detallados en las tres últimas páginas. No supe cómo tomarme la amenaza de que me llevarían a juicio si no pagaba la totalidad de lo adeudado en un plazo de treinta días. El abogado había aprovechado el mismo sobre para remitirme un fajo de cartas a mi nombre, recibidas por *Herr* Hampel. Las dos primeras en llegar, como podía verse por los matasellos de diez y nueve años atrás, llevaban en el remite el mismo adhesivo impreso de aquella otra carta que yo había recibido: E. Affelbaum, con la misma dirección, u otra que parecía la misma, con todos esos números de Nueva York. Las cinco siguientes tenían el remite escrito a mano por la señora de Affelbaum, *Mrs. E. Affelbaum*, y ya no iban dirigidas a mis padres, sino a

mi nombre. La última en llegar había sido franqueada dos años antes, prácticamente dos años justos, con el mismo nombre en el remite, impreso ahora en un nuevo adhesivo. Como no quería más dolores de cabeza, las tiré todas a la papelera colectiva.

La carta siguiente fue un golpe mayúsculo e inesperado. Los vecinos habían decidido eliminar la pátina oscura dejada en nuestra fachada por el humo de los escapes, lo cual era completamente inútil, ya que los edificios vecinos que lo habían intentado volvían a estar negros en cuestión de tres años. También habían decidido aprovechar la colocación de los andamios para reparar el tejado. Era una conjura para librarse de mí, inventándose algo mucho más caro de lo que yo podía pagar.

Además, querían instalar un sistema por el cual los visitantes pulsarían un botón junto al nombre de cualquiera de los vecinos para hacer sonar un timbre en el apartamento correspondiente. Sin tener que bajar la escalera para abrir la puerta (la mínima cortesía exigible a cualquier anfitrión), el dueño de la casa sólo tendría que pulsar otro botón para que se abriera el portal. También podría hablar con sus invitados a través del aparato, como si le resultara insufrible el medio minuto que aún debía transcurrir para que ambas partes se reunieran. Por el mismo precio, prácticamente podría haberse ido de viaje a Estados Unidos, o invitar a cenar infinidad de veces a sus huéspedes a los mejores restaurantes de Viena.

Ya no pude dormir más en la misma habitación que Elsa. Su serenidad me ponía todavía más nervioso. Su respiración suave y rítmica era como un instrumento de tortura, capaz de estirar dolorosamente cada noche, multiplicando varias veces su duración natural. Le decía que tenía trabajo que hacer y que no quería molestarla con la luz, que tenía la gripe y no quería contagiarla, o que hacía demasiado calor para dormir juntos y me sudaban las piernas, pero pronto ya no tuve que ponerle ninguna excusa, porque se había vuelto costumbre, dormíamos en camas separadas. (Digo «camas», pero en realidad la suya era el viejo colchón, y la mía, una fila de almohadas).

Sin embargo, apartarme de ella no sirvió de nada. Aquellas noches, toda mi vida desfilaba por mi mente en fragmentos, como las mil piezas de un *puzzle*. Recuerdos sin la menor relación entre sí se presentaban en mis pensamientos, enganchados sólo parcial o irracionalmente con el siguiente, unidos por sus patitas de cartón. Me pesaban los años transcurridos desde la muerte de mis familiares. El pasado, mi infancia, mi juventud, los primeros años de mi madurez y el recuerdo de algunas de las personas que había conocido me producían una nostalgia teñida de angustia. A veces, justo antes de quedarme dormido, se presentaba bruscamente en mi mente la imagen de alguna niña que había conocido en la escuela y había olvidado hacía tiempo. Me despertaba entonces con el corazón desbocado, preguntándome qué habría sido de ella. Podía pasar horas haciendo planes para recuperar el contacto. Me parecía tan urgente, que no podría haber vivido un día más sin tener noticias suyas. Con la llegada del día, la niña estaba olvidada y el drama mental que había experimentado parecía una enorme estupidez. No había racionalidad en mis insomnios. Daba vueltas en la cama, echando de menos nuestra vieja casa, como si hubiese sido una parte de mí que me hubieran amputado brutalmente. Imaginaba medios infalibles para descubrir a quienquiera que estuviera en posesión del violín de Ute, o para reabrir la fábrica de mi padre con subsidios y disculpas del gobierno, o para reorganizar las ramificaciones del pasado. También estaba el futuro. La falta de dinero. ¿Y Elsa? ¿Elsa? ¿Elsa?

Fue en aquella época cuando conseguí un trabajo en una fábrica de pastelitos, en parte para ganar un salario y en parte para tener la cabeza ocupada en otra cosa, por muy trivial que fuera. La

idea de una fábrica de pastelitos puede parecer bastante extravagante. Había máquinas que mezclaban la masa, apartaban los cincuenta gramos exactos de cada pastelito y los dejaban caer en los moldes, que dos segundos y diez centímetros más tarde recibían un chorro de la sustancia que se hundía para convertirse en el relleno, antes de avanzar hacia los grandes hornos. Cinco metros después de salir, a lo largo de los cuales eran enfriados bajo colosales ventiladores, los pastelitos eran recubiertos con una capa de azúcar de color rosa. En mi opinión, dar el nombre de *Punschkrapfen* a esos productos mecánicos era un insulto a nuestros tradicionales pastelitos vieneses. Cada *Punschkrapfen* era exactamente igual que el de antes y que el de después, ni más grande, ni más pequeño, ni más ni menos suculento, todos igual de cúbicos y, en comparación con los salidos de las manos amorosas de un pastelero, todos igual de insípidos, secos e impersonales. Habíamos ingresado en la era de la comida mecánica.

Los operarios vigilábamos las máquinas. A veces la cadena se atascaba o dejaba caer un alud de azúcar rosa. Mi función consistía en verificar que hubiera seis pastelitos intactos en cada caja, antes de cerrar la tapa, y que a ninguno le faltara el forro de papel que muy pronto se le quedaría pegado. El operario que venía después de mí tenía que asegurar la tapa con cinta adhesiva, y el siguiente le pegaba la etiqueta.

Fueron años infernales. Trabajé mucho, me trataron mal y estuve siempre endeudado. Sentía que estaba trabajando tanto como podía para seguir siendo pobre. Si no hubiese sido porque tenía hipotecado el piso para pagar las deudas, lo habría dejado todo diez veces al mes. Me sorprendí envidiando a Elsa, que nunca había conocido esas fatigas, ni a esa gente tan siniestra. Ninguna de las tres personas que se sentaban junto a mí —el hombre a mi izquierda, que ajustaba el forro de papel de los envases antes de que bajaran los pastelitos, la mujer a mi derecha, que cerraba las tapas de las cajas con cinta adhesiva, y su hermana, que pegaba las etiquetas— me devolvió jamás el saludo, aunque sólo fuera con un simple gesto de asentimiento. Pensé que tal vez no me oían a causa del ruido de la maquinaria, así que una mañana intenté estrecharles la mano. Mi mano quedó suspendida en el aire, recibiendo de los dos primeros expresiones desdeñosas y, de la pegadora de etiquetas, el contacto más blando que he experimentado en mi vida. Tuvo que ser realmente flojo el apretón, considerando el tacto pegajoso de los pocos dedos que utilizó. Cada uno iba a lo suyo, dentro de su propia burbuja protectora, cada uno a su trabajo y a sus propias frustraciones y preocupaciones. Nosotros también estábamos empaquetados en cajas, metido cada uno en nuestros egoístas forros de papel.

Elsa era mi única alegría, el hogar al que regresar, estacionaria e inmutable, con los pulgares metidos en los puños, como meten los pájaros la cabeza bajo las alas para dormir por la noche. Se hubiese dicho que ya no podía verme, y a veces me sorprendía echándola de menos, como si no estuviera conmigo. En ocasiones me parecía que se había marchitado, dejando solamente un busto, y que el busto se había reducido a una cabeza pegada a un par de hombros. Yo le daba libros, de los aburridos que a ella le gustaban, llenos de remisiones y notas a pie de página, pero dejó de leer, como si el entendimiento que adquiriría día tras día estuviera más allá de la palabra escrita. Se suponía que la contemplación iba a conducirla a la verdad, sin necesidad de cansarse la vista. Intenté leerle en voz alta, pero tampoco quiso que lo hiciera. Las palabras en exceso le cansaban los oídos. Su apatía crónica me impulsó a llevar periódicos a casa y a dejarlos a la vista. Todavía recuerdo la sensación de nerviosismo en las extremidades durante toda la jornada en la fábrica, la respiración trabajosa y la zozobra en el corazón, cada vez que pensaba en los periódicos. Lo

primero que hacía al volver era mirar. Estaban donde los había dejado, igual de lisos y aplanados. No quería hacer el trabajo por mí.

En cierto momento, me dije que tal vez no tenía bien la vista. Quizá no leía sencillamente porque no podía, quizá necesitara gafas. Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que también era posible que no oyera bien. A menudo tenía que repetirle las cosas para que me prestara atención.

Le llevé a casa figuras de esquimales y le enseñé sus iglús, no más grandes que nuestro cuarto de baño. Los hombres iban a cazar focas y las mujeres se quedaban en casa esperándolos, sin saber nunca si regresarían, porque los osos polares eran despiadados. Le pasé un cubito de hielo por el dorso del cuello y le pedí que imaginara que era el suelo de su casa. Cerró los ojos e increíblemente emitió una especie de ronquido, que hasta pudo ser una risita divertida. Aquello me animó. Corrí a buscar un cuenco de agua fría y le hice meter una mano en él, diciéndole que así quedaría el techo de su casa si se le olvidaba apagar el fuego antes de acostarse. Le hablé de las auroras boreales y del sol que salía y volvía a ponerse apenas una hora después en invierno, pero brillaba toda la noche en verano, convertida la oscuridad en un mero parpadeo. ¡Me estaba escuchando! Sus puños, despiertos, habían vuelto a la vida.

A la mañana siguiente, dejé abierta la puerta de la nevera, cambié nuestra mesa y nuestras sillas por abrigo de piel extendidos sobre las baldosas y le ofrecí un poco de bacalao seco. Lo aceptó y se tomó su tiempo para tragar. Aceptó el viaje; se familiarizó con toda una familia esquimal y sus aventuras diarias: la hija que no quería casarse con el chico del iglú vecino, que la aburría presumiendo de sus matanzas de elefantes marinos con una sola mano; el hijo que soñaba con abandonar las tradiciones esquimales y ganarse la vida en un transatlántico, para vergüenza de sus padres, y el caribú *Miohai*, al que habían salvado cuando era un cachorro, que iba a visitarlos en primavera y comía bayas de sus manos, mientras el resto de la manada lo contemplaba de lejos. Mi capataz se convirtió en el deshonesto jefe de la comunidad esquimal, que vendía bebés de foca a los inversores canadienses, mientras dejaba que su pueblo se muriera de hambre, y mis colegas, a mi izquierda y a mi derecha, pasaron a ser su ambiciosa hija y su inescrupuloso yerno. Muy pronto, ella fue una mujer esquimal, y yo, su marido esquimal. Antes de irme a trabajar, nos despedíamos frotándonos la nariz.

Cuando se cansó de las gélidas y blancas extensiones abiertas, la llevé a África. Vivió conmigo más de un año en una pequeña choza con suelo de barro y techumbre de hojas de palma bullente de hormigas bravas. Vivíamos sobre la línea del ecuador, y la puerta abierta del horno le recordaba lo caluroso que era aquello, sobre todo porque ya estábamos en verano. Era muy poco lo que yo podía hacer para aliviar su sed, aparte de darle la escasa agua tibia que goteaba de nuestro grifo. Sin contar los diarios ataques de la fauna salvaje, desde hienas hasta elefantes enloquecidos, vivíamos bajo la amenaza de las tribus rivales, que envidiaban nuestro río, por muy seco que estuviera su cauce. Fui tomado prisionero por unos guerreros que llevaban la cara pintada con sangre y un hueso de costilla de gacela atravesado en la nariz, pero conseguí escapar, y tras engañar a una familia de astutos orangutanes y de tener la suerte de que un león desgarrara el vientre de la pitón que me había tragado, regresé a su lado sano y salvo. Llevé a casa un tamtan, que tocaba suavemente para marcar el progreso de mis estrafalarias historias, con las que nos adentrábamos cada vez más profundamente en las noches sucesivas.

Elsa se volvió confusa, senil. Le estaba hablando del remolino que teníamos que superar para

llegar a la cuenca del Sichuan, cuando me interrumpió para preguntar:

—¿Cuánto hace que nos mudamos de la casa para venir aquí?

Menos de una semana después, estaba yo planchando mis camisas a su lado y contándole cómo se había atascado nuestra embarcación en los fangosos arrozales del delta del Guangzhou y cómo empujábamos para sacarla, con ampollas en los hombros quemados por el sol y las piernas llenas de sanguijuelas. Ella miraba su reflejo en la ventana, transparente, virtualmente espectral.

—¿Cuántos años tengo?

—Cien —le contesté, pues prefería eludir la pregunta con un poco de humor.

—¿Dónde vivo?

Le di nuestra dirección. Tuve que repetírsela cinco veces y deletrear otras dos veces más el nombre de la calle.

—¿Por qué vivo aquí?

Necesitaba oír la historia una y otra vez, la misma historia de hacía décadas, que cada vez se volvía más difícil de contar.

Seguimos el curso del Xi hasta el mar de la China Meridional, pero antes de que viéramos el primer pez volador, ella puso en peligro nuestra huida con una pregunta:

—¿Qué está pasando?

Su falta de atención me estaba sacando de quicio.

—Te lo he dicho. Acabamos de llegar al mar de la China Meridional. ¡Presta atención! Sobre nuestras cabezas vuelan en espiral las gaviotas; a lo lejos, nubes tormentosas se acumulan en el horizonte. Detrás, violencia y una epidemia de peste.

—Me refiero a donde estamos nosotros.

—Mar abierto, más profundo que la más alta de las montañas.

—¿Qué está pasando aquí, Johannes, en este país?

Abrí un periódico al azar, de los que teníamos apilados, y después de tontear con las páginas, haciendo muecas a los titulares, adopté una voz burlona:

—«El Muro. Hace ocho años, un muro mayor que el de China se levantó, alto y ancho, para separar del este nuestra nación. El Muro dividió en dos una gran ciudad. En algunos lugares, las hileras de ladrillos fueron colocadas por la noche delante de los edificios, de tal manera que, cuando sus habitantes se asomaron por la mañana para ver si hacía sol o estaba lloviendo, se dieron un golpe en la nariz. El Muro ha cortado algunas casas en formas extravagantes. Sucedió más de una vez que un padre y un hijo quedaron de un lado, preguntando qué había para desayunar, mientras la madre y la hija quedaban del otro, friéndoles unos huevos. Hace muy poco, una de esas familias intentaba reencontrarse, cuando al pisar la playa que discurre junto al Muro...».

Con un gesto de la mano, Elsa me mandó que me callara.

—Muy bien. Pasemos a otro titular. Veamos. «El hombre en la luna». El *Águila* se ha posado, y ten en cuenta que estamos hablando de una nave espacial, y no de un pájaro. Fue el lunes pasado, ¿seguro que quieres oír noticias viejas?

Me esforcé más en la actuación, leyendo literalmente algunos pasajes:

—«El sueño del hombre finalmente se ha hecho realidad. Con todo el mundo por testigo, el astronauta estadounidense Neil Armstrong holló el suelo lunar. Ha dicho que la superficie es polvorienta y que sus botas se hundían sólo una mínima fracción de pulgada en el suelo. “Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad”, dijo al bajar del módulo



espacial».

Me puse de pie e imité sus primeros pasos. Ella me arrojó una zapatilla para que parara.

—Ya sabes que ahí arriba no hay gravedad. Necesitas una cadena para sujetarte. ¿Nos imaginas a ti y a mí bailando? Por una vez, no te pisaría los pies —dije, mientras utilizaba su colchón para que la interpretación resultara más afeminada, lo cual hizo redoblar sus carcajadas—. Y si crees que tus condiciones de vida son malas, escucha esto... Solamente comen alimentos secos y concentrados: polvo verde en lugar de guisantes, marrón en lugar de carne y blanco en lugar de leche. ¿Crees que no tienes suficiente espacio? ¿Qué te parecería vivir en un cilindro del ancho de tus hombros? Hay que clavar cada objeto en su sitio, incluido el jabón. Tienes que agacharte y refregar encima la cara para lavarte. Las gotas de la ducha suben, en lugar de bajar, por lo que tienes que situarte encima y estar lista para atraparlas. Si pierdes pelo cada vez que te peinas, ¡cuidado!, porque puedes encontrar un nido bajo el techo.

Entonces Elsa, muerta de risa, me preguntó qué haría ella sin mis alocadas historias. Por algún motivo, su comentario me impulsó a continuar y, tras señalar un tercer titular escogido al azar, fingí leer:

—Hombre esconde a mujer. Había una vez un hombre austríaco que quería tanto a una mujer austríaca que la escondió para siempre. Por ello, arriesgó su vida...

Elsa hizo ademán de arrojarme la segunda zapatilla, con un brillo amenazador en los ojos detrás del gesto jovial.

—... pero no de la forma que ella creía. Le contaba mentiras y nada más que mentiras. En realidad, Austria había estado en poder de los vencedores durante más de diez años. La ciudad dividida en dos era Berlín.

No me atrevía a respirar. Mi corazón interpretaba su familiar danza en tres tiempos, más y más velozmente, una y otra vez. Arqueé las cejas, torcí la boca a un lado y señalé el periódico, añadiendo con la expresión más cómica que pude:

—Es lo que dice aquí.

Pero mi voz no sonó graciosa, sino extenuada, nasal, como la de un payaso que intenta hacer gracia, pero sabe que no va a conseguirlo y sabe que el público sabe que él lo sabe.

Con el brazo aún levantado, Elsa dejó caer la zapatilla. Su risa, indefinida, oscilaba entre el amargo alivio y una decepción ya irredimible, pero aun así, cuajó en cierta seguridad definitiva que me convenció de que iba a tener por resultado una resolución no deseada.

El día siguiente era lunes. Los pastelitos rosa castañeteaban sobre la cinta sin fin, acercándose y alejándose de mí, mientras su dulce perfume sintético me golpeaba en la cara a intervalos de diez segundos. Había adoptado deliberadamente la costumbre de parpadear sólo después de que una caja se hubiera alejado, porque si parpadeaba justo antes de que llegara una, no veía nada. Estaba demasiado habituado a ver diariamente miles de pastelitos rosa, todos idénticos entre sí, para discernir uno del siguiente sin hacer un gran esfuerzo de concentración. Lo mismo me pasaba con mis pensamientos, de los que a veces se me escurrían remesas enteras sin que yo les echara un vistazo siquiera, con sólo ponerme a pensar. Aquel lunes pensé mucho. Los pastelitos iban y venían, y eran más los que mis ojos pasaban por alto que los que comprobaban. Eran hipnóticas manchas rosadas borrosas, seguidas de clump-bump-tump, y más manchas rosadas. Me concentré en tejer entre ellas mis pensamientos, en entrar y salir limpiamente de las manchas, mirar, pensar, esperar, mirar, pensar, esperar, pero mis pensamientos no eran un ovillo obediente. Entonces sucedió, simplemente, había tomado mi decisión. Dejé la bata y la gorra blanca sobre la cinta sin fin. No había tenido gestos de saludo, ni tampoco los tendría de despedida.

Había dado con la solución. Estaba alborozado. Después de tantos años de soluciones falsas, había encontrado la auténtica. Me llevaría a Elsa a miles de kilómetros, a una isla exótica, pero no sobre la alfombra voladora de mis historias, no, esta vez sería de verdad. La realidad era la solución. Vendería el piso y me llevaría el dinero, que en un país subdesarrollado valdría diez veces más. ¡Qué vida nos íbamos a dar! Ya nunca más tendría que trabajar. El sol brillaría sobre nosotros, el mar reverberaría a nuestro alrededor y las palmeras mecerían sus frescas frondas desmelenadas sobre nuestras cabezas. Elsa saltaría de júbilo cuando se lo dijera, y también cuando hundiera los pies en arena de verdad, tibia y profunda. Nuestra nueva vida nos rejuvenecería. ¿A qué estaba esperando? ¿Qué estaba haciendo todavía en Austria? No tenía familia que me retuviera, ni raíces que me ataran al suelo de la patria. ¿Por qué no se me habría ocurrido antes esa posibilidad?

Hojeé los catálogos de una agencia de viajes y aguardé impaciente mi turno para pedir información. Si algo podía decirse, es que había demasiado de donde elegir, el mundo era demasiado grande. Estaban las islas de la Polinesia, con nombres que por sí solos hacían soñar, Rurutu, Apataki, Takapoto, Makemo, y muchos más, y también las Antillas, con Barbados, Granada... Más de un millar de islas estaban esperándonos solamente en las Maldivas, con agua tan transparente que jugaba con la luz como un orfebre con las múltiples facetas de un diamante. Había tonos turquesa que parecían restarle importancia al límite donde terminaba el mar y comenzaba el cielo, lo mismo que a la frontera entre pasado y futuro, pues ambos parecerían de pronto hechos de cartón. Los cielos estallaban en albas y crepúsculos como grandes flores

desordenadas, y había siluetas de parejas paseando de la mano por la playa, como dos sombras que finalmente se hubiesen fusionado en una sola, como míticas criaturas de felicidad, con cuatro piernas, cuatro brazos y dos cabezas. Pero las imágenes amortiguaban la realidad. Descubrí que cada isla o conjunto de islas era un país independiente. ¿Cuál nos permitiría inmigrar? ¿En cuál valdrían más mis recursos?

El agente de viajes me indicó horarios de vuelos, tarifas, e intentó venderme unos billetes, pero no pudo responder a mis preguntas. Aun así, copió para mí una lista de embajadas y consulados. Mientras me dirigía al consulado de la República Dominicana, soñaba con nuestra nueva casa: una cabaña cuadrada de una sola habitación. Las tablas del suelo encajarían entre las grandes raíces como dedos de un árbol exótico, que crecería a través de la cabaña y saldría por un hueco cuadrado del techo, para seguir creciendo bajo el cielo abierto. Hojas secas de palma pondrían a nuestra casa su humilde corona natural. Las paredes estarían hechas de maderas exóticas dulcemente perfumadas, que desprenderían su fragancia cuando arreciara el calor. También nuestro escaso mobiliario estaría hecho de la misma madera. Lo tenía todo bajo control.

Mis sueños se resintieron con las primeras palabras del funcionario del consulado. Para viajar a su país, necesitaba dos pasaportes vigentes, el mío y el de mi acompañante. Me dijeron lo mismo en los otros consulados. El pasaporte de Elsa, si es que podía encontrarlo, era demasiado viejo. Seguramente habría caducado hacía tiempo. No era más que una niña en la foto. Además, el pasaporte tenía una estrella, lo cual llamaría la atención al renovarlo. El aire fresco en la cara me hizo bien mientras regresaba andando a casa, y se me ocurrieron ideas adicionales. Podía cambiar la foto de Elsa. Podía rectificar las fechas con tinta negra. ¿Sabría alguien en la isla de Takapoto lo que significaba una estrella? Lo dudaba. Puede que lo tomaran incluso por un símbolo de algún privilegio diplomático. Mi sensación de victoria fue breve. ¿Y si controlaban nuestros pasaportes aquí, en Schwechat, antes de partir? Tenía que llegar a casa para pensar con más claridad. No iba a echarme atrás. En el peor de los casos, podía esconderla en una maleta. Pero esta vez nos íbamos lejos; podía morir. Yo medía los riesgos, comparándolos con la felicidad que podíamos alcanzar. A cada peldaño, la balanza oscilaba, y el único resultado era la indecisión. Me quedé perplejo cuando la llave encontró un hueco. La madera parecía roída. Lo primero que pensé fue que habían entrado a robar y que ahora los ladrones sabrían de la existencia de Elsa. Se me acumulaban los problemas. Antes de comprender que a nadie le habría extrañado lo más mínimo encontrar a una mujer en un piso, porque a esas alturas tal cosa no sólo era aceptable, sino previsible, me di cuenta de que Elsa se había marchado.

En ese momento supe que me meterían entre rejas, condenado a vivir sin ella. ¿Volvería con la policía, para que al menos pudiera darle mi versión? Era lo peor que cabía imaginar, no poder tener una última conversación con ella. No sabría dónde vivía, lo que estaba haciendo, ni lo que pensaba o sentía. Si se lo hubiese revelado todo antes, tal vez ahora ella tendría mis argumentos en algún rincón de la mente, los tendría consigo, sin importar adonde fuera, ni a quién conociera, ni cómo la trataría la vida.

Me dije que no era justo. ¡Ella era tan culpable como yo! No tenía pruebas, ¡pero yo sabía que ella lo sabía! Cada vez que había intentado decírselo, se había abalanzado sobre mí, para advertirme, para suprimir físicamente las palabras de mi boca. Y al hacerlo, ¡había concentrado toda la culpa en mí! No podía ser una coincidencia, claro que no. No eran sólo imaginaciones mías. ¡Santo Dios, sería su palabra contra la mía! Maldije mis errores de juventud y mi cobardía,

hasta desear que la policía se apresurara a venir y llevarme. Estar en nuestra casa sin ella no tenía sentido. Me estaba reduciendo a una mitad. Mi brazo malo se marchitó en su costado, la mitad de mi cara se hundió y la pierna del mismo lado se levantó y se envolvió alrededor de la otra, que al final cedió. Las hijas de los Campen encendieron su tocadiscos e hicieron vibrar mis paredes con guitarras cuyo ruido parecía violencia concentrada y con un «cantante» que aullaba un mensaje demasiado rabioso para que fuese posible descifrarlo.

Después de desear la muerte, una voluntad feroz de sobrevivir se apoderó de mí. Tenía la oportunidad de huir antes de que vinieran. Si hacía autostop, podía llegar a Italia en un día y coger el primer barco a Sudamérica, Tombuctú o cualquier otro sitio, me daba igual. Cualquier cosa sería mejor que lo que me esperaba. Metí mis pertenencias en una bolsa y busqué en el escritorio una foto de Elsa para llevármela. Estaban mis abuelos, mis padres y mi hermana, pero Elsa no. Nunca antes había necesitado una foto suya.

Bajé dos pisos, pero volví a subir corriendo, con la idea de garabatear una nota para que la policía se la diera. Mientras buscaba las palabras adecuadas, se me ocurrió una idea inquietante. ¿Y si ella volvía? ¿Y si me necesitaba? No tenía dinero, no conocía a nadie más, al menos de momento. ¿Crearía alguien su historia? ¿Seguiría viviendo allí sin mí, esperándome? ¿Se lo permitirían? ¿Y si la echaban? ¿Y si deseaba que volviera a su lado, y si se sentía perdida sin mí? ¿Y si sólo hubiese bajado a jugar una partida de cartas? ¿Y si hubiese ido a cualquier otra parte, pero sin mala intención?

Me sentía desgarrado entre dos opciones. Cada una me ofrecía sus esperanzas y sus riesgos. Si me atrapaban por culpa de esa improbable esperanza, iba a sentirme como un imbécil. Pero por muy pequeña que fuese la probabilidad de que tal vez, sólo tal vez, ella regresara, si finalmente lo hacía y yo no estaba allí para recibirla, por haber huido a otro continente, iba a lamentarlo toda la vida. Por otro lado, nunca sabría a ciencia cierta lo que había sucedido. Pero me lo preguntaría hasta volverme loco. Tenía que saberlo. Era preciso. Tenía que saber el final de la historia. Abrí la bolsa y, tras demorarme un poco, volví a dejar el contenido en su sitio.

La luz del día se esfumaba, retrocedía. No me decidía a encender una lámpara, no me apetecía la luz artificial. Me tumbé bajo la ventana y me puse a contemplar el cielo. ¿Qué grandes verdades habría visto ella? Miré y miré. La vi caminando libremente, balanceando las manos, con las nalgas alternándose hasta la altura de las caderas, sabiendo que no arriesgaba absolutamente nada y riendo del susto que iba a darme. La vi con el torso inclinado hacia adelante en aquella postura resuelta tan suya, fruncido el entrecejo, atravesando el parque para pedir a la primera persona que encontrara una explicación a sus alterados conceptos.

Ví a un viudo en el banco de un parque, dando pan a las palomas, antes de que ella se sentara a su lado, con las manos apoyadas en el regazo como una niña buena. Los dos se intercambiarían las fáciles confianzas que se hacen los extraños. Sus mentiras serían más creíbles que lo sucedido en realidad. Le diría que acababa de dejar a su marido, porque bebía y la engañaba. Él la llevaría a su casa y le hablaría de su esposa fallecida. Pasarían meses antes de que ella confiara suficientemente en él para contarle la verdad sobre mí.

Ví a los jóvenes a quienes ella, con ojos febriles y vidriosos, haría sus preguntas: si Adolf Hitler, el Führer, todavía estaba vivo... Se apartarían de ella, creyendo que estaba loca. Ella tomaría el temor a la locura por miedo al régimen totalitario. Esos jóvenes eran mi única oportunidad. Pero también vi al agente de policía a quien ella confiaría sus problemas.

La noche era interminable. Eran tantas las historias como los millones de estrellas que contemplaba. ¿Cómo podía elegir la correcta? Tal vez ella pensara que la cárcel no era castigo suficiente. Quizá por eso necesitaba tiempo para pensar, para urdir un plan, ella y su cómplice. La vi regresando a hurtadillas para rociar con gasolina nuestra casa y tirar una cerilla mientras salía corriendo. Vi a un hombre salir en su defensa y tomarse la venganza con sus manos. La vi apareciendo en la puerta, tímida, con expresión ingenua: sólo había ido a dar un paseo, me suplicaba que la perdonara y me abría los brazos para darme un beso que no sólo me costaría la vida, sino peor aún, la explicación que quería darle, porque usaría la navaja para cortarme el cuello.

Llegó la mañana y maduró en mediodía, y aun así ella no regresó. Lo más increíble fue que tampoco vino la policía. Por primera vez se me ocurrió que quizá tenía motivos para preocuparme. Alguien podría haberla secuestrado: Beyer, Campen, Hoefle, el arquitecto, el detective, algún pariente lejano suyo, Petra, Astrid, el fantasma de Nathan, los ladrones. ¡Sí, los ladrones me la habían robado! Me pedirían un rescate. No, no habían sido ellos, sino todos los vecinos de la finca juntos, era una conspiración. Sabiendo que yo no estaba en casa, habían desmontado la cerradura. Tal vez ella hubiera golpeado la puerta pidiendo ayuda. ¡Que se atrevieran a interrogarla, que se atrevieran a chantajearme! Quizá ya lo habían hecho, hacía más de una semana que no miraba el buzón. Después, la aterradora hipótesis echó sus retorcidas y nudosas ramas en mi imaginación. Vi al primer hombre con que se cruzaba ella por el camino. Al encontrarla de su agrado, le confirmaba todo lo que yo le había dicho, todo lo que ella quería oír y le aseguraba que era perfectamente cierto. Entonces se la llevaba a su casa y se la quedaba para él. ¿Acaso no necesitaban todos tener en la vida su Elsa secreta? Sin la verdad, ella era vulnerable, crédula como una niña.

¿Cómo iba a encontrarla, si estaba viviendo en las mismas condiciones que cuando estaba conmigo?

No comprendía cómo Elsa había podido soportar estar bajo aquella ventana, donde el tiempo se volvía tan lento que llegaba a detenerse. Ese día no hubo ni una sola nube que me ayudara a pasar el tiempo, ninguna distracción pasajera. Sólo cielo azul despejado. Invariable cielo azul despejado, extendiéndose más y más tiempo, más y más claro, para siempre. El día, claro, azul, cielo, crecería aún más antes de que el cielo pareciera cansarse y envejecer, dejando atrás un lienzo gris. Las sombras no eran claras ni oscuras. Nada en nuestras dos habitaciones era visible ni invisible, sólo arropado en ese gris transitorio del día deslizándose a la noche, que me incluía a mí. Las formas permanecieron, los colores se retiraron.

Yo giraba los pulgares, el real y el que aún imaginaba. ¿A quién estaba esperando? ¿Realmente pensaba que ella volvería tarde o temprano? Me miré los pulgares más de cerca. Cada uno apuntaba a la otra posibilidad, ésta o aquélla, izquierda o derecha, elige, correcto o equivocado, verdadero o falso, real o imaginario. Para aquí o para allá. ¿Pulgar uno o pulgar dos? ¿Pulgar dos o pulgar uno? ¿Verdad? ¿Mentira? Para aquí, para allá, vueltas y más vueltas, hasta marearme tratando de acertar entre posibilidades perfectamente iguales.

No tenía nada más que vender. El dinero en metálico se convirtió en recuerdo del pasado. No tenía nada en los bolsillos ni en la cuenta bancaria, ni siquiera para la botella de cerveza que tanto

hubiese necesitado. Me presenté a varios empleos, pero en lugar de conseguir el modesto salario que esperaba, las solicitudes me hundieron aún más. El papel, los sobres, las copias en papel carbón, las fotografías y el franqueo cuestan dinero, sobre todo para los que tienen los armarios vacíos y un montón de ceros en la cartilla de ahorros. Bajé a la calle y empecé a proponer a los hombres de negocios lavarles el coche por una moneda. Aceptaban mi oferta. Les lavaba el coche por una moneda. No podía quejarme, un trato era un trato.

Las señoras mayores eran menos proclives a aceptar mis servicios, ni siquiera por una moneda, aunque no dejaba de pensar que cargarles la bolsa de la compra o llevar a pasear a sus perros podría haber sido mutuamente beneficioso. Su rechazo era más humillante que el de los dos hombres de negocios que se asociaron para darme una sola moneda. Aferrando el asa de sus bolsos hasta que los nudillos se les ponían blancos, las abuelas no podrían haberme hecho sentir más miserable.

Sólo me quedaba una solución, fruto del pánico y la venganza mezquina, y no era otra que vender una de las dos habitaciones del apartamento. Tuve que reflexionar detenidamente antes de decidir a cuál de las dos prefería renunciar, la suya o la mía. La suya tenía el baño; la mía, la cocina americana, lo cual significaba que a partir de entonces iba a verme obligado a lavarme en mi cocina o a cocinar en su baño, y si bien ambos supuestos me parecían poco prácticos, consideré el segundo menos degradante. No tenía dinero para contratar a un albañil, ni la confianza de un banco que me prestara esa última suma de vital importancia. Con los ladrillos y el cemento que conseguí en un abrir y cerrar de ojos gracias a la «tarjeta de crédito» que me concedió una compañía privada estadounidense (una práctica foránea considerada poco respetable por la conservadora mentalidad austríaca), construí la pared para separar los dos ambientes. Tardé dos días en levantar un muro recto y de aspecto sólido, suficientemente recto y sólido para que me mirara a la cara y avanzara hacia mí centímetro a centímetro, día tras día.

Según lo acordado, la nueva sirvienta de los Hoefle, una mujer joven (para entonces, yo consideraba joven a cualquiera que no hubiese superado los cuarenta), compró el apartamento de una habitación, pero antes de firmar me impuso una condición de último minuto. Tenía que levantar otra pared para delimitar un pasillo que comunicara el baño con el rellano, bloqueando así el acceso desde mi propia habitación y convirtiéndolo en un aseo común para las dos viviendas. Estaba obligado a aceptar y ella lo sabía, pues de lo contrario me habría quedado en la calle. Ahora tenía que salir de lo que quedaba de mi única habitación para usar mi propio cuarto de baño. Con frecuencia me quedaba acostado, aguantándome las ganas de orinar, por carecer de la fuerza de voluntad para levantarme. Las paredes se estaban cerrando y el techo se me caía encima, el espacio me pesaba en el pecho, como tres gordos gatos presentes en todo momento.

Más aún, pronto empecé a sospechar que yo mismo era objeto de exhibición dentro de aquel cubo. Sin que nadie estuviera al corriente de mi existencia, era conocido en algún nivel universal como un espécimen de hombre moderno, como una curiosidad humana. Ya no pude hacer nada sin sentirme observado, incluso dentro de los seis modestos planos de mi propia casa. El cubo encogió. Quedé reducido a una persona minúscula. Tenía el rincón donde dormía, el rincón donde comía y el rincón donde me aseaba, con el pequeño lavabo blanco del que bebía y en el cual me lavaba. El cubo se convirtió en jaula y alguien tremendamente inmenso me miraba. Sentía la presencia de un gran ojo incansable, que me espiaba por mi única ventana en el techo, día y noche. ¿Era ésa mi idea de Dios?

Perdí toda sensación de hogar. Según mi percepción, estaba en la jaula de Elsa. Sí, Elsa me había acogido a mí, estaba en su territorio, ya no conservaba nada mío. Sus paredes, demasiado blancas, me pedían una historia que ya no tenía, una jugada que ya no podía dominar. Yo mismo era demasiado blanco, mi tez, mi pelo, sí, me había hecho viejo, ya no tenía historias que contarme ni siquiera a mí mismo, ni tampoco me quedaban jugadas salvadoras. Blanco, demasiado blanco, tenía que marcharme. Me metí en el armario hasta que la verdad ya no pudo escapar: me daba en la cara adondequiera que me volviera, tan difícil de aceptar como las paredes que me golpeaban de un lado y de otro. ¡Locos y negros celos! ¡Oscuro, demencial ataúd! Ella me había tenido encerrado todos esos años, ¡era ella quién me había aprisionado y torturado! ¡Se había concedido el placer de contemplar la verdad fermentando en mi interior, hasta que me brotó como espuma por los labios y la piel! ¡Hasta que mi cerebro y mi alma supuraron! Entonces, en el instante en que estalló como un viejo forúnculo recién reventado y mi alma tuvo oportunidad de curarse, ¿qué pudo hacer ella?, ¡encontrar otro instrumento de tortura! ¡Esfumarse en el aire! Nada de mandarme al infierno, ni de darme un puñetazo en la cara, simplemente desapareció. Me dejó en el temor de todos los «qué pasaría» y en la esperanza de todos los «quizá», hasta condenarme a este agujero de podredumbre y decadencia.

De un puñetazo hice saltar las puertas metálicas corredizas de sus guías engrasadas y salí cojeando a la calle. Cada vez que pasaba junto a una ventana iluminada, miraba hacia dentro. Maldiciendo, bebiendo a morro de una botella y pateando cubos de basura, escudriñaba a cada transeúnte. La gente se cambiaba de acera en cuanto yo me acercaba. Bizqueando, levanté la vista para contemplar el cielo sombrío sobre mi cabeza y la bajé para ver el líquido oscuro en mi botella. No, no, durante todos esos años ella sólo había fingido por mí, y lo había hecho por pura gratitud, ese fruto de tardía madurez, saturado de sol y de lluvia, que cayó del árbol arqueado bajo su peso, arqueado hasta mis rodillas para soltar la carga que lo partía en dos y hacer que se estrellara a mis pies, dejándome únicamente una fibra alcohólica no contenida ya en su piel colapsada, que me hizo descubrir la presencia del gusano retorciéndose en su interior, el gusano que había estado allí todo el tiempo, pero se había mantenido deliberadamente oculto. Cualquiera que fuera el resultado de todo aquello, era importante tener algo muy claro: ella nunca había estado encerrada, ¡durante más de diez años no había estado encerrada! Tenía su propia vida, salía, tenía sus partidas de cartas y sus amantes. Yo no había querido verlo, ¡había mirado hacia otro lado! Había querido creer en ese fruto firme y seguro, con el justo equilibrio de amor dulce y ácido.

¿Dónde estaba, entonces, ese amante suyo? ¡Ya vería cómo le partía la cara! ¡No se me iba a escabullir tan fácilmente como ella creía! ¡Iba a tener que decirme un par de cosas a la cara! ¡No más mentiras! ¡Y, sobre todo, no más mentiras a mí mismo! ¡Basta de en contraríe excusas! ¡Y de poner la otra mejilla!

—¿Me oyes?! —grité, zarandeando a un hombre al azar y viendo su cara volverse borrosa, enfocarse otra vez y derretirse en un grumo vacío, mientras esperaba que se transfigurara en la de Elsa.

—¡Quítame las manos de encima, borracho inmundo! —fue su respuesta, acompañada de un puñetazo en el vientre que me hizo tambalearme hacia atrás.

Estaba perdiendo la sensibilidad en el costado, una mitad de mí se estaba volviendo insensible, pero seguía obedeciendo a la presión de mis dedos como si fuera de arcilla. Más

bebida, necesitaba más, el calor del líquido amargo arremolinándose dulcemente en mis extremidades, el potente licor sacudiendo con regularidad mi cuerpo a uno y otro lado, como una madre meciendo a su bebé, trayéndome consuelo junto a la sensación de mareo. ¿Qué importaba cuándo había desaparecido ella? ¡Se había esfumado, eso era todo! ¿A quién demonios podían importarle la hora y los minutos exactos? ¡Hacía veintitantos días, porque estaba hasta las narices de mí, veintitantos años, mi puñal buscando su garganta! Dos semanas, dos décadas, quizá unos pocos años más, o unos pocos días menos, mi madre sofocándola bajo las tablas del suelo, antes de enviar sus restos a quienquiera que supiese de su existencia. Tres décadas, siglos, ¿cuánto hacía que el tiempo me golpeaba con aquellas insistentes manecillas de reloj, desde la fatídica hora en que ella se tragó el arco iris de colores de la vida?

¿Qué diablos habría cambiado si ella hubiese muerto o simplemente huido? De pie en una proa, llenándose los pulmones de aire marino. Chillonas gaviotas arriba y una comitiva de delfines debajo, como agujas de plata cosiendo la superficie, sin dirección ni hilo. Cruzando el océano hacia esa fina línea en la margen distante, con el viento soplando en contra de sus recuerdos, hasta que unos pocos aquí y unos pocos allá, una pizca, un puñado de recuerdos, levantarían el vuelo como bandadas de pétalos librados a su suerte, y más puñados de buenos recuerdos los seguirían, por haberse mezclado con los malos. ¡Lo mismo que muerta! No, más triste para mí que si estuviese muerta, porque ella, porque su vida, continuaría sin mí.

Dos tragos más, dos o veinte, daba lo mismo, la botella siempre se vaciaba al final. Tenía que admitirlo, había vivido todos esos años con un fantasma. Su espíritu volvió para castigarme, antes de desaparecer con un salto mortal en el aire sutil. ¡Sutil! ¡Con lo gorda que se había puesto! ¡Ja! Yo avanzaba de forma rígida y dolorosa, arrastrando la mitad de mi cuerpo. Elsa y yo seguíamos conectados de algún modo extraño. Cuanto más adelgazaba yo, más pesado se volvía su lado. Si nos considerábamos una unidad, un conjunto, nunca perdíamos ni ganábamos materia, sólo se desplazaba de un lado a otro. Era una rareza, pero era un hecho: estábamos unidos, éramos un compuesto indivisible.

Volví a casa y pasé trastabillando junto a los buzones, el mío con todos los sobres asomando por la ranura como un arco de dientes desiguales, pero no llegué muy lejos, porque los pies se me enredaron en las plantas. La pared empezó a girar, bailando una ebria farándula a mi alrededor. Pisando fuerte para liberarme, perdí el equilibrio. Los tallos me agarraron por los brazos y la espalda, a pesar de los muchos que arranqué. Sin aliento, me vi de pronto en el espejo. Mi piel brillaba con el fulgor del alcohol entre la telaraña de hojas curvas y volví a sentir el puñal en el corazón. Alarmado, observé que mi piel enrojecía más aún, que oscurecía y asumía un tono castaño cada vez más intenso, sin que parara, ni pudiera yo dejar de mirarla, viéndola arrugarse hasta volverse fea y descamada. Había en ella algo extrañamente familiar, Dios mío, se había convertido en corteza de árbol. Sentí que mi columna vertebral se endurecía como la madera y me dolieron las plantas de los pies, como si tuviera raíces abriéndose paso entre las baldosas del suelo para hundirse en la tierra. Lo único que quedó de mis ojos fueron dos nudos en la madera, uno ligeramente por encima del otro, ambos sobre un viejo agujero podrido, sin dientes.

¡No! ¡La verdad misma era un concepto mentiroso! Un hombre que sueña estar cazando no está seguro y a salvo en su cama. ¡El hombre está allí donde esté su espíritu! Si vive su vida diaria con una mujer, pero tiene a otra enclaustrada constantemente en su corazón, ¡ésa será la única a quien haya amado! ¡La única con quien realmente haya compartido su vida! El don más secreto y



poderoso que le ha sido dado al hombre no es la vida, sino la capacidad de podarla en su mente, emparrarla en su corazón y cultivar todas las ramas y los vástagos que debieron de haber existido bajo el cautiverio de esta bóveda azul y cobraron vida gracias a los tijeretazos de su voluntad y los cortes de su alma. Allí es donde se oculta el árbol de la vida, injertado en todos y cada uno de los hombres.

No importaba cuándo ni cómo se había marchado, ni tampoco sus motivos, probablemente había hecho bien. Probablemente era feliz, dondequiera que estuviese. ¿No era eso suficiente para hacerme feliz a mí? Una punzada me subió de lo profundo de las entrañas. Gotas de savia manaron por las grietas de mi áspera corteza y se derramaron por mi tronco, dejándome varado en la negra charca de mi propio infortunio. No pude sustraerme a esa repugnante imagen de mí mismo, como un feo reproche mirándome a la cara, hasta que ya no pude hacerme frente.

¡Ya era hora de vaciar la botella! Pero no por la garganta, sino por el retrete. ¡Basta de beber! ¡Ve a asearte! ¡Recoge toda esa ropa sucia, botellas vacías, latas pegajosas! Seguramente ella me había dejado alguna nota en alguna parte. ¿Por qué no había mirado la correspondencia? Cualquier cosa que hubiese escrito, por mucho que me doliera, era merecida. ¡Hasta las malas noticias hay que cogerlas por los cuernos, si uno quiere recuperar el control! Quizá las respuestas estuvieran ahí, si conseguía volver a estar sobrio. Tal vez las borracheras fueran en parte el motivo que la había impulsado a abandonarme.

¿Era la situación tan desesperada como yo la veía? ¿Por qué me limitaba a esperar, como un tronco cortado, a que ella diera el primer paso? ¡Ya era hora de actuar como un hombre! ¡Claro que sí! La recuperaría, aunque tuviera que registrar todas y cada una de las casas de Viena para encontrarla, y la convencería para que me diera una segunda oportunidad... ¡Viajaría a América, a ese demencial laberinto que llaman Nueva York! Subiría de rodillas a ese rascacielos más alto que las nubes y llamaría a la milésima puerta. La señora de E. Affelbaum... *Mrs. E. Affelbaum*. ¿Elsa? La arrancaría de allí. Me la llevaría conmigo. Pero no por la fuerza, ni nunca más con mentiras. ¡Por la fuerza de mis sentimientos! ¡La sinceridad de mi determinación! ¡Mi cambio radical! Hace falta una buena lucha para desenterrar la menor gota de felicidad en esta vida, ¿no es cierto? Incluso los árboles tienen que forzar sus rafees a través de la roca. Cavan profundamente para sacar una simple gota. Se pliegan a los vientos de la realidad. Hunden tres cuartas partes de su estructura en la vieja y sucia verdad, pues no existe la tierra limpia.

Ya había desperdiciado suficiente tiempo. Tenía que hacer las maletas. Tenía que vender lo que quedaba del piso. Podía recuperarla, si libraba la batalla hasta el final. Por Dios, juro que podía ofrecerle una relación más profunda, una vida mejor, un nuevo hogar bajo un sol punzante y cítrico. Podía llevarla volando a esas islas que se agitan en el extremo de Florida como un rabito alegre. Comprarnos una caravana rosa para ir de isla en isla durante el resto de nuestros días. Como tortugas, ¿acaso no lo había dicho ella una vez? Con la casa a cuestas. Nuestros pies plantados profundamente en la tibia arena real, nuestros brazos ondeando como ramas eternas, saludando la vida real, y todos los azules centelleando a nuestro alrededor, hasta que nos diera igual el límite donde el mar se desliza en el cielo, como tampoco nos preocuparía ya demasiado el punto donde nuestro pasado se evapora en nuestro futuro en ese fino limbo polar del horizonte lejano. Un nuevo cielo azul de verdad, abriéndose en albas y crepúsculos como grandes flores perennemente renovadas, entrelazándonos del todo hasta plegarnos y dejarnos girar y girar al son del canto de mil pájaros, siendo dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas, la figura de la

felicidad...

Abro mi viejo puño. Ojalá mis plegarias levanten vuelo con el irreductible coraje de un ejército otoñal de semillas.



CHRISTINE LEUNENS (Hartford, Estados Unidos, 1964), de madre italiana y padre belga (el artista flamenco Guillaume Leunens). Después de graduarse en la Universidad de Carolina del Norte se fue a vivir a Europa con la intención de convertirse en una escritora, pero acabó siendo una prestigiosa modelo. Hizo campañas fotográficas para Givenchy, Pierre Balmain, Paco Rabanne, Sonia Rykiel, Nina Rice, y anuncios de televisión para Mercedes-Benz y Suzuki. Su éxito le permitió dejar la profesión de modelo y dedicarse a la cría de caballos en la región francesa de Picardía, donde escribió su primera obra de teatro, en francés, *Tu N'As Qu'A*, y su segunda, en inglés, *Porcelain White*. Recibió el premio del Centre National du Cinema por el guión de *Maux d'amour*. Su primera novela, *Primordial Soup*, recibió críticas estupendas de *The Times*, *Sunday Times*, *Independent on Sunday*, *Marie-Claire*, *Cosmopolitan* y *Publishers Weekly*. Actualmente, Christine Leunens vive con su marido y sus dos hijos en Normandía, donde está acabando su tesis para la Universidad de Harvard.

# Notas

[1] «¿Promete ser amable con él?». <<

[2] «¡No son criminales! ¡Le prohíbo que trate así a mis invitados en mi casa!». <<